

RAYMOND CHANDLER

EL LARGO ADIÓS

**BARRAL EDITORES
BARCELONA**

Tercera edición

Primera edición argentina - 1973

© BARRAL EDITORES. S. A. - Barcelona - 1972

**© Para la presente edición
EDICIONES CORREGIDOR
Talcahuano 463, Buenos Aires.
Por la autorización de BARRAL EDITORES S. A.**

**Hecho el depósito de ley
*Impreso en la Argentina***

CAPÍTULO I

La primera vez que posé mis ojos en Terry Lennox, éste estaba borracho, en un *Rolls Royce Silver Wraith* frente a la terraza de *The Dancers*.

El encargado de la playa de estacionamiento había sacado el auto y seguía manteniendo la puerta abierta, por que el pie izquierdo de Terry Lennox colgaba afuera como si se hubiera olvidado que lo tenía. El rostro de Terry Lennox era juvenil, pero su cabello blanco como la nieve. Por sus ojos se podía ver que le habían hecho cirugía estética hasta la raíz de los cabellos, pero, por lo demás, se parecía a cualquier joven simpático en traje de etiqueta, que ha gastado demasiado dinero en uno de esos establecimientos que sólo existen con ese fin y para ningún otro.

Junto a él había una muchacha. El tono rojo profundo de su cabello era encantador; asomaba a sus labios una lejana sonrisa y sobre los hombros llevaba un visón azul que casi lograba que el *Rolls Royce* pareciera un auto cualquiera. Pero no lo conseguía enteramente; nada hay que pueda lograrlo.

El cuidador era de este tipo característico de semimatón vestido de uniforme blanco y mostrando en letras rojas, cosidas sobre el pecho, el nombre del restaurante. Estaba levantando presión.

—Oiga, señor dijo subrayando las palabras—, ¿quiere usted tener la santísima amabilidad de poner la pierna dentro del coche para que yo pueda cerrar la puerta? ¿O es que tendré que abrirla del todo, para que usted pueda caerse al suelo? La joven le dirigió una mirada que debió de haberle tras pasado la espalda. Pero el tipo no se conmovió en lo más mínimo. En *The Dancers* están acostumbrados a esa clase de gente que nos decepciona, por lo que una montaña de dinero puede hacer con su persona. Un coche extranjero tipo sport, de carrocería alargada y baja, sin capota, entró en la playa de estacionamiento: de él bajó un hombre que encendió un largo cigarrillo con el encendedor del tablero del coche. Llevaba un pulóver a cuadros, pantalones amarillos y botas de montar. Se alejó dejando tras de su una estela de incienso y sin siquiera molestarse en mirar en dirección del *Rolls Royce*. Seguramente pensó que sería cursi. Al llegar al pie de la escalinata que conducía a la terraza, hizo una pausa para ajustarse el monóculo.

La muchacha, en un encantador arranque de espontaneidad, dijo:

—Tengo una idea maravillosa querido. ¿Por qué no llevas a guardar este cabriolet y sacas tu desca-potable? Es una noche maravillosa para un paseo por la costa hasta Montecito. Conozco allí a unos amigos que han organizado un baile junto a una piscina de natación.

El hombre de pelo blanco replicó cortésmente: —Lo siento mucho, pero ya no lo tengo. Me vi obligado a venderlo. —Por el tono de voz y la forma de articular las palabras podría haberse llegado en seguida a la conclusión de que no había bebido nada más alcohólico que jugo de naranjas.

—¿Lo vendiste, querido? ¿Cómo es posible?

Se apartó de él corriéndose sobre el asiento, pero la voz se alejó mucho más que ella.

—Tuve que hacerlo —expresó él— para poder comer.

—Ah, comprendo.

Si sobre ella hubiera caído en ese momento un helado, no se habría derretido.

El cuidador tenía al joven de cabello blanco en posición cómoda para hacerle frente: era un hombre de ingresos escasos.

—Oiga, amiguito —le dijo—, tengo que sacar un coche. Espero poder atenderlo un poco más en otra oportunidad... tal vez.

Y dejó que la puerta se abriera de golpe. El borracho se deslizó rápidamente y fue a dar con el fundi-llo en el piso de asfalto. De modo que yo intervine y puse mi granito de arena. Creo que siempre se comete un error cuando se mete uno con un borracho. Aunque lo conozca a uno y simpaticen, es capaz de saltar y pegarle a uno en los dientes. Lo tomé por debajo de los brazos y lo levanté.

—Muchísimas gracias —dijo cortésmente.

La muchacha se corrió hacia el volante. —Se vuelve tan inglés cuando está ebrio —apuntó ella con voz de acero inoxidable—. Gracias por haberlo levantado.

—Voy a ponerlo en el asiento de atrás —le ofrecí.

—Lo siento mucho. Tengo un compromiso y se me hace tarde. —Apretó el embrague y el *Rolls Royce* comenzó a andar. —Es un caso perdido —agregó con fría sonrisa—. Tal vez usted pueda encontrarle una casa donde vivir. Está en bancarrota... más o menos.

Y el *Rolls Royce* franqueó la salida en dirección al *Sunset Boulevard*, giró hacia la derecha y desapareció. Me había quedado mirándola, cuando regresó el cuidador. Yo seguía sosteniendo al hombre que ahora se había quedado profundamente dormido.

—Linda manera de resolver el problema —le dije al del uniforme blanco.

—Ya lo creo —asintió él con cinismo—. ¿Por qué va a perder el tiempo con un borracho con las curvas que tiene y todo lo demás?

—¿Usted conoce a este hombre?

—Oí que la dama lo llamaba Terry. Por lo demás no lo conozco ni por las tapas. Hace sólo dos semanas que estoy aquí.

—¿Quiere hacer el favor de traerme mi coche? —y le di el número.

Cuando volvió con mi Oldsmobile, me parecía estar sosteniendo una bolsa llena de plomo. El tipo del uniforme blanco me ayudó a colocarlo en el asiento delantero. El cliente abrió un ojo, nos dio las gracias, y siguió durmiendo.

—Es el borracho más cortés que he encontrado en mi vida —dije al del saco blanco.

—Vienen en todas las medidas y formas, y con toda clase de modales —dijo—. Y son todos unos inútiles. Parece que a éste le hicieron cirugía plástica.

—Sí. —Le di un dólar y él me agradeció. Tenía razón en lo referente a la cirugía plástica. El lado derecho de la cara de mi nuevo amigo estaba congelado, blancuzco y cosido con finas y tenues cicatrices. La piel, a lo largo de las cicatrices, tenía apariencia satinada. Un trabajo plástico, y bien drástico por cierto.

—¿Qué piensa hacer con él?

—Llevarlo a casa y desembriagarlo lo suficiente como para que me diga dónde vive.

El del uniforme blanco me hizo una mueca.

—Está bien, amigo. Si por mí fuera lo dejaría caer en la primera cloaca y seguiría viaje. Estos malditos borrachos no hacen más que crearle a uno dificultades, sin dar ninguna ventaja. Tengo mi filosofía sobre estas cosas. Tal como anda la competencia en nuestros días, la gente tiene que reservar sus fuerzas para defenderse en los cuerpo a cuerpo.

—Veo que gracias a eso ha logrado usted mucho éxito —le dije.

Me miró intrigado y luego empezó a enojarse, pero yo ya estaba dentro del coche y marchándome.

Por supuesto que en parte tenía razón. Terry Lennox me acarreó abundantes problemas. Pero, después de todo, aquello estaba dentro de mi ocupación habitual. Este año yo vivía en una casa de la avenida Yucca, en el distrito Laurel Canyon. Estaba situada en una calle cerrada, bordeada por una hilera de eucaliptos; la casa era pequeña y una larga serie de escalones de pino colorado conducía a la puerta principal. La casa era amueblada y pertenecía a una mujer que se había ido a Idaho a vivir durante un tiempo con su hija viuda. El alquiler era reducido, en parte porque la propietaria quería reservarse el derecho de regresar avisándome a corto plazo, y en parte debido a la longitud de las escaleras. Se estaba haciendo demasiado vieja como para enfrentarse con ellas cada vez que volvía a casa.

Me las arreglé como pude para transportar al borracho. Estaba ansioso por colaborar, pero sus piernas parecían de goma y se quedaba dormido en medio de una frase de disculpa o de justificación. Conseguí abrir la puerta con la llave, lo arrastré adentro y después de extenderlo sobre un largo sofá, le eché encima una manta y dejé que siguiera durmiendo. Durante una hora roncó como un lirón y de pronto despertó y quiso ir al baño. Cuando volvió, me miró de soslayo en forma inquisitiva y quiso saber dónde demonios estaba. Se lo dije. Me contestó que su nombre era Terry Lennox, que vivía en un apartamento en Westwood y que nadie lo esperaba. Su voz era clara y se expresaba correctamente.

Me confesó que le vendría bien una taza de café. Cuando se lo di comenzó a sorberlo con cuidado, sosteniendo el plato muy cerca de la taza.

—¿Cómo vine a parar aquí? —preguntó, mirando a su cuerpo.

—Usted salió medio borracho de *The Dancers* en un Rolls Royce. Su amiga lo dejó plantado en la calle. —le dije.

—Comprendo —contestó—. No hay duda de que estaba plenamente justificada al hacerlo.

—¿Usted es inglés?

—He vivido en Inglaterra, pero no nací allí... Si pudiera llamar un taxi me iría ahora mismo.

—Hay uno que le está esperando.

Bajó las escaleras por sus propios medios. Durante el viaje a Westwood no habló mucho, excepto agradecerme por acompañarlo y decirme que lamentaba causarme tanta molestia. Probablemente había dicho aquello con tanta frecuencia y a tanta gente que sonaba como algo automático. Su departamento era pequeño, interior y totalmente impersonal. Podría haberse pensado que acababa de mudarse esa tarde. Frente a un duro sofá de color verde fuerte había una mesa encima de la cual se amontonaban una botella de whisky medio vacía, un recipiente con hielo derretido, tres botellitas vacías de soda, dos vasos, y un cenicerito de vidrio lleno de colillas con y sin huellas de lápiz labial. En la habitación no había ninguna foto-

grafía u otro objeto de carácter personal. Podía haber sido una de esas habitaciones de hotel que se alquilan para una reunión o una despedida, para tomar unas copas y charlar o para una cita de amor. No parecía un lugar donde viviera alguien.

Me ofreció tomar algo y yo se lo agradecí, pero sin aceptar. Tampoco tomé asiento. Cuando me fui me agradeció de nuevo, pero de forma que pareciera que no consideraba que yo hubiera escalado una montaña por él, pero tampoco como sí se tratara de una cosa sin importancia alguna. Se mostró algo vacilante y un poco tímido, pero terriblemente cortés. Permaneció al lado de la puerta abierta hasta que llegó el ascensor automático y entré. Podía carecer de cualquier cosa, pero era educado.

No volvió a nombrar a la muchacha. Tampoco mencionó el hecho de no tener trabajo, ni perspectivas de conseguirlo, ni que su último dólar se había ido en pagar la cuenta en *The Dancers* para una sedosa muñeca de alta sociedad que ni siquiera se quedó el tiempo suficiente para asegurarse que un auto no le pasara por encima.

Al bajar por el ascensor sentí el impulso de volver a subir y llevarme la botella de whisky. Pero no era asunto de mi incumbencia y, de todos modos, eso nunca sirve de nada. Siempre se encuentra la forma de conseguir bebida si se desea.

Me dirigí a casa reflexionando sobre lo ocurrido. Creo ser un tipo duro, pero había algo en ese muchacho que me impresionó. No sabía qué era, a menos que se tratara del cabello blanco, las cicatrices en la cara, su voz clara y su cortesía. Tal vez todo aquello fuera suficiente. No había motivo para pensar que podría volver a verlo. Era simplemente un caso perdido, como había dicho la joven.

CAPÍTULO II

Volví a verlo una semana después del Día de Acción de Gracias. Los negocios situados a lo largo del Hollywood Boulevard estaban comenzando a llenarse con la quincalla de Navidad, marcada a precios siderales, y los periódicos habían empezado a chillar sobre lo terrible que sería si uno no hiciera a tiempo las compras de Navidad. De todas formas sería terrible; siempre lo es. Me hallaba a tres manzanas de mi oficina cuando vi un coche policial estacionado, en cuyo interior había dos policías contemplando algo que había en la acera al lado de un escaparate. La cosa en cuestión era Terry Lennox —o lo que quedaba de él—, y ese resto no tenía nada de atractivo.

Estaba apoyado contra el negocio. Debía apoyarse contra algo. La camisa, sucia y abierta en el cuello, asomaba en parte por debajo de la americana. No se había afeitado desde hacía cuatro o cinco días. Parecía consumido. Su tez estaba tan pálida que casi no se notaban las finas cicatrices del rostro, y los ojos eran como cavidades horadadas en un banco de nieve. Era evidente que los dos policías se aprestaban a atraparlo, de modo que me acerqué a él rápidamente y lo tomé por el brazo.

—Enderécese y camine —le dije en tono firme mientras le hacía una guiñada de soslayo—. ¿Puede hacerlo? ¿Está borracho?

Me dirigió una mirada vaga y luego sonrió con esa media sonrisa suya.

—Estuve borracho —exhaló—, pero ahora creo que simplemente estoy un poco... vacío.

—Muy bien, pero mueva los pies. Está a punto de que se lo lleven por ebriedad.

Hizo un esfuerzo y dejó que lo condujera entre los transeúntes hasta llegar al borde de la acera. Había allí una parada de taxis; de un tirón traté de abrir la puerta del que estaba justo frente de nosotros.

—Aquél sale primero —indicó el chófer señalando con el dedo el auto que estaba adelante. Volvió la cabeza y vio a Terry—. Es por turno.

—Es que se trata de un caso urgente. Mi amigo está enfermo.

—Sí —dijo el chofer—. Podría haber enfermado en cualquier otra parte.

—Cinco dólares —le ofrecí —y a ver si me dirige una de sus hermosas sonrisas.

—Oh, está bien —contestó—, y puso detrás del espejo una revista con un marciano en la portada. Abrí la puerta, metí a Terry Lennox y en ese momento la sombra del coche patrullero bloqueó la ventanilla del otro lado del taxi. Un policía de cabello gris bajó del auto y se acercó. Di la vuelta alrededor del taxi y salí a su encuentro.

—Un momento, amigo. ¿Qué pasa aquí? ¿El caballero de la camisa sucia es realmente íntimo amigo suyo?

—Bastante íntimo como para saber que necesita un amigo. No está borracho.

—No le alcanza el dinero, sin duda —dijo el vigilante. Extendió la mano y yo le entregué mi licencia. La miró y me la devolvió.

—¡Ajá! —exclamó, y con voz fuerte agregó—: Esto me dice algo sobre usted, señor Marlowe. ¿Qué hay de su amigo?

—Se llama Terry Lennox. Trabaja en películas.

—¡Qué bien! dijo el agente sarcásticamente. Se asomó al interior del taxi y contempló a Terry acurrucado en un rincón—. Se diría que no ha trabajado demasiado en los últimos tiempos. Se diría que no durmió demasiado bajo techo últimamente. Hasta se diría que es un vagabundo y que tal vez por eso deberíamos meterlo adentro.

—Su hoja de arrestos no puede ser tan baja —repliqué—. No en Hollywood.

—¿Cuál es el nombre de su amigo? —preguntó mirando a Terry.

—Philip Marlowe —dijo Terry lentamente—. Vive en la avenida Yucca, en Laurel Canyon.

El policía apartó la cabeza de la ventanilla, se dio vuelta e hizo un ademán.

—Pudo habérselo dicho hace unos instantes —masculló.

—Pude haberlo hecho, pero no lo hice.

Me miró fijamente durante uno o dos segundos.

—Por esta vez lo dejaré pasar, pero sáquelo de la calle.

—Volvió a subir al coche patrullero y se alejó.

Subí al taxi que nos llevó a tres manzanas de allí, hasta la playa de estacionamiento donde tenía mi coche. Le entregué al chofer el billete de cinco dólares, pero el hombre me dirigió una mirada firme y sacudió la cabeza.

—Sólo lo que está marcado en el taxímetro, compañero, o simplemente un dólar si es que tiene ganas. Yo también he estado fuera de combate y sé lo que es eso. En Frisco. Nadie me recogió en ningún taxi. Es una ciudad que tiene corazón de piedra.

—San Francisco —corregí mecánicamente.

—Yo la llamo Frisco —dijo—. Al demonio con todos esos grupos minoritarios. Gracias. —Agarró el dólar y se fue.

Nos dirigimos a uno de esos lugares al aire libre donde sin bajar del coche se puede comer algo. Terry Lennox comió un par de hamburguesas bastante apetitosas y tomó una botella de cerveza. Luego lo llevé a mi casa. Todavía le resultaba difícil subir los escalones, pero haciendo muecas y jadeando consiguió hacerlo. Una hora más tarde se había afeitado y bañado y parecía de nuevo un ser humano. Nos sentamos y yo preparé una bebida muy suave.

—Es una suerte que se haya acordado de mi nombre —le dije.

—Me propuse hacerlo. También averigüé dónde vivía. Era lo menos que podía hacer.

—¿Y entonces por qué no me llamó? Vivo aquí permanentemente y también tengo una oficina.

—¿Por qué habría de molestarlo?

—Me parece que usted tiene que molestar a alguien Me parece que no tiene muchos amigos.

—¡Oh! Tengo amigos —dijo— de cierta clase —Colocó el vaso encima de la mesa. —No es fácil pedir ayuda... especialmente si toda la culpa es de uno. —Me miró con una sonrisa cansada y agregó:

—Quizá pueda dejar la bebida uno de estos días. Todos dicen eso, ¿no es cierto?

—Desacostumbrarse lleva alrededor de tres años.

—¿Tres años? —Pareció disgustado

—Por lo general es así. Es un mundo diferente. Hay que acostumbrarse a un juego de colores más pálidos, a un conjunto de sonidos más tranquilos. Hay que contar también con las recaídas. Toda la gente que usted conocía bien, llegará a serle un poco extraña. La mayor parte de ellos ni siquiera le gustarán y usted tampoco a ellos

—Eso sí que sería un cambio —dijo.

Se dio vuelta y miró al reloj.

—En la estación de ómnibus de Hollywood dejé una maleta, que vale doscientos dólares, en el depósito de equipajes. Si pudiera rescatarla me compraría una más barata y empeñaría la otra; así podría conseguir dinero suficiente como para llegar a Las Vegas en ómnibus. Allí puedo conseguir trabajo.

Yo no dije nada; simplemente asentí con la cabeza y seguí sentado con el vaso en la mano.

—Usted está pensando que esa idea se me pudo haber ocurrido un poco antes —dijo con tranquilidad.

—Pienso que detrás de todo esto hay algo que no me incumbe. ¿El trabajo es seguro o no es más que una esperanza?

—Es seguro. Un amigo que conocí muy bien en el ejército dirige allí un gran salón de baile, el *Terrapin Club*. Por supuesto, es medio chantajista, todos lo son, pero por lo demás es un tipo excelente.

—Puedo hacerme cargo del pasaje de ómnibus y de algo más. Pero lo haré siempre que esto le proporcione algo que le dure por algún tiempo. Será mejor que lo llame por teléfono.

—Gracias, pero no es necesario. Randy Starr no dejará de ayudarme. Siempre lo ha hecho. Y puedo empeñar la maleta por cincuenta dólares. Lo sé por experiencia.

—Oiga —le contesté—, le daré lo que necesita. No soy esos infelices de corazón blando, así que mejor tome lo que le ofrecen y que le vaya bien. Quiero sacármelo de encima porque tengo un presentimiento desde que lo conocí.

—¡No me diga! —miró el contenido del vaso y continuó bebiendo—. Sólo nos hemos encontrado dos veces y en ambas oportunidades se portó conmigo como un hombre más que derecho. ¿Qué clase de presentimiento tiene?

—Siento que la próxima vez lo encontraré en dificultades peores, de las cuales no podré sacarlo. No sé por qué tengo esa sensación, pero sólo sé que la tengo.

Con la punta de los dedos se tocó el lado derecho de la cara.

—Quizá sea por esto. Supongo que me hace parecer un poco siniestro. Pero es una herida honorable... o al menos el resultado de algo honorable.

—No se trata de eso. Eso no me molesta para nada. Soy detective privado. Usted constituye un problema que yo no tengo que resolver, pero el problema existe. Llámelo corazonada. Si quiere ser cortés en

extremo, llámelo intuición. Quizás aquella joven no lo dejó plantado en *The Dancers* solamente porque estaba borracho. Tal vez tuviera también un presentimiento.

Terry sonrió débilmente.

—En una época estuve casado con ella. Se llama Sylvia Lennox. Me casé por su dinero.

Me puse de pie y lo miré frunciendo el ceño.

—Le prepararé unos huevos revueltos; necesita alimentarse.

—Espere un minuto, Marlowe. Usted se preguntará por qué si estoy en las últimas y Sylvia tiene tanto dinero no le he pedido algunos dólares. ¿Conoce la palabra orgullo?

—Eso es terriblemente divertido. Lennox.

—¿Le parece? Mi orgullo es algo diferente de lo que usted piensa. Es el orgullo de un hombre a quien no le queda otra cosa. Siento mucho si lo estoy aburriendo.

Me dirigí a la cocina y preparé huevos revueltos con tocino canadiense, tostadas y café. Comimos en la antecocina, donde acostumbro a tomar mis desayunos, en un rinconcito construido al efecto. La casa pertenecía a esa época en la que siempre había un comedor de diario.

Le dije que tenía que ir a la oficina y que a mi regreso recogería la maleta maleta. Pero esta casa es fácil de robar. Me dio la contraseña. Su rostro había recobrado un poco de color y los ojos ya no parecían hundidos en las profundidades del cráneo.

Antes de salir coloqué la botella de whisky en la mesa, frente al sofá.

—Use su orgullo en esto —le dije —y llame a Las Vegas, aunque sea para hacerme un favor.

Sonrió y se encogió de hombros. Bajé las escaleras sintiéndome molesto y resentido; no sabía por qué, de la misma forma que tampoco sabía por qué un hombre es capaz de morir de hambre y vagabundear por las calles antes que empeñar su guardarropa. Era evidente que cualesquiera fueran los cánones de Terry, se atenía a ellos.

La maleta era la cosa más fenomenal que yo hubiera visto en mi vida. Era de cuero de cerdo y nueva debió haber sido de color crema pálido. Las guarniciones y cerraduras eran de oro. Estaba hecha en Inglaterra, y si uno pudiera comprarla aquí costaría una suma más próxima a los ochocientos dólares que a los doscientos.

Se la puse en el suelo delante del sofá. Miré la botella que estaba sobre la mesa: no la había tocado. Estaba tan sobrio como yo. Fumaba, pero me parecía muy satisfecho.

—Hablé con Randy —me dijo—. Estaba resentido por que no lo llamé antes.

—Es necesario un extraño para ayudarlo —dije, y le pregunté señalando la maleta—: ¿Regalo de Sylvia?

Miró hacia la ventana y contestó:

—No, me la regalaron en Inglaterra, antes de conocerla. Mucho tiempo antes. Me gustaría dejársela a usted si pudiera prestarme alguna maleta vieja.

Saqué de mi billetera cinco billetes de veinte dólares y los dejé caer frente a él.

—No necesito que me deje una garantía —dije.

—Esa no era mi idea. Usted no es un prestamista. Simplemente no quiero llevarla a Las Vegas. Y no necesito esta cantidad de dinero.

—Muy bien. Guárdese el dinero y yo me quedo con la maleta. Pero esta casa es fácil de robar.

—No importa —dijo con indiferencia—. No importa en absoluto.

Se cambió de ropa y a eso de las cinco y media comimos en lo de Musso. No bebimos nada. Tomó el ómnibus en Cahuenga y yo me dirigí a mi casa pensando en varias cosas. La maleta vacía estaba sobre la cama. Terry la dejó allí cuando sacó su ropa para guardarla en la maleta liviana que yo le había prestado. La maleta tenía una llave de oro en una de las cerraduras. La cerré con llave, até la llave a la manija y la coloqué en el estante superior del armario de la ropa. Me pareció que no estaba completamente vacía, pero lo que hubiera adentro no era asunto mío.

Era una noche tranquila y la casa parecía más vacía que de costumbre. Saqué el juego de ajedrez y jugué la defensa francesa contra Steinitz. Me ganó en cuarenta y cuatro movimientos, pero lo hice sudar un par de veces.

El teléfono sonó a las nueve y media y la voz que escuché no me era desconocida.

—¿Habla el señor Marlowe?

—Sí, con él habla.

—Está hablando con Sylvia Lennox, señor Marlowe. Una noche, hace de esto un mes, nos encontramos un momento frente a *The Dancers*. Después supe que usted fue tan amable que se preocupó de llevar a Terry a su casa.

—Así lo hice.

—Supongo que sabe que estamos divorciados, pero he estado un poco preocupada por él. Dejé el departamento que tenía en Westwood y nadie sabe dónde está.

—Me di cuenta de lo preocupada que estaba la noche que nos conocimos.

—Oiga, señor Marlowe. Estuve casada con él. No simpatizo mucho con los borrachos. Quizá fui un poco insensible, quizá tuve algo importante que hacer. Usted es un detective privado y, si lo prefiere, puedo plantearle esto profesionalmente.

—No tiene por qué hacerlo, señora Lennox. Terry está viajando en un ómnibus a Las Vegas. Tiene allí un amigo que le dará trabajo.

Ella se animó en seguida.

—¡Ah!... ¿A Las Vegas? Eso sí que es ser sentimental. Fue allí donde nos casamos.

—Creo adivinar que debe haber olvidado ese detalle, porque si no, se habría ido a alguna otra parte.

En lugar de colgar el tubo se rió, con risita insinuante.

—¿Siempre es tan rudo con sus clientes?

—Usted no es mi cliente, señora Lennox.

—Puedo serlo algún día. ¿Quién sabe? Entonces, digamos, con sus amigas.

—La misma respuesta. El muchacho estaba en las últimas, muerto de hambre, sin un cobre. Usted podría haberlo ayudado si hubiera creído que valía la pena perder tiempo en ello. En aquel momento él no quiso recibir nada de usted y probablemente tampoco lo querrá ahora.

—Eso es algo que usted no puede saber. Buenas noches —dijo fríamente, y colgó el auricular.

Por supuesto, ella tenía razón y yo no, pero no tuve la sensación de haberme equivocado. Simplemente me sentí herido, molesto. Si hubiera llamado media hora antes podría haberme sentido lo suficiente molesto como para mandar al diablo a Steinitz... si éste no hubiera muerto hacía cincuenta años y yo no estuviera jugando contra un libro de ajedrez.

CAPÍTULO III

Tres días antes de Navidad recibí un cheque por cien dólares sobre un banco de Las Vegas. Adjunta venía una nota escrita en un papel con membrete del hotel. Terry me agradecía, me deseaba feliz Navidad, toda clase de buenaventuras y decía que pronto esperaba verme de nuevo. Lo bueno venía en la posdata: “Sylvia y yo comenzamos nuestra segunda luna de miel. Ella dice que por favor no le reproche querer probar otra vez.”

Me enteré del resto de la historia en una de esas columnas de comentarios de la sección Sociales de los diarios. No las leo muy a menudo; sólo cuando no tengo otra cosa interesante en qué ocuparme.

“Este corresponsal está muy conmovido por la noticia de que Terry y Sylvia Lennox, esos dos encantos, se han unido de nuevo en Las Vegas. Ella es la hija menor del multimillonario Harlan Potter, de San Francisco y Pebble Beach, por supuesto. Sylvia ha llamado a los decoradores Marcel y Jeanne Duhaux para arreglar su mansión de Encino, desde el sótano hasta los techos, de acuerdo con el último y más devastador *dernier cri*. Ustedes recordarán mis queridos amigos, que Curt Westerheym, el penúltimo marido de Sylvia, le obsequió la pequeña cabaña de dieciocho habitaciones como regalo de casamiento. ¿Y qué pasó con Curt, preguntarán ustedes? ¿Sí, o sí? St. Tropez tiene la respuesta, y he oído decir que en forma permanente. Y también una duquesa francesa muy, muy sangre azul, con dos niños perfectamente adorables. ¿Y qué piensa Harlan Potter de esa nueva unión?, podrán preguntar también ustedes. Uno sólo puede hacer conjeturas. El señor Potter es una persona que nunca concede entrevistas. ¡Cuán exclusivos se están haciendo ustedes, queridos!”

Tiré el diario a un rincón y encendí la TV. Después de la nauseabunda página de sociales, hasta los luchadores que aparecían en la pantalla parecían buenos. Lo cual probablemente era cierto. Sobre todo por la página de sociales.

Podía imaginar la clase de cabaña con dieciocho habitaciones que hiciera juego con algunos de los millones de Potter, sin mencionar las decoraciones de Duhaux, del más nuevo simbolismo subfálico. Pero de ninguna manera podía imaginar a Terry Lennox holgazaneando alrededor de una de las piscinas de natación, con pantalones de baño estampados y telefoneando al criado para que pusiera el champaña al hielo y los faisanes al horno. No había ninguna razón para que pudiera hacerlo. Si el muchacho quería ser el juguete mimado de alguien, no era asunto mío. Simplemente no quería volver a verlo. Pero sabía que lo vería, aunque sólo fuera debido a su maldita maleta de cuero de cerdo con guarniciones de oro.

Un día lluvioso de marzo, a las cinco de la tarde, entró en mi destartalada oficina. Parecía cambiado, más viejo, más sobrio y muy serio, y con una serenidad y una calma que me impresionaron. Parecía un hombre que había aprendido a vivir y a defenderse en la vida. Llevaba un impermeable de color blancuzco y guantes, pero iba sin sombrero y su cabello blanco parecía suave como la seda.

—Vamos a tomar una copa a algún bar tranquilo —dijo, como si nos hubiéramos visto diez minutos antes—. Si dispone de tiempo, por supuesto.

No nos estrechamos la mano. Nunca lo hacíamos. Los ingleses no se dan la mano a cada rato como los norteamericanos, y aunque él no era inglés tenía algunas de sus costumbres.

—Vamos primero a casa a recoger esa maleta suya tan elegante. Me preocupa un poco tenerla —le dije.

Sacudió la cabeza.

—Sería muy amable de su parte si me la guardara.

—¿Por qué?

—Simplemente, desearía que lo hiciera. ¿Le molesta mucho? Es una especie de vínculo con una época en la que yo no era un desperdicio inútil.

—Tonterías —contesté—, pero es asunto suyo.

—Si está preocupado porque piensa que se la pueden robar...

—Eso también es asunto suyo. Vamos a tomar esa copa.

Fuimos al bar Victor. Me llevó en un Jowett Jupiter de capota bastante precaria, bajo la cual sólo había el lugar justo para nosotros dos. El tapizado era de cuero de color claro, y los accesorios parecían de plata. No soy muy exigente con respecto a los autos, pero al ver aquel maldito coche se me hizo un poquito agua la boca. El dijo que podía hacer sesenta y cinco en segunda. Tenía una palanca de velocidad tan pequeña que apenas le llegaba a la rodilla.

—Cuatro velocidades —dijo—. Todavía no han inventado un cambio automático para estos coches. Pero en realidad no lo necesita. Se puede empezar directamente en tercera, aun subiendo una cuesta, y eso es lo que más se necesita para el tránsito en cualquier circunstancia.

—¿Regalo de boda?

—Es esa clase de regalos que se hacen acompañados de una frase casual: “Pasaba por ahí y vi este chiche en la vidriera.” Soy un muchacho muy mimado.

—Muy bien —dije, y agregué—: si es que usted no tiene que llevar una etiqueta con su precio.

Me dirigió una mirada rápida y luego clavó la vista en la calle mojada. Los limpiaparabrisas dobles oscilaban suavemente sobre los vidrios.

—¿Etiqueta con el precio? Todo tiene su precio, compañero. ¿Quizá piensa que no soy feliz?

—Lo siento. Estuve fuera de lugar.

—Soy rico. ¿A quién diablos le importa ser feliz? —En su voz había un tono de amargura nuevo para mí.

—¿Cómo va con la bebida?

—Perfectamente, viejo. Por alguna razón extraña he podido controlar la cosa. Pero uno nunca puede saber, ¿no le parece?

—Tal vez usted nunca se embriagó en serio.

Estábamos sentados en un rincón del bar Victor bebiendo *gimlets*.

—Aquí no saben prepararlo —dijo—. Lo que llaman *gimlet* no es más que jugo de lima o de limón con gin, una pizca de azúcar y licor de raíces amargas. El verdadero *gimlet* está hecho mitad de gin y mitad de jugo de lima de Rose y nada más. Deja chiquito al Martini.

—Nunca fui muy exigente con las bebidas... ¿Cómo se lleva con Randy Starr? Por mis barrios lo consideran un punto fuerte.

Se echó hacia atrás y quedó pensativo.

—Creo que lo es. Creo que todos lo son. Pero no lo de muestra. Podría nombrarle una buena cantidad de tipos que en Hollywood andan en el mismo negocio y se mandan la parte. Randy no se preocupa por eso, no hace ostentación. En Las Vegas es un hombre que tiene negocios legales. Vaya a verlo la próxima vez que ande por allá. Se hará amigo suyo.

—No lo creo muy probable, porque no me gustan los rufianes.

—Esa no es más que una palabra, Marlowe. Es la clase de mundo que tenemos, un mundo que nos legaron dos guerras y que tenemos que preservar. Randy, yo y otro amigo estuvimos una vez en un aprieto y eso creó una especie de vínculo entre nosotros.

—Entonces, ¿por qué no le pidió ayuda cuando la necesitó?

Vació la copa e hizo una seña al mozo.

—Porque no podía negármela.

El mozo trajo más bebida. Yo le dije:

—Esas no son más que palabras. Si por casualidad el hombre le debiera algo, usted tiene que ponerse en su lugar; él estaría contento de que se le presentara la oportunidad de devolverle el favor.

Sacudí lentamente la cabeza.

—Sé que usted tiene razón. Naturalmente le pedí trabajo, y mientras lo tuve, trabajé. Pero pedir favores o limosnas, eso no.

—Pero los recibe de un extraño.

Me miró derecho a los ojos.

—El extraño puede seguir de largo y hacerse el sordo.

Bebimos tres *gimlets* simples y no le hicieron absolutamente nada. Esos tragos hubieran sido bastante buena señal de partida para un verdadero borracho, de modo que pensé que quizá se hubiese curado.

Después me llevó de vuelta a mi oficina.

—En casa cenamos a las ocho y cuarto —me dijo—. Sólo los millonarios pueden darse ese lujo, sólo sirvientes de millonarios aguantarían esto en nuestra época. Vendrá mucha gente encantadora.

Desde entonces tomó la costumbre de caer por mi oficina alrededor de las cinco de la tarde. No íbamos siempre al mismo bar, pero frecuentábamos el Victor más que cualquier otro. Pudiera ser que para él tuviera un significado que yo desconocía. Nunca bebía mucho, y eso lo sorprendía a él mismo.

—Debe ser algo como la fiebre ondulante —explicaba—. Cuando ataca es terrible; pero cuando pasa el acceso es como si uno nunca la hubiera sufrido.

—Lo que no alcanzo a comprender es que un tipo de su posición tenga interés en beber con un pobre detective como yo.

—¿Quiere hacerse el modesto?

—No. Simplemente me asombra. Soy un tipo razonablemente amistoso, pero no vivimos en el mismo ambiente.

Ni siquiera sé dónde vive, excepto que es en Encino. Me imagino que su vida de hogar será la adecuada.

—No tengo ninguna vida de hogar.

Estábamos bebiendo otros *gimlets*. El bar estaba casi vacío. Los habituales bebedores estaban desparramados aquí y allá en los asientos, a lo largo de la barra, tratando de entonarse; esa clase de tipos que empiezan a beber muy lentamente el primero y que se vigilan siempre las manos para no voltear nada.

—No lo entiendo.

—¿Le extraña? Producción espectacular, sin argumento, como dicen en el ambiente de cine. Creo más bien que Sylvia es feliz, aunque no conmigo necesariamente. En nuestro círculo eso carece de importancia. Siempre hay algo que hacer si uno no está obligado a trabajar o a considerar el costo. No es una verdadera diversión, pero los ricos no lo saben. Nunca han tenido otra. Nunca desean algo con todas sus ganas, excepto tal vez una esposa ajena, y ése es un deseo muy pálido comparado con la forma en que la mujer del plomero ansía comprar cortinas nuevas para su *living*.

Guardé silencio y dejé que siguiera adelante.

—La mayor parte del día no hago más que matar el tiempo —prosiguió—, y pasa muy lentamente. Un poco de tenis, algo de golf y de natación, un paseo a caballo, y el placer exquisito de observar cómo los amigos de Sylvia tratan de contenerse durante el almuerzo para comenzar después a emborracharse.

—La noche que usted se fue a Las Vegas ella dijo que no le gustaban los ebrios.

Sonrió arteramente. Me había acostumbrado tanto a su cara tajeada que sólo la notaba cuando algún cambio de expresión acentuaba su rigidez parcial.

—Quiso decir los borrachos sin dinero. Cuando se tiene dinero sólo se es un fuerte bebedor. Si empiezan a vomitar, el criado se encarga de eso.

—No tendría por qué hacer una vida así.

Terminó de un sorbo la bebida y se puso de pie.

—Tengo que salir corriendo, Marlowe. Además lo estoy aburriendo y yo también empiezo a aburrirme.

—No me aburre; estoy acostumbrado a escuchar. Más tarde o más temprano llegaré a darme cuenta de por qué le gusta ser un perrito faldero.

Con suavidad se tocó las cicatrices con los dedos. En sus labios apareció una sonrisa vaga y remota.

—Debería preguntarse por qué ella me quiere a su lado y no por qué quiero quedarme allí, acostado sobre almohadones de raso, esperando pacientemente a que me den una palmadita en la cabeza.

—A usted le gustan los almohadones de raso contesté, y me puse de pie para irme con él—. Le gustan las sábanas de seda y hacer sonar la campanilla hasta que aparece el mucamo con su sonrisa respetuosa.

—Puede ser. Me crié en un orfanato de Salt Lake City.

Salimos a la calle. Dijo que quería caminar. Habíamos venido en mi coche y esta vez había sido lo bastante rápido como para agarrar la cuenta y pagar. Lo observé alejarse. La luz de un escaparate hizo brillar un instante su cabello blanco mientras se perdía en medio de la ligera neblina.

Prefería verlo borracho y caído, sin un centavo, hambriento y golpeado y orgulloso. ¿O quién sabe? Tal vez sólo me gustaba sentirme el hombre superior. Sus razones eran difíciles de calcular. En mi oficio hay un momento para hacer preguntas y un momento para dejar que el hombre se consuma hasta que no pueda más y largue todo.

Todo buen policía lo sabe. Se parece bastante al ajedrez o al boxeo. A alguna gente hay que acorralarla y hacerle perder la serenidad. Pero a otros simplemente se los abofetea y ellos terminan golpeándose a sí mismos.

De habérselo yo preguntado, él me habría contado la historia de su vida. Pero nunca le pregunté ni siquiera cómo se destrozó la cara. Si él me lo hubiera dicho, quizá se habrían podido salvar un par de vidas. Posiblemente, pero no más.

CAPÍTULO IV

La última vez que bebimos juntos en un bar fue en mayo, a una hora más temprana que la habitual, justo después de las cuatro. Parecía cansado y más delgado, pero miró a su alrededor con sonrisa de placer.

—Me gustan los bares cuando acaban de abrirse. Cuando la atmósfera interior todavía es fresca, limpia, todo está reluciente y el barman se mira por última vez al espejo para ver si la corbata está derecha y el cabello bien peinado. Me gustan las botellas prolijamente colocadas en los estantes del bar y los vasos que brillan y la expectación. Me gusta observar cómo se prepara el primer cóctel de la noche y se coloca sobre una impecable carpeta con una servilletita doblada al lado. Me gusta saborearlo lentamente. El primer trago tranquilo de la noche, en un bar tranquilo, es maravilloso.

Estuve de acuerdo con él.

—El alcohol es como el amor —expresó—. El primer beso es magia; el segundo, intimidad; el tercero, rutina. Después de eso lo que hacemos es desvestir a la muchacha.

—¿Y eso es malo? —le pregunté.

—Es muy interesante, pero es una emoción impura... impura en el sentido estético. No estoy despreciando al sexo. Es necesario y no tiene por qué ser desagradable. Pero siempre hay que manejarlo con prudencia. Transformarlo en algo maravilloso es empresa de millones de dólares, y cuesta cada centavo de esos millones.

Miró a su alrededor y bostezó.

—No he dormido muy bien. Se está cómodo aquí. Pero dentro de un rato esto se llenará de borrachos que hablarán en voz alta, se reirán y las mujeres malditas empezarán a hacer señas con las manos, visajes con la cara y harán retintinear sus malditas pulseras y se maquillarán con esos hechizos envasados que proporcionan fascinación especial por un momento, pero que ya avanzada la noche adquieren un olor a transpiración leve pero inconfundible.

—Tómelo con calma —le dije—. No son más que seres humanos que transpiran, se ensucian y tienen que ir al baño. ¿Qué es lo que usted esperaba... mariposas doradas revoloteando en una nube color de rosa?

Vació su copa y la sostuvo boca abajo, se quedó observando cómo se formaba una gotita en el borde, que tembló un instante y luego cayó sobre la mesa.

—A ella le tengo lástima —dijo Terry lentamente—. Es una verdadera ramera. Puede ser que en cierto sentido le tenga cariño. Algún día me necesitará y yo seré el único tipo que esté a su lado y que no la haya engañado. No sería extraño que entonces me fuese y la abandonase.

Me quedé mirándolo sin decir nada y al cabo de un momento dije:

—No hace bien al venderse en esa forma.

—Sí, ya sé. Soy débil de carácter; no tengo agallas ni ambición. Cogí el anillo de bronce y me asombré cuando comprobé que no era de oro. Un tipo como yo tiene en su vida un solo momento grande, realiza una sola vuelta perfecta en el trapecio más alto y después se pasa el resto del tiempo tratando de no caer de la acera a la alcantarilla.

—Todo eso no disculpa nada. —Saqué la pipa y comencé a llenarla.

—Ella está asustada, muy asustada.

—¿De qué?

—No sé. No hablamos mucho ahora. Quizá tenga miedo del viejo. Harlan Potter es un insensible hijo de perra. Por afuera está cubierto de dignidad victoriana, pero en su interior es tan despiadado como un miembro de la Gestapo. Sylvia es una pérdida. El lo sabe y la odia por eso, pero no puede hacer nada más que esperar y vigilar; si Sylvia llega a verse envuelta en algún escándalo mayúsculo, la hará pedazos y luego los enterrará a miles de millas de distancia unos de otros.

—Usted es su marido.

Levantó el vaso vacío y lo golpeó con fuerza sobre el borde de la mesa; lo hizo añicos. El mozo le clavó la vista, pero no dijo nada.

—Así nomás, compañero, así nomás. ¡Oh! Claro que soy su marido. Eso es lo que dice el registro, pero en realidad no peso más que los tres escalones blancos y la gran puerta de color verde y el llamador de bronce con el que se da un golpe largo y dos cortos en la puerta y la criada que lo deja entrar a uno en el prostíbulo de cien dólares.

Me puse de pie y dejé caer unas monedas en la mesa.

—Usted habla demasiado —le dije—, y demasiado de sus cosas. Hasta pronto.

Me dirigí hacia la salida dejándolo allí sentado; parecía ofendido y se había puesto pálido, al menos es lo que creí ver con la clase de luz tan tenue que tienen esos bares. Me gritó algo mientras me alejaba, pero yo seguí andando.

Diez minutos después lamenté haberlo hecho, pero ya estaba en otro lugar. No volvió más a mi oficina, ni una sola vez. Le había tocado donde dolía.

Durante un mes no lo volví a ver. Cuando lo hice eran las cinco de la mañana y apenas empezaba a clarear. La llamada persistente del timbre de la puerta me sacó de la cama. Atravesé a tientas el vestíbulo y el living y abrí la puerta. Allí estaba de pie, con el aspecto de quien no ha dormido durante una semana. Llevaba un sobretodo liviano con el cuello levantado y me pareció que tiritaba. Tenía un sombrero de fieltro oscuro echado sobre los ojos.

En la mano llevaba una pistola.

CAPÍTULO V

No me apuntaba con la pistola, simplemente la empuñaba en la mano. Era un arma automática de calibre mediano, de fabricación extranjera, con seguridad no era ni Colt ni Savage. Con su pálida cara llena de cicatrices, el cuello levantado, el sombrero hundido y la pistola, parecía recién salido de una película de gánsters.

—Me llevará a Tijuana para que alcance el avión de las diez y cuarto —dijo—. Tengo el pasaporte y el visado y todo arreglado excepto la cuestión transporte. Por ciertas razones no puedo tomar el tren o el ómnibus o el avión desde Los Angeles. ¿Le parece que quinientos dólares es un precio razonable por un viaje en taxi?

Permanecí en la puerta y no me moví para dejarlo entrar.

—¿Quinientos, más la pistola? —pregunté.

La miró en forma un tanto distraída y después se la metió en el bolsillo.

—Podría ser una protección —dijo—. Para usted, no para mí.

—Entonces, entre.

Me aparté a un lado para dejarlo pasar; parecía exhausto y se dejó caer en una silla. El *living* estaba todavía oscuro debido a los tupidos arbustos que la propietaria había dejado crecer y que cubrían las ventanas. Encendí una lámpara, saqué un cigarrillo y lo encendí. Lo miré fija mente, me despeiné el pelo que ya estaba bastante alborotado, y adopté mi vieja expresión burlona.

—¿Qué diablos me pasa?... ¡Malgastar el tiempo durmiendo en una mañana tan encantadora! ¿Conque a las diez y cuarto? Bueno, tenemos mucho tiempo. Vamos a la cocina y prepararé un poco de café.

—Estoy en un buen lío, amiguito. —"Amiguito"; era la primera vez que me llamaba así, pero en cierto sentido esa palabra concordaba con la forma en que había entrado con la manera de vestir, con la pistola y todo lo demás.

—Va a ser un día precioso. Corre una ligera brisa. Se puede oír el susurro de los viejos eucaliptos que están en la vereda de enfrente murmurando entre sí. Hablan de los viejos tiempos, en Australia, cuando los canguros saltaban bajo las ramas y los koala caminaban trepados unos al lomo de los otros. Sí, tenía la impresión de que usted estaría metido en el lío. Pero hablaremos de eso cuando haya tomado un par de tazas de café. Siempre estoy un poco aturdido cuando acabo de levantarme. Conferenciamos con Mr. Huggins y Mr. Young.

—Oiga, Marlowe, no es el momento de...

—No tema, amigo; míster Huggins y míster Young son dos tipos de lo mejor. Hacen el café Huggins-Young para mí. Es el trabajo de su vida, su orgullo y su alegría. Uno de estos días me ocuparé de que consigan el reconocimiento que se merecen. Hasta ahora todo lo que han hecho es ganar dinero. No podemos esperar que se contenten con eso.

Lo dejé y me dirigí a la cocina. Puse a calentar el agua y bajé la cafetera del estante. Mojó el filtro y metí adentro la cantidad de café necesaria; el agua ya estaba hirviendo. Llené con agua la mitad inferior y la puse al fuego, y luego coloqué la parte de arriba y le di una vuelta para que quedara ajustada.

En aquel momento sentí que Terry se acercaba, se apoyó un instante en el marco de la puerta y después se dirigió hacia la mesa del desayuno y se deslizó en el asiento. Seguía tiritando. Saqué del armario una botella de Old Grand-dad y le serví una buena cantidad en un vaso grande. Sabía que necesitaría un vaso grande. Tuvo que usar ambas manos para llevárselo a los labios. Bebió un buen trago, puso el vaso sobre la mesa y se reclinó de golpe sobre el respaldo del asiento.

—Estoy casi listo —murmuró—. Parece como si hubiera estado sin dormir una semana entera. Anoche no descansé nada.

El agua de la cafetera estaba a punto de hervir. Puse la llama baja y observé cómo se levantaba el agua. Se mantuvo un poco en el fondo el tubo de vidrio. Subí la llama lo suficiente para que el agua pasara por el codo y en seguida la bajé de nuevo. Revolví el café y lo tapé. Marqué tres minutos en el reloj. Este Marlowe es un muchacho muy metódico. Nada debe interferir en su técnica de preparar café. Ni siquiera una pistola en manos de un tipo desesperado.

Le serví otro trago.

—Siéntese ahí —le pedí—. No diga una palabra y quédese sentado.

La segunda vuelta pudo tomarla con una sola mano.

Me lavé rápidamente en el baño cuando volvía sonó el timbre del reloj de la cocina. Apagué el fuego y coloqué la cafetera en la mesa, sobre un pie de paja. ¿Por qué me detengo en cada uno de aquellos detalles? Porque la atmósfera cargada hacía que cada una de esas pequeñas cosas pareciera una representa-

ción, un movimiento preciso y muy importante. Era uno de aquellos momentos hipersensibles en que todos los movimientos automáticos, por más habituales, por más antiguos que sean, se convierten en actos independientes de la voluntad. Es como el hombre que aprende a caminar después de sufrir parálisis. Tiene que empezar todo de nuevo.

El café había bajado ya, el aire entró en el recipiente con su habitual bullicio, el café burbujeó y después se calmó. Saqué la parte superior de la cafetera y la puse sobre el escurridor de la tapa.

Serví dos tazas de café y a la suya le agregué una medida de whisky.

—Para usted café puro, Terry.

En la mía puse dos terrones de azúcar y un poco de leche.

En esos momentos ya estaba saliendo de mi embotamiento matutino. No sabía cómo había hecho para abrir la nevera y sacar el recipiente de leche.

Me senté frente a él. No se había movido; estaba apoyado en el rincón, rígido. De pronto, en forma inesperada agachó la cabeza sobre la mesa y comenzó a sollozar.

No prestó atención cuando me incliné sobre la mesa y le saqué la pistola del bolsillo. Era una Mauser 7.65; una belleza. La olfateé, no había disparado con ella. Solté la cámara de los cartuchos; estaba llena. No había nada en la recámara.

Terry levantó la cabeza, vio el café y comenzó a tomarlo lentamente sin mirarme.

—No maté a nadie —dijo.

—Bueno... no recientemente al menos. Y tendría que limpiar la pistola. Me resulta difícil pensar que pueda matar a alguien con esto.

—Le contaré todo —expresó.

—Espere un momento.

Bebí el café lo más rápido que pude, pues estaba muy caliente, y llené la taza de nuevo.

—La cosa es así —le previne—. Tenga mucho cuidado con lo que va a contarme. Si realmente quiere que lo lleve a Tijuana, hay dos cosas que no me debe decir. Una... ¿Me escucha?

Hizo un leve signo de asentimiento. Tenía la vista clavada en la pared, arriba de mi cabeza, con los ojos muy abiertos. Las cicatrices aparecían lívidas, y aunque el rostro parecía blanco como el de un cadáver, resaltaban lo mismo.

—Una —repetí lentamente—, si ha cometido un delito o lo que la ley llama un delito... quiero decir un delito serio; no me cuente nada sobre ello. Dos, si tiene conocimiento de que se ha cometido un delito así, tampoco me lo diga. Al menos si quiere que lo lleve a Tijuana. ¿Está claro?

Me clavó la vista. Sus ojos me enfocaron, pero carecían de vida. Había tomado todo el café, y aunque seguía pálido se sentía fuerte. Le serví otra taza de la misma forma que la anterior.

—Estoy en dificultades —dijo.

—Ya lo sé, pero no quiero saber de qué se trata. Tengo que ganarme la vida y tengo una licencia que proteger.

—Podría apuntarle con la pistola —contestó.

Hice una mueca y le alcancé el arma por encima de la mesa. La miró, pero no hizo ademán de tocarla.

—No podría apuntarme con ella hasta Tijuana, Terry, ni cuando cruzáramos la frontera o llegáramos a la escalerilla del avión. Soy un hombre que ocasionalmente tiene que vérselas con pistolas. Olvidémonos de la pistola. Sería divertido que tuviera que decirle a la policía que sentía tanto miedo que me vi obligado a obedecerle. Suponiendo, claro está, que hubiera algo que decir a la policía, cosa que ignoro.

—Óigame —dijo Terry—, será mediodía o tal vez más tarde antes de que alguien llame a la puerta. La mucama sabe muy bien que no tiene que molestarla cuando duerme hasta tarde. Pero alrededor del mediodía la mucama golpeará la puerta y entrará. Ella no estará en su cuarto.

Yo seguí tomando el café a sorbos y no dije nada.

—La mucama se dará cuenta de que no se acostó en la cama —prosiguió Terry—. Entonces la buscará en otro lugar. Hay un gran pabellón de huéspedes bastante alejado del edificio principal. Tiene su propio camino, garaje y todo lo demás. Sylvia pasó la noche allí. La mucama la encontrará finalmente.

Fruncí el ceño.

—Tengo que tener mucho cuidado con las preguntas que le hago, Terry. ¿No pudo haber pasado la noche fuera de la casa?

—Su ropa está tirada por todo el cuarto. Nunca cuelga nada. La mucama se dará cuenta de que se puso el salto de cama encima del pijama y que salió en esta forma. De modo que sólo pudo haber ido al pabellón de huéspedes.

—No necesariamente —contesté.

—Sólo pudo haber ido al pabellón de huéspedes. ¡Diablos! ¿Usted cree que no se sabe lo que pasa allí? Los sirvientes siempre saben.

—Sigamos —dije.

Se pasó un dedo con tanta fuerza por la mejilla sana que dejó marcada una línea roja.

—Y en el pabellón de huéspedes —prosiguió lentamente—, la doncella encontrará...

—A Sylvia borracha perdida, insensible, helada hasta la médula de los huesos —dije con voz ronca.

—¡Oh! —Reflexionó un momento y agregó—: Por su puesto; eso es lo que pasará. Sylvia no es una borrachina cualquiera. Cuando se pasa al otro lado lo hace en forma drástica.

—Este es el fin de la historia, o casi. Déjeme que improvise. La última vez que bebimos juntos estuve un poco brusco con usted y lo dejé plantado no sé si se acuerda. Me hizo poner furioso. Después lo pensé mejor y comprendí que usted sólo trató de expresar el desprecio que sentía por sí mismo. Me dijo que tiene pasaporte y visado. Lleva bastante tiempo conseguir el visado para México; no dejan entrar a cualquiera por las buenas. De modo que hace tiempo que planeaba irse. Me he estado preguntando cuánto tiempo sería capaz de aguantar.

—Creo que sentía una especie de vaga obligación de quedarme a su lado, tenía la idea de que ella podría necesitarme para algo más que para hacer frente al viejo e impedirle que metiera la nariz en todos lados y curioseara demasiado. A propósito, traté de llamarlo a medianoche.

—Tengo un sueño profundo. No oí nada.

—Entonces me fui a uno de esos baños turcos. Me quedé un par de horas, tomé un baño de vapor, uno de inmersión, una ducha escocesa, un masaje e hice un par de llamadas telefónicas. Dejé el coche en La Brea y Fountain, y de ahí me vine caminando. Nadie me vio tomar por esta calle.

—¿Esas llamadas me conciernen?

—Una fue para Harlan Potter. El viejo viajó ayer en avión a Pasadena por algún asunto de negocios. No estaba en su casa y me costó mucho trabajo localizarlo, pero al fin hablé con él. Le dije que lo sentía, pero que me iba.

Mientras me hablaba miraba de soslayo hacia la ventana que daba a la piscina, como si observara los arbustos que rozaban las persianas.

—¿Cómo lo tomó?

—Dijo que lo lamentaba. Me deseó buena suerte. Me preguntó si necesitaba dinero. —Terry rió amargamente—. Dinero. Esas son las primeras seis letras de su alfabeto. Le dije que me sobraba. Después llamé a la hermana de Sylvia. Más o menos se repitió la misma historia. Eso es todo.

—Quiero hacerle una pregunta —le dije—. ¿Alguna vez la encontró con un hombre en esa casa de huéspedes?

El sacudió la cabeza.

—Nunca lo intenté. No habría sido difícil. Nunca lo fue.

—Se le está enfriando el café.

—No quiero más.

—Muchos hombres, ¿eh? Pero usted volvió y se casó nuevamente con ella. Admito que es muy interesante, pero con todo...

—Ya le he dicho que yo no soy ninguna maravilla. Demonios, ¿por qué la habré dejado la primera vez? ¿Por qué, después de aquello, me portaba como un miserable cada vez que la veía? ¿Por qué prefería vivir en el fango antes que pedirle dinero? Estuvo casada cinco veces, sin incluirme a mí. Cualquiera de ellos volvería a su lado conque sólo moviera un dedo. Y no solamente por sus millones.

—Es una mujer muy atractiva —comenté. Miré mi reloj—. ¿Por qué tenemos que estar exactamente a las diez y cuarto en Tijuana?

—En el avión que sale a esa hora siempre hay asiento.

No hay nadie en Los Angeles que desee viajar en un DC 3 sobre montañas, si puede tomar un *Constellation* y hacer el viaje a México en siete horas. Y los *Constellation* no paran donde yo quiero ir.

Me puse de pie y me apoyé contra la piscina.

—Ahora déjeme hacer un resumen y no me interrumpa.

Usted vino a verme esta mañana en un estado emocional muy intenso y quería que lo llevara a Tijuana para alcanzar el primer avión. Tenía una pistola en el bolsillo, pero no tengo por qué haberla visto. Me dijo que había aguantado todo lo que pudo, pero que anoche había estallado. Encontró a su esposa borracha perdida y un hombre había estado con ella. Usted salió y fue a un baño turco a pasar el tiempo hasta que llegara la mañana, y desde allí llamó por teléfono a dos parientes cercanos de su esposa y les dijo lo que estaba haciendo. A dónde fue usted, no es asunto que me concierna. Usted tenía los documentos necesarios para entrar en México. Cómo fue allí tampoco es asunto que me interese. Somos amigos e hice lo que me pidió que hiciera, sin pensarlo demasiado. ¿Y por qué no habría de hacerlo? Usted no me paga nada. Tenía su coche, pero se sentía demasiado nervioso para conducir. Ese es asunto suyo también. Usted es un tipo emotivo que en la guerra recibió una herida grave. Creo que tendré que tomar su coche y meterlo en algún garaje para que lo guarden.

Buscó en sus ropas y me alcanzó un llavero de cuero, por sobre la mesa.

—¿Qué le parece? —me preguntó.

—Depende de quién lo escuche. Aún no he terminado. Usted tomó solamente lo que llevaba puesto y algún dinero que le dio su suegro. Dejó todo lo que ella le había dado hasta un hermoso coche que dejó estacionado en la Brea esquina Fountain. Usted quería irse lo más limpiamente que pudiera hacerlo y sigue haciéndolo. Está bien. Estoy dispuesto a ayudarlo. Ahora voy a afeitarme y vestirme.

—¿Por qué va a hacer esto, Marlowe?

—Sírvase una copa mientras me afeito.

Salí de la cocina y lo dejé allí sentado, en el rincón. Todavía tenía puesto el sobretodo y el sombrero, pero parecía bastante más animado.

Entré en el baño y me afeité. Regresé al dormitorio y me estaba anudando la corbata cuando de pronto apareció en el umbral de la puerta.

—Por si acaso lavé las tazas —dijo—. Pero estoy pensando una cosa. Quizá sería mejor que usted llamara a la policía.

—Llámela usted mismo. Yo no tengo nada que decirles.

—¿Quiere que lo haga?

Me di vuelta de golpe y le dirigí una mirada dura.

—¡Maldito sea! —expresé casi a gritos—. Por amor de Dios, ¿no puede dejar las cosas como están?

—Lo siento.

—Claro que lo siente. Los tipos como usted siempre lamentan las cosas y siempre lo hacen demasiado tarde.

Se volvió y, atravesando el vestíbulo, se dirigió al *living*.

Terminé de vestirme y cerré con llave la parte de atrás de la casa. Cuando entré en el *living* vi que se había quedado dormido en el sillón; tenía la cabeza inclinada hacia un costado, el rostro pálido, todo el cuerpo vencido por el cansancio y el agotamiento. Daba lástima. Le toqué el hombro y comenzó a despertarse lentamente, como si tuviera que recorrer un largo camino desde donde estaba hasta donde yo me encontraba.

Cuando se despertó del todo y pudo prestarme atención, le pregunté:

—¿No va a llevarse ninguna maleta? Todavía tengo aquella blanca de cuero de cerdo en el estante superior de mi ropero.

—Está vacía —contestó con indiferencia—. Además es demasiado llamativa.

—Llamará más la atención si no lleva equipaje.

Volví al dormitorio, me apoyé en uno de los estantes del armario para poder alcanzar el estante superior. La puerta superior del armario, en forma de escotilla, estaba justo sobre mi cabeza, de modo que la levanté y metí la mano adentro hasta donde podía alcanzar, dejando caer el llavero de cuero detrás de una de las polvorientas vigas o lo que fueran. De un tirón bajé la maleta.

Sacudí el polvo que la cubría y empecé a meter adentro algunas cosas, un par de pijamas nuevos, pasta dentífrica, cepillo de dientes, un par de toallas grandes y otro de toallitas de mano, una serie de pañuelos de algodón, un tubo de crema de afeitar de quince centavos y una de esas maquinillas de afeitar que regalan con el paquete de navajitas. No había nada usado, nada marcado, nada llamativo, excepto que su propio equipaje hubiera sido mejor. Agregué una botella de whisky que todavía conservaba su envoltura original. Cerré la maleta, dejé la llave puesta en una de las cerraduras y la llevé al *living*. Terry se había vuelto a dormir. Abrí la puerta tratando de no hacer ruido, fui al garaje con la maleta y la coloqué detrás del asiento delantero del descapotable. Saqué el coche, cerré el garaje y subí las escaleras para despertarlo. Después cerré la casa y partimos.

Manejé a bastante velocidad, pero no demasiado rápido como para que nos detuvieran. Casi no intercambiamos palabras y no nos paramos para comer. No había tiempo para eso.

Pasamos sin dificultad la frontera. Llegamos a la meseta ventosa donde se levanta el aeropuerto de Tijuana; estacioné el coche cerca de la oficina y me quedé sentado en el auto mientras Terry iba a sacar el pasaje. Las hélices del DC3 estaban ya girando lentamente, lo suficiente como para mantener calientes los motores. El piloto, un tipo alto y robusto, de uniforme de color gris, conversaba con un grupo de cuatro personas. Una de ellas medía aproximadamente un metro noventa centímetros y llevaba una funda de revólver. Al lado suyo había una muchacha en pantalones, un hombre más bajo, de mediana edad, y una mujer de pelo gris y tan alta que a su lado el hombre parecía aún más bajo. También se encontraban tres o cuatro hombres por aquí y por allá; por su aspecto eran evidentemente mexicanos. Este parecía ser todo el pasaje. Habían colocado ya la escalerilla en la puerta, pero nadie parecía ansioso por subir. Entonces un camarero mexicano salió del avión, bajó los escalones y se detuvo, esperando. No parecía haber ningún equipo de altavoces. Los mexicanos subieron al avión, pero el piloto seguía la charla con los norteamericanos.

Había un Packard grande estacionado junto a mí. Salí del coche y eché una mirada alrededor. Quizás algún día aprenda a no meterme en asuntos ajenos. Al sacar la cabeza para salir, vi que la mujer alta miraba hacia mí.

Terry se acercó por el polvoriento camino de grava.

—Todo está arreglado —dijo—. Aquí nos despedimos.

Me tendió la mano. Se la estreché. Parecía encontrarse bien en aquel momento; sólo estaba cansado, cansado como el mismo diablo.

Saqué del *Olds* la maleta de cuero de cerdo y la deposité en el suelo. Terry la contempló con enojo.

—Le dije que no la quería —protestó con tono irritado.

—Adentro hay una hermosa botella, Terry, y algunos pijamas y otras cositas. Todas intrascendentes y anónimas. Si no la quiere, déjela en depósito o tírela.

—Tengo mis razones —insistió, poniéndose rígido.

—Yo también.

De pronto sonrió. Agarró la maleta y con la otra mano me apretó el brazo.

—Muy bien, amigazo; usted manda. Y recuerde, si las cosas se ponen feas, usted tiene carta blanca. No me debe nada. Tomamos juntos algunas copas y llegamos a ser amigos, y yo hablé demasiado de mi persona. En su tarro de café le dejé cinco cheques al portador. No se enoje conmigo.

—Hubiera preferido que no lo hiciera.

—Nunca podré gastar ni la mitad de lo que tengo.

—Buena suerte, Terry.

Los dos norteamericanos estaban subiendo al avión. Un muchacho fornido, de cara ancha y morena, salió del edificio de la oficina, hizo un gesto con la mano y señaló al avión.

—Suba a bordo —dijo—. Sé que usted no la mató. Por eso estoy aquí.

Trato de dominarse, pero su cuerpo se puso rígido y tenso. Se dio vuelta lentamente y me miró.

—Lo siento —expresó con calma—. Pero en eso está equivocado. Voy a ir caminando despacio hasta el avión. Tiene tiempo más que suficiente para detenerme.

Comenzó a andar. Yo lo observaba. El muchacho que estaba a la puerta de la oficina seguía esperando, pero no parecía demasiado impaciente. Los mexicanos rara vez lo son. Se agachó, palmeó la maleta de cuero de cerdo y sonrió a Terry. Después se hizo a un lado y Terry atravesó la puerta. Al cabo de un instante Terry apareció por el otro lado de la puerta, donde se encuentran esperando los empleados de aduana cuando uno llega de viaje. Terry seguía caminando lentamente hacia la escalerilla. Allí se detuvo y me miró. No hizo señal ni ademán alguno. Yo tampoco. Después subió al avión y la escalerilla fue retirada.

Entré en el *Olds*, lo puse en marcha, di la vuelta y recorrí la mitad de la playa de estacionamiento. La mujer alta y el hombre de corta estatura estaban todavía en el campo. La mujer hacía señas con un pañuelo. El avión comenzó a deslizarse hasta el extremo del campo, levantando una polvareda enorme. Al llegar al final dio la vuelta y los motores comenzaron a bramar con ruido ensordecedor. Empezó a moverse hacia adelante, tomando velocidad lentamente.

En su marcha levantó nubes de polvo, y por fin despegó. Lo observé elevarse lentamente en el cielo borrascoso, hasta que se perdió de vista en dirección al sudeste.

Después partí. En el cruce fronterizo nadie me dirigió ni una mirada, como si mi rostro tuviera tanta importancia como las manecillas de un reloj.

CAPÍTULO VI

El regreso desde Tijuana es largo y penoso, uno de los caminos más aburridos del estado. Tijuana no es nada; todo lo que quieren allí son dólares. El chico que se acerca al costado del coche y lo mira a uno con grandes ojos ansiosos, diciendo: "Una moneda, por favor, *mister*", tratará de vender a su hermana en la próxima frase. Tijuana no es México. Toda la ciudad fronteriza no es nada más que una ciudad fronteriza, así como la tierra ribereña no es más que tierra ribereña. ¿San Diego? Uno de los puertos más hermosos del mundo, pero no hay nada en él, excepto el cuerpo de la marina y algunos barcos pesqueros. Por la noche es tierra de hadas. El oleaje es tan suave como una anciana cantando himnos. Pero Marlowe tiene que regresar a su casa y comenzar a trabajar.

El camino hacia el Norte es tan monótono como la canción del marinero. Se atraviesa una ciudad, se baja por una colina y se recorre un tramo de playa, una ciudad, una colina y un tramo de playa.

Eran las dos de la tarde cuando regresé. Me estaba esperando un Sedan oscuro, sin chapa policial, sin luz roja, sólo con la antena doble, y no son los coches de la policía los únicos que las llevan. Estaba en mitad de la escalera cuando salieron del coche y me llamaron a gritos, era la pareja habitual, con su vestimenta de costumbre y su sempiterno movimiento firme y acompasado, como si el mundo entero estuviera esperando en silencio para que ellos le dijeran lo que tienen que hacer.

—¿Usted se llama Marlowe? Queremos hablar con usted.

Me mostró la insignia pero lo hizo con tal rapidez que apenas pude ver el reflejo y, por lo que capté muy bien podría haber pertenecido al cuerpo de Control Sanitario. Tenía el cabello rubio grisáceo y parecía un tipo pegajoso. Su compañero era alto, bien parecido, pulcro, pero había en él algo claramente desagradable y sórdido, un rufián de buenas maneras. Tenían ojos escrutadores y vigilantes, ojos pacientes y cuidadosos, fríos, desdeñosos; ojos de policía, ojos que habían adquirido su expresión en la escuela de policía.

—Soy el sargento Green, de la Sección Homicidios.

Este es el detective Dayton.

Seguí subiendo la escalera y abrí la puerta. A los policías no se les estrecha la mano. Demasiada intimidad.

Se sentaron en el living. Abrí las ventanas y empezó a soplar una suave brisa. Green hizo el gesto de la conversación.

—¿Conoce a un tal Terry Lennox, no?

—De vez en cuando hemos tomado juntos una copa.

Vive en Encino; se casó por dinero. Nunca estuve en su casa.

—De vez en cuando —repitió Green—. ¿Eso qué quiere decir? ¿Con cuánta frecuencia?

—Es una forma de decir, una expresión vaga, en términos generales. Podría ser una vez a la semana o una vez cada dos meses.

—¿Conoce a su mujer?

—La encontré una vez, por unos instantes, antes de que se casaran.

—¿Cuándo y dónde fue la última vez que lo vio?

Agarré la pipa que estaba sobre la mesita y la llené. Green se inclinó hacia mí. El tipo alto estaba sentado más lejos y sostenía en la mano bolígrafo y un bloc de bordes rojos.

—Aquí es donde yo digo: "¿Pero a qué viene todo esto?", y usted responde: "Las preguntas las hacemos nosotros."

—De modo que usted límitese a contestarlas, ¿eh?

Encendí la pipa. El tabaco estaba un poco húmedo; me llevó bastante tiempo y tres fósforos encenderla.

—Dispongo de tiempo —concedió Green—, pero ya he perdido una buena parte esperándolo y dando vueltas por ahí. De modo que muévase, señor. Sabemos quién es usted y se imaginará que no estamos aquí para que se nos abra el apetito.

—Déjeme pensar —le dije—. Solíamos ir bastante a menudo al bar Victor y no con tanta frecuencia a *La Linterna Verde* y a *El Toro* y *El Oso*..., ese lugar que queda al final del Strip y que trata de imitar a una hostería inglesa...

—Acabe con eso.

—¿Quién ha muerto? —pregunté.

El detective Dayton intervino con voz dura, experimentada, una de esas voces que parecen querer decir: "No trate de hacerse el vivo conmigo."

—Usted límitese a contestar las preguntas, Marlowe. Estamos realizando una investigación de rutina. Eso es todo lo que tiene que saber.

Tal vez estuviera cansado e irritable. Tal vez me sintiera un poco culpable. Me di cuenta de que podría odiar a aquel tipo sin siquiera conocerlo, que de sólo verlo en el fondo de una cafetería cualquiera me entrarían ganas de arrancarle los dientes.

—Basta, Jack —le dije—. Guarde esa terminología para la oficina de menores..., aunque hasta a ellos les daría risa.

Green lanzó una risita ahogada. Aparentemente nada cambió en la cara de Dayton, pero, de pronto, pareció diez años más viejo y veinte años más detestable. Su respiración era sibilante.

—El aprobó el examen de Derecho —dijo Green—. Usted no puede hacerse el vivo con Dayton.

Me levanté sin prisa y me dirigí a la biblioteca. Saqué el ejemplar encuadernado del Código Penal de California e hice ademán de alcanzárselo a Dayton.

—¿Sería tan amable de indicarme dónde dice que estoy obligado a contestar a sus preguntas?

Se quedó duro, rígido. Tenía ganas de agarrarme a golpes y ambos lo sabíamos, pero el tipo quería esperar una buena oportunidad. Lo que significaba que no tenía confianza en que Green lo apoyara si se salía de la vaina a destiempo.

El tipo habló con voz firme y uniforme aunque vibrante: "Todo ciudadano debe cooperar con la policía, en todas formas, hasta por la acción física y especialmente contestando las preguntas de naturaleza no incriminatoria que la policía juzgue necesario formular".

—Lo que quiere decir mediante un proceso de intimidación directo o indirecto. Por ley no existe una obligación semejante. Nadie está obligado a decir a la policía nada, en ningún lugar y en ninguna circunstancia.

—¡Oh! ¡Cállese la boca! —exclamó Green con impaciencia—. Usted está escurriendo el bulto y lo sabe. Siéntese. La mujer de Lennox ha sido asesinada. En el pabellón de huéspedes que hay en la propiedad, de Encino. Lennox ha desaparecido o, al menos, no podemos dar con él. De modo que estamos buscando a un sospechoso en un caso de asesinato. ¿Está satisfecho?

Arrojé el libro sobre la silla y me senté en el sofá frente a Green.

—¿Entonces por qué vienen a verme? —pregunté—. Nunca estuve en casa de ellos. Ya se lo dije.

Green se palmeó los muslos, arriba y abajo, una y otra vez. Me sonrió con calma. Dayton estaba inmóvil en la silla. Me devoraba con la mirada.

—Porque su número de teléfono fue escrito durante las últimas veinticuatro horas en una agenda encontrada en la habitación de Lennox. Es una agenda diaria y ayer arrancaron la hoja, pero se puede ver la marca impresa en la página correspondiente al día de hoy. No sabemos cuándo lo llamó a usted. No sabemos adónde fue, ni por qué, ni cuándo. Pero tenemos que preguntar, ¡qué diablos!

—¿Por qué estaba en el pabellón de huéspedes? —pregunté, no esperando que respondiera, pero lo hizo.

Se sonrojó un poco.

—Parece que iba allí bastante a menudo. Por la noche. Tenía visitas. Los sirvientes alcanzan a divisar la casa entre los árboles cuando las luces están encendidas. Los autos van y vienen, algunas veces tarde, otras muy tarde. Pero todo esto no tiene importancia. No se llame a engaño. Lennox es el tipo que buscamos. Estuvo allí a eso de la una de la madrugada y se dirigió al pabellón de huéspedes. El criado lo vio. Regresó solo, unos veinte minutos más tarde. Después de eso, nada. Las luces siguieron encendidas. Esta mañana, Lennox no estaba por ninguna parte. El criado se dirigió al pabellón de huéspedes. Encontró a la dama en la cama, desnuda como una sirena, y permítame que le diga que el criado no la reconoció por la cara. Prácticamente no tiene cara. Fue reducida a papilla con una estatuita de bronce.

—Terry Lennox no es capaz de hacer una cosa así —dije—. Con seguridad ella lo engañaba. Es asunto viejo y conocido. Ella siempre lo hacía. Se habían divorciado y se volvieron a casar. Supongo que conocer el comportamiento de su mujer no lo haría muy feliz, pero, ¿por qué iba a ponerse furioso de pronto?

—Nadie lo sabe —contestó Green con toda paciencia—. Pero es lo que pasa siempre. Tanto con los hombres como con las mujeres. Un tipo aguanta y aguanta y aguanta. Y de pronto no aguanta más. Probablemente él mismo no lo sabe, ignora por qué en ese momento determinado le agarra un ataque frenético, lo hace y hay alguien que muere. Es así como nosotros tenemos siempre trabajo. Es por eso que le formulamos una sola pregunta. Deje de andarse con vueltas o lo metemos adentro.

—No va a decirle nada, sargento —exclamó Dayton en tono agrio—. ¿No ve que leyó aquel libro sobre leyes? Como mucha gente que lee libros de Derecho, parece que él piensa que ahí dentro está la ley.

—Usted anote —dijo Green— y deje descansar el cerebro. Si se porta bien le dejaremos cantar arroz con leche en el salón de tertulia de la policía.

—Váyase al diablo, sargentito, si puedo decir eso con el debido respeto a su rango.

—Empiecen a pelear —intervine yo, dirigiéndome a Green—. Cuando él se caiga al suelo yo lo agarraré.

Dayton depositó con todo cuidado sobre la mesa el bloc y el bolígrafo. Se puso de pie y le brillaron los ojos; dio unos pasos y se paró frente a mí.

—¡Levántese, vivillo! No crea que porque fui al colegio y tengo educación voy a soportar burlas de un nadie como usted.

Comencé a ponerme de pie y todavía no había logrado alcanzar el equilibrio completo, cuando me golpeó. Me tiró un gancho con la izquierda y luego un golpe cruzado. Oí campanas, pero no las de la cena. Me senté medio mareado y sacudí la cabeza. Dayton permanecía en el mismo lugar y sonreía.

—Probemos de nuevo —dijo—. Usted no estaba preparado. No fue un golpe limpio.

Miré a Green. Se estaba mirando el dedo pulgar como si se estuviera examinando un padraastro. No me moví ni pronuncié una palabra, esperando que él me mirara. Si me paraba de nuevo, Dayton volvería a golpearme. También podía hacerlo en ese momento si quería. Pero si yo me ponía de pie y él me pegaba, yo lo haría pedazos porque sus golpes demostraban que él no era más que un simple boxeador. Colocaba bien los golpes, pero haría falta muchos para poder voltearme.

Green dijo en forma un tanto distraída:

—Buen trabajo, Billy, muchacho. Le diste al hombre exactamente lo que él andaba buscando. Una buena torta.

Entonces levantó la vista y dijo con voz suave:

—Una vez más, para que quede constancia, Marlowe. ¿Cuándo fue la última vez que vio a Terry Lennox, dónde y cómo, qué es lo que hablaron y de dónde acaba de venir usted ahora? ¿Sí... o no?

Dayton seguía parado, con aspecto despreocupado, pero en guardia. Sus ojos brillaban suave y dulcemente.

—¿Qué se sabe del otro tipo? —pregunté, ignorando a Dayton.

—¿De qué tipo me habla?

—El del pabellón de huéspedes. Ella no tenía ropa encima. No dirá que fue allí a jugar al solitario.

—Eso ya vendrá después..., cuando agarremos al marido.

—¡Espléndido! Si es que no les da demasiado trabajo una vez que ya tengan al chivo expiatorio.

—Si no habla lo metemos adentro, Marlowe.

—¿Cómo testigo presencial?

—Me importa un pito que sea presencial o no. Como sospechoso. Sospechoso de complicidad después de cometido un asesinato. Por haber ayudado a escapar a un sospechoso. Supongo que usted llevó a ese tipo a alguna parte. Y, por el momento, todo lo que necesito es una suposición. El jefe está bravo estos días. Conoce el reglamento, pero suele estar muy distraído, y esto podría ser una desgracia para usted. En una forma u otra le sacaremos una declaración. Cuanto más difícil nos sea conseguirla, más seguros estaremos de necesitarla.

—Eso no es más que un juego para él —dijo Dayton—. Conoce el libro de leyes.

—Es un juego para todos —dijo Green con calma—, pero todavía surte efecto. Vamos, Marlowe, decídase.

—Muy bien —comencé—. Hablemos claro. Terry Lennox era mi amigo. Llegué a tenerle bastante afecto, lo bastante como para no echarlo a perder simplemente por que un policía me dice que cante. Usted tiene algo contra él, posiblemente mucho más de lo que me ha dicho. El motivo, la oportunidad y el hecho de que Terry haya desaparecido. El motivo es asunto viejo, neutralizado hacía tiempo, casi era parte del trato que hicieron. No admiro esa clase de tratos, pero el muchacho es así..., un poco débil y muy dócil. El resto no significa nada, excepto que si él sabía que ella había muerto, sabía también que ante usted no tenía defensa alguna. Cuando se haga la investigación, si es que la realizan y me citan, tendré que contestar a las preguntas que me formulen. Pero no tengo que responder a las suyas. Comprendo que usted es un buen hombre, Green. En la misma forma que veo que su compañero es un tipo de mano rápida, que le gusta exhibir su fuerza y tiene complejo de guapo. Si usted quiere verme envuelto en un lío verdadero, déjelo que me golpee de nuevo y yo le romperé su maldito bolígrafo en la cabeza.

Green se puso de pie y me miró con tristeza. Dayton no se movió. Era un tipo violento e impulsivo. Necesitaba tener mucho tiempo libre para que le palmeara a uno la espalda.

—Voy a llamar por teléfono —dijo Green—. Pero sé la respuesta que me darán. Usted es un jovencito muy tierno, Marlowe, demasiado tierno. ¡Por todos los diablos salga de mi camino! —Esto último iba dirigido a Dayton. Dayton se dio vuelta y fue a buscar su bloc.

Green se dirigió hacia el teléfono y levantó el auricular lentamente; su cara simple y sencilla aparecía surcada de arrugas y agobiada por su larga tarea, lenta e ingrata.

Eso es lo malo con los policías. Uno está preparado para odiarlos y de pronto se topa con uno que se porta como un ser humano.

El comisario dijo que me llevaran y rápido.

Me pusieron las esposas. No revisaron la casa, que parecía tenerles sin cuidado. Posiblemente calcularon que tendría demasiada experiencia para tener en casa algo que pudiera ser peligroso para mí. En eso se equivocaban. Si hubieran buscado minuciosamente habrían encontrado las llaves del coche. Y cuando pescaran el coche, lo que pasaría más temprano o más tarde, verían que las llaves correspondían perfectamente y sabrían que Terry había estado conmigo.

En realidad, todo mi razonamiento no tuvo ningún valor, como se vio después. El coche nunca fue hallado por la policía. Lo robaron durante la noche, probablemente lo llevaron a El Paso, le adaptaron llaves nuevas, falsificando los papeles, y lo pusieron a la venta en la ciudad de México. El procedimiento es de rutina. La mayoría del dinero vuelve en forma de heroína. Es parte de la política de buena vecindad, según dicen los traficantes.

CAPÍTULO VII

Aquel año, el jefe de la Sección Homicidios era el comisario Gregorius, el tipo del policía que está siendo cada día más difícil de encontrar, pero que de ninguna forma ha desaparecido. Seis meses más tarde fue acusado de perjurio en el Tribunal de Justicia, puesto en libertad sin proceso y, poco tiempo después, en su hacienda de Wyoming, un gran garañón lo pateó hasta matarlo.

En aquel momento yo era su plato fuerte. Estaba sentado detrás del escritorio, sin americana y con las mangas arrolladas casi hasta los hombros. Era tan calvo como una bola de billar, y estaba criando grasa en la cintura como les pasa a todos los hombres musculosos y fornidos cuando llegan a la edad madura. Los ojos eran de color gris acuoso. La nariz, grande, mostraba una verdadera red de capilares rojizos. Estaba tomando café, y por cierto que lo sorbía ruidosamente. Las manos fuertes y toscas estaban cubiertas de vello espeso, y unos penachos de pelo grisáceo asomaban por las orejas. Manoseó algo que había en el escritorio y miró a Green.

Green habló:

—Todo lo que conseguimos es que nos diga que no declarará nada, comisario. Lo fuimos a buscar porque encontramos su número de teléfono en la casa. Había salido y no nos dijo adónde. Conoce a Lennox bastante bien y no quiere decir cuándo lo vio por última vez.

—Quiere hacerse el guapo —apuntó Gregorius con tono indiferente—. Podemos hacerle cambiar de idea.

Lo dijo como si no le importara la forma de conseguirlo. Probablemente le tenía sin cuidado. Nadie se hacía el guapo con él.

—La cuestión es que, en este asunto, el Fiscal de Distrito olfatea mucha atracción periodística. No podemos echarle la culpa, teniendo en cuenta quién es el amigo de la muchacha. Creo que lo mejor será que hagamos cantar a este amigo.

Me miró como si yo fuera una colilla de cigarillo o una silla vacía; yo era simplemente algo que se hallaba dentro de su línea de visión pero que carecía del todo de interés para él.

Dayton destacó en tono respetuoso:

—Es bien evidente que toda su actitud está encauzada a crear una situación por la cual pueda negarse a hablar. Nos citó unos párrafos de la ley y me provocó hasta que tuve que ponerlo en vereda y darle una buena. Me salí de las casillas, comisario.

Gregorius lo miró fríamente.

—Usted debe ser fácil de provocar, si este infeliz pudo hacerlo. ¿Quién le sacó las esposas?

Green dijo que él lo había hecho.

—Póngaselas de nuevo —ordenó Gregorius—. Bienapretadas. Vamos a hacerle entrar en razón.

Green comenzó a ponerme las esposas.

—Detrás de la espalda —vociferó Gregorius. Green me puso las manos atrás y me esposó. Yo estaba sentado en una silla dura.

—Apriete más —dijo Gregorius.

Green apretó más aún. Empecé a sentir las manos entumecidas.

Por fin Gregorius me miró.

—Ahora puede hablar, y hágalo rápido.

No le contesté. Se reclinó sobre la silla e hizo una mueca. Extendió la mano lentamente y agarró la taza de café. Se inclinó un poco más hacia adelante. Me arrojó la taza con fuerza; pude evitarla haciéndome a un lado, pero me caí de la silla y fui a aterrizar en el suelo con el hombro contra el piso. Me di vuelta rodando y me levanté lentamente. Sentía las manos muy entumecidas; insensibilizadas por completo. Los brazos comenzaron a dolerme.

Green me ayudó a sentarme en la silla. El café había mojado el respaldo y parte del asiento, pero casi todo había caído al suelo.

—No le gusta el café —comentó Gregorius—. Es un tipo veloz. Se mueve rápido. Tiene buenos reflejos.

Nadie dijo nada. Gregorius me miró con sus ojos acuosos.

—Oiga, señor. Una licencia de detective tiene tanta importancia como una tarjeta de visita. Ahora vamos a escuchar su declaración; primero verbal. Más tarde se la tomaremos por escrito. A ver si la hace completa. Quisiera un relato detallado, digamos, de todos sus movimientos desde la noche pasada, a las veintidós horas. Dije detallado.

Esta oficina está investigando un asesinato y el principal sospechoso ha desaparecido. Usted está relacionado con él.

El tipo pesca a la mujer engañándolo y le destroza la cabeza hasta convertirla en un montón de carne cruda y huesos y pelo empapado en sangre. Todo eso con nuestra vieja amiga, la estatuita de bronce. No es muy original, pero da resultado. Si usted cree que voy a permitir que un maldito detective me haga citas de la ley en un caso como éste, entonces, señor, le aseguro que le esperan momentos muy difíciles. No hay en todo el país una fuerza policial que pueda hacer su trabajo con un libro de leyes. Usted tiene información y yo quiero conocerla. Usted podría decir que no y yo podría no creerle. Pero usted ni siquiera dice no. No se haga el difícil conmigo ni se mande la parte. No ganará nada con eso. Empecemos.

—¿Me sacaría las esposas, comisario? —pregunté—. Quiero decir, si hiciera una declaración.

—Puede ser. Abrevie.

—Si le dijera que no vi a Lennox en las últimas veinticuatro horas, que no le hablé y que no tengo idea de dónde puede estar..., ¿estaría satisfecho, comisario?

—Puede ser..., si es que le creyera.

—Si le dijera que lo he visto y dónde y cuándo, pero que no tenía idea de que hubiera asesinado a alguien o de que se hubiera cometido algún crimen, y que además no sé dónde podría estar en este momento, esto no lo satisfaría en absoluto, ¿no es cierto?

—Con más detalles podría escuchar. Cosas como dónde, cuándo, qué aspecto tenía, lo que se habló y adónde se dirigió. Podríamos llegar a algo.

—Así —dije— a lo que podríamos llegar es a que me convierta en un cómplice.

Se le hincharon los músculos de las mandíbulas. Sus ojos tenían el color del hielo sucio.

—¿Entonces?

—No sé —dije—. Necesito consejo legal. Me gustaría cooperar. ¿Qué le parece si viniera aquí alguien de la oficina del fiscal del distrito?

Dejó escapar una risa breve y ronca, pero se puso serio de golpe. Se levantó lentamente y dio la vuelta alrededor del escritorio. Se acercó a mí, se inclinó con la mano apoyada sobre la mesa y sonrió. Entonces, sin cambiar de expresión me golpeó al costado del cuello con un puño que parecía un trozo de hierro. Gregorius seguía con la mano izquierda apoyada sobre el escritorio y se inclinó hacia mí, sonriendo todavía. Su voz parecía venir de muy lejos.

—Yo solía ser duro, pero me estoy volviendo viejo. Usted recibe un buen puñetazo, señor, y es todo lo que va a sacar de mí. En la cárcel tenemos muchachos que deberían estar trabajando en los corrales de ganado. Quizá no debiéramos tenerlos porque no son mozos amables y de puño limpio como este Dayton. No tiene cuatro hijos y un jardín con rosas como Green. A ellos les interesan otros entretenimientos. ¿Se le ocurren algunas otras cosas originales que decir, si es que va a molestarse en decirlas?

—No, mientras tenga las esposas puestas, comisario. —Hasta decir esto me dolió.

Se inclinó aún más y me envolvió con fuerza el olor de su sudor y de su aliento pútrido. Después se enderezó, dio la vuelta, volvió al escritorio y se sentó sobre sus sólidas nalgas. Agarró una regla de tres cantos y deslizó el pulgar a lo largo de uno de los bordes como si se tratara de un cuchillo. Al cabo de un instante miró a Green.

—¿Qué está esperando, sargento?

—Ordene. —Green arrastró la palabra como si aborreciera el sonido de su propia voz.

—¿Es necesario dárselas? Usted es un hombre de experiencia, al menos eso dicen sus antecedentes. Quiero una declaración detallada de los movimientos de este hombre durante las últimas veinticuatro horas, o tal vez más; esto por ahora y para empezar. Quiero saber lo que ha hecho durante cada minuto de ese lapso. La quiero firmada, con testigos y verificada. La necesito para dentro de dos horas. Después quiero que él vuelva aquí limpio, pulcro y sin una marca. Y una cosa más, sargento... Hizo una pausa y dirigió a Green una mirada que hubiera dejado congelada a una patata recién sacada del horno.

—...la próxima vez que a un sospechoso yo le haga algunas preguntas corteses, no quiero que se quede inmóvil, mirando como si le hubiera arrancado la oreja al tipo.

—Sí, señor —Green se volvió hacia mí—. Vamos —dijo en tono malhumorado.

Gregorius me mostró los dientes. Necesitaban una buena limpieza.

—Salgamos, amigo.

—Sí, señor —dije cortésmente—. Con toda seguridad no fue ésa su intención, pero me hizo un favor. Con ayuda del detective Dayton, me resolvió un problema. A ningún hombre le gusta traicionar a un amigo, pero por usted yo no traicionaría ni a un enemigo. Usted no sólo es un gorila; es un incompetente. No sabe cómo conducir una investigación sencilla. Yo estaba haciendo equilibrio sobre la hoja de un cuchillo y usted

hubiera podido hacer que me inclinara para un lado u otro. Pero tuvo que aprovecharse de mí, tirarme café a la cara y usar sus puños cuando estaba en una situación en que lo único que podía hacer era aguantar. De ahora en adelante no le diré ni la hora del reloj que está en su propia pared.

Por alguna extraña razón permaneció inmóvil en su silla y me dejó hablar. Después sonrió sarcásticamente.

—Usted no es más que el clásico tipejo que odia a la policía, amigo. Eso es todo lo que es usted, amiguito; simplemente un tipejo que odia a la policía.

—Hay lugares donde no se odia a la policía, comisario. Pero en esos lugares usted no sería policía.

También aguantó eso. Me imagino que podía hacerlo. Probablemente había oído cosas peores muchas veces.

En aquel momento sonó el teléfono de su escritorio. Miró hacia el aparato e hizo un gesto. Dayton dio rápida mente la vuelta al escritorio y descolgó el auricular.

—Oficina del comisario Gregorius. Habla el detective Dayton.

Escuchó con atención y en su frente se formó una pequeña arruga que casi unió sus hermosas cejas. Dijo suavemente:

—Espere un momento, por favor, señor.

Alcanzó el teléfono a Gregorius.

—El Comisionado Albright, señor.

Gregorius frunció la cara.

—¿Sí? ¿Qué quiere ese cretino? —Tomó el teléfono, lo sostuvo un momento y su cara se suavizó.

—Habla Gregorius, Comisionado.

Escuchó durante unos instantes.

—Sí; está aquí en mi oficina, Comisionado. Le estuve haciendo algunas preguntas. No quiere cooperar. No quiere cooperar para nada. ¿Cómo? ¿Cómo dijo? —de pronto torció la cara en una mueca feroz. La sangre enrojeció su frente pero la voz no cambió de tono—. Si ésa es una orden directa, debería venirme del Jefe de Detectives, Comisionado... Seguro. Daré los pasos necesarios mientras me llega la confirmación. Seguro... Diablos, no. Nadie le ha puesto la mano encima... Sí, señor en seguida.

Colgó el auricular. Me pareció que la mano le temblaba un poco. Me observó detenidamente y luego miró a Green.

—Sáquele las esposas —ordenó con voz inexpresiva.

Green abrió la cerradura. Me froté las manos esperando los pinchazos y puntadas indicadores de que la sangre comenzaba a circular.

—Inscríbalo en la cárcel del distrito —dijo Gregorius hablando con lentitud—. Sospecha de asesinato. El fiscal del distrito ha sacado el caso de nuestras manos. Hermoso sistema el que tenemos aquí.

Nadie se movió. Green estaba cerca de mí, respirando en forma agitada. Gregorius levantó la vista y miró a Dayton.

—¿Qué está esperando, pedazo de bobo? ¿Que le sirva un helado, tal vez?

Dayton habló con voz sofocada: —Usted no me dio órdenes, jefe.

—¡Maldito sea, dígame señor! Soy jefe para los sargentos y los de más arriba. No para usted, muchacho. No para usted. Afuera.

—Sí, señor. —Dayton se dirigió rápidamente hacia la puerta y desapareció. Gregorius se puso de pie, se acercó a la ventana y permaneció parado de espaldas a la habitación.

—Vamos moviéndonos —murmuró Green en mis oídos —Sáquemelo de aquí antes de que le golpee de nuevo en la cara —dijo Gregorius desde la ventana.

Green fue hasta la puerta y la abrió. Me encaminé hacia la salida.

De pronto Gregorius vociferó: —¡Espere! ¡Cierre esa puerta!

Green la cerró y se apoyó en ella.

—¡Venga aquí! —ladró Gregorius dirigiéndose a mí.

Yo no me moví. Permanecí inmóvil mirándolo. Green tampoco se movió. Se produjo un silencio impresionante. Entonces Gregorius atravesó la habitación muy lentamente y se paró frente a mí. Las puntas de nuestros pies se tocaron. Metió las manos grandes y toscas en los bolsillos y se balanceó sobre sus talones.

—Nadie le ha puesto la mano encima —dijo en voz baja, como si hablara consigo mismo. Sus ojos tenían una mirada lejana e inexpresiva. La boca se movía convulsivamente.

De pronto me escupió en la cara y retrocedió.

—Eso es todo, gracias.

Se dio vuelta y se acercó a la ventana. Green abrió de nuevo la puerta.

Mientras salía, saqué el pañuelo y me limpié la cara.

CAPÍTULO VIII

La celda N.º 3 del pabellón de delincuentes menores tenía dos literas, tipo camarote, pero el pabellón no estaba muy lleno, de modo que tuve la celda para mí solo. En el pabellón de delincuentes menores se trata bastante bien a la gente. Dan dos frazadas, ni sucias ni limpias y un colchón apoltonado de cinco centímetros de espesor que va encima de un elástico de metal entretejido. Hay inodoro con depósito de agua corriente, lavabo, toallas de papel y jabón gris de consistencia arenosa. El edificio es limpio y no huele a desinfectante. Abundan los presos de confianza, encargados de la limpieza.

Los guardias de la cárcel vigilan a los presos y hacen la vista gorda. A menos que uno sea borracho o psicópata o actúe como tal, permiten a los presos que tengan cigarrillos y fósforos. Hasta la audiencia preliminar uno conserva su propia ropa. Después se usa la ropa de la cárcel, el traje de presidiario, sin corbata, ni cinturón, ni cordones de zapatos. Uno se sienta en la litera y espera. No hay otra cosa que hacer.

El pabellón de los borrachos no es tan bueno. No hay litera, ni silla, ni frazadas, nada. Los tipos se acuestan sobre el piso de cemento. Se sientan en el inodoro y vomitan sobre su propio cuerpo. Aquello es el fondo de la miseria. Yo lo he visto.

Aunque todavía era de día, las luces del techo estaban encendidas. Las luces se manejaban desde afuera de la puerta de acero de la dependencia. Se apagaban a las nueve de la noche. Nadie entraba ni decía nada. Uno podía estar en la mitad de una frase del diario o de una revista. Se apagaban de pronto, sin el menor sonido o señal de advertencia. Y ahí se quedaba uno hasta el amanecer sin otra cosa que hacer sino dormir, en el caso de poder conciliar el sueño, o fumar, si tenía con qué hacerlo, o pensar, si es que uno podía pensar en algo que no le hiciese sentirse peor que no pensar nada.

En la cárcel, el hombre carece de personalidad. No es más que un problema secundario que hay que resolver y unas cuantas declaraciones en los informes. A nadie le importa quién lo quiere o lo odia, cómo se siente o lo que ha hecho con su vida. Nadie reacciona hacia él, a menos que dé trabajo. Nadie se aprovecha o abusa de él. Todo lo que se le exige es que vaya tranquilamente a la celda correspondiente y que se quede quieto cuando llegue allí. No hay nada contra qué luchar, nadie con quien enojarse. Los carceleros son hombres tranquilos, carentes de animosidad o sadismo. Toda esa cantinela que se lee sobre alaridos y gritos de los presos, sobre golpes contra la reja y guardias corriendo con garrotes..., todo eso se refiere a la cárcel para delincuentes mayores.

Una buena cárcel es uno de los lugares más tranquilos del mundo. Se podría caminar durante la noche por los pasillos, entre las celdas, y observar a través de las rejas y ver una frazada marrón hecha un ovillo y tirada por el suelo o un par de ojos que miran al vacío. Se podría escuchar un ronquido. De vez en cuando podrían oírse los gritos de alguien que sufre una pesadilla. En la cárcel la vida está en suspenso, no tiene propósito ni significado. En otra celda podríamos ver un hombre que no logra dormir o que ni siquiera puede tratar de dormir. Está sentado al borde de su cama, quieto. Quizá lo mire a uno o quizá no. Uno lo mira a él. No dice ni una palabra y uno tampoco. No tenemos nada que decirnos.

En un extremo del edificio puede haber una segunda puerta de acero que conduce a la sala de identificación. Una de sus paredes es una malla de red metálica pintada de blanco. Sobre la pared posterior hay rayas para medir la altura, y en el cielo raso, los reflectores. Es regla entrar allí por la mañana, justo antes de que el jefe de guardia nocturna termine su trabajo. Uno se detiene delante de las líneas de medición y las luces lo deslumbran con su resplandor; tras la malla de red todo está oscuro. Pero hay mucha gente ahí: policías, detectives, ciudadanos que han sido robados o asaltados o estafados o que han sido despojados de sus ahorros o de sus autos amenazándoles con una pistola. Uno no les ve ni los oye. Sólo se siente la voz del jefe de guardia nocturno, alta y clara. Hace marcar el paso, andar, pararse, como si uno fuera un perro amaestrado actuando. El es el director escénico de una obra que, en la historia, ha batido el récord de permanencia en las tablas, pero a él ya no le interesa.

—A ver, usted. Póngase derecho. Meta el estómago. Alce la barbilla. Eche atrás los hombros. Mantenga la cabeza derecha. Mire hacia adelante. Dése vuelta a la izquierda. Vuelta a la derecha. Mire hacia adelante de nuevo. Las manos separadas. Palmas hacia arriba. Palmas hacia abajo. Levántese las mangas. No hay señales visibles. Cabello castaño oscuro, algunas canas. Ojos castaños. Altura, un metro ochenta y cinco. Peso, alrededor de ochenta y seis kilos. Nombre, Philip Marlowe. Ocupación, detective privado. Bueno, bueno, encantado de verlo, Marlowe. Eso es todo. El siguiente.

—Le agradezco mucho jefe. Gracias por el tiempo que me dedicó. Pero se olvidó de hacerme abrir la boca. Tengo algunas lindas emplomaduras y una corona de porcelana de la mejor calidad. Una corona de porcelana que vale ochenta y siete dólares. También se olvidó de mirar mi nariz por adentro, jefe. Hay allí un montón de cicatrices. Operación de tabique. ¡Aquel tipo sí que era un carnicero! Me tuvo dos horas en la sala de operaciones. Oí decir que ahora la hacen en veinte minutos. Me ocurrió jugando al rugby, jefe; un pequeño error de cálculo al intentar atajar la pelota. En lugar de eso, atajé el pie de uno de los jugadores cuando éste acababa de patear la pelota. El penal fue de quince metros y yo fui a parar a la sala de opera-

ciones con la nariz destrozada. No es una fanfarronada, jefe. Simplemente se lo cuento. Las pequeñas cosas son las realmente importantes.

Al tercer día, un agente abrió la puerta de mi celda al promediar la mañana.

—Su abogado está aquí. Tire la colilla... y no en el suelo.

La arrojé en el inodoro. El agente me llevó a la sala de visitas. Un hombre alto, pálido, de cabello oscuro, estaba de pie en el cuarto y miraba por la ventana. Sobre la mesa había un abultado portafolio color marrón. Se dio vuelta y esperó a que se cerrara la puerta. Entonces se sentó cerca del portafolio en el extremo de una mesa de roble destartalada que parecía sacada del Arca. Noé la debió haber comprado de segunda mano. El abogado abrió una cigarrera de plata, trabajada a mano, la puso ante mí y me observó detenidamente.

—Siéntese, Marlowe. ¿Quiere un cigarrillo? Mi nombre es Endicott, Sewell Endicott. He recibido instrucciones de representarlo sin gastos ni costas para usted. Me imagino que le agradecería salir de aquí, ¿no es cierto?

Me senté y tomé un cigarrillo. Me alcanzó el encendedor.

—Encantado de verlo de nuevo, señor Endicott. Nos hemos encontrado antes... cuando usted era fiscal de distrito.

El asintió.

—No me acuerdo, pero es muy posible. —Sonrió débilmente—. Aquel puesto no era para mí. No tenía carácter para eso.

—¿Quién lo mandó aquí?

—No puedo decirlo. Si usted me acepta como abogado, alguien se encargará de pagar los honorarios.

—Me imagino que eso significa que lo han atrapado.

El me miró fijamente. Di una pitada al cigarrillo; era uno de esos con filtro y tenía gusto a paja.

—Si se refiere a Lennox —contestó Endicott—, y por supuesto que eso lo doy por sobrentendido, le diré que no... no lo han detenido.

—¿A qué viene el misterio, señor Endicott? ¿Por qué no me dice quién lo mandó aquí?

—Mi cliente desea permanecer anónimo. Ese es su privilegio. ¿Me acepta como abogado?

—No lo sé —respondí—. Si no han agarrado a Terry, ¿por qué me tienen a mí encerrado? Nadie me ha preguntado nada, nadie se me ha acercado.

Endicott frunció el ceño y observó con atención sus largos dedos, blancos y delicados.

—El fiscal del distrito, Springer, se ha hecho cargo personalmente de este asunto. Es posible que haya estado demasiado ocupado y no pudiera interrogarlo todavía. Pero usted tiene derecho a que se le abra proceso y a pedir una audiencia preliminar. Puedo sacarlo bajo fianza presentando un recurso de habeas corpus. Usted conoce probable mente lo que es la ley.

—Estoy detenido bajo sospecha de asesinato.

Se encogió de hombros con impaciencia.

—Eso no es más que un comodín que sirve para todo.

Podría haber sido detenido por una contravención en Pittsburgh o por cualquier otra acusación. Seguramente en lo que ellos piensan es en complicidad después del hecho.

Usted llevó a Lennox a algún lado, ¿no es así?

No contesté. Arrojé al suelo el insípido cigarrillo y lo aplasté con el pie. Endicott se encogió de hombros de nuevo y frunció el entrecejo.

—Supongamos que lo hizo, aunque sólo fuera para poder seguir desarrollando mi argumentación. Para acusar lo de complicidad tienen que probar que hubo propósito deliberado. En este caso, eso implicaría el conocimiento de que se cometió un crimen y de que Lennox era un fugitivo. En cualquiera de los dos casos es caucionable. Por supuesto, usted en realidad es un testigo material. Pero en este estado no se puede tener a un hombre en la cárcel como testigo material a menos que la corte lo ordene. Nadie puede ser acusado de ser testigo material antes de que el juez lo declare así. Pero la gente que ejecuta las leyes acaba encontrando siempre la forma de hacer lo que quiere.

—Sí —contesté—. Un detective llamado Dayton me golpeó. El comisario de la sección homicidios, Gregorius, me arrojó una taza de café y me dio en el cuello un puñetazo. Tiene mucha razón, señor Endicott, los muchachos de la ley pueden hacer siempre lo que desean.

Endicott miró sin disimulo su reloj pulsera.

—¿Quiere salir bajo fianza o no?

—Gracias. Creo que no lo haré. Un tipo que sale bajo fianza es ya medio culpable a los ojos del público. Si después consigue que lo absuelvan es que ha tenido un abogado inteligente.

—Eso es una tontería —dijo con impaciencia.

—Tiene razón, es una tontería y yo soy un tonto. De otra manera no estaría aquí. Si usted está en contacto con Lennox, dígame que deje de preocuparse por mí. No estoy aquí por él. Estoy aquí por mí. No me quejo. Es parte del trato. En mi trabajo, la gente recurre a mí cuando está en dificultades. Dificultades grandes o pequeñas, pero siempre dificultades que no quieren llevar a la policía. ¿Cómo podrían seguir viniendo a verme si cualquier guapo protegido por el escudo policial puede ponerme boca abajo y sacarme las entrañas a golpes?

—Comprendo su punto de vista —dijo Endicott lentamente—. Pero permítame que le corrija en algo. Yo no estoy en contacto con Lennox. Apenas si lo conozco. Soy un funcionario de la corte, como lo son todos los abogados. Si supiera dónde está Lennox, no podría ocultar la información al fiscal del distrito. Lo más que podría hacer sería llegar a un acuerdo para entregarlo a una hora y lugar de terminados luego de haber conversado con él.

—Ninguna otra persona podría haberse molestado en enviarlo aquí para ayudarme.

—¿Me está tratando de mentiroso? —Se agachó para apagar la colilla del cigarrillo contra la parte de abajo de la mesa.

—Creo recordar que usted es de Virginia, señor Endicott. Aquí tenemos una especie de opinión histórica con respecto a los virginianos. Pensamos en ellos como en la flor y nata de la caballerosidad y el honor sureños.

Endicott sonrió.

—Eso está muy bien dicho. Sólo desearía que fuera verdad. Pero estamos perdiendo tiempo. Si usted tuviera una pizca de sentido común habría dicho a la policía que no veía a Lennox desde hacía una semana. No tenía por qué ser verdad. Después, podría haber contado la historia verdadera bajo juramento. No hay ley alguna que impida que se mienta a la policía, y ellos lo saben y lo esperan.

Se sienten más felices cuando uno les miente que cuando uno se niega a hablar. Esto lo consideran como un desafío directo a su autoridad. ¿Qué espera ganar con ello?

No contesté. En realidad no tenía respuesta. Endicott se puso de pie, tomó el sombrero, cerró la cigarrera de un golpe y se la metió en el bolsillo.

—Usted se siente como un actor que tiene que representar su gran escena —dijo fríamente—. Afeerrarse a sus derechos, hablar de la ley, etcétera. ¿Cómo puede un hombre ser tan ingenuo, Marlowe? Un hombre como usted, que se supone que debe conocer el mundo que lo rodea. La ley no es la justicia. Es un mecanismo muy imperfecto. Si usted aprieta exactamente los resortes justos, y además tiene suerte, es posible que al final se haga justicia. La ley no ha intentado ser nunca otra cosa que un mecanismo. Veo que usted no quiere ayuda, de modo que no me queda más que retirarme. Hágame llamar si cambia de idea.

—Voy a perseverar en mis trece por uno o dos días más. Si detienen a Terry no les importará saber cómo consiguió irse; sólo se preocuparán del circo que se hará con el proceso. El asesinato de la hija de Harlan Potter es asunto que dará material para grandes titulares en todo el país. Con un espectáculo así, un tipo como Springer, a quien le gusta satisfacer las exigencias del público, puede llegar a Fiscal General y de ahí a ocupar la silla del gobernador y de ahí... —Dejé de hablar y el resto quedó flotando en el aire.

Endicott sonrió en forma burlona.

—Creo que usted no conoce mucho a Harlan Potter.

—Y si no atrapan a Lennox, no querrán saber cómo logró escapar, señor Endicott. Simplemente desearán olvidar rápido todo el asunto.

—Parece que lo tiene todo pensado, ¿eh, Marlowe?

—He tenido tiempo para hacerlo. Todo lo que sé sobre Harlan Potter es que se le calcula una fortuna de cien millones de dólares y que es propietario de nueve o diez diarios. ¿Cómo anda la publicidad?

—¿La publicidad? —Su voz parecía de hielo al hablar.

—Sí. Nadie de la prensa me ha entrevistado. Esperaba que esto haría mucho ruido en los periódicos. Conseguiría mucho trabajo "Un detective privado prefiere ir a la cárcel antes que traicionar a un amigo".

Endicott se dirigió hacia la puerta y se dio vuelta, con la mano apoyada en el picaporte.

—Usted me divierte, Marlowe. En cierto sentido actúa como un niño. Es verdad que cien millones de dólares pueden comprar mucha publicidad, pero si son utilizados con habilidad y astucia, también pueden comprar mucho silencio, amigo mío.

Abrió la puerta y desapareció. Un agente me llevó de regreso a la celda N.º 3 del pabellón de delincentes.

—Me parece que no estará con nosotros mucho tiempo si ha conseguido a Endicott como abogado
—me dijo en tono amable mientras cerraba la puerta. Le contesté que deseaba que no se equivocara.

CAPÍTULO IX

El guardián del primer turno de la noche era un tipo grandote, rubio, de hombros macizos y expresión amistosa. Parecía de mediana edad, uno de esos hombres a quienes desde hacía tiempo ya nada les hace mella y ha sobrevivido al enojo y a la piedad. Quería pasar las ocho horas de su turno en la mejor forma posible y daba la sensación de que en su trabajo casi todo resultaría fácil y agradable. Abrió la puerta de mi celda.

—Visita para usted. Un tipo de la Oficina del Fiscal del Distrito. Así que no puede dormir, ¿eh?

—Es un poco temprano para mí. ¿Qué hora es?

—Las diez y catorce minutos. —Se detuvo en el marco de la puerta y miró la celda. Una frazada estaba extendida sobre la litera baja, y la otra, doblada, hacía las veces de almohada. Había un par de toallitas de papel usadas en el cesto de papeles y un pequeño rollo de papel higiénico en el borde del lavabo. Asintió con signo de aprobación.

—¿Hay algo personal ahí dentro?

—Solamente yo.

Dejó abierta la puerta de la celda. Caminamos a lo largo del corredor silencioso en dirección al ascensor y llegamos hasta el escritorio donde se lleva el registro de entradas y salidas. Al lado del escritorio había un hombre gordo, de traje gris, que fumaba un cigarro. Tenía las uñas sucias y despedía un olor particular.

—Soy Spranklin, de la oficina del Fiscal de Distrito —me dijo con voz ruda—. El señor Grenz lo espera arriba. Se llevó la mano detrás de la cadera y sacó un par de esposas—. Probemos la medida a ver si le quedan bien.

El guardián y el empleado del registro se hicieron muecas burlonas y lo miraron profundamente divertidos.

—¿Qué te pasa, Sprank? ¿Tienes miedo de que te dé una buena en el ascensor?

—No quiero líos —gruñó el tipo—. Una vez uno se me escapó. Casi me comieron crudo. Vamos, compañero.

El empleado le alcanzó un formulario y él estampó su firma.

—Nunca corro riesgos innecesarios —dijo—. Nunca se sabe qué pueden estar tramando contra uno en esta ciudad.

Un agente de policía trajo a un borracho con la oreja ensangrentada. Nos dirigimos hacia el ascensor.

—Usted está en apuros, muchacho —me dijo Spranklin en el ascensor—. Tiene una montaña de dificultades. Aquello pareció proporcionarle una profunda satisfacción y prosiguió—: Un tipo puede meterse en muchos embrollos en esta ciudad.

El ascensorista volvió la cabeza y me hizo un guiño; yo le contesté con una mueca burlona.

—No intente hacer nada —me dijo Spranklin con voz severa—. Una vez le disparé un tiro a un hombre. Trataba de escapar. Casi me comieron crudo.

—¿Así que pasó lo suyo?

Lo pensó y dijo: —Sí; en cualquier forma a uno siempre lo comen crudo. Es una ciudad ruda. No hay respeto.

Salimos del ascensor y franqueamos las puertas dobles de la oficina del Fiscal de Distrito. El conmutador no funcionaba; los cables y clavijas eran desconectados durante la noche. No había nadie en la sala de espera y sólo se veía luz en un par de oficinas. Spranklin abrió la puerta de una habitación pequeña, iluminada, en la que había un escritorio, un fichero, una o dos sillas y un hombre rechoncho, de mandíbula prominente, ojos estúpidos y cara arrebolada. En aquel preciso momento estaba metiendo algo en el cajón del escritorio.

—Podría llamar antes de entrar —le gritó a Spranklin.

—Lo siento, señor Grenz —balbució Spranklin—. Es taba preocupado con el prisionero.

Me empujó dentro de la oficina.

—¿Le saco las esposas, señor Grenz?

—¡No sé por qué diablos se las puso! —dijo Grenz en tono agrio.

Se quedó observando mientras Spranklin trataba de abrir la cerradura. Tenía la llave correspondiente en un manojo del tamaño de un pomelo y le costó trabajo encontrarla.

—Bueno, vuela de aquí —dijo Grenz—. Espere afuera para llevárselo de vuelta.

—Estoy fuera de servicio, señor Grenz.

—Usted estará fuera de servicio cuando yo se lo diga.

Spranklin se retiró hacia la puerta con la cara colorada como un tomate. Grenz lo siguió con mirada asesina y, cuando la puerta se cerró, trasladó la mirada hacia mi persona. Tomé una silla y me senté.

—No le dije que se sentara —vociferó Grenz.

Saqué un cigarrillo del bolsillo y me lo llevé a la boca.

—Y no le di permiso para fumar —prosiguió Grenz en el mismo tono.

—En la celda se me permite fumar. ¿Por qué no aquí?

—Porque está en mi oficina. Aquí yo soy el que dicta los reglamentos. Del otro lado del escritorio me llegaba un fuerte olor a whisky.

—Tómese rápido otro trago —le dije—. Lo tranquilizará. Creo que lo interrumpimos cuando entramos.

Se apoyó pesadamente en el respaldo de la silla. Su cara se arrebató. Prendí un fósforo y encendí el cigarrillo.

Después de un largo intervalo, Grenz dijo con voz suave:

—Está bien, guapo. Todo un hombre, ¿no? ¿Sabe una cosa? Cuando los hombres vienen aquí, los hay de todas las medidas y de todas las formas, pero salen de la misma medida... pequeña. Y de la misma forma... vencida.

—¿Para qué quería verme, señor Grenz? Y no me importa si tiene ganas de prenderse a esa botella. A mí también me gusta tomar un trago cuando estoy nervioso y cansado, y después de un trabajo excesivo.

—No me parece usted muy impresionado por el lío en que está metido.

—No creo estar metido en ningún lío.

—Ya veremos. Mientras tanto quiero que me haga una declaración bien completa. —Señaló con el dedo un aparato registrador que estaba al lado del escritorio—. Le tomaré ahora la declaración y la transcribiremos mañana. Si el Comisionado Principal está satisfecho con su declaración puede dejarlo en libertad bajo promesa de no abandonar la ciudad. Comencemos. —Puso en marcha el aparato grabador. Habló con voz fría, firme, y con el tono más desagradable que encontró. Pero la mano derecha seguía tanteando el cajón del escritorio. Era demasiado joven para mostrar en la nariz el dibujo venoso y, sin embargo, lo tenía, y el blanco de los ojos presentaba una coloración desagradable.

—Estoy tan cansado de todo... —dije.

—¿Cansado de qué? —preguntó bruscamente.

—Hombrecillos que se creen fuertes, en pequeñas reparticiones, respaldados por la fuerza pronuncian palabras y frasecitas muy duras que carecen de todo significado. He estado cincuenta y seis horas en el pabellón de delincuentes. Nadie me molestó; nadie trató de probar que era guapo. No tenían necesidad de hacerlo. Pero lo tenían en conserva para cuando lo necesitaran. ¿Y por qué razón estuve allí? Me han detenido bajo sospecha. ¿Qué demonios de sistema legal es éste que permite que un hombre sea metido en la cárcel porque un polizonte no obtuvo respuesta a alguna pregunta? ¿Cuál era la prueba que obraba en su poder? Un número de teléfono escrito en un anotador. ¿Y qué es lo que trataba de probar encerrándome? Nada absolutamente, excepto que tenía poder para hacerlo. Ahora usted está en la misma posición... quiere que me dé cuenta del enorme poder del que dispone y que le proporciona esta caja de cigarrillos que usted llama su oficina. Usted envía a un cuidador de niños asustados, a altas horas de la noche, para que me traiga aquí. ¿Tal vez pensó que el estar sentado durante cincuenta y seis horas, solo con mis pensamientos, anularía mi cerebro? ¿Cree que voy a llorar en su falda y pedirle que me acaricie la cabeza porque estoy tan espantosamente solo en una gran cárcel inmensa? Vamos, Grenz. Tómese un trago y sea un poco humano; estoy dispuesto a aceptar que usted no hace más que cumplir con su trabajo. Pero sáquese las manoplas antes de comenzar. Si usted es bastante grande no las necesita, y si las necesita usted no es bastante grande para vérselas conmigo.

Grenz permaneció sentado, escuchando, con la vista fija en mí. Después sonrió amargamente.

—Lindo discurso —comentó—. Ahora que se ha dado el gusto, a ver si empieza con la declaración. ¿Quiere contestar preguntas determinadas y específicas o simplemente contarle a su manera?

—Les estaba hablando a los pájaros —respondí yo—. Sólo para oír soplar la brisa. No pienso hacer ninguna declaración. Usted es abogado y sabe que no estoy obligado a ello.

—Tiene razón —aceptó con frialdad—. Conozco la ley. Conozco el trabajo policial. Le estoy ofreciendo una oportunidad para que aclare su situación. Si no le interesa, yo me lavo las manos. Puedo iniciarle proceso criminal mañana a las diez de la mañana y citarlo para una audiencia preliminar. Puede ser que consiga salir en libertad bajo fianza, aunque yo me opondré a ello, pero si logra hacerlo le prevengo que le saldrá salado. Le costará mucho dinero. Le ofrezco otra forma de arreglar el asunto.

Miró un papel que tenía sobre el escritorio, lo leyó y le dio vuelta.

—¿Cuál sería la acusación? —le pregunté.

—Sección treinta y dos. Complicidad después del hecho. Un delito. Le pueden tocar hasta cinco años en San Quintín.

—Es mejor que primero agarren a Lennox —dijo con cautela.

Grenz sabía algo; lo percibí en su actitud. No podía precisar lo que era, pero me resultó evidente que traía algo entre manos.

Grenz se apoyó en el respaldo de la silla, tomó un lapicero y lo hizo girar lentamente entre las palmas de sus manos. Después sonrió; estaba gozando.

—Lennox es un hombre a quien le resulta difícil ocultarse, Marlowe. Para la mayoría de la gente se necesita una foto, y una foto buena. No para un tipo cuyas cicatrices le cubren todo un lado de la cara; sin mencionar el cabello blanco y el hecho de que no tiene más de treinta y cinco años. Tenemos cuatro testigos, y quizá más.

—¿Testigos de qué? —Sentí un gusto amargo en la boca, como la bilis que tragué cuando el capitán Gregorius me golpeó. Aquello me hizo recordar el cuello aún dolorido e hinchado. Me lo froté suavemente.

—No sea terco, Marlowe. Un juez de la corte de justicia de San Diego y su esposa fueron a despedir a su hijo y a su nuera que viajaban justamente en aquel avión. Los cuatro vieron a Lennox, y la mujer del juez vio el auto en el que llegó al aeródromo y vio al que lo acompañaba. ¿Tiene algo que objetar?

—Está bien. ¿Cómo consiguió ponerse en contacto con ellos?

—Mediante un boletín especial en la radio y en TV. Sólo hicimos una descripción completa. El juez nos llamó.

—Todo esto impresiona muy bien —contesté—, pero hace falta más que eso, Grenz. Tiene que atraparlo y probar que cometió el asesinato, y entonces tendrá que probar que yo lo sabía.

Con el dedo dio un papirotazo en el dorso del telegrama.

—Creo que tomaré ese trago —concedió—. Estuve trabajando demasiado por la noche.

Abrió el cajón y puso sobre el escritorio la botella y un vaso. Lo llenó hasta el borde y se lo bebió de un trago.

—Mejor —dijo—. Mucho mejor. Lamento no poder ofrecerle uno mientras esté detenido.

Tapó la botella con el corcho y la empujó más lejos, pero no fuera de su alcance. —Oh, sí, usted dice que tenemos que probar algo. Bueno, es posible que ya hayamos conseguido una confesión, compañero. ¿Lástima, no?

Me pareció que un dedo pequeño pero muy frío me recorría la espina dorsal, como un insecto helado arrastrándose.

—Entonces, ¿para qué necesita una declaración mía?

Grenz hizo una mueca y dijo:

—Creo que voy a tomar otro trago. —Abrió el cajón del escritorio y puso otra botella y otro vaso sobre la mesa—. Necesitamos que usted haga una declaración por que queremos tener todas las circunstancias en orden. Traeremos a Lennox y lo procesaremos. Todos los datos que podamos obtener nos son necesarios. Lo que pedimos de usted no es tanto como lo que estaríamos dispuestos a concederle... si usted coopera con nosotros.

Lo miré fijamente. Removió un poco los papeles. Se movió en la silla, miró la botella y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo de voluntad para no agarrarla.

—Tal vez usted quiera conocer los pormenores del asunto —dijo de pronto, mirándome de soslayo—. Bueno, vivillo, sólo para mostrarle que no estoy bromeando, aquí lo tiene.

Me incliné sobre el escritorio, él pensó que quería alcanzar una de las botellas. La agarró de inmediato y la volvió a poner en el cajón. Yo quería solamente dejar la colilla en el cenicero. Volví a apoyarme en el respaldo de la silla y encendí otro cigarrillo.

Grenz comenzó a hablar rápidamente.

—Lennox descendió del avión en Mazatlán, ciudad de alrededor de treinta y cinco mil habitantes y punto de confluencia de varias líneas aéreas. Desapareció durante dos o tres horas. Después, un hombre alto de cabello negro y tez morena, que podía muy bien ocultar una serie de cicatrices se registró en el Torreón con el nombre de Silvano Rodríguez. Hablaba castellano correctamente pero no lo suficiente para un hombre con ese apellido. Era demasiado alto para ser un mexicano de piel tan morena. El piloto entregó un informe sobre él. Los policías estuvieron muy lentos. Los polizontes mexicanos no son precisamente ejemplo de rapidez. Lo que mejor hacen es disparar contra la gente. Cuando comenzaron a moverse, ya el hombre había contratado un avión que lo llevó a una pequeña ciudad montañesa llamada Otatoclán, que tiene un hermoso lago y es lugar de veraneo. El piloto del avión había seguido en Texas cursos de adiestramiento como piloto de combate.

Hablaba bien el inglés. Lennox se hizo el que no le entendía.

—¿Y si no era Lennox? —le interrumpí.

—Espere un momento, amigo. Claro que era Lennox. Muy bien, Lennox baja en Otatoclán y se inscribe en un hotel, esta vez con el nombre de Mario de Cervia. Llevaba revólver, un Mauser 7.65, que, por supuesto, en México no significa mucho. Pero el piloto del avión alquilado pensó que el muchacho no parecía trigo limpio, de modo que cambió unas palabras con las autoridades locales. Estas pusieron a Lennox bajo vigilancia. Entretanto, verificaron algunas cosas con la ciudad de México y entraron en acción.

Grenz agarró una regla y se puso a contemplarla de un extremo a otro, además sin sentido, pero cuyo único fin era evitar mirarme.

—¡Huy, huy! Ese piloto es un muchacho vivo. Y muy amable con los clientes. La historia apesta.

Grenz levantó la vista y me miró.

—Lo que queremos —dijo con voz seca— es un proceso rápido y una defensa sobre la base de asesinato de segundo grado, que aceptaremos. Existen algunos puntos en los que no queremos escarbar y meternos. Después de todo, la familia es muy influyente.

—Se refiere a Harlan Potter.

Grenz asintió secamente.

—Para mí, personalmente, el asunto no tiene el menor interés, pero para Springer ofrecería un campo enorme. Tiene de todo: Sexo, escándalo, dinero, esposa hermosa e infiel, esposo herido y héroe de guerra —supongo que de ahí sacó las cicatrices—. ¡Demonios! Ocuparía la primera plana durante semanas. Todo rufián del país devorará las noticias. De modo que trataremos de terminar el asunto rápidamente. Si el jefe lo quiere así, es cosa suya. ¿Qué hay de la declaración?

Se dio vuelta hacia el aparato registrador que había estado conectado todo el tiempo, con la luz encendida en la parte de adelante y produciendo un zumbido suave.

—Ciérrelo —le dije.

Grenz se volvió y me dirigió una mirada maligna.

—¿Le gusta estar en la cárcel?

—No se está tan mal. Es cierto que uno no se encuentra con la crema de la sociedad, pero ¿quién diablos tiene interés en hacerlo? Sea razonable, Grenz. Usted trata de convertirme en delator. Tal vez yo sea obstinado o hasta sentimental, pero también soy práctico. Supóngase que tuviera que contratar a un detective privado... Sí, sí, ya sé cuánto le horroriza esa sola idea..., pero supóngase que fuera su único recurso. ¿Recurriría a uno que delate a sus amigos?

Me miró con odio.

—Quiero aclarar un par de puntos más. ¿No le llama la atención que la táctica adoptada por Lennox para escapar sea un poco demasiado evidente? Si quería que lo agarraran, no tenían necesidad de pasar por todos esos líos. Si no quería que lo atraparan, tiene bastantes sesos como para no disfrazarse de mexicano en México.

—¿Qué quiere decir con eso? —gruñó Grenz.

—Que usted puede hartarse de inventar una cantidad de disparates esperando que le crea, pero estoy convencido de que no ha habido ningún Rodríguez con el pelo teñido, ningún Mario de Cervia en Otatoclán y que usted está tan enterado del paradero de Lennox como del lugar en el que el pirata Barbanegra enterró su tesoro.

Grenz agarró la botella. Se sirvió una copa y la bebió de un sorbo. Se reclinó lentamente sobre la silla y cerró el aparato registrador.

—Me hubiera gustado ponerlo a prueba —dijo, rechinando los dientes—. Me gusta trabajar con tipos vivos como usted. Esta maniobra pesará sobre usted durante mucho, mucho tiempo, buen mozo. Caminará con ella y dormirá con ella. Y la próxima vez que se pase de la raya, lo liquidaremos en ella. Ahora tengo que hacer algo que me revuelve las tripas.

Tomó el papel que había puesto boca abajo, le dio vuelta y lo firmó. Uno siempre puede darse cuenta de cuándo un hombre escribe su propio nombre. Lo hace con un movimiento especial. Después Grenz se puso de pie, dio un rodeo alrededor del escritorio, abrió la puerta de la oficina de un tirón y lanzó un grito llamando a Spranklin.

El gordo apareció en seguida y Grenz le entregó el papel.

—Acabo de firmar la orden dejándole en libertad —me dijo—. Soy funcionario público y a veces tengo que cumplir deberes desagradables. ¿Tiene interés en saber por qué la firmé?

Me puse de pie.

—Si usted quiere decírmelo...

—El caso Lennox está cerrado, señor. No existe ningún caso Lennox. Esta tarde, en la habitación del hotel donde se encontraba, Lennox escribió una confesión completa y se pegó un tiro. En Otatoclán, como le dije.

Permanecí de pie mirando al vacío. Por el rabillo del ojo vi que Grenz retrocedía lentamente como temeroso de que yo pudiera darle una trompada. Por un momento debí presentar un aspecto bastante desagradable. En seguida Grenz pasó detrás de su escritorio y Spranklin me agarró del brazo.

—Vamos, camine —dijo con voz medio plañidera—. De vez en cuando me gusta ir a casa por la noche.

Salí con él y cerré la puerta. La cerré muy despacio, como si fuera una habitación donde alguien acabara de morir.

CAPÍTULO X

Saqué del bolsillo la copia de la lista de mis pertenencias, la entregué y recibí el original. Puse todas las cosas en los bolsillos. Había un hombre apoyado en el extremo del mostrador de la mesa de entradas y cuando me di vuelta para irme, se enderezó y me dirigió la palabra. Tenía alrededor de un metro noventa de estatura y era flaco como un alambre.

—¿Quiere que lo lleve a casa?

A la luz mortecina de la habitación pude ver que era un tipo de edad mediana, de aspecto cínico y cansado, pero que no parecía un embaucador.

—¿Por cuánto?

—Gratis. Soy Lonnie Morgan, del *Journal*.

—¡Ah!, sección policial.

—Sólo por esta semana. Mi sección regular es el municipio Salimos del edificio y encontramos su coche en la playa de estacionamiento. Levanté la vista hacia el cielo. Las estrellas brillaban con fuerte resplandor. Era una noche fresca y agradable. Respiré hondo y subí al coche y partimos.

—Vivo afuera, en Laurel Canyon —dije—. Déjeme en cualquier parte que le venga bien.

—Para meterlo adentro lo trajeron en coche, pero no se preocupan de cómo llegará a su casa. Este caso me interesa, aunque es un tanto repugnante.

—Parece que ya no existe ningún caso —dije—. Terry Lennox se suicidó esta tarde. Así dicen ellos. Así lo dicen.

—Muy conveniente —dijo Lonnie Morgan, con la mirada fija hacia adelante. El coche se deslizaba silencioso por las calles tranquilas—. Ayuda a levantar el muro.

—¿Qué muro?

—Alguien está levantando un muro alrededor del caso Lennox, Marlowe. Usted es bastante inteligente como para darse cuenta, ¿no es cierto? No le están dando la importancia que se merece. El Fiscal de Distrito salió esta noche para Washington. Para alguna convención. Partió con la menor publicidad posible que haya tenido durante años.

¿Por qué?

—Es inútil que me lo pregunte a mí. Yo estuve a la sombra.

—Pues porque alguien le dijo que sería más conveniente proceder así. No quiero insinuar que le untaron la mano.

Pero le deben haber prometido algo importante para él, y sólo existe un hombre vinculado con este caso que esté en posición de hacerlo. El padre de la muchacha.

Recliné la cabeza en el rincón del respaldo.

—Suena un tanto improbable —dije—. ¿Y los diarios?

Harlan Potter posee algunos periódicos, pero ¿y los que le hacen la competencia?

Me dirigió una mirada divertida y después se concentró en conducir.

—¿Alguna vez ha sido periodista?

—No.

—Los diarios son propiedad de los ricos. Ellos los publican. Los ricos pertenecen todos al mismo club. Claro que existe la competencia..., una competencia dura, implacable, por la circulación, las primicias, las crónicas exclusivas. Todo lo que usted quiera, siempre que no dañe el prestigio, el privilegio y la posición de los propietarios. Si lo hace, entonces se baja el telón. El caso Lennox, debidamente presentado, hubiera podido hacer vender una enormidad de diarios. Tiene de todo. El proceso hubiera atraído a los mejores periodistas de todo el país. Pero no habrá ningún proceso pues Lennox desapareció antes de que pudieran iniciarlo. Como le dije, muy conveniente... para Harlan Potter y su familia.

Me enderecé y lo miré fijamente.

—¿Usted insinúa que hubo cohecho?

Torció la boca con gesto sardónico.

—Quizá sólo sea que Lennox recibiera alguna ayuda para suicidarse. Pudo haberse resistido al arresto. Los policías mexicanos tienen los dedos muy prontos para apretar el gatillo. Si quiere hacer una pequeña apuesta, yo le juego el triple a que nadie se molestó en contar los balazos.

—Creo que se equivoca —dije—. Conocí a Terry Lennox bastante bien. El ya se había calificado desde hacía largo tiempo. Si ellos le trajeran de nuevo a la vida les dejaría salirse con la suya. Haría frente a la acusación de homicidio sin premeditación.

Lonnie Morgan sacudió la cabeza. Ya sabía lo que es taba por decir. Lo dijo:

—Ninguna posibilidad. Si le hubiera disparado un tiro o le hubiera roto el cráneo, tal vez. Pero hubo demasiada brutalidad. Su cara quedó transformada en una masa sanguinolenta. Lo más que podría conseguir es homicidio con atenuantes, y aun así el fallo produciría revuelo.

—Quizá tenga razón —dije.

Me miró de nuevo.

—Usted dice que conocía al hombre, ¿qué piensa de todo el escenario? ¿Le convence?

—Estoy cansado. Esta noche no estoy con ánimo de pensar.

Se produjo una larga pausa. Entonces Lonnie Morgan dijo con tranquilidad:

—Si yo fuera un tipo realmente inteligente, en lugar de ser un pobre periodista mercenario, pensaría que después de todo, tal vez él no la matara.

—No deja de ser una idea.

Morgan se llevó un cigarrillo a la boca y lo encendió con un fósforo que frotó contra el tablero del coche. Comenzó a fumar en silencio, con el ceño fruncido y la mirada fija en el camino. Llegamos a Laurel Canyon y le indiqué dónde debía doblar para tomar mi calle. El coche ascendió por la colina y se detuvo al pie de la escalera de pino colorado.

Bajé del coche.

—Gracias por el viaje, Morgan. ¿Quiere tomar una copa?

—Me imagino que preferirá estar solo.

—Tengo mucho tiempo para estar solo. Demasiado tiempo.

—Tiene que decirle adiós a un amigo. Debe haberlo sido para que a causa de él usted haya dejado que lo zarandeen y lo metan adentro.

—¿Quién dice que les dejé?

Morgan sonrió débilmente.

—No crea que porque no puedo publicarlo, eso signifique que no lo sepa, amigo. Hasta luego. Espero verlo pronto .

Cerré la puerta del coche y vi como daba la vuelta y descendía por la colina. Cuando los faros posteriores desaparecieron, subí las escaleras, recogí los periódicos y entré en la casa vacía. Encendí todas las luces y abrí todas las ventanas. El ambiente era sofocante.

Preparé un poco de café, lo tomé y luego saqué del tarro los cinco cheques. Estaban muy enrollados. Terry los había empujado adentro del café y a un lado. Comencé a recorrer la habitación de uno a otro extremo, con la taza de café en la mano, conecté el aparato de TV, lo cerré, me senté, me puse de pie y me volví a sentar de nuevo. Pasé revista a todos los diarios que se habían ido amontonando en la escalera. El caso Lennox había sido lanzado como noticia sensacional, pero aquella mañana ya había pasado a la página dos. Había una foto de Sylvia pero ninguna de Terry, y una instantánea mía cuya existencia ignoraba. "Detective privado es detenido para averiguaciones." Había una gran foto de la casa de Lennox en Encino. Era una mansión pseudo-inglesa con una cantidad de techos en punta; sólo la limpieza de las ventanas debía costar como cien dólares al mes. Se levantaba sobre una loma en un terreno de ochenta áreas, lo que representa una propiedad importante en una zona como Los Angeles. También se había publicado una foto del pabellón de huéspedes, que era una miniatura del edificio principal, pero rodeado de árboles. No había fotos de lo que los diarios llamaban "el cuarto de la muerte".

En la cárcel había visto todo eso, pero lo volví a ver y a leer con ojos diferentes. No me dijo nada, excepto que una joven rica y hermosa había sido asesinada y que la prensa lo había ido dejando casi de lado. De modo que las influencias habían comenzado a trabajar muy pronto. Los muchachos de la sección policial de los diarios debieron haber hecho rechinar los dientes y rechinaron en vano. Se leía entre líneas. Si Terry habló con su suegro en Pasadena la misma noche que Sylvia fue asesinada, debió haber habido una docena de guardias en la residencia antes de que siquiera se notificara a la policía.

Pero había algo de lo que no se decía ni una sola palabra... la forma en que la habían golpeado. Nadie me haría creer que Terry hubiera hecho una cosa semejante.

Apagué las luces y me senté al lado de la ventana abierta. Afuera, en un arbusto, un mirlo lanzó unos trinos, admirándose a sí mismo antes de posarse para pasar la noche.

Me dolía el cuello. Me afeité, tomé una ducha y me fui a la cama. Permanecí acostado de espaldas, escuchando, como si muy lejos, en la oscuridad, pudiera oír una voz, una de esas voces calmas y pacientes

que aclaran todo. No la escuché, y sabía que no la escucharía nunca. Nadie iba a explicarme el caso Lennox. No era necesario ninguna explicación. El asesino había confesado y estaba muerto. No habría pesquisa ni investigación.

Muy conveniente, como había hecho notar Lonnie Morgan, del Journal. Si Terry Lennox había matado a su esposa, entonces estaba muy bien. No había ninguna necesidad de proceso y de sacar a relucir todos los detalles desagradables. Si no la había matado, también estaba muy bien. Un hombre muerto es el mejor chivo expiatorio del mundo: no hay peligro de que hable jamás.

CAPÍTULO XI

Por la mañana me afeité de nuevo, me vestí, y me dirigí con el coche por el camino habitual para estacionarlo en el lugar de costumbre; si el cuidador de la playa de estacionamiento sabía que yo era un personaje público importante, lo disimuló en forma magistral. Subí las escaleras, atravesé el corredor y saqué las llaves para abrir la puerta. Un hombre de tez morena y aspecto tranquilo me estaba observando.

—¿Usted es Marlowe?

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Espere un momento —me dijo—. Alguien vendrá a verlo.

Se separó de la pared en la que estaba apoyado y empezó a andar arrastrando los pies.

Entré en la oficina y recogí la correspondencia. Sobre el escritorio había cartas recogidas por la encargada de la limpieza. Después de abrir las ventanas, leí las cartas y tiré las que no me interesaban, que constituían la mayoría.

Conecté el llamador con la otra puerta, llené la pipa, la encendí y entonces me senté a esperar que alguien gritara pidiendo ayuda.

Pensé en Terry Lennox con cierta indiferencia. Ya estaba perdiéndose en la distancia, con su cabello blanco, la cara llena de cicatrices, su débil encanto y esa forma de orgullo tan peculiar. No lo juzgaba ni lo analizaba, en la misma forma en que nunca le pregunté cómo se había herido o cómo pudo casarse con una mujer como Sylvia. Era como alguien que uno encuentra en un barco y llega a conocer muy bien aunque, al mismo tiempo, no lo conozca en absoluto. Se había ido de la misma forma que el pasajero que se despide en el muelle diciendo “nos veremos pronto, viejo”, y uno sabe que jamás se volverán a ver. Y si es que se vuelven a ver, él será una persona completamente diferente, sólo otro rotario en su coche. “¿Cómo andan los negocios? ¡Oh!, no están mal. Tiene buen aspecto. Lo mismo usted. Aumenté mucho de peso. ¿Acaso todos no aumentamos? ¿Se acuerda de aquel viaje en el *Franconia* (¡o el nombre que tuviera!). ¡Oh!, claro, hermoso viaje, ¿no?”

Al diablo si fue un hermoso viaje. Estabas mortalmente aburrido. Sólo comenzaste a hablar con aquel tipo porque no había nadie interesante a tu alrededor. Tal vez sucedió así con Terry Lennox y yo. No, no exactamente. Le debía algo. Invertí en él tiempo, dinero y tres días de cárcel, sin mencionar la trompada en la mandíbula y el puñetazo en el cuello, aún sensible al tragar. Ahora él estaba muerto y ni siquiera podía devolverle los quinientos mangos. Aquello me dolió. Siempre son las pequeñas cosas las que duelen.

El llamador de la puerta y el teléfono sonaron al mismo tiempo. Atendí primero el teléfono porque el llamador sólo significaba que alguien había entrado en la diminuta sala de espera.

—¿Habla el señor Marlowe? El señor Endicott quiere hablar con usted. Un momento, por favor.

Endicott se puso al aparato.

—Habla Sewell Endicott —dijo como si no supiera que la secretaria ya me había adelantado su nombre.

—Buenos días, señor Endicott.

—Me alegra ver que lo pusieron en libertad. Pienso que posiblemente usted tuvo una buena idea al no ofrecer ninguna resistencia.

—No fue una idea. Simplemente obstinación.

—Dudo que vuelva a oír algo más sobre todo este asunto. Pero si no fuera así y necesita ayuda, no deje de llamarme.

—¿Por qué tendría que pasar algo? El hombre está muerto. Les resultaría endemoniadamente difícil probar que estuvo conmigo. Y aun entonces tendrían que probar que soy culpable de haber tenido conocimiento del asunto. Y después tendrían que probar que cometió el crimen o que era un fugitivo.

Endicott carraspeó.

—Quizá no esté usted enterado de que Lennox dejó una confesión completa —dijo con cautela.

—Me lo dijeron, señor Endicott, pero me estoy dirigiendo a un abogado. ¿Hablaría de más si sugiriera que la confesión también tendría que ser probada, tanto en lo referente a su autenticidad como a su veracidad?

—Temo no disponer de tiempo para una discusión legal —dijo Endicott bruscamente—. Tengo que ir en avión a México para cumplir con un deber bastante triste. Probablemente adivine de qué se trata.

—Ajá. Depende de quién sea la persona a quien representa. No me lo dijo, ¿recuerda?

—Lo recuerdo muy bien. Bueno, adiós, Marlowe. Mantengo mi ofrecimiento de ayuda, pero permítame que también le dé un pequeño consejo. No crea que su posición está perfectamente aclarada y usted esté a salvo. Aún se encuentra metido en un asunto peliagudo.

Endicott cortó la comunicación y yo hice lo mismo. Permanecí un momento sentado, con el ceño fruncido, pero en seguida hice desaparecer de mi rostro este gesto de preocupación y me levanté para abrir la puerta de comunicación con la sala de espera.

Había un hombre sentado al lado de la ventana, hojeando una revista. Usaba traje gris azulado a cuadros color azul pálido casi invisibles. Tenía zapatos negros, de tipo mocasín con dos cordones, que son casi tan confortables como las sandalias pero que no arruinan los calcetines cada vez que uno camina una calle con ellos. En el bolsillo tenía un pañuelo blanco doblado en cuadro y detrás asomaba un par de anteojos para el sol. El cabello era abundante, oscuro y ondulado, la tez muy morena, la mirada viva y brillante, y se sonrió al mirarme. Sobre la camisa de un blanco inmaculado lucía una corbata color castaño oscuro anudada en forma de moño.

Dejó a un lado la revista y dijo:

—¡Las cosas que se publican! He estado leyendo un artículo sobre Costello. Claro, ellos conocen todo sobre Costello. Lo mismo que yo conozco todo sobre Helena de Troya.

—¿En qué puedo servirle?

Me contempló sin ninguna prisa y dijo de pronto:

—Un Tarzán en un gran monopatín rojo.

—¿Qué?

—Usted, Marlowe. Es un Tarzán en un gran monopatín rojo. ¿Lo maltrataron mucho?

—Más o menos. Pero no creo que sea asunto suyo.

—¿Después de que Allbright habló con Gregorius?

—No, después de eso, no.

Hizo un breve gesto de asentimiento.

—Usted recibió algún mendrugo cuando se le pidió a Allbright que frenara a ese infeliz.

—Ya le dije que no creo que sea asunto suyo. Y a propósito, no conozco al comisionado Allbright y no le pedí que hiciera nada. ¿Por qué habría de hacer algo por mí?

El tipo me miró malhumorado y se levantó lentamente, grácil como una pantera. Atravesó la habitación y se asomó a mi oficina, me hizo una señal con la cabeza y entró. Era uno de esos tipos que parecen ser los dueños del lugar donde se encuentran. Lo seguí y cerré la puerta. El hombre se detuvo al lado del escritorio y miró alrededor con expresión divertida.

—Usted es un tipo pequeño —dijo—. Muy pequeño.

Me paré detrás del escritorio y esperé.

—¿Cuánto gana al mes, Marlowe?

Hice oídos sordos y encendí la pipa.

—Setenta y cinco será el máximo —calculó.

Dejé caer el fósforo apagado en el cenicero y exhalé el humo del tabaco.

—Usted es un fullero, un pobre engañabobos. Es tan pequeño que para verlo se necesita una lupa.

No dije nada.

—Tiene emociones baratas. Es ordinario en todo. Da unas vueltas con un tipo, bebe con él unos cuantos tragos, le hace algunas bromas, le da un poco de dinero cuando anda en la mala y se entrega a él en cuerpo y alma. Como cualquier escolar que lee a Frank Merriwell. Usted no tiene agallas, ni cerebro, ni buenos amigos, ni carácter; por eso adopta actitudes falsas y espera que la gente se ponga a llorar. Tarzán en un monopatín rojo.

Sonrió con lasitud:

—En mi libro usted no vale ni siquiera un centavo.

De pronto se inclinó sobre el escritorio y me abofeteó con el revés de la mano, en forma casual y despreciativa sin intención de lastimarme y con la misma sonrisa en los labios. Después, como yo ni siquiera me moví, se sentó lentamente, apoyó el codo sobre el escritorio y el mentón en su mano morena. Los ojos brillantes y escrutadores me seguían observando.

—¿Sabe quién soy, pobre infeliz?

—Su nombre es Menéndez. Los muchachos lo llaman Mendy. Usted opera en Strip.

—¿Sí? ¿Y cómo llegué tan alto?

—No sabría decirlo. Probablemente comenzó como alcahuete en algún prostíbulo mexicano.

Sacó del bolsillo una cigarrera de oro y con un encendedor de oro encendió un cigarrillo marrón. El humo despedía un olor acre. Colocó la cigarrera sobre el escritorio y la acarició con las puntas de los dedos.

—Soy un hombre malo y poderoso, Marlowe. Gano mucha plata. Tengo que ganar mucha plata para untar a los muchachos que necesito. Poseo una propiedad en Bel Air que costó noventa mil dólares y ya he gastado otro tanto y más para arreglarla y amueblarla. Mi mujer es una rubia platinada encantadora y tengo dos hijos en el Este que estudian en escuelas privadas. Mi mujer tiene cincuenta mil en alhajas, y otros setenta y cinco mil en pieles y ropa. Tengo un mayordomo, dos criadas, una cocinera y un chófer, sin contar el mono que me sigue los pasos. Soy un encanto en cualquier parte donde esté. Consigo lo mejor de todo: la mejor comida, las mejores bebidas, las mejores ropas, las mejores suites en los hoteles. Tengo una casa en Florida y un yate para navegación de ultramar con una tripulación de cinco hombres. Un Bentley, dos Cadillac, una camioneta Chrysler y un MG para mi chico. Dentro de un par de años la chica también tendrá uno. Y usted, ¿qué es lo que tiene?

—No mucho —contesté—. Este año conseguí una casa... para mí solo.

—¿No está casado?

—Soy soltero. Además de eso tengo lo que usted ve aquí y mil doscientos dólares en el banco y algunos miles en bonos. ¿Esto satisface su pregunta?

—¿Cuánto es lo más que ganó usted en un solo trabajo?

—Ocho cincuenta.

—Por Dios, ¿hasta dónde puede descender un tipo?

—Déjese de machacar y dígame lo que quiere.

Apagó el cigarrillo por la mitad y en seguida encendió otro. Se reclinó sobre la silla y frunció los labios.

—Eramos tres muchachos en un bodegón que parecía una ratonera. Hacía un frío de los mil diablos, la nieve nos rodeaba por todas partes. Comíamos de lata, comida fría. Un poco de bombardeo y mucho fuego de mortero. Estábamos azules de frío, azules de verdad, sin cuento, Randy Starr, yo y este Terry Lennox. Una granada cae justo en medio de nosotros y por alguna razón no estalla. Esos *fritzes* tienen una cantidad de trucos. Poseen un sentido del humor muy particular. A veces uno cree que se trata de una de esas bombas falsas y tres segundos más tarde se da cuenta de que se ha equivocado y que no hay más bomba. Terry la agarra y sale de la ratonera antes que Randy y yo tengamos tiempo de empezar a movernos. Bien rápido, hermano. Como un buen jugador de fútbol. Se tira al suelo con la cara hacia abajo y arroja la cosa lejos y ahí va por el aire. La mayor parte pasa por encima de su cabeza, pero un trozo le alcanza en un lado de la cara. En aquel preciso instante los *fritzes* lanzan un ataque, y de lo único de que nos damos cuenta en seguida es que ya no estamos en ese lugar.

Menéndez hizo una pausa y me dirigió una mirada penetrante con sus ojos oscuros y brillantes.

—Gracias por contármelo —le dije.

—Espere un poco, Marlowe. Randy y yo cambiamos impresiones y llegamos a la conclusión de que lo que le había sucedido a Terry Lennox bastaba para hacerle saltar los sesos a cualquier tipo. Durante mucho tiempo pensamos que estaría muerto, pero no fue así. Pudieron salvarlo. Trabajaron con él durante un año y medio. Hicieron un trabajo magnífico pero muy doloroso para Terry. Nos costó mucho dinero encontrarlo y pagar por ese trabajo. Pero teníamos con qué afrontar los gastos. Ganamos mucho en el mercado negro después de la guerra. Todo lo que sacó Terry por salvar nuestras vidas fue la mitad de la cara remendada, el cabello blanco y un estado de nerviosidad tremendo. Volvió al Este, comenzó a beber y a andar de un lado a otro, un desbarajuste. Había algo que le daba vueltas en la mente, pero nunca pudimos saber qué. La siguiente cosa que oímos de él es que se había casado con esa rica dama y que picaba alto. Se divorcia, toca fondo de nuevo, se vuelve a casar y ella muere. Randy y yo no podemos hacer nada por él. No nos deja que lo ayudemos, excepto cuando nos pidió ese puesto en Las Vegas. Y cuando se ve envuelto en un verdadero lío, no acude a nosotros, sino a un infeliz como usted, un tipo a quien los polizontes pueden zarrandar todo lo que quieren. En esa forma él muere sin decirnos adiós, sin darnos la oportunidad de saldar nuestra deuda. Tengo relaciones en México que lo habrían hecho desaparecer para siempre. Hubiera podido sacarlo del país en menos tiempo que el que le lleva a un jugador experto barajar un mazo. Pero no, él se dirige llorando a usted. Me resulta doloroso, molesto. Un infeliz un tipo con quien los policías pueden hacer lo que quieran.

—La policía puede hacer lo que le dé la gana con cualquiera. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Simplemente que se quede quieto.

—¿Cómo? ¿A qué se refiere?

—A que se deje de estar tratando de hacerse publicidad o sacar dinero aprovechando el caso Lennox. El caso está terminado, liquidado. Terry está muerto y no queremos que lo molesten y manoseen después de muerto. El muchacho sufrió demasiado.

—Un maleante sentimental —dije—. Eso me mata.

—Fíjese en lo que dice, mocito. Fíjese. Mendy Menéndez no discute con tipos. Les da órdenes. Búsquese otro modo de agarrar un peso. ¿Me entiende?

El hombre se levantó. La entrevista había terminado.

Recogió los guantes. Eran de cuero de cerdo blanco y no parecían usados. Tipo elegante este Menéndez. Pero muy vulgar.

—Yo no busco publicidad —contesté—. Y nadie me ha ofrecido dinero. ¿Por qué y para qué lo harían?

—No se burle de mí, Marlowe. Usted no se pasó tres días a la sombra simplemente por su corazón de oro. Le pagaron para eso. No digo quién fue, pero tengo una idea formada sobre el particular. Y la persona en quien pienso está muy bien forrada. El caso Lennox está cerrado y permanecerá cerrado aunque...

—Se calló de pronto y golpeó los guantes en el borde del escritorio.

—Aunque Terry no la hubiera matado —dije yo.

Mis palabras no lo sorprendieron mucho.

—Me gustaría pensar lo mismo que usted en ese aspecto del asunto, pero no tiene sentido. Y aun si lo tuviera, y Terry quisiera que quedara en la forma en que está, tendrá que quedar así.

No dije nada. Después de un momento se sonrió en forma burlona.

—Tarzán en un gran monopatín rojo —confirmó, arrastrando las palabras—. Un tipo guapo. Me permite entrar aquí y ponerlo como trapo de piso. Un tipo a quien alquilan por unas cuantas moneditas y que se deja manejar por cualquiera. Sin dinero, sin familia, sin perspectivas; nada. Hasta pronto, pobre infeliz.

Seguí sentado con las mandíbulas apretadas, mirando el resplandor de la cigarrera de oro que estaba en un rincón del escritorio. Me sentí viejo y cansado. Me puse de pie lentamente y agarré la cigarrera.

—Se olvidó de esto —dije, rodeando el escritorio.

—Tengo media docena de ellas —contestó con gesto despreciativo.

Cuando estuve bien cerca de él se la alcancé. Extendió la mano en forma displicente para agarrarla.

—¿Qué le parece una media docena de éstos? —pregunté y le golpeé tan fuerte como pude en pleno vientre.

Casi se dobló en dos, gimiendo. La cigarrera cayó al suelo. Trató de apoyarse contra la pared y sacudió las manos hacia atrás y hacia adelante con movimientos convulsivos. Casi no podía respirar y estaba sudando. Consiguió enderezarse muy lentamente y con gran esfuerzo; de nuevo quedamos frente a frente. Permaneció inmóvil durante unos segundos y finalmente sonrió.

—No lo imaginaba capaz de esto —dijo.

—La próxima vez traiga un revólver... o no me llame infeliz.

—Tengo un acompañante para que me lleve el revólver.

—Tráigalo con usted. Lo necesitará.

—Usted es un tipo con el cual resulta difícil enojarse, Marlowe.

Con el pie empujé la cigarrera de oro a un costado, me agaché, la recogí del suelo y se la entregué. El se la metió en el bolsillo.

—No lo entiendo —dije—. ¿Qué valor tenía para usted perder tiempo en venir a agarrarme a mí? Será que se volvió monótono. Todos los tipos guapos son monótonos. Como jugar a las cartas en una mesa en que todos tienen ases. Usted lo tiene todo y no tiene nada. Está ahí simple mente mirándose a sí mismo. No me extraña que Terry no fuera a pedirle ayuda. Habría sido como pedirle dinero prestado a una prostituta.

Se apretó suavemente el estómago con dos dedos.

—Lamento que haya dicho eso, mocito. Podría pasarse de vivo.

Se dirigió hacia la puerta y la abrió. Afuera estaba el guardaespaldas, que al verlo se apartó de la pared y se dio vuelta. Menéndez le hizo una señal con la cabeza. El guardaespaldas entró en la oficina y se quedó mirándome con ojos inexpresivos.

—Míralo bien, Chick —dijo Menéndez—. Si se presenta la ocasión, asegúrate de que lo reconocerás. Tú y él podríais tener trabajo uno de estos días.

—Ya lo he visto a él, jefe —dijo el tipo suave, moreno, de labios apretados, con la voz entre labios que siempre afectan todos ellos—. A mí no me molestará.

—No dejes que te golpee las tripas —dijo Menéndez con mueca burlona—. Su derecha no es ninguna tontería.

El guardaespaldas se limitó a hacer un gesto despectivo.

—No se me acercará tanto.

—Bueno, hasta la vista, infeliz —agregó Menéndez y salió del cuarto.

—Hasta pronto despidióse el guardaespaldas fríamente—. Mi nombre es Chick Agostino. Me imagino que me reconocerá.

—Como a un periódico sucio —contesté—. Hágame recordar para que no le pise la cara.

Se le contrajeron los músculos de las mandíbulas, pero se dio vuelta bruscamente y salió detrás de su amo.

La puerta se cerró con lentitud sobre los resortes neumáticos. Presté atención, pero no pude oír los pasos de los dos hombres que se alejaban por el hall. Caminaban tan silenciosos como gatos. Al cabo de un minuto quise estar seguro y abrí la puerta y miré hacia afuera. El hall estaba vacío.

Regresé a mi escritorio, me senté y durante un buen rato me estuve preguntando por qué un chantajista como Menéndez, poderoso e importante en el ambiente local, habría creído que valía la pena perder el tiempo en venir a verme personalmente para advertirme que no metiera la nariz en nada, justo unos minutos después de haber recibido una advertencia similar de Sewell Endicott, aunque expresada en términos diferentes.

No llegué a ninguna conclusión y entonces se me ocurrió que podría tratar de aclarar la cosa por otro lado. Levanté el auricular y pedí comunicación con el *Terrapin Club*, de Las Vegas; llamada personal de Philip Marlowe al señor Randy Starr. No hubo caso. El señor Starr no estaba en la ciudad. ¿Quería yo hablar con alguna otra persona? Dije que no. En verdad, ni siquiera tenía mucho interés en hablar con Starr. Fue un capricho momentáneo. Estaba demasiado lejos para golpearme.

Durante tres días no sucedió nada. Nadie me aporreó, ni me disparó un tiro o me llamó por teléfono para avisar me que no metiera la nariz donde no me correspondía. Nadie me contrató para encontrar a la hija que se había escapado, a la esposa infiel, el collar de perlas perdido o el testamento desaparecido. Durante esos tres días no hice más que estar sentado y contemplar las paredes. El caso Lennox había muerto casi tan súbitamente como había surgido. Hubo una breve indagación a la cual no fui citado. Se realizó fuera de hora, sin anuncio previo y sin jurado. El juez de crimen dictó el veredicto en que declaraba que la muerte de Sylvia Potter Westerheym di Giorgio Lennox había sido causada por su marido, Terence William Lennox, con propósitos homicidas, aunque la muerte había tenido lugar fuera de la jurisdicción de la oficina del juez de crimen. Entre los antecedentes se leyó, presumiblemente, la confesión. Es posible que se la verificara en forma satisfactoria para el juez.

Se hizo entrega del cadáver para que lo enterraran. Lo llevaron al norte en avión y fue depositado en la cripta familiar. La prensa no fue invitada. Nadie dio ninguna clase de entrevistas, y el señor Harlan Potter menos que ninguno ya que nunca concedía entrevistas. Era casi tan difícil verlo como al Dalai Lama. Tipos con cien millones de dólares viven una vida peculiar, detrás de una cortina de sirvientes, guardaespaldas, secretarios, abogados y ejecutivos dóciles. Presumiblemente comen, duermen, se hacen cortar el pelo y visten ropas. Pero uno nunca lo sabe con seguridad. Todo cuanto se lee o se oye respecto de ellos ha sido elaborado por una pandilla de tipos de relaciones públicas a quienes se les pagan buenos sueldos para que creen y mantengan una personalidad utilizable, algo sencillo, limpio y neto, cual aguja esterilizada. Eso no tiene por qué ser cierto. Simplemente tiene que concordar con los hechos conocidos, y los hechos conocidos pueden contarse con los dedos de la mano.

En las últimas horas de la tarde del tercer día sonó el teléfono. Habló un hombre que dijo llamarse Howard Spencer, representante de una editorial de Nueva York en California; había venido en rápido viaje de negocios, tenía un problema que le gustaría discutir conmigo y quería verme, si fuera posible, a la mañana siguiente, a las once, en el bar del *Ritz Beverly Hotel*.

Le pregunté qué clase de problema tenía.

—Un tanto delicado —me contestó—, pero enteramente ético. Si no llegamos a un acuerdo le pagaré por el tiempo perdido, por supuesto.

—Gracias, señor Spencer, pero no es necesario. ¿Lo recomendó alguien que conozco?

—Alguien que ha oído hablar de usted..., incluyendo su reciente escaramuza con la ley, señor Marlowe. Puedo decir que eso fue precisamente lo que me interesó. Mi problema, sin embargo, no tiene nada

que ver con aquel trágico asunto. Se trata de que..., bueno, será mejor que lo discutamos frente a unas buenas copas en lugar de hacerlo por teléfono.

—¿Seguro que usted quiere mezclar en su asunto a un tipo que ha estado a la sombra?

Se rió. Su risa y su voz eran agradables. Hablaba en la forma en que acostumbraban a hablar los neoyorquinos antes de aprender a hablar como en Flatbush.

—Desde mi punto de vista, míster Marlowe, ésa es una recomendación. Déjeme agregar que no es el hecho de haber estado, como usted lo ha dicho, a la sombra, sino el hecho, diría yo, de que usted resulta muy silencioso, aun bajo presión.

Era un tipo que hablaba poniendo comas, como en una novela pesada. Al menos por teléfono.

—Perfectamente, señor Spencer. Estaré allí mañana por la mañana.

Me agradeció y colgó. Estuve pensando quién podía haberle hablado de mí. Tal vez hubiera sido Sewell Endicott y lo llamé para preguntárselo. Pero toda la semana había estado fuera de la ciudad y todavía no había vuelto. No me preocupé más. Hasta en mi especialidad hay de vez en cuando un cliente satisfecho y me hacía falta conseguir trabajo porque necesitaba dinero..., o pensé que lo necesitaba, hasta que llegué a casa aquella noche y encontré la carta con un retrato de Madison adentro.

CAPÍTULO XII

La carta estaba en el buzón rojo y blanco en forma de pajarera, al pie de la escalera. El pájaro carpintero de la caja pegada al brazo giratorio estaba levantado, y aun así yo no habría mirado dentro porque nunca recibo correspondencia en casa. Pero el pájaro carpintero había perdido la punta del pico hacia poco. La madera estaba recién rota. Algún chico precoz debió haber probado su pistola atómica.

La carta venía por vía aérea, llena de sellos mexicanos y con una escritura que pude o no haber reconocido si no hubiera tenido los últimos días a México constantemente en mi cabeza. No pude descifrar el sello de la oficina de correos. Estaba sellada a mano y la tinta se había borrado casi por completo. La carta era abultada. Subía la escalera y me senté en el living para leerla. La tarde parecía muy silenciosa. Tal vez la carta de un muerto lleve consigo su propio silencio.

Comenzaba sin fecha y sin encabezamiento.

“Estoy sentado al lado de la ventana de la habitación del segundo piso de un hotel no muy limpio, en una ciudad llamada Otatoclán, lugar montañoso con un lago. Hay un buzón debajo de mi ventana, y cuando entre el mozo con el café que he pedido, le daré la carta para que la despache por mí; la llevará en la mano de modo que yo pueda verlo antes de ponerla en el buzón. Entonces recibirá un billete de cien pesos, una enormidad de dinero para él.

¿Por qué toda esta complicación? Porque fuera hay un tipo moreno, de zapatos puntiagudos y camisa sucia, que me está vigilando. Espera algo; no sé qué, pero sé que no me dejará salir. No me importa mucho, siempre que la carta pueda ser despachada. Quiero darle a usted este dinero, porque yo no lo necesito y la gendarmería local barrerá con él con toda seguridad. No está destinado a pagar absolutamente nada. Puede llamarlo una disculpa por haberle ocasionado tantas molestias, y un símbolo de mi estima hacia un muchacho muy decente. Lo hice todo mal, como de costumbre, pero todavía llevo revólver. Tengo el presentimiento de que probablemente usted llegó a una conclusión sobre cierto punto. Puedo haberla matado y tal vez lo hice, pero nunca pude haber hecho lo demás. Pero eso no importa, no importa en absoluto. Lo principal ahora es evitar un escándalo inútil e innecesario. Su padre y su hermana nunca me hicieron ningún daño. Ellos tienen que vivir sus vidas y yo estoy harto de la mía. Sylvia no me convirtió en un holgazán y un inútil; yo ya lo era. No puedo explicarle con claridad por qué me casé con ella. Supongo que simplemente fue un capricho. Al menos murió joven y hermosa. Dicen que la lujuria envejece al hombre, pero mantiene joven a la mujer. Afirman una cantidad de tonterías. Dicen que los ricos siempre pueden protegerse y que en su mundo reina un perpetuo verano. He vivido con ellos y son gente aburrida y solitaria.

He escrito una confesión. Me siento un poco enfermo y bastante asustado. Se leen en los libros casos como éstos, pero no son casos verdaderos. Cuando esto le pasa a uno, cuando lo único que queda es un revólver en el bolsillo y uno está arrinconado en un hotelucho sucio de un país extraño y tiene una sola salida..., créame, compañero, que no hay en ello nada elevado ni dramático. Es simplemente desagradable, y sórdido y gris y horrendo.

Le pido que se olvide de todo esto y de mí. Pero primero beba un gimlet por mí en lo de “Victor” y la próxima vez que tome café sírvame una taza, échele adentro un poco de whisky, y enciéndame un cigarrillo y póngalo al lado de la taza. Y después olvídense de todo. Terry Lennox ya no existe. Adiós.

Un golpe en la puerta. Debe ser el mozo con el café. Si no es él, habrá algún tiroteo. Me gustan los mexicanos, por regla general, pero no sus cárceles. Hasta la vista.

Terry.

Esto era todo. Volví a doblar la carta y la coloqué en el sobre. Había sido el mozo con el café. De otra manera nunca habría llegado a mis manos aquella carta. Ni el retrato de Madison. El retrato de Madison es un billete de 5000 dólares. Estaba sobre la mesa, justo frente a mí, verde y crujiente. Nunca había visto uno antes. Mucha gente que trabaja en los bancos tampoco los ha visto. Es muy posible que personajes como Randy Starr y Menéndez los usen para plegar moneda. Si usted va a un banco y pide uno, no los tienen. Es necesario pedir uno a la Reserva Federal para obtenerlo. Trámite de varios días. Hay solamente un millar de ellos en circulación en todos los Estados Unidos.

El mío despedía un agradable brillo. Creaba una pequeña luminosidad propia. Permanecí sentado, mirándolo durante largo tiempo. Al final lo guardé en el cajón de las cartas y fui a la cocina para preparar el café. Sentimental o no, hice lo que me había pedido. Serví dos tazas, agregué un poco de whisky en la suya y me senté del mismo lado donde él se había sentado aquella mañana en que lo llevé al aeródromo. Encendí un cigarrillo para él y lo puse en el cenicero al lado de su taza. Observé el vapor que se elevaba del café y la delgada columna de humo que se desprendía del cigarrillo. Afuera, en un arbusto, revoloteaba un pájaro, hablándose a sí mismo con leves gorjeos, con un ocasional aleteo.

Luego el café dejó de despedir vapor y el cigarrillo dejó de humear, convertido en una colilla muerta al borde del cenicero. Lo arrojé al recipiente de los desperdicios, debajo del fregadero. Tiré el café, lavé la taza y la guardé.

Así era la cosa. No era mucho trabajo por cinco mil dólares.

Después de un rato fui a ver una película. No tenía sentido. Casi ni la vi. Eran ruidos y grandes rostros. Cuando volví a casa saqué un pesado Ruy López, y eso tampoco tuvo sentido. De modo que me fui a la cama.

Pero no para dormir. A las tres de la madrugada estaba caminando y oyendo a Katchaturian trabajando en una fábrica de tractores. A eso él lo llamaba concierto de violín. Yo lo apodé ventilador descompuesto y lo mandé al demonio.

Pasar una noche en vela es para mí tan raro como encontrar un cartero gordo. Si no hubiera sido porque tenía que encontrarme con el señor Howard Spencer en el "Ritz Beverly", habría agarrado una botella y me habría emborrachado. Y la próxima vez que encuentre un borracho con buenos modales en un Rolls Royce Sylver Wraith, me apartaré rápidamente y tomaré cualquier otra dirección. No hay trampa tan mortífera como la que uno se prepara a sí mismo.

CAPÍTULO XIII

A las once de la mañana me encontraba sentado en el tercer compartimiento del lado derecho, entrando por el comedor anexo. Tenía la espalda apoyada contra la pared y podía ver a cualquiera que entrase o saliese. Era una mañana clara, sin neblina ni alta nubosidad, y el sol deslumbraba la superficie de la piscina de natación que comenzaba inmediatamente después de la pared de azulejos del bar, y se extendía hasta el extremo opuesto del comedor. Una muchacha con bañador blanco de piel de tiburón, de deliciosa silueta, subía la escalera del trampolín alto. Observé la franja de piel pálida que aparecía entre la piel quemada de sus muslos y el bañador. La observé carnalmente. Luego desapareció de mi vista, oculta por la inclinación del techo. Un momento después la vi descender como flecha haciendo un uno y medio. La salpicadura subió lo suficiente como para alcanzar el sol y hacer varios arcos iris tan hermosos como la muchacha misma. Luego volvió a la escalera y se sacó el gorro blanco y sacudió el pelo. Bamboleó su trasero hacia una mesita blanca y se sentó junto a un leñador de pantalones blancos de algodón, anteojos ahumados y tan quemado que no podía ser otra cosa que el cuidador de la piscina. Este se inclinó y le dio una palmada en el muslo. Ella abrió la boca del tamaño de una boca de incendio y rió. Aquello terminó con mi interés por ella. No oía su risa, pero la sima abierta en su rostro cuando abrió el cierre relámpago sobre su dentadura me bastaron.

El bar estaba bastante vacío. Tres asientos más allá, un par de graciosos se estaban vendiendo mutuamente trozos de películas de la Twentieth Century Fox utilizando movimientos de brazos en vez de dinero. Tenían entre ellos un teléfono sobre la mesa, y cada dos o tres minutos jugaban al juego de quién llamaba primero a Zanuck para ofrecerle una idea genial. Eran jóvenes, morenos, ansiosos y llenos de vitalidad. Desplegaban tanta actividad muscular en la conversación telefónica como la necesaria para subir a un hombre gordo por una escalera hasta el cuarto piso.

Había un tipo triste junto al mostrador del bar, hablándole al encargado, quien limpiaba un espejo y escuchaba con esa sonrisa plástica que usa la gente cuando trata de no gritar. El cliente era de mediana edad, bien vestido y estaba borracho. Quería hablar y no habría dejado de hacer lo aunque realmente no hubiera tenido deseos de hablar. Era amable y amistoso, y cuando yo lo oí no parecía tartamudear mucho, pero uno se daba cuenta que se agarraba a la botella y sólo la dejaba cuando se quedaba dormido por la noche. Así sería para el resto de su vida; su vida era todo eso. Nunca se sabría cómo había llegado a ello, porque aunque él lo contara, no sería verdad. Cuando más, una distorsionada versión de la realidad, tal como él la conocía. Hay un hombre triste como aquél en cada bar tranquilo del mundo.

Miré el reloj y comprobé que el poderoso editor llevaba veinte minutos de atraso. Decidí esperar media hora y después irme. Nunca conviene dejar que el cliente establezca las reglas. Si él trata a uno a empujones entonces supondrá que otra gente también puede hacerlo y no lo contratará a usted por eso. Y precisamente en aquel momento yo no tenía tanta necesidad de trabajo como para permitir que algún ricachón del lejano Este me usara como silla de montar, ni siquiera uno de esos directores importantes con oficinas revestidas de madera en el piso ochenta y cinco una hilera de botones y teléfonos internos, y una secretaria del Instituto Hatie Carnegie para Oficinistas Especiales, con un par de ojos grandes, hermosos, prometedores. Es el tipo de explotador que le dirá que lo espere a las nueve en punto, y si a usted no se le ocurriera estar sentado y quietecito, con una sonrisa amable en la cara cuando él apareciera dos horas más tarde en un inmenso Gibson, sufrirá un paroxismo de ultrajada capacidad ejecutiva que requeriría una estada de cinco semanas en Acapulco antes de poder ocuparse nuevamente de sus asuntos.

El mozo pasó a mi lado y dirigió una mirada suave al débil whisky con agua de mi vaso. Sacudí la cabeza y el mozo siguió de largo. Fue entonces cuando entró en el bar un verdadero sueño en forma de mujer. Por un instante me pareció que todo sonido se había apagado en el bar, que los dos graciosos habían cesado de negociar y que el borracho sentado en el taburete había dejado de mascullar; fue como cuando el director de orquesta golpea con la batuta en el atril levanta los brazos y mantiene a todos en suspenso. Era delgada y bastante alta; llevaba un traje sastre de hilo blanco con un pañuelo de pintitas blancas y negras alrededor del cuello. El cabello era de color oro pálido como el de las princesas de los cuentos de hadas. El pequeño sombrero y el cabello dorado alrededor recordaban un pájaro en su nido. Los ojos eran de un color extraño, azul violáceo, y las pestañas largas y quizá demasiado claras. Se dirigió hacia la mesa de enfrente y empezó a sacarse los guantes blancos. El mozo se acercó en seguida y le apartó la mesa en tal forma y con tanta deferencia como ningún mozo del mundo me la hubiera apartado a mí de esa manera. La joven se sentó, aseguró los guantes con una cadenita de la cartera y agradeció al mozo con una sonrisa tan suave, tan exquisitamente pura, que el hombre casi quedó paralizado por la emoción. Ella le dijo algo en voz baja y el mozo, después de inclinarse hacia adelante, salió casi corriendo. He ahí un tipo que realmente tenía una misión en la vida.

Le clavé la vista y ella captó mi mirada. Levantó los ojos un centímetro y me pareció que había dejado de existir: casi perdí el aliento.

Hay rubias y rubias, y hoy es casi una palabra que se toma en broma. Todas las rubias tienen su no sé qué, excepto, tal vez, las metálicas, que son tan rubias como un zulú por debajo del color claro, y en

cuanto al carácter. Tan suave y blanco como el empedrado de la acera. Existe la rubia pequeña y agradable, que gorjea como los pájaros, y la rubia alta y estatuaria, que lo envuelve a uno en una mirada azul de hielo. Existe la rubia que lo mira a uno de arriba abajo y tiene un perfume encantador y resplandece tenuemente y se cuelga del brazo y está siempre muy, muy cansada cuando usted la acompaña a su casa. Ella hace ese gesto de impotencia y tiene ese maldito dolor de cabeza y a usted le gustaría aporrearla, aunque esté contento de haber descubierto lo del dolor de cabeza antes de haber invertido en ella demasiado tiempo, dinero y esperanzas. Porque el dolor de cabeza siempre estará así, es un arma que nunca deja de usarse, y tan mortífera como la espada del asesino o el frasco de veneno de Lucrecia.

Existe la rubia dulce, dispuesta y aficionada a la bebida, y que no le importa lo que lleva puesto — siempre que sea visón —o adónde va— siempre que sea el “Starlight Roof” y haya mucho champaña seco—. Existe la rubia pequeña y altiva que es una verdadera compañera y quiere pagar ella su cuenta y está llena de luz de sol y de sentido común que sabe judo y puede lanzar al aire, por arriba del hombro, al conductor de un camión, sin perderse más de una frase del editorial del *Saturday Review*. Existe la rubia pálida, pálida, con anemia de tipo incurable, pero no fatal. Es muy lánguida y muy sombría y habla suavemente como salida de no sé dónde, y usted no le puede poner un dedo encima, en primer lugar porque no tiene ganas, y en segundo lugar porque ella está leyendo *La tierra perdida* o Dante en el original o Kafka o Kierkegaard, o porque estudia dialecto provenzal. Adora la música, y cuando la Filarmónica de Nueva York está tocando Hindemith, ella puede decirle a usted cuál de los seis contrabajos entró un cuarto de tiempo más tarde. He oído decir que Toscanini también es capaz de ello. Eso quiere decir que son dos.

Y, por último, existe la muñeca maravillosa y encantadora que sobrevive a tres reyes del hampa y después se casa con un par de millonarios a un millón por cabeza y termina con una villa de color de rosa pálido en Cap d'Antibes, un coche Alfa Romeo completo, con chófer y acompañante, y una caballeriza de aristócratas enmohecidos a los que tratará con la atención distraída y afectuosa conquie un anciano duque dice buenas noches a su criado.

Aquel sueño atravesado en mi camino no pertenecía a ninguna de esas categorías; ni siquiera era de este mundo. Era inclasificable: tan remota y clara como el agua de la montaña, tan evasiva como su color. Todavía la miraba, cuando oí junto a mí una voz que decía:

—Me he retrasado en forma imperdonable. Le ruego que me disculpe. Mi nombre es Howard Spencer. Usted es Marlowe, por supuesto.

Di vuelta la cabeza y lo miré. Era de mediana edad, más bien regordete, vestido en forma un tanto despreocupada, pero bien afeitado y el pelo muy fino peinado hacia atrás con todo cuidado. Usaba un llamativo chaleco cruzado, prenda que muy pocas veces se ve en California como no sea llevada por algún visitante de Boston. Llevaba lentes y bajo el brazo un portafolio viejo y gastado.

—Tres manuscritos de libros flamantes. Novelas. Me resultaría embarazoso perderlos antes de tener la oportunidad de rechazarlos. —Hizo una señal al mozo que acababa de colocar un vaso alto con algo verde adentro en la mesa donde estaba sentada aquella maravilla de mujer—. Tengo debilidad por el gin con naranja. En realidad es una bebida tonta. ¿Me acompaña?

Hice un signo de asentimiento y el mozo desapareció.

Entonces señalé el portafolio y le pregunté:

—¿Cómo sabe que los van a rechazar?

—Si sirvieran para algo no me los habrían dejado en el hotel los autores. Los tendría algún agente neoyorquino.

—Entonces, ¿por qué los acepta?

—En parte para no herir susceptibilidades, y en parte porque puede darse un caso entre mil, y eso es para lo que viven los editores. Por lo general estamos en una fiesta nos presentan toda clase de gente, y entre ellos hay algunos novelistas; uno ha tomado tanto que se siente benévolo y lleno de amor por la humanidad y dice que estaría encantado de leer el manuscrito. Luego se lo dejan en el hotel con tanta escalofriante rapidez que uno está obligado a hacerles creer que lo leerá. Pero supongo que a usted no le interesan mayormente los editores y sus problemas.

El mozo trajo las bebidas. Spencer agarró su copa y bebió un buen trago. Toda su atención estaba concentrada en mí persona y no se había fijado en la hermosa joven del cabello de oro. Era un buen hombre para hacer contactos.

—Uno de nuestros más importantes escritores vive cerca de aquí —dijo en tono casual—. Quizás haya leído algo de él: Roger Wade.

—¡Ajá!

—Ya comprendo su punto de vista —dijo, sonriendo tristemente—. No le interesan las novelas históricas. Pero se venden brutalmente.

—No sostengo ningún punto de vista, señor Spencer. Una vez hojeé uno de sus libros. Me pareció que no valía nada. ¿Está mal que lo diga?

Hizo una mueca burlona.

—¡Oh, no! Hay mucha gente que está de acuerdo con usted. Pero la cuestión es que actualmente sus libros se venden automáticamente y en forma vertiginosa. Son todo un éxito. Y cada editor debe tener un par de ellos debido a la forma en que han subido los costos.

Miré a la joven sentada enfrente. Había terminado el jugo de lima o de lo que fuera y estaba mirando un microscópico reloj de pulsera. El bar se estaba llenando un poco, pero no se sentía todavía demasiada algazara. Los dos graciosos seguían moviendo las manos y el bebedor solitario del mostrador había encontrado un par de compañeros. Volví a mirar a Howard Spencer.

—¿Tiene algo que ver con su problema? —le pregunté—. Me refiero a este Wade.

Spencer asintió y me dirigió una mirada cautelosa e inquisitiva.

—Cuénteme algo sobre usted, señor Marlowe. Es decir, si no encuentra objetable que se lo pida.

—¿Qué quiere que le diga? Soy detective privado y tengo mi licencia desde hace bastante tiempo. Soy un tipo solitario, no estoy casado, estoy entrando en la edad madura y no soy rico. He estado en la cárcel más de una vez y no me ocupo de divorcios. Me gusta la bebida, las mujeres, el ajedrez y algunas otras cosas. No soy muy del agrado de los polizontes, pero conozco un par de ellos con los que me llevo bien. Soy hijo natural, mis padres han muerto, no tengo hermanos ni hermanas, y si alguna vez llegan a dejarme tieso en una callejuela oscura, como puede pasarle a cualquiera en mi trabajo, y en estos días que corren a mucha otra gente que se ocupa de cualquier cosa o de ninguna, nadie, ni hombre ni mujer, sentirá que ha desaparecido el motivo y fundamento de su vida.

—Ya veo —dijo—. Pero todo eso no me dice exactamente lo que quiero saber.

Terminé el gin con naranja. No me gustaba. Sonreí.

—Dejé de lado un detalle, señor Spencer. En mi bolsillo tengo un retrato de Madison.

—¿Un retrato de Madison? Me temo que no...

—Un billete de cinco mil dólares —dije—. Siempre lo llevo encima. Es mi mascota.

—¡Dios mío! —exclamó bajando la voz—. ¿Esto no es terriblemente peligroso?

—¿Quién fue el que dijo que más allá de cierto punto todos los peligros son iguales?

—Creo que Walter Bagehot. Se refería al que limpia las agujas de los campanarios. —Después sonrió—. Lo siento, pero soy editor. Tiene razón, Marlowe. Correré el albur con usted. Si no lo hiciera, usted me mandaría al diablo, ¿no es así?

Le devolví la sonrisa.

Spencer llamó al mozo y ordenó otra ronda.

—Ahora hablemos de mi problema —empezó a decir Spencer, con cautela—. Estamos en muchas dificultades con Roger Wade. No puede terminar un libro. Está perdiendo su garra de escritor y hay algo detrás de eso. El hombre parece que se estuviera desintegrando. Tiene arranques terribles de furia y se emborracha bárbaramente. De vez en cuando desaparece por varios días. No hace mucho arrojó a su esposa escaleras abajo y la tuvieron que internar en el hospital con cinco costillas rotas. Entre ellos no hay desavenencias o disgustos en el sentido habitual; de ninguna manera. Sencillamente el hombre se enloquece cuando bebe. —Spencer se echó hacia atrás y me miró téticamente—. Tenemos que hacer que termine ese libro. Lo necesitamos desesperadamente. En cierta medida, mi trabajo depende de eso. Pero necesitamos hacer algo más. Queremos salvar a un escritor muy capaz que puede escribir cosas mucho mejores que las hechas hasta ahora. Hay algo que anda muy mal. En este viaje ni siquiera quiso verme. Comprendo que esto puede parecer trabajo para un psiquiatra. La señora Wade no está de acuerdo con este punto de vista. Ella está convencida de que está perfectamente sano, pero que hay algo que lo preocupa muchísimo. Quizá sea un chantajista, por ejemplo. Los Wade hace cinco años que están casados. Puede haber salido a relucir algo de su pasado. Hasta podría ser, y esto no es más que pura suposición, algún accidente fatal del cual hay alguien que tenga las pruebas. No sabemos de qué se trata y queremos saber. Estamos dispuestos a pagar bien para eliminar la dificultad. Si resulta ser un asunto médico, bueno..., no hay más que resignarse. Si no es así, debe haber una respuesta. Y mientras tanto, la señora Wade tiene que ser protegida. Podría matarla la próxima vez. Nunca se puede saber.

Llegó la segunda ronda de bebidas. No toqué la mía y observé cómo Spencer se tomaba la mitad de la suya de un trago. Prendí un cigarrillo y lo seguí mirando fijamente.

—Usted no quiere un detective sino un mago. ¿Qué diablos podría hacer yo? Si por casualidad yo estuviera presente exactamente en el momento preciso, y si no fuera muy difícil de manejar, podría ponerlo fuera de combate de un golpe y meterlo en la cama. Pero para eso tendría que estar allí. Cien contra uno. Usted lo sabe.

—Tiene más o menos su estatura —dijo Spencer—, pero en diferentes condiciones físicas. Y usted podría permanecer allí todo el tiempo.

—Difícilmente. Y los borrachos son astutos. Seguramente esperaría un momento de ausencia mía para hacer de las suyas. No aspiro a trabajar de enfermero.

—Un enfermero no sería de ninguna utilidad. Roger Wade no lo aceptaría. Es un muchacho muy talentoso que ha perdido el control sobre sí mismo. Amontonó demasiado dinero escribiendo bazofia para los imbéciles. Pero la única salvación para un escritor es escribir. Si tiene algo bueno adentro, saldrá a la superficie.

—Muy bien. Me ha convencido —dije en tono cansado—. Es un tipo extraordinario y también muy peligroso. Tiene un secreto culpable y trata de ahogarlo en alcohol. No es mi tipo de asuntos, señor Spencer.

—Comprendo. —Miró el reloj de pulsera con el ceño fruncido y la cara se le llenó de arrugas que lo hicieron parecer más viejo y más pequeño. —Bueno, lo único que intenté fue probar y no puede echármelo en cara.

Agarró el abultado portafolio. Dirigí una mirada a la joven de cabellos dorados. Se estaba preparando para salir y el mozo le alcanzó la cuenta. Ella pago y le dedicó una sonrisa encantadora; el mozo quedó como si hubiera estrechado las manos del mismísimo Dios. La joven se dio un toque en los labios, se puso los guantes y el mozo separó la mesa hasta la mitad de la habitación para que ella pasara.

Dirigí una rápida mirada a Spencer. Este miraba el vaso vacío con el entrecejo fruncido; tenía el portafolio sobre las rodillas.

—Oiga —le dije—. Iré a ver al hombre y trataré de averiguar de qué se trata, si es que usted quiere que lo haga. Hablaré con su mujer. Pero temo que me eche de casa.

Una voz que no era la de Spencer expresó:

—No señor Marlowe, no creo que haga eso. Por el contrario, pienso que usted puede resultarle agradable.

Levanté la vista y me encontré con un par de ojos azul violeta. Ella estaba parada en el extremo de la mesa. Me puse de pie, inclinado contra el respaldo del compartimento y en posición bastante incómoda pues no había mucho lugar.

—Por favor, no se levante —dijo con voz de ángel—. Sé que le debo una disculpa, pero me pareció importante tener la oportunidad de observarlo antes presentados. Yo soy Eileen Wade.

Spencer explicó con voz gruñona:

—No tiene interés en el asunto, Eileen.

Ella sonrió suavemente.

—No estoy de acuerdo.

Conseguí serenarme y recobrar la calma. Estaba de pie, pero a punto de perder el equilibrio, con la boca abierta y casi falto de respiración. Era una mujer fantástica. Uno se quedaba medio paralizado al verla de cerca.

—Yo no dije que no estuviera interesado, señora Wade. Lo que dije o quise dar a entender fue que no creía poder hacer algo útil y que, en cambio, podría cometer un error grave si intentara probar. Podría hacer mucho daño.

Ella se puso seria. La sonrisa había desaparecido.

—Usted toma decisiones demasiado rápidas. No puede juzgar a la gente por lo que hace. Si es que la juzga, debe hacerlo por lo que es.

Yo hice un signo vago de asentimiento, porque ésa era exactamente la forma en que había actuado con Terry Lennox. Si me basaba en los hechos, él no era ninguna maravilla, excepto aquel breve destello de gloria en la ratonera —si es que Menéndez me había contado la verdad—, pero los hechos no reflejaban toda la historia; de ninguna manera. Terry había sido un hombre al que no se podía dejar de querer. ¿Cuántos se encuentra uno en la vida de los que se pueda decir eso?

—Y para eso tiene que conocerla —agregó ella suavemente—. Adiós, señor Marlowe. Si cambiara de idea... —Con gesto rápido abrió la cartera y me entregó una tarjeta—. Y gracias por haber venido.

Saludó a Spencer y se alejó. La observé mientras salía del bar y se dirigía al comedor, atravesando la separación de vidrio. Tenía un porte magnífico. Vi cómo pasaba por la puerta que conducía al hall y alcancé a divisar la suave ondulación de la falda de hilo blanco en el momento en que dobló al final del hall. Me dejé caer en el asiento y agarré el vaso de gin y naranja.

Spencer me estaba estudiando. Sus ojos lucían una expresión dura.

—Lindo trabajo —dije—, pero usted debió haberla mirado de vez en cuando. Un verdadero sueño como es esa mujer no puede estar sentada frente a uno durante veinte minutos sin llamar la atención.

—Fue una estupidez mía, ¿no es cierto? —Trataba de sonreír pero sin ganas. No le había gustado la forma en que la miré—. La gente tiene ideas estrambóticas sobre los detectives privados. Cuando se piensa en tener uno en la propia casa...

—No piense que me tendrá a mí en la suya —le previne—. De todos modos, será mejor que invente otra historia. Me resisto a creer que nadie, ni sobrio ni borracho, sea capaz de tirar escaleras abajo a esa hermosa y romperle cinco costillas.

Spencer enrojeció y apretó las manos contra el portafolio.

—¿Cree que soy un mentiroso?

—¿Cuál es la diferencia? Usted ha desempeñado su papel. Quizás usted mismo se sienta un poco entusiasmado con la dama.

Spencer se levantó de golpe.

—No me gusta su tono. No estoy seguro de que usted resulte de mi agrado. Hágame el favor de olvidarse de todo el asunto. Espero que esto le recompense por el tiempo perdido.

Arrojó sobre la mesa un billete de veinte dólares y añadió algunos dólares más para el mozo. Permaneció un momento de pie mirándome fijamente. Los ojos le brillaban y todavía estaba arrebolado.

—Estoy casado y tengo cuatro hijos.

—Felicidades.

Carraspeó brevemente, se dio vuelta y se alejó caminando con paso apresurado. Terminé la bebida que quedaba en mi vaso, saqué un cigarrillo del paquete, me lo llevé a la boca y lo encendí. El mozo se acercó y miró el dinero.

—¿Desea que le sirva algo, señor?

—No. El dinero es para usted.

Lo recogió lentamente.

—Es un billete de veinte dólares, señor. El señor se debe haber equivocado.

—El señor sabe leer. Le dije que el dinero es suyo.

—Le estoy muy agradecido. Si es que está completamente seguro, señor...

—Completamente seguro.

Inclinó la cabeza y se alejó con aire preocupado. El bar se estaba llenando. Una pareja de semivirgenes aerodinámicas pasó gorjeando y balanceándose. Conocían a los dos tipos que estaban en el reservado de adelante. Comenzaron a esparcirse en el ambiente los encantos y las uñas esmaltadas en rojo.

Fumé medio cigarrillo sin pensar en nada y me puse de pie para irme. Me volví para alcanzar el paquete de cigarrillos, y en aquel momento alguien me golpeó con fuerza desde atrás. Era precisamente lo que yo necesitaba. Giré sobre mis talones y me encontré con el perfil de uno de esos tipos grandotes, que gustan a la multitud, con un Oxford de franela demasiado flamante. Tenía los brazos separados del cuerpo y la sonrisa de dos por seis del tipo que nunca pierde una venta.

Lo agarré por el brazo extendido y le hice dar media vuelta.

—¿Qué le pasa, Jack? ¿No hacen los pasillos suficientemente anchos para su personalidad?

Se soltó con una sacudida y se hizo el guapo:

—No se ponga caprichoso, amiguito. Puedo aflojarle la mandíbula. —Me mostró su puño fornido.

—Querido, piense en su manicura —le dije.

El tipo se contuvo.

—¡Al diablo con usted, muchacho! —dijo despreciativo—. Será para otra vez, cuando tenga menos en qué pensar.

—¿Puede tener algo menos?

—Lárguese —gruñó—. Una broma más y tendrá que hacerse cirugía estética en la nariz.

Le sonreí.

—Llámeme algún día de éstos, Jack. Pero con un diálogo mejor.

Cambió de expresión y se rió.

—¿Usted figura en las fotos, amigo?

—Sólo en las que se cuelgan en el correo.

—Lo veré en las del archivo policial —dijo, prosiguiendo su camino sin perder la sonrisa.

Todo aquello era muy tonto, pero hizo desaparecer mi malestar.

Me dirigí hacia el anexo, atravesé el hall y llegué a la puerta principal. Hice una pausa para ponerme los anteojos oscuros. Cuando llegué al coche me acordé de mirar la tarjeta que me había dado Eileen Wade. Era una tarjeta impresa en relieve, pero no de visita formal, porque tenía la dirección y el número de teléfono. Señora Roger Stearns Wade, 1247 Idle Valley Road. Tel. Idle Valley 5-6324.

Conocía mucho de Idle Valley y sabía que había cambiado mucho desde los días en que había a la entrada una caseta de guardia y fuerza policial privada y un casino de juego sobre el lago y muchachas alegres de cincuenta dólares. Gente rica y reposada tomó posesión de la región cuando cerraron el casino. Gente rica y reposada hizo de aquello un sueño subdividido. Un club se había convertido en propietario del lago y de toda la extensión de sus playas, y si ellos no querían que usted estuviera en el club, usted no conseguía ni siquiera jugar en el agua. Era exclusivo, en el único sentido de la palabra que no significa simplemente costoso.

Yo pertenecía al ambiente de Idle Valley como una cabeza de cebolla a un *banana split*.

Howard Spencer me llamó por la tarde, a última hora. Me dijo que se le había pasado aquel momento de enojo y que quería asegurarme que sentía mucho lo sucedido, que no había manejado muy bien la situación y que quizá yo hubiera cambiado mi decisión.

—Iré a verlo si él me lo pide. No de otra manera.

—Comprendo. Habrá un cheque sustancial

—Oiga, señor Spencer —dije con impaciencia—. Usted no puede forzar al destino. Si la señora Wade tiene miedo del tipo, puede mudarse. Ese es su problema. Nadie podrá protegerla de su marido durante las veinticuatro horas del día. Tal protección no existe en el mundo entero. Pero eso no es todo lo que usted quiere. Usted quiere saber por qué y cómo y cuándo el hombre se salió de sus casillas, y entonces arreglar todo para que no vuelva a hacerlo..., al menos hasta que termine aquel libro. Y yo pienso que esto es cosa que sólo él puede decidir. Si tiene muchas ganas de escribir ese condenado libro, dejará de lado la bebida hasta terminarlo. Usted pretende demasiado.

—Todo esto va junto. No es más que un solo problema.

Pero creo comprender. Es demasiado sutil para el tipo de trabajo que usted acostumbra a realizar. Bueno, adiós. Salgo esta noche en avión para Nueva York.

—Le deseo buen viaje.

Me agradeció y colgó. Olvidé informarle que le había dado al mozo el billete de veinte dólares. Quise llamarlo para decírselo, pero después pensé que sin eso ya debía sentirse bastante desdichado.

Cerré la oficina y me dirigí al bar "Victor" para beber un gimlet en memoria de Terry, pero a mitad de camino cambié de idea. No tenía ánimo propicio para hacerlo. En cambio fui al "Lowry", me tomé un martini y comí unas costillas y un budín Yorkshire.

Cuando regresé a casa conecté el TV y durante un rato observé las peleas de boxeo. No valían nada; no eran más que un manojo de maestros de danza que debían haber estado trabajando para Arthur Murray. Todo lo que hacían era menearse y darse pinchazos y hacer fintas. Ninguno de ellos podía golpear lo bastante fuerte como para despertar a su abuela de un sueño ligero. La multitud abucheaba de lo lindo y el árbitro no hacía más que golpear las manos para que se movieran, pero ellos seguían meciéndose y moviéndose nerviosamente y lanzándose largas izquierdas sin resultado alguno. Di vuelta al botón para buscar otro canal y me encontré con una pieza policial. La acción tenía lugar en un cuarto de vestir y las caras estaban cansadas y remanidas y no tenían nada de hermosas. El diálogo era tan pesado que ni siquiera Monogram lo hubiera usado. El detective tenía como criado a un muchacho de color, ése era el toque cómico, pero no lo necesitaba ya que él era bastante cómico de por sí. Y los anuncios hubieran enfermado a un chivo criado y alimentado con alambre de púa y botellas de cerveza rotas. Después de un tiempo lo cerré y comencé a fumar un cigarrillo largo, de tabaco fresco y bien apretado. Me resultó muy agradable pues se trataba de tabaco muy fino. No presté atención a la marca. Estaba a punto de empezar a cabecear cuando me llamó el sargento Green, de la Sección Homicidios.

—Pensé que le gustaría saber que enterraron a su amigo Lennox hace un par de días, en la misma ciudad mexicana donde murió. En representación de la familia fue allí un abogado y asistió al entierro. Esta vez tuvo mucha suerte, Marlowe. La próxima vez que piense en ayudar a un amigo a escapar del país, ¡no lo haga!

—¿Cuántos balazos tenía encima?

—¿Cómo dice? —vociferó. Se produjo un silencio. Entonces dijo, con demasiada cautela—: Yo diría que sólo uno. Por lo general es suficiente para hacerle saltar la cabeza a un tipo. El abogado trae de vuelta las impresiones digitales y lo que tenía en los bolsillos. ¿Quiere saber algo más?

—Sí, pero usted no me lo puede decir. Me gustaría saber quién mató a la mujer de Lennox.

—¡Demonios! ¿No le dijo Grenz que el hombre dejó una confesión completa? Además salió en los diarios. ¿Ya no lee los periódicos?

—Gracias por haberme llamado, sargento. Fue muy amable de su parte.

—Oiga, Marlowe —dijo con voz irritada—, si usted tiene ideas raras sobre este caso, se llevará un buen dolor de cabeza si empieza a hablar de ellas. El caso está cerrado, terminado y archivado con naftalina. Y es una suerte para usted. Complicidad después del hecho podría significar hasta cinco años en este Estado. Y permítame que le diga algo más. Hace mucho tiempo que soy policía y una cosa segura he aprendido, y es que no siempre lo mandan a uno adentro por lo que ha hecho. Cuando se llega al tribunal a veces tienen más importancia las apariencias que la realidad. Buenas noches.

Me colgó en las narices. Volví a colocar el teléfono en su lugar y pensé que cuando un policía honesto tiene la conciencia intranquila, siempre actúa en forma violenta. Lo mismo hacen los policías deshonestos. Lo mismo hace casi toda la gente; incluso yo.

CAPÍTULO XIV

A la mañana siguiente me estaba limpiando el talco del lóbulo de la oreja cuando sonó el timbre. Fui a abrir la puerta y me topé con un par de ojos azul violeta. Esta vez lucía un traje de hilo marrón, con pañuelo de color rojo y no llevaba aros ni sombrero. Parecía un poco pálida, pero no como si alguien hubiera estado a punto de tirarla por las escaleras. Me dirigió una sonrisa expectante.

—Sé que no debería haber venido a molestarlo, señor Marlowe. Probablemente usted ni siquiera ha tomado desayuno. Pero no deseaba ir a su oficina y no me gusta tratar por teléfono los asuntos de índole personal.

—Tiene razón. Entre, señora Wade. ¿Le agradecería tomar una taza de café?

Ella entró en el living y se sentó en el sofá sin mirar nada. Colocó la cartera en su falda y se sentó con los pies muy juntos. Parecía un tanto incómoda. Abrí las ventanas, subí las cortinas venecianas y saqué un cenicero sucio de la mesa.

—Gracias. Café solo, por favor, sin azúcar.

Fui a la cocina y puse una servilleta de papel sobre la bandeja verde de metal, pero tenía un aspecto tan desagradable y estirado como un cuello duro, que la saqué y coloqué en su lugar una de esas carpetitas con flecos que vienen con el juego de pequeñas servilletas triangulares. Pertenecían a la casa, como la mayor parte del mobiliario. Puse sobre la bandeja dos tazas *Desert Rose* de café, las llené y volví al living.

Ella comenzó a beber a pequeños sorbos.

—Muy sabroso. Usted prepara muy buen café.

—La última vez que tomé café con alguien fue justo antes de que me metieran en la cárcel. Me imagino que usted nunca estuvo a la sombra, señora Wade.

Ella asintió.

—Por supuesto... Se sospechaba que usted lo había ayudado a escapar, ¿no es cierto?

—No dijeron eso. Encontraron en su habitación un bloc con mi número de teléfono y me hicieron preguntas que no contesté..., sobre todo por la forma en que fueron formuladas. Pero supongo que esto no le interesa.

Depositó la taza de café sobre la mesa con mucho cuidado, se reclinó en el asiento y me sonrió. Le ofrecí un cigarrillo.

—No fumo. Gracias. Claro que me interesa. Un vecino nuestro conocía a los Lennox. El debe haber enloquecido. No parecía capaz de eso.

Llené mi pipa y la encendí.

—Pienso lo mismo —dije—. Debe haber estado loco.

Durante la guerra quedó malherido. Pero ahora está muerto y todo ha terminado. No creo que usted haya venido para hablar de eso.

Ella sacudió la cabeza lentamente.

—Era amigo suyo, señor Marlowe. Su opinión debe estar bien fundada y será firme. Y creo que usted es un hombre muy decidido.

Llené la pipa con tabaco y la encendí de nuevo. Me tomé el tiempo necesario y mientras lo hacía la miré por encima del hornillo de la pipa.

—Mire, señora Wade —agregué para dar término a la conversación—. Mi opinión no significaba nada. Eso ocurre todos los días. La gente más insospechada comete los crímenes más impensados. Viejecitas dulces y bondadosas envenenan a familias enteras. Muchachos de buena familia cometen asaltos e intervienen en tiroteos. Gerentes de banco, con antecedentes irreprochables y veinte años de servicios, resultan ser estafadores. Y novelistas famosos, de éxito y que se suponen felices, se emborrachan y mandan a sus esposas al hospital. Sabemos muy poco sobre los cambios que puede experimentar la gente, aunque se trate de nuestros mejores amigos.

Pensé que lo que acababa de decir la haría saltar como si le hubiera acercado un hierro candente, pero no hizo más que apretar los labios y entrecerrar los ojos.

—Howard Spencer no debió habérselo contado —dije—. La culpa fue mía. No sabía lo bastante para comprender que debí haberme mantenido a distancia. Desde entonces he aprendido que la única cosa que no debe hacerse con un hombre que bebe demasiado es tratar de pararlo. Probablemente usted lo sabe mucho mejor que yo.

—Es evidente que no se lo puede parar con palabras —dije—. Si uno tiene suerte y si además posee la fuerza necesaria, puede a veces evitar que se le lastime a él mismo o a alguna otra persona. Hasta para eso se necesita tener suerte.

Ella volvió a agarrar la taza de café. Tenía manos encantadoras, como todo el resto de su persona. Las uñas estaban muy bien arregladas y lustradas, pero con un esmalte de color muy suave.

—¿Le dijo Howard que en este viaje no vio a mi marido?

—Sí.

Terminó de tomar el café y colocó la taza en la bandeja. Jugó unos segundos con la cuchara y entonces comenzó a hablar sin levantar la vista hacia mí.

—No le dijo el motivo porque no lo sabía. Quiero mucho a Howard, pero es de esos hombres del tipo eficiente, que quieren solucionarlo todo y hacerse cargo de todo. Él piensa que es muy dinámico.

Esperé sin pronunciar palabra. Hubo otro silencio. Me dirigió una mirada rápida y en seguida apartó la vista. Con voz suave agregó:

—Mi esposo ha desaparecido desde hace tres días. Ignoro donde está. He venido a pedirle que lo encuentre y lo traiga a casa. ¡Oh!, ya ha pasado antes de ahora. Una vez se fue por su cuenta hasta Portland, se emborrachó en el hotel y hubo que llamar a un médico para que lo atendiera. Es un milagro que haya podido llegar tan lejos sin meterse en ningún lío. N^o había comido nada durante tres días. Otra vez estuvo en un baño turco en Long Beach, uno de esos lugares suecos; y la última vez fue en una especie de pequeño sanatorio privado, de dudosa reputación. Esto sucedió hace menos de tres semanas. No quiso darme el nombre del lugar o la situación; sólo me dijo que estaba siguiendo una cura y que se encontraba perfectamente. Pero parecía muy débil y estaba pálido como un cadáver. Alcancé a ver al hombre que lo trajo a casa, aunque sólo pude echarle una rápida ojeada. Era un hombre alto, vestido con una especie de equipo de vaquero de muchos adornos; parecía salido de un escenario o de una película musical en technicolor. Dejé a Roger en el camino y luego retrocedí en el coche y se alejó en seguida.

—Puede haber sido uno de esos hacendados pitucos. Son capaces de gastarse hasta la última moneda que ganan en trajes de fantasía como ése. Las mujeres se vuelven locas por ellos y eso es lo que buscan.

La señora Wade abrió la cartera y sacó un papel doblado.

—Le he traído un cheque por quinientos dólares, señor Marlowe. ¿Lo aceptará como anticipo?

Colocó el cheque doblado sobre la mesa. Lo miré, pero no lo toqué.

—¿Por qué? —le pregunté—. Usted dice que hace tres días su esposo se fue. Hacen falta tres o cuatro días para desembriagar a un hombre y conseguir que ingiera algún alimento. ¿No regresará su esposo en la misma forma en que lo ha hecho otras veces? ¿O pasa algo diferente esta vez?

—Roger no podrá soportar mucho más esa clase de vida, señor Marlowe. Teminará por matarlo. Los intervalos son cada vez más cortos y estoy muy preocupada. Estoy más que inquieta, me siento asustada. Esto no es natural. Hace cinco años que estamos casados. Roger siempre fue bebedor, pero no un bebedor psicópata. Hay algo que anda mal. Quiero que lo encuentren. Anoche no pude dormir ni una hora.

—¿Por qué bebe? ¿Tiene alguna idea?

Los ojos azul violeta se fijaron en mí con mirada firme. Aquella mañana ella parecía un poco frágil, pero de ninguna manera desamparada. Se mordió el labio inferior y sacudió la cabeza.

—A menos que sea por mí —dijo por fin, casi en un susurro—. Los hombres suelen cansarse de sus esposas.

—Soy sólo un psicólogo aficionado, señora Wade. En mi trabajo tengo que serlo un poco; yo diría que es más probable que esté cansado de las cosas que escribe.

—Es muy posible —dijo ella con tranquilidad—. Me imagino que todos los escritores tienen temporadas como éstas. Es verdad que parece que no puede terminar el libro que está escribiendo, pero no creo que eso sea razón suficiente.

—¿Qué clase de hombre es, cuando está sobrio?

Ella sonrió.

—Bueno, soy más bien un poco parcial. Creo que es un muchacho encantador.

—¿Y cuando está borracho?

—Espantoso. Brillante, duro y cruel. Se cree ingenioso cuando en realidad sólo es desagradable.

—No dijo que era violento.

Ella levantó las cejas.

—Lo fue una sola vez, señor Marlowe. Y ya se ha hecho demasiado ruido con eso. Nunca se lo hubiera contado a Howard Spencer. Se lo dijo el mismo Roger.

Me levanté y empecé a caminar por el cuarto. Iba a ser un día muy caluroso; a aquella hora temprana de la mañana el calor ya se hacía sentir. Bajé las cortinas venecianas de una de las ventanas para que no entrara el sol. Después me volví hacia ella y comencé a hablarle con toda franqueza.

—Ayer por la tarde revisé el *Quién es Quién*. Su marido tiene cuarenta y dos años, casado con usted en primeras nupcias, sin hijos. Sus padres son de Nueva Inglaterra y él estudió en Andover y en Princeton. Tiene una buena hoja de guerra. Ha escrito doce de esas novelas históricas plagadas de espadachines y sexo, y cada una ha sido un éxito editorial. Debe de haber ganado mucho dinero. Me parece que es el tipo que si se hubiera cansado de su mujer, lo diría y pediría el divorcio. Si anduviera con otra mujer probablemente usted lo sabría, y de cualquier modo no tendría necesidad de emborracharse simplemente para probar que se siente desgraciado. Hace cinco años que están casados, por lo tanto tenía treinta y siete cuando se casó. Casi podría afirmar que en aquella época conocía casi todo lo que se puede saber con respecto a las mujeres. Y digo casi todo, porque nadie puede llegar a conocerlas en su totalidad.

Hice una pausa, la miré y ella me sonrió. No había herido sus sentimientos. Continué hablando.

—Howard Spencer sugirió, no tengo idea de los fundamentos que tenía para ello, que lo que preocupa a Roger Wade es algo que ocurrió mucho tiempo antes de que ustedes se casaran y que ha salido a relucir ahora y lo está hiriendo con más fuerza que la que él puede aguantar. Spencer pensó que podría tratarse de un chantaje. ¿Sabe usted algo?

Ella sacudió la cabeza lentamente.

—Me pregunta usted si podría estar enterada de que Roger entrega a alguien sumas importantes de dinero... No, no podría saberlo. No me meto en sus asuntos financieros y contables. Roger podría muy bien hacerlo sin que yo lo supiera.

—Perfectamente. Como no conozco al señor Wade no puedo tener idea de cómo reaccionaría si lo tuvieran agarrado o acorralado. Si tiene un temperamento violento podría romperle la cabeza a alguien. Si el secreto, cualquiera que fuese, pudiera dañar su posición social o profesional o, tomando un caso extremo, hiciera que los guardianes de la ley comenzaran a revolotear a su alrededor, es posible que se resignara a pagar... al menos por un tiempo. Pero nada de esto nos lleva a conclusión alguna. Lo que usted quiere es que lo encontremos; se siente preocupada, más que preocupada. De modo que podríamos ver cómo me las arreglo para encontrarlo. No quiero su dinero, señora Wade; no por ahora, al menos.

La señora Wade abrió su cartera de nuevo y sacó dos trozos de papel amarillo. Parecían hojas de papel de cartas, plegadas, y una de ellas bastante arrugada. Las alisó y me las entregó.

—Una la encontré en su escritorio. Era muy tarde o, más bien, muy temprano por la mañana. Sabía que había estado bebiendo y que no había subido a acostarse. Alrededor de las dos de la mañana bajé para ver si se encontraba bien o relativamente bien, y si estaría tirado en el suelo o acostado en el sofá o en algún otro lado. Había desaparecido. El otro papel estaba en el canasto, más bien dicho, había quedado enganchado en el borde y por eso no cayó adentro.

Observé la primera hoja, la que no estaba arrugada. Sólo tenía escrito un párrafo corto a máquina. Decía así: —“No me importa estar enamorado de mí mismo, y para mí ya no existe nadie más de quien pueda enamorarme. Firmado: Roger (F. Scott Fitzgerald) Wade. P.D. Por eso nunca terminé *The Last Tycoon*”.

—¿Esto tiene algún significado para usted, señora Wade?

—Lo considero una simple postura y una ficción. Roger siempre fue gran admirador de Scott Fitzgerald. Dice que Fitzgerald es el mejor escritor borracho después de Coleridge, que se drogaba. Preste atención —añadió cambiando de tema —a la escritura de máquina, señor Marlowe; clara, uniforme, sin errores.

—Ya lo he hecho. La mayoría de las personas ni siquiera pueden escribir sus nombres cuando están borrachos. —Desdoblé el papel arrugado. También estaba escrito a máquina, sin errores ni irregularidades: “Usted no me agrada, doctor V. Pero en este preciso momento es el hombre que necesito.”

La señora Wade empezó a hablar sin apartar la vista del papel.

—No tengo idea de quién es el doctor V. No conocemos a ningún médico cuyo nombre comience con esa inicial. Supongo que será el dueño de ese establecimiento en donde Roger estuvo la última vez.

—Cuando el vaquero lo trajo a casa, ¿su esposo no mencionó ningún nombre... ni siquiera de determinados lugares?

Ella sacudió la cabeza.

—No. He consultado la guía telefónica. Hay docenas de médicos de una u otra especialidad cuyos nombres empiezan con V. Además puede no ser el apellido.

—Hasta es posible que ni siquiera sea médico —dije—. Esto nos pone la cuestión del dinero sobre el tapete. Un hombre que actúa legalmente aceptaría un cheque, pero un curandero no. Podría constituir una

evidencia en su contra. Y un tipo de éstos no cobra barato. Alojamiento y pensión en su casa deben resultar salados. Sin contar la aguja.

Ella me miró con asombro.

—¿La aguja?

—Todos estos tipos de dudosa moralidad drogan a sus clientes. Es la forma más fácil de poder manejarlos. Los dejan listos por diez o doce horas y cuando se recobran se comportan como buenos muchachos. Pero usar narcóticos sin permiso puede significar alojamiento y pensión en lo del Tío Sam. El riesgo es grande y por eso se lo hacen pagar caro a sus clientes.

—Comprendo. Probablemente Roger disponía de unos cuantos cientos de dólares. Siempre guarda una buena suma en su escritorio. Nunca supe por qué. Supongo que se trata de un simple capricho. Pero hoy no encontré allí ningún dinero.

—Muy bien —dije—. Trataré de localizar al doctor V. No sé cómo, pero haré todo lo posible. Llévase el cheque, señora Wade.

—Pero ¿por qué? ¿No está usted autorizado...?

—Más tarde, gracias. Y en realidad preferiría recibirlo del señor Wade. No creo que a él le agrade lo que voy a hacer, de todos modos.

—Pero si él está enfermo o necesita ayuda...

—Podría haber llamado a su médico o haberle pedido a usted que lo haga. Eso significa que no quería hacerlo.

Guardó el cheque en la cartera y se puso de pie. Parecía completamente desamparada.

—Nuestro médico se negó a tratarlo —dijo con amargura.

—Existen cientos de médicos, señora Wade. Cualquiera de ellos lo atendería por una vez, y la mayoría seguirían atendiéndolo por un tiempo. En esta época la medicina es un negocio donde hay mucha competencia.

—Comprendo; es posible que usted tenga razón.

Se dirigió lentamente hacia la salida y yo la acompañé y abrí la puerta.

—Usted podría haber llamado a un médico por su propia cuenta. ¿Por qué no lo hizo?

Se enfrentó conmigo con toda franqueza. Le brillaron los ojos y creí adivinar que asomaron algunas lágrimas. Sin lugar a dudas era una mujer estupenda.

—Porque amo a mi marido, señor Marlowe. Haría cualquier cosa por ayudarlo. Pero también sé qué clase de hombre es. Si llamara a un médico cada vez que bebe demasiado, no tendría marido para mucho tiempo. No se puede tratar a un adulto como si fuera un niño que tiene dolor de garganta.

—Se puede si él está borracho. A menudo uno está obligado a hacerlo.

Ella estaba de pie, muy cerca, y aspiré su perfume o creí que lo hacía.

—Supongamos que exista algo vergonzoso en su pasado —dijo la señora Wade arrastrando las palabras como si les sintiera un gusto amargo—, o hasta criminal. Para mí no habría diferencia. Y no quiero que por mi causa se llegue a descubrirlo.

—¿Pero le parece bien que Howard Spencer me contrate para que yo lo descubra?

Ella sonrió muy lentamente.

—¿Piensa usted realmente que yo esperaba que le diera a Howard otra respuesta que la que le dio... un hombre que prefirió ir a la cárcel antes que traicionar a un amigo?

—Gracias por la asociación de ideas, pero no me encarcelaron por eso. Después de un momento de silencio hizo una inclinación de cabeza, se despidió de mí y comenzó a bajar las escaleras. La seguí mirando hasta que subió al auto, un Jaguar pequeño, de color gris y aspecto flamante. Puso el motor en marcha y se dirigió hacia el final de la calle, donde dio vuelta por la plazoleta. Me hizo un gesto de adiós con el guante cuando comenzó a bajar por la colina, después dio vuelta a la esquina y el pequeño automóvil desapareció de mi vista.

Un arbusto de adelfas rojas se recortaba sobre parte de la pared frontal de la casa. En el arbusto surgió un alboroto y un aleteo, y un pichón de mirlo comenzó a piar ansiosamente. Lo localicé en una de las ramas superiores, batiendo las alas como si le costara mantenerse en equilibrio. De los cipreses situados al extremo de la pared salió un áspero gorjeo de advertencia. El piopío cesó de inmediato y el pajarito enmudeció.

Entré en la casa, cerré la puerta y dejé al ave sumida en su lección de vuelo. Los pájaros también tienen que aprender.

CAPÍTULO XV

Por más inteligente que uno sea o crea serlo, es necesario tener un punto de partida: un hombre, una dirección, algún antecedente, una atmósfera, un punto de referencia de cualquier índole. Lo único que yo tenía era un papel amarillo, arrugado, que decía: "Usted no me agrada, doctor V. Pero en este preciso momento es el hombre que necesito . "

Con esto podía marcar con alfileres el Océano Pacífico, pasarme un mes chapoteando a través de la lista de media docena de asociaciones médicas regionales y terminar con un gran cero redondo. En nuestra ciudad los curanderos proliferan como los conejitos de Indias. Hay ocho distritos territoriales dentro de las cien millas de la municipalidad y en cada ciudad, en cada una de ellas, hay doctores; algunos son médicos auténticos y otros son simples practicantes que tienen licencia para cortar callos o para saltar arriba y abajo de la espina dorsal del paciente. De los médicos verdaderos, algunos están en situación floreciente y otros son pobres, algunos poseen ética y otros no están seguros de poder permitírsela. Sin una clave no sabía por dónde empezar la investigación. Yo no tenía la clave y Eileen Wade no la tenía o no sabía que la tenía. Y aún si yo encontrara a alguien que encajara y tuviera la inicial determinada, podía resultar un mito en lo concerniente a Roger Wade. Todo el asunto podía habérselo imaginado Roger mientras se estaba emborrachando. Así como la alusión a Scott Fitzgerald podía haber sido simplemente una forma original de decir adiós.

En una situación semejante el hombre pequeño trata de recurrir al cerebro del hombre grande, de modo que llamé a un conocido mío que trabaja en la Organización Carne, agencia de investigaciones situada en Beverly Hills, especializada en la protección del negocio de los transportes... entendiéndose por protección casi todo lo que tenga un pie dentro de la ley. El hombre se llamaba George Peters y me concedió una entrevista de diez minutos.

Las oficinas ocupaban la mitad del segundo piso de uno de esos edificios de cuatro pisos, de color rosado, con las puertas de los ascensores que se abren solas mediante un ojo eléctrico, corredores frescos y tranquilos y el lugar de estacionamiento tiene un nombre en cada espacio para coches, y el farmacéutico de enfrente tiene la muñeca torcida de estar todo el día llenando botellas con píldoras somníferas .

La puerta, pintada de gris perla por afuera, mostraba letras metálicas en relieve, limpias y relucientes como un cuchillo nuevo: ORGANIZACION CARNE, INC. Gerald C. CARNE, Presidente. Abajo y en letras más pequeñas: Entrada. Hubiera podido ser una compañía financiera.

En el interior había una sala de recibo, pequeña y fea de fealdad deliberada y costosa. Los muebles eran de color escarlata y verde oscuro, las paredes de un chato verde Nilo, y unas fotografías lucían marcos de un color tres tonos más oscuro que el resto. Las fotos mostraban a unos tipos con chaqueta roja de montar, a horcajadas en grandes caballos ansiosos por saltar vallas muy altas. Había dos espejos sin marco, de leve y desagradable color rosado. Las revistas amontonadas en la mesa lustrada tenían cada una su cubierta plástica transparente y eran los últimos ejemplares salidos a la venta. El tipo que había decorado aquella habitación no era hombre a quien le asustaran los colores. Probablemente usaba camisa color pimiento, pantalones morados, zapatos a rayas y calzoncillos bermellón con las iniciales en agradable y amistoso color mandarina.

Toda la casa no era más que pura decoración. La Organización Carne cobraba a sus clientes un mínimo de cien dólares diarios y ellos esperaban el servicio a domicilio. No iban a sentarse en ninguna sala de espera.

Carne era un ex-coronel de la policía militar, un tipo grandote, recio y duro como una tabla. Una vez me había ofrecido empleo, pero nunca me encontré tan desesperado como para aceptar. Existen ciento noventa formas de ser un canalla y Carne las conocía todas.

Se abrió un tabique corredizo de vidrio y una empleada, de sonrisa glacial y mirada perforadora, asomó la cabeza.

—Buenos días. ¿En qué puedo servirle?

—Deseo ver a George Peters. Mi nombre es Marlowe. —Puso un libro de cuero verde sobre el mostrador.

—¿El señor Peter lo espera, señor Marlowe? No veo su nombre en la lista de las entrevistas concedidas.

—Es un asunto personal. Acabo de hablar con él por teléfono.

—Comprendo. ¿Cómo deletrea su apellido, señor Marlowe? ¿Y cuál es su primer nombre, por favor?

Se lo dije. Lo escribió en una tarjeta larga y angosta cuyo borde deslizó en seguida debajo de un perforador.

—¿A quién está destinado a impresionar todo esto? —le pregunté.

—Aquí somos muy minuciosos en los detalles —contestó la joven fríamente—. El coronel Carne dice que nunca se sabe si el hecho más trivial puede llegar a convertirse en el más importante.

—O viceversa —dije yo, pero ella no lo entendió.

Al terminar, levantó la vista y dijo:

—Lo anunciaré al señor Peters.

Le dije que la noticia me hacía muy feliz. Un minuto más tarde se abrió la puerta y Peters me introdujo en un corredor color gris acerado, bordeado de pequeñas oficinas que parecían celdas. Su oficina era a prueba de ruidos; había un escritorio de metal color gris con dos sillas haciendo juego, una máquina de escribir gris en una mesita gris, un teléfono y un juego de plumas, todo en el mismo color uniforme. En las paredes, dos fotografías con marco; una de Carne en uniforme, con el casco puesto, y otra de él también, vestido de civil, sentado detrás del escritorio, con aspecto inescrutable. También en la pared se veía una pequeña leyenda inspirativa, en letras de acero sobre fondo gris. Decía así:

“Los funcionarios de la Organización Carne, se visten, hablan y se comportan como caballeros en todo lugar y en todo momento. No hay excepciones a esta regla.”

Peters atravesó la habitación con dos trancos largos y corrió hacia un costado uno de los cuadros, dejando al descubierto un pequeño micrófono gris empotrado en la pared. Peters lo sacó, desconectó el alambre, lo volvió a colocar en su lugar y lo tapó de nuevo con el cuadro.

—Ahora mismo yo no debería estar trabajando —me dijo—, pero ese hijo de perra ha salido para arreglarle unos líos a un actor que anduvo conduciendo borracho. Todos los conmutadores de los micrófonos están en su oficina. Tiene electrificado todo el establecimiento. La otra mañana le sugerí que instalara en la sala de espera una cámara microfilme con luz infrarroja detrás de un espejo diáfano pero no le gustó mucho la idea. Tal vez sólo porque no fue suya.

Se sentó en una de las sillas grises. Lo miré atentamente. Era un hombre de aspecto rudo y desgarrado, de piernas largas, rostro huesudo y cabello ralo. La piel parecía gastada y curtida, como la del hombre que ha estado viviendo mucho al aire libre, en toda clase de climas. Tenía ojos astutos y penetrantes. Cuando se reía la mitad inferior de la cara desaparecía convertida en dos enormes arrugas que iban desde las ventanas de la nariz hasta las comisuras de la boca, muy ancha.

—¿Cómo lo aguanta? —le pregunté.

—Siéntese, amigo. Hable con calma, pero en voz baja, y recuerde que para un pobre detective como usted, un funcionario de la Organización Carne es algo así como Toscanini al lado de un organista ambulante—. Hizo una pausa y sonrió en forma un tanto burlona. Lo aguanté porque no me importó un comino. Gano bien, y en cuanto Carne empiece a comportarse como si pensara que estoy cumpliendo una condena en esa prisión de máxima seguridad que él dirigía en Inglaterra durante la guerra, agarraré mi cheque y me iré como alma que lleva el diablo. En cuanto a usted, ¿cuál es su problema? Supe que no lo pasó muy bien hace un tiempo.

—No me quejo de aquello. Quisiera revisar el fichero de los muchachos de las ventanas enrejadas. Sé que tienen uno. Eddie Dowst me lo dijo cuando dejó de trabajar aquí.

Peters hizo un signo afirmativo.

—Eddie era un mequetrefe demasiado sensible para la Organización Carne. El fichero que usted menciona es secreto y uno de los más reservados y exclusivos. Bajo ninguna circunstancia podemos revelar a gente de afuera la información confidencial que contiene. Se lo traigo en seguida.

Salió de la habitación y yo me quedé contemplando el canasto de papeles gris y el linóleo gris y las rinconeras de cuero gris de la carpeta que había sobre el escritorio. Peters regresó con un fichero de cartón gris, lo puso en la mesa y lo abrió.

—Por Dios santo, ¿no hay nada en este lugar que no sea gris?

—Los colores de la escuela, muchacho. El espíritu de la organización. Sí, tengo algo que no es gris.

Abrió un cajón del escritorio y sacó un cigarro de alrededor de veinte centímetros de largo.

—Un Upmann Treinta —dijo—. Me lo regaló un anciano inglés que ha vivido cuarenta años en California y sigue hablando con acento inglés. Cuando está sobrio no es más que un viejo simpático con buena dosis de encanto superficial, lo que para mí es bastante porque la mayoría de la gente no tiene ninguno, ni superficial ni de otra clase, incluso Carne. Cuando no está sobrio, tiene la extraña costumbre de dar cheques sobre bancos que nunca han oído hablar de él. Pero siempre se las arregla, y con mi cariñosa ayuda hasta ahora ha logrado permanecer fuera de la cárcel. El me dio el cigarro. ¿Podríamos fumarlo juntos, como un par de jefes indios planeando una matanza?

—No puedo fumar cigarros.

Peters miró tristemente el enorme cigarro: —Lo mismo me pasa a mí. Pensé dárselo a Carne, pero no es cigarro para un solo hombre, aun cuando ese hombre sea Carne. —Frunció el ceño. —¿Sabe una

cosa? Estoy hablando demasiado de Carne. Debo de estar mal. —Guardó el cigarro en el cajón y miró el fichero abierto.

—¿Qué necesita de aquí?

—Estoy buscando a un alcoholista acomodado, con gustos caros y dinero con qué pagárselos. El hombre ha desaparecido. Suele tener arranques de violencia y la mujer está preocupada por él. Ella cree que está escondido en alguno de esos lugares donde se encargan de desembriagar a los borrachos, pero no está segura. El único indicio que poseemos es una frase escrita por él, en la que menciona al doctor V. Sólo la inicial. Mi hombre ha desaparecido hace tres días.

Peters quedó pensativo.

—No tardará mucho en aparecer. ¿A qué viene la preocupación?

—Si lo encuentro antes, me pagarán por mi trabajo. —Me miró atentamente y sacudió la cabeza.

—No comprendo, pero no importa. Veremos lo que se puede hacer. —Comenzó a dar vuelta a las páginas del fichero. —No es muy fácil. Esa clase de gente va y viene. Una simple carta no es ninguna pista. —Sacó una página del fichero, dio vuelta algunas páginas más, sacó otra y finalmente una tercera. —Aquí tenemos a tres —dijo—. El doctor Amos Varley, un osteópata. Tiene un gran establecimiento en Altadena. Hace o solía hacer visitas nocturnas por cincuenta dólares. Tiene dos enfermeras diplomadas. Hace un par de años anduvo en dificultades con la gente de la Oficina de Narcóticos del Estado y entregó su libro de recetas. Esta información no está realmente al día.

Yo escribí el nombre y la dirección de Altadena.

—Después tenemos al doctor Lester Vukanich, Garganta, Nariz y Oído. Edificio Stockwell, en el Boulevard Hollywood. Este es medio dudoso. Por lo general atiende en el consultorio y parece especializarse en infecciones sinusíticas crónicas. Es más bien un trabajo de rutina. Los clientes van a verlo y se quejan de dolor en los senos frontales y entonces él les hace un lavaje. Por supuesto, primero tiene que anestesiar con novocaína. Pero si le agrada el aspecto del enfermo, no tiene por qué darle precisamente novocaína. ¿Entiende?

—¡Claro! —Escribí todos los datos en mi libreta.

—¡Esto sí que es bueno! —exclamó Peters, prosiguiendo la lectura—. Es evidente que su dificultad reside en el aprovisionamiento. En consecuencia, nuestro doctor Vukanich va a pescar muy a menudo a la zona de Ensenada y viaja en su avión particular.

—Creo que la cosa no le durará mucho si trae la droga él mismo —comenté.

Peters reflexionó un instante y sacudió la cabeza.

—No estoy de acuerdo con usted. Durará todo lo que se le antoje si no es demasiado codicioso. Su único peligro real puede ser un cliente descontento... Perdóneme, quise decir un paciente..., pero con seguridad sabe cómo manejarlos. Hace quince años que tiene consultorio.

—¿De dónde diablos consigue toda esa información? —le pregunté.

—Nosotros somos toda una organización, mi amigo. No un cazador solitario como usted. Alguna nos es suministrada por los mismos clientes, y el resto se obtiene mediante nuestros propios recursos. Carne no tiene miedo de gastar dinero. Es un tipo que sabe hacer las cosas, cuando quiere.

—Le encantaría esta conversación.

—No hablemos de eso. Nuestra última oferta del día es un hombre llamado Verringer. La empleada que hizo el fichero correspondiente se ha ido hace tiempo. Parece que una poetisa se suicidó en el rancho que Verringer posee en el valle de Sepúlveda. Verringer dirige allí una especie de colonia artística para escritores y gente por el estilo que buscan la soledad y una atmósfera agradable. Los precios son moderados. Todo tiene visos de legalidad. El mismo se llama doctor, pero no practica la medicina. Quizá sea doctor en filosofía. Francamente no sé por qué está en este fichero. A menos que hubiera habido algo en aquel suicidio. —Levantó una hoja en blanco sobre la que estaba pegado un recorte de diario. —Ajá. Dosis excesiva de morfina. No hay indicios de que Verringer supiera nada sobre ello.

—Me interesa Verringer —dije en tono firme—. Me interesa mucho.

Peters cerró el fichero y le dio un golpecito.

—Usted no ha visto nunca esto, ¿estamos?

Se levantó y dejó la habitación. Cuando regresó, me disponía a partir. Comencé a darle las gracias, pero él dejó todo de lado.

—Oiga —me dijo—, existen cientos de lugares donde puede estar su hombre.

Le dije que eso ya lo sabía.

—Y a propósito, oí algo sobre su amigo Lennox que tal vez pueda interesarle. Hace unos cinco o seis años uno de nuestros muchachos conoció en Nueva York a un tipo que responde exactamente a la descrip-

ción que se ha hecho de su amigo. Pero según me dijo, el nombre del tipo no era Lennox, sino Marston. Claro que puede haberse equivocado. El hombre parece que estaba borracho todo el tiempo, de modo que uno nunca puede estar seguro.

—Dudo que se trate de la misma persona. ¿Por qué iba a cambiar de nombre? Tenía una hoja de servicios prestados durante la guerra que podía ser verificada.

—Ignoraba eso. Nuestro empleado está ahora en Seattle, pero puede hablarle cuando regrese, si es que le interesa. Se llama Ashterfelt.

—Gracias por todo, George. Han sido diez minutos bien largos.

—Podría necesitar su ayuda algún día.

—La Organización Carne nunca necesita nada de nadie —le contesté en tono de broma.

Peters hizo un ademán vulgar con el pulgar. Lo dejé en su celda color gris acero, atravesé la sala de espera y salí a la calle.

CAPÍTULO XVI

Del otro lado de la carretera, en el fondo del valle de Sepúlveda, había dos postes cuadrados pintados de amarillo. Sujeto a uno de ellos había un portón de rejas que se encontraba abierto. A la entrada se leía un cartel fijado con alambre: Camino Privado. Prohibida la entrada.

Doblé con el coche y seguí por el camino de césped que bordeaba el lomo de una colina y que sube después por una cuesta suave hasta llegar a la cima del cerro y descendiendo por el otro lado hasta la profundidad del valle. El calor se hacía sentir en el valle; eran diez o quince grados más que en la carretera. Pude ver que el camino de césped concluía dando una vuelta alrededor de una extensión bordeada de piedras pintadas con cal. A la izquierda había una piscina de natación vacía, rodeada por tres de sus lados de césped muy descuidado y algunas hamacas de madera roja diseminadas por todas partes. Las hamacas tenían almohadones ya muy desteñidos y arruinados; se adivinaba que habían sido de diversos colores: azul, verde, amarillo, naranja y rojo ladrillo. Sus lazos estaban sueltos en muchas partes, los botones habían saltado y los almohadones formaban bultos desperejados. Sobre el lado restante de la piscina había una cancha de tenis rodeada por un alto alambrado. El trampolín presentaba un aspecto muy abandonado; la estera que lo cubría estaba hecha trizas, con los pedazos colgando y los accesorios metálicos cubiertos de herrumbre.

Llegué a la plazuela cubierta de césped y detuve el coche frente a un edificio de pino rojo, con el techo rajado y un pórtico ancho al frente. La entrada tenía puertas dobles con persianas cubiertas de grandes moscas medio adormiladas. Varios caminos se extendían entre los robles, pues entre ellos se levantaban unas cuantas cabañas rústicas diseminadas espaciosamente sobre la ladera de la colina, mientras otras se escondían casi completamente. Las que yo veía tenían un aspecto desolado y de abandono total: las puertas cerradas, las ventanas tapadas con cortinas de arpillera o de una tela parecida. Uno creía sentir el polvo acumulado en todas partes.

Cerré el contacto y me quedé sentado, escuchando, con manos sobre el volante. No se oía sonido alguno. El lugar parecía más muerto que un cementerio, excepto por el detalle de que las puertas de detrás de las persianas dobles estaban abiertas y porque me pareció distinguir que algo se movía en la oscuridad de la habitación. En aquel momento oí un silbido ligero y la silueta de un hombre se recortó contra la persiana, la empujó para abrirla y apareció un muchacho que empezó a bajar los escalones. El tipo era algo digno de ver.

Usaba un chambergo de gaucho, chato y negro, sujeto con una tira por debajo del mentón, camisa de seda blanca, inmaculada, abierta en el cuello, de puños ajustados y mangas sueltas y abultadas. Alrededor del cuello tenía un pañuelo negro con flecos, anudado en forma desperejada, de modo que una de las puntas era corta y la otra le llegaba casi hasta la cintura. Llevaba una faja negra, muy ancha, alrededor de la cintura, pantalones negros muy ajustados en las caderas, con pespuntos de hilo dorado que llegaban bastante abajo, hasta donde los pantalones se abrían en forma de pollera acampanada medio suelta; a ambos lados de las aberturas había hileras de botones dorados. En los pies lucía escafpines de baile, de charol.

Se detuvo al pie de la escalera y me miró, sin dejar de silbar. Parecía tan flexible como un junco. Tenía ojos color humo, los más grandes e inexpresivos que yo hubiera visto y pestañas largas y sedosas, rasgos delicados y perfectos sin ser frágiles. La nariz aguilera era tal vez demasiado delgada, la boca chica y bien formada, lucía un hoyuelo en la barbilla, y orejas pequeñas y graciosas. La piel mostraba esa palidez que el sol nunca puede alterar.

Adoptó una postura amanerada, apoyando la mano izquierda contra la cadera y con la derecha describió en el aire una curva graciosa a modo de saludo.

—¡Hola! —dijo—. Hermoso día, ¿no le parece?

—Para mí hace demasiado calor.

—A mí me gusta el calor. —La declaración era terminante y cerró la discusión. Para él no tenía importancia lo que a mí me gustara. Se sentó en un escalón, sacó de alguna parte una lima y comenzó a arreglarse las uñas.—¿Usted es del banco? —me preguntó, sin levantar la vista.

—Busco al doctor Verringer.

Suspendió el trabajo con la lima y miró en lontananza.

—¿Quién es ése? —preguntó, sin interés alguno.

—Es el dueño del lugar. Usted es demasiado lacónico. Se hace el que no sabe.

Volvió a prestar atención a la lima y a las uñas.

—Usted se equivoca, querido. El banco es el propietario del lugar. Han hecho un juicio hipotecario o lo han embargado o algo por el estilo. He olvidado el detalle.

Me miró con la expresión del hombre para quien los detalles no significan nada. Bajé del *Olds* y me apoyé en la puerta recalentada, pero me aparté en seguida buscando un lugar donde corriera un poco de aire.

—¿De qué banco se trata?

—Si no lo sabe es que no viene de allí. Si no viene del banco, no tiene nada que hacer aquí. Le aconsejo que se vaya, querido. Largo de aquí y rápido.

—Tengo que ver al doctor Verringer.

—El establecimiento no funciona, amigo, y como dice el cartel, éste es un camino privado. Alguien se olvidó de cerrar el portón de entrada.

—¿Usted es el cuidador?

—Algo por el estilo. Y no haga más preguntas, querido. —Tengo un temperamento un poco fuerte.

—¿Qué es lo que hace cuando se enoja?...¿Baila un tango con una ardilla?

Se puso de pie súbitamente y con mucha gracia. Se sonrió un instante con sonrisa inexpresiva.

—Me está pareciendo que voy a tener que meterlo en su pequeño convertible —dijo.

—Más tarde. ¿Dónde puedo encontrar al doctor Verringer?

El muchacho metió la lima en el bolsillo de la camisa y otra cosa ocupó su lugar en la mano derecha. Hizo un movimiento rápido y vi que llevaba en el puño una manopla de bronce reluciente. La piel parecía haberse estirado sobre las mejillas y los grandes ojos ahumados resplandecían con furor incontenible. Se dirigió hacia mí y yo retrocedí para tener más libertad de movimiento. Comenzó a silbar de nuevo, pero el silbido era estridente y fuerte.

—No tenemos por qué pelear —le dije, tratando de calmarlo—. No hay ningún motivo. Y además podría romperse esos pantalones encantadores.

El muchacho fue rápido como un relámpago. Con un salto suave se acercó a mí y extendió con rapidez la mano izquierda. Yo esperaba una trompada y aparté a tiempo la cabeza, pero lo que él buscaba era agarrarme la muñeca derecha y lo consiguió. Tenía mucha fuerza. Me hizo perder el equilibrio y vi que la mano que tenía la manopla descendía en picado para golpearme. Si me daba un puñetazo en la nuca con una manopla de ésas era hombre muerto. Si yo trataba de zafarme tirando con fuerza, podría alcanzarme en un costado de la cara o en la parte superior del brazo, debajo del hombro. Significaría un brazo inutilizado o la cara desfigurada, según el caso. En una situación semejante sólo me quedaba una cosa por hacer.

Seguí tirando con todas mis fuerzas, pero de paso pude hacerle una zancadilla en el pie izquierdo, agarré su camisa y sentí que se rasgaba. Algo me golpeó en la nuca, pero no era el metal. Rodé hacia la izquierda y él pasó por encima mío, aterrizó como un gato, pero estaba de pie de nuevo antes de que yo hubiera tenido tiempo de recobrar el equilibrio. El muchacho empezó a reírse. Estaba encantado de todo, encantado de su trabajo. Vino por mí en seguida.

Se oyó una voz fuerte que gritaba desde alguna parte:

—¡Earl! ¡Quédate quieto en seguida! En seguida, ¿me entiendes?

El muchacho se detuvo. En su rostro se dibujó una especie de sonrisa enfermiza. Hizo un movimiento rápido y la manopla de bronce desapareció debajo de la faja que tenía en la cintura.

Me di vuelta y vi a un hombre de complexión robusta y camisa hawaiana, quien se dirigió apresuradamente hacia nosotros por uno de los caminos entre los árboles, moviendo las manos. Se aproximó respirando muy agitado.

—¿Estás loco, Earl?

—No me diga nunca eso, Doc —contestó Earl con suavidad. Entonces se sonrió, dio la vuelta y fue a sentarse en la escalera de la casa. Se sacó el chato sombrero, extrajo de no sé dónde un peine y comenzó a peinarse el cabello oscuro y abundante con expresión distraída. Después de uno o dos segundos empezó a silbar de nuevo suavemente.

El recién llegado se detuvo, me miró y yo hice lo mismo.

—¿Qué pasa aquí? —vociferó de mal humor—. ¿Quién es usted, señor?

—Me llamo Marlowe. Vine a preguntar por el doctor Verringer. El muchacho que usted llama Earl parece que tenía ganas de jugar. Me imagino que la culpa la tiene el calor.

—Yo soy el doctor Verringer —dijo con dignidad. Dio vuelta a la cabeza y dirigiéndose al muchacho ordenó—: Vete a casa, Earl.

Earl se levantó lentamente. Miró al doctor Verringer con una mirada pensativa, escrutadora, subió las escaleras y levantó la persiana para pasar. Una nube de moscas empezó a zumbar y a revolotear, pero se posó en seguida en la persiana cuando la puerta se cerró.

—¿Marlowe? ¿En qué puedo servirlo, señor Marlowe?

—Earl dice que usted ya no trabaja más aquí.

—Es exacto. Estoy esperando ciertas formalidades legales para mudarme. Earl y yo estamos solos.

—Esa noticia me desilusiona. Pensé que aquí se encontraba un hombre llamado Wade.

Enarcó las cejas, de espesor impresionante, en un gesto de asombro.

—¿Wade? Es posible que conozca a alguien de ese apellido; es un nombre bastante común, pero ¿por qué iba a estar aquí conmigo?

—Siguiendo la cura.

El doctor Verringer frunció el ceño. Cuando un tipo posee semejantes cejas puede realmente fruncir el ceño.

—Soy médico, señor, pero ya no ejerzo. ¿A qué clase de cura se refiere?

—El hombre es alcohólico. De cuando en cuando se le va la mano con la bebida y desaparece. A veces regresa a su casa por sus propios medios, otras hay que traerlo y a veces se resiste a que lo encuentren.

Saqué mi tarjeta profesional y se la entregué.

El la miró sin demostrar mucho placer.

—¿Qué le pasa a Earl? —le pregunté—. ¿Se cree un Valentino o algo parecido?

Movió otra vez las cejas. Me fascinaban. En parte se enrulaban hasta cosa de cuatro centímetros. Encogió los hombros carnosos.

—Earl es inofensivo, señor Marlowe. A veces es un poco soñador. Vive en un mundo de fantasía.

—Usted lo sabrá doctor. Tal como yo lo veo, fantasea mucho.

—Vamos, vamos, Marlowe. Con seguridad exagera. A Earl le gusta vestirse bien. Es aniñado a ese respecto.

—Quiere usted decir que es medio chiflado. ¿No es cierto? —pregunté y agregué en seguida—: Este lugar es una especie de sanatorio, ¿no? ¿O lo fue?

—De ninguna manera. Cuando funcionaba era una colonia para artistas. Yo les proporcionaba las comidas, el alojamiento, facilidades para practicar deportes y juegos, y sobre todo, aislamiento. Y todo por precios moderados. Los artistas, como usted debe saber, rara vez son gente rica. En el término artistas incluyo, por supuesto, a escritores músicos y demás. Para mí fue una ocupación remuneradora... mientras duró.

Parecía triste al decir eso. Las cejas caían en los extremos para hacer juego con la boca. Con dejarlas crecer un poco más las tendría en la boca.

—Eso ya lo sé —le dije—. Está en el fichero. Y también el suicidio que se produjo aquí hace un tiempo. Fue una cuestión de narcóticos, ¿no es cierto?

Enderezó las cejas y se puso tieso.

—¿Qué fichero? —preguntó en tono incisivo.

—Tenemos un fichero sobre los que llamamos muchachos de las ventanas enrejadas. Son lugares de donde no se puede escapar cuando le agarra a uno un ataque; pequeños sanatorios privados o como se llamen, en donde se atiende a los alcohólicos, a los drogados y a los maniáticos pacíficos.

—Esos lugares deben tener permiso de la ley —dijo el doctor Verringer en tono severo.

—Sí, por lo menos en teoría. Pero a veces la gente se olvida de esos detalles.

El doctor Verringer se puso rígido. En verdad, el tipo tenía cierto aire de dignidad.

—Su insinuación es insultante, señor Marlowe. Ignoro por qué mi nombre figura en una lista como la que usted menciona. Debo pedirle que se retire.

—Volvamos a Wade. ¿Quizás esté aquí bajo otro nombre?

—Aquí no hay nadie más que Earl y yo. Estamos completamente solos. Si usted me perdona...

—Me gustaría echar un vistazo.

A veces uno consigue hacer enojar a la gente y sacarla de sus casillas. Pero no a un tipo como el doctor Verringer. Permaneció sereno y lleno de dignidad. Sólo sus cejas demostraban lo que sentía. Miré hacia la casa. Del interior llegaba el sonido de una música, una melodíaailable, y se oía muy débilmente el castañeteo de unos dedos.

—Apuesto a que está ahí bailando —dije—. Eso es un tango. Le apuesto a que está ahí dentro bailando solo. ¡Qué muchacho!

—¿Piensa irse, señor Marlowe? ¿O tendré que pedirle a Earl que me ayude a sacarlo de mi propiedad?

—Muy bien. Me iré. No me guarde rencor, doctor. Había sólo tres nombres que empezaban con V y usted era el que prometía más. Es el único indicio que tenemos... doctor V. Wade lo escribió en un pedazo de papel antes de irse. Doctor V.

—Debe haber docenas así —dijo el hombre con suavidad.

—¡Ah, claro! Pero no hay docenas en nuestro fichero. Muchas gracias, doctor. Earl me molesta un poco.

Me dirigí hacia el coche y me metí dentro. Cuando cerré la puerta el doctor Verringer ya se encontraba a mi lado. Se apoyó en la puerta con expresión amable.

—No tenemos por qué disgustarnos, señor Marlowe. Comprendo que en su profesión usted a veces no tiene más remedio que ser un poco entrometido. ¿Qué es lo que le molesta en Earl, concretamente?

—Es evidente que hay en él algo falso. Donde uno encuentra una cosa falsa se siente inclinado a esperar otras falsedades. El muchacho tiene manía depresiva, ¿no es así? En este instante está en un período de euforia.

El doctor Verringer me miró en silencio, con seriedad y cortesía.

—Muchas personas interesantes y talentosas han vivido conmigo, señor Marlowe. No todas eran tan equilibradas y sensatas como puede serlo usted. La gente de talento frecuentemente es neurótica. Pero carezco de comodidades para atender a lunáticos o alcohólicos aunque me gustara esa clase de trabajo. No tengo personal, excepto Earl, y no es el tipo más apropiado para cuidar enfermos.

—Según su opinión, ¿para qué es un tipo apropiado, doctor? Aparte de toda esa engañifa del baile y todo lo demás.

Se inclinó sobre la puerta y la voz se hizo baja y confidencial.

—Los padres de Earl eran muy amigos míos, señor Marlowe. No están ya en este mundo y alguien tenía que cuidar de Earl. Earl tiene que llevar una vida tranquila, lejos del ruido y las tentaciones de la ciudad. Es inestable, pero fundamentalmente inofensivo. Lo controlo con absoluta facilidad, como ha podido ver.

—Usted tiene mucho coraje —dije.

El suspiró. Las cejas se movieron suavemente, cual antenas de un insecto.

—Ha sido un sacrificio y bastante pesado. Pensé que Earl podría ayudarme aquí en mi trabajo. Juega muy bien al tenis, nada y se zambulle como un campeón y puede bailar toda la noche. Casi siempre es la amabilidad en persona. Pero de vez en cuando se produjeron... incidentes.

—Movié la mano como si quisiera enterrar en el olvido recuerdos dolorosos. —Al final tuve que elegir entre abandonar a Earl o dejar este lugar.

Levantó las manos con las palmas hacia arriba, extendiéndolas aparte, las dio vuelta y las dejó caer a los costados. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Vendí todo —continuó—. Este pacífico valle se convertirá en una población con aceras y faroles en las calles, y niños con monopatinos y radios estridentes, y hasta habrá... televisión —concluyó con un suspiro de desesperación.

Saludó con la mano en ademán rápido. —Confío en que perdonarán los árboles —dijo—, pero me temo que no. A lo largo de las lomas habrá, en cambio, antenas de televisión. Pero Earl y yo estaremos bien lejos, estoy seguro.

—Adiós, doctor. Mi corazón sangra por usted.

Me tendió la mano. Estaba húmeda, pero la sentí bien firme.

—Aprecio su simpatía y comprensión, señor Marlowe. Y lamento no poder ayudarlo en la búsqueda del señor Slade.

—Wade —corregí.

—Perdóneme, Wade, por supuesto. Adiós y buena suerte, señor.

Puse el coche en marcha y recorrí el mismo camino por el que había llegado. Me sentía triste, pero no tanto como lo hubiera querido el doctor Verringer.

Atravesé el portón y me alejé bastante por la carretera hasta que encontré una curva donde estacioné de modo que no pudiera ser visto desde la entrada. Salí del coche y volví caminando a lo largo del pavimento hasta que divisé la puerta. Me escondí detrás de un eucalipto y esperé.

Pasaron más o menos cinco minutos. Entonces vi aparecer por el camino privado un auto que paró fuera del alcance de mi vista. Me oculté aún más entre los matorrales. Oí un crujido, después el golpe seco del pestillo de la puerta y el rechinar de la cadena. El motor del auto arrancó de nuevo y el coche regresó por el camino.

Cuando el ruido se extinguió, volví a mi Olds y di una vuelta en forma de U para regresar a la ciudad. Al pasar por la entrada del camino privado del doctor Verringer vi que la puerta estaba asegurada con cadena y candado. No más visitantes por hoy, gracias.

CAPÍTULO XVII

Recorrí las veintitantas millas que me separaban de la ciudad y fui a almorzar. Mientras comía empecé a reflexionar sobre todo el asunto y me pareció una solemne tontería. Por ese camino no se podía encontrar a nadie. Por supuesto, uno se encuentra con tipos interesantes como Earl y el doctor Verringer, pero no con el hombre que uno busca. Uno gasta neumáticos, gasolina, palabras y energía nerviosa en un juego sin perspectivas de ganar. Con tres nombres que comenzaban con V, tenía tantas posibilidades de localizar a mi hombre como las que tenía de ganarle a los dados a Nick el Griego.

De todos modos, el primero siempre resulta un chasco, un punto muerto, una batuta que promete mucho y no produce ninguna música. Pero no debió haber dicho Slade en lugar de Wade. Era un hombre inteligente. No pudo haberse olvidado con esa facilidad, y si lo hizo se habría olvidado simplemente, pero no se habría equivocado.

Tal vez sí y tal vez no. No lo conocía bien. Mientras tomaba el café pensé en los doctores Vukanich y Varley. ¿Sí o no? Me llevarían la mayor parte de la tarde. Para aquel entonces podría llamar a la mansión de los Wade, en Idle Valley, donde quizá me informarían que el jefe de familia había regresado a su domicilio y que, por el momento, todo andaba sobre ruedas.

Empecé a analizar a los otros dos candidatos. El doctor Vukanich era cosa sencilla: estaba sólo a media docena de calles de allí. Pero el doctor Varley vivía por la loma del diablo, en las colinas de Altadena; un viaje largo, cansador y caluroso. ¿Sí o no?

La respuesta final fue afirmativa. Por tres buenas razones. Primera razón: nunca está de más conocer a la gente que anda metida en asuntos dudosos. La segunda, que todo lo que pudiera agregar al fichero que Peters me había mostrado sería una prueba de agradecimiento y buena voluntad. La tercera era que no tenía ninguna otra cosa que hacer.

Pagué la cuenta, dejé el coche donde estaba y fui caminando por la acera norte hacia el edificio Stocckwell. Este era una verdadera antigualla, con un mostrador para cigarrillos a la entrada, el ascensor se manejaba a mano, se sacudía que era un contento y parecía resistirse a subir. El pasillo del sexto piso era angosto y las puertas tenían paneles de vidrios, sucios y empañados. El edificio era mucho más viejo y más sucio que el de mi oficina. Estaba plagado de médicos y dentistas de esos que apenas ganan como para ir tirando, de predicadores de la Ciencia Cristiana que no hacen nada bueno y de esa clase de abogados que uno desea para los demás. Ni demasiado hábiles, ni demasiado limpios, tres dólares y pague a la enfermera, por favor; hombres cansados, desalentados, que saben exactamente dónde están parados, qué clase de pacientes pueden conseguir y cuánto dinero se les puede exprimir en la consulta. Por favor, no pida crédito. El doctor está adentro. El doctor salió. Usted tiene un molar bastante flojo, señora Kazinsky. Si usted quiere esta nueva emplomadura acrílica, tan buena como la incrustación de oro, se la puedo hacer por catorce dólares. Si usamos novocaína, son dos dólares extra. El doctor está adentro. El doctor salió. Son tres dólares. Por favor, pague a la enfermera.

En un edificio como aquél, siempre hay algunos tipos que realmente hacen dinero, pero no lo aparentan. Van bien con el aspecto gastado y mezquino del conjunto. Picapleitos que son socios en el racket de los títulos de fianza. Especialistas en abortos que aparentan cualquier cosa para explicar sus instalaciones. Inoculadores de drogas que se las dan de urólogos, dermatólogos o especialistas en cualquier otra rama de la medicina en la que el tratamiento requiera el uso frecuente y normal de la anestesia local.

En la sala de espera del doctor Lester Vukanich, pequeña y mal amueblada, había una docena de personas, todas incómodas. Parecían personas corrientes, sin signo distintivo alguno. De cualquier manera, cuando un morfinómano está en estado normal no se le puede distinguir de un inocente vegetariano. Tuve que esperar tres cuartos de hora. Los enfermos entraban por dos puertas. Un médico de garganta, nariz y oído que sea activo, puede atender a cuatro pacientes al mismo tiempo si tiene espacio suficiente.

Finalmente me tocó el turno. Tuve que sentarme en una silla de cuero marrón al lado de la mesa cubierta con una toalla blanca, sobre la cual había un juego de instrumentos. Un recipiente esterilizador burbujeaba cerca de la pared. El doctor Vukanich entró en el cuarto con paso rápido. Llevaba guardapolvo blanco y un espejo redondo sujeto a la frente. Se sentó en un taburete, frente a mí.

—¿Tiene dolor de cabeza, en las sienas? ¿Muy fuerte? —Le dije que era terrible. Espantoso. Especialmente al levantarme por la mañana. El asintió con aire de entendido.

—Característico —dijo, y colocó un casquete de vidrio sobre una cosa que se asemejaba a una estilográfica. Lo empujó dentro de mi boca.

—Cierre los labios, pero no los dientes, por favor.

Mientras decía esto encendió la luz. El cuarto no tenía ventanas; un ventilador giraba en algún lugar de la habitación.

El doctor Vukanich retiró el tubo de vidrio y empujó la luz hacia arriba. Me miró atentamente.

—No hay ninguna congestión, señor Marlowe. Si usted tiene dolor de cabeza, no es debido a una sinusitis. Hasta me arriesgaría a decir que usted no ha tenido nunca trastornos en las sienas. Hace tiempo le hicieron una operación en el tabique, ¿no es cierto?

—Sí, doctor. Recibí un golpe jugando a fútbol.

El asintió: —Hay una ligera saliente ósea que tendría que haber sido cortada. Sin embargo es suficiente como para dificultar la respiración.

El doctor Vukanich se echó hacia atrás, sosteniendo la rodilla doblada.

—Usted me dirá en qué puedo servirlo —me dijo. Tenía la cara delgada y muy pálida, nada interesante. Parecía una rata blanca tuberculosa.

—Quería conversar con usted con respecto a un amigo mío. No se encuentra muy bien. Es escritor; tiene mucha plata, pero los nervios en malas condiciones. Necesita ayuda. Está insoportable durante días enteros. Necesita alguna pequeña ayudita extra. Su médico no quiere cooperar más.

—¿Qué es lo que usted entiende exactamente por cooperación?

—Todo lo que el muchacho necesita es una inyección de vez en cuando para que se calme. Pensé que quizá podríamos llegar a algún acuerdo. El dinero es seguro.

—Lo siento, señor Marlowe; pero no me ocupo de esos problemas. —Se puso de pie—. Y si permite que se lo diga, ha encarado usted la cosa en forma un tanto brutal. Su amigo puede consultarme, si así lo desea, pues podría tener algo que requiera tratamiento. Son diez dólares, señor Marlowe.

—Vamos, doctor. Usted está en la lista.

El doctor Vukanich se apoyó contra la pared y encendió un cigarrillo. Me estaba dando tiempo. Arrojó el humo y se quedó contemplando las espirales que se elevaban por el aire. Le entregué mi tarjeta.

—¿A qué lista se refiere?

—A la de los muchachos de ventanas con barrotes. Pensé que podría conocer a mi amigo. Se llama Wade. Quizás usted lo tenga instalado en algún lado, en una pequeña habitación blanca. El muchacho ha desaparecido de la casa.

—Usted es un estúpido —me dijo el doctor Vukanich—. Aunque me pagaran no me metería a realizar esas curas de cuatro días para borrachos. Además de que no curan nada. No tengo ninguna clase de pequeñas habitaciones blancas y no conozco al amigo que usted ha mencionado..., suponiendo que exista. Me debe diez dólares... al contado... y ahora mismo. ¿O prefiere que llame a la policía y lo denuncie por haberme pedido narcóticos?

—Eso sería una maravilla —dije—. Hágalo.

—¡Largo de aquí, embaucador!

Me levanté de la silla.

—Creo que he cometido un error, doctor. La última vez que el muchacho se emborrachó estuvo con un doctor cuyo nombre empieza con V. Fue una operación estrictamente secreta. Lo vinieron a buscar por la noche y lo trajeron de vuelta en la misma forma, cuando ya se había recuperado. Ni siquiera esperaron para ver si el hombre entraba en la casa. De modo que cuando se prendió a la botella de nuevo y desapareció durante un tiempo, recurrimos a nuestros ficheros, como es natural, en busca de alguna pista. Seleccionamos a tres médicos cuyos nombres comienzan con V

—Interesante —dijo con sonrisa inexpresiva. Todavía continuaba dándome tiempo—. ¿Cuál es la base de esa selección?

Lo miré fijamente. Su mano derecha se movía suavemente sobre la parte de adentro del brazo izquierdo, hacia arriba y hacia abajo. Tenía el rostro ligeramente transpirado.

—Lo siento, doctor. Trabajamos en forma confidencial.

—Perdóneme un instante. Tengo otro enfermo que...

No terminó la frase y salió de la habitación. En su ausencia, una enfermera asomó la cabeza por la puerta, me echó una mirada rápida y se retiró.

En aquel momento el doctor Vukanich regresó al consultorio. Tenía un aspecto inusualmente animado, sonriente y descansado. Los ojos le brillaban.

—¿Qué? ¿Todavía está usted aquí? —Parecía muy sorprendido o lo simulaba. —Pensé que nuestra breve visita había concluido.

—Ya me voy. Creí que usted quería que esperara.

Se rió entre dientes.

—¿Sabe una cosa, señor Marlowe? Vivimos en tiempos extraordinarios. Por sólo quinientos dólares podría ponerlo en el hospital con huesos rotos. Cómico, ¿no cree?

—Terriblemente —le contesté—. ¿Conque sólo se la aplicó en la vena, eh doctor? Muchacho, ¡eso sí que le levanta el ánimo!

Me dirigí hacia la puerta.

—Hasta luego, amigo —me gritó con voz cantarina—. No se olvide de los diez dólares. Páguele a la enfermera.

Agarró el aparato interno y estaba hablando por él cuando salí.

En la sala de espera estaban las mismas doce personas u otras parecidas, todas igualmente incómodas. La enfermera sabía su oficio.

—Son diez dólares, por favor, señor Marlowe. En este consultorio el pago es inmediato y al contado.

Me abrí paso entre la gente en dirección a la puerta. Ella saltó de la silla y dio la vuelta corriendo alrededor del escritorio. Yo tiré de la puerta y la abrí.

—¿Qué sucede cuando uno no les paga? —le pregunté.

—¡Ahora verá lo que sucede! —contestó enojada.

—Seguro. Usted no hace más que cumplir con su trabajo. Lo mismo que yo. Eche una mirada a la tarjeta que he dejado y verá cuál es mi trabajo.

Los pacientes me observaron con mirada de desaprobación. Esa no era manera de tratar al doctor.

CAPÍTULO XVIII

El doctor Amos Varley era un caso muy diferente. Tenía una vieja casona en medio de un gran jardín antiguo lleno de robles enormes que le daban sombra. El edificio era de estructura maciza, con adornos muy trabajados sobre pórticos y galerías, los cuales tenían soportes blancos, torneados y acanalados como las patas de los antiguos pianos de cola. En las galerías se encontraban algunas personas de edad sentadas en tumbonas y cubiertas con mantas.

Las puertas de entrada eran dobles y tenían paneles de vidrio en estado de bastante abandono. El vestíbulo era amplio y fresco; el piso de parquet, bien lustrado y sin alfombra. Altadena es un lugar caluroso en verano. Se levanta entre las colinas y la brisa pasa por arriba. Hace ochenta años la gente sabía cómo construir casa para este clima.

Una enfermera de delantal blanco y almidonado se llevó mi tarjeta y después de una espera prudencial el doctor Amos Varley condescendió a recibirme. Era un tipo alto, calvo, de sonrisa alegre. Su largo guardapolvo blanco lucía immaculado y caminaba silenciosamente con zapatos de suela de goma.

—¿En qué puedo servirle, señor Marlowe?

Tenía una voz llena y suave, propicia para calmar el dolor y reconfortar el corazón atribulado. El doctor está aquí, no tiene por qué preocuparse, todo saldrá bien. Tenía esa manera pesada y melosa, verdaderas capas de miel, del médico solícito junto a la cama del enfermo. Era maravilloso y tan blindado como una armadura.

—Doctor, estoy buscando a un hombre llamado Wade, un alcohólico de buena posición, desaparecido de su casa. Su historia nos indica que debe estar metido en alguno de esos establecimientos discretos que saben atender con habilidad. Mi única pista es una referencia hecha sobre un doctor V. Usted es el tercer doctor V que visito y estoy perdiendo las esperanzas.

Se sonrió benévolutamente.

—¿Solamente el tercero, señor Marlowe? Seguramente debe haber por lo menos cien doctores cuyos apellidos comiencen con V en Los Angeles y sus alrededores.

—¡Claro que sí!, pero no hay muchos que tengan habitaciones con ventanas enrejadas. He observado que aquí tiene algunas arriba, al costado de la casa.

—Son gente anciana —dijo el doctor Varley tristemente, pero con una tristeza llena de fuerza expresiva—. Ancianos solitarios, deprimidos y desgraciados, señor Marlowe. Algunas veces... —Hizo un gesto expresivo con la mano, un movimiento curvo hacia afuera, una pausa y después la dejó caer suavemente, como una hoja seca que se balancea hasta llegar al suelo. —Pero aquí no atiende a alcohólicos —agregó con firmeza—. Ahora, si quiere perdonarme...

—Lo siento, doctor. Lo que pasa es que usted figuraba precisamente en nuestra lista. Probablemente se trata de un error. Tenía algo que ver con un entredicho con la gente del Departamento de Narcóticos. Fue hace un par de años.

—¡No me diga! —Pareció asombrado, pero de pronto recordó. —Ah, sí, fue un ayudante que cometí el error de emplear. Estuvo conmigo muy poco tiempo. Abusó de mi confianza en forma inicua. Sí, por cierto. Lo recuerdo perfectamente.

—No es así como me lo contaron —dije—. Quizás entendí mal.

—¿Y cómo se lo contaron a usted, señor Marlowe?

Todavía me trataba a lo grande, con sonrisas y suave inflexión de voz.

—Me dijeron que tuvo que entregar su libro de recetas de narcóticos.

Aquello le llegó un poco. No frunció el ceño, pero se despojó de algunas capas de su meloso encanto. Un resplandor glacial asomó a sus ojos azules.

—¿Cuál es la fuente de esa fantástica información?

—Una gran agencia de detectives que tiene la posibilidad de preparar ficheros sobre estos asuntos.

—Una colección de chantajistas baratos, sin duda.

—Baratos no, doctor. Su tarifa básica es de cien dólares por día. La dirige un antiguo coronel de la policía militar.

No es tipo que se contente con moneditas, doctor. Pica más alto.

—¡A él lo voy a poner como nuevo! ¿Su nombre? —preguntó con frío disgusto. El sol se había puesto en la actitud del doctor Varley. La noche prometía ser despacible.

—Eso es confidencial, doctor. Pero no se preocupe. ¿Conque el nombre de Wade no le dice nada, eh?

—Creo que usted conoce el camino de salida, señor Marlowe.

La puerta del pequeño ascensor se abrió detrás de él. Salió una enfermera empujando una silla de ruedas, en la que estaba sentado lo que quedaba de un hombre viejo y arruinado. Tenía los ojos cerrados y la piel de color azulado. Estaba envuelto en frazadas. La enfermera atravesó silenciosamente el vestíbulo y se dirigió hacia afuera por una puerta lateral.

El doctor Varley dijo dulcemente:

—Gente anciana. Gente anciana y enferma y solitaria. No vuelva por acá, señor Marlowe. Podría molestarme. Cuando estoy molesto puedo ser más bien desagradable. Hasta podría llegar a ser muy desagradable.

—Perfectamente, doctor. Muchas gracias por haberme recibido. Tiene aquí una linda casa donde prepararlos para morir.

—¿Qué dijo? —Se me acercó un paso y se despojó de las capas de miel restantes. Las suaves arrugas de su cara se convirtieron en líneas duras y profundas.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. Me doy cuenta de que mi hombre no podría estar aquí. No podría buscar aquí a nadie que no fuese demasiado débil para luchar. Gente vieja y enferma. Gente vieja y solitaria. Usted mismo lo dijo, doctor. Gente vieja y abandonada, pero con dinero y con herederos hambrientos. Probablemente la mayoría de ellos han sido declarados incompetentes por la justicia.

—Me estoy hartando —expresó el doctor Varley.

—Comida liviana, sedantes livianos, tratamiento firme. Se los saca a tomar sol y se los vuelve a acostar en la cama. Barrotes en algunas de las ventanas, para el caso de que les quede todavía algún resto de coraje, de decisión. Ellos lo quieren, doctor, todos y cada uno de ellos. Morirán sosteniendo su mano y viendo la tristeza en sus ojos. Que es genuina, también.

—Por cierto que lo es —dijo con gruñido bajo y gutural. Cerró los puños. Debí haberlo golpeado, pero había comenzado a darme náuseas.

—Seguro —agregué—. A nadie le gusta perder a un cliente que paga bien. Especialmente cuando uno ni siquiera tiene que agradar.

—Alguien tiene que hacerlo —explicó—. Alguien tiene que cuidar a esta gente vieja y triste, señor Marlowe.

—Siempre hay alguno que tiene que limpiar los pozos negros. Pensándolo bien, se trata de un trabajo limpio y honesto. Hasta la vista, doctor Varley. Cuando por razones de trabajo me sienta asqueado de mí mismo, pensaré en usted. Entonces recobraré el ánimo en seguida.

—¡Cállese, piojo inmundo! —murmuró el doctor Varley entre dientes—. Debería romperle la crisma. Ejercicio una especialidad honorable de una profesión honorable.

—Sí —lo miré hastiado—. Ya lo sé. Sólo que tiene olor a muerte.

No hizo ademán de golpearme. Me aparté rápidamente y salí de la habitación. Desde la puerta me volví para mirarlo. No se había movido. Tenía un trabajo que realizar: hacer que su rostro recobrara su habitual expresión empalagosa .

CAPÍTULO XIX

Regresé a Hollywood completamente agobiado. Era demasiado temprano para comer y hacía demasiado calor. Puse en marcha el ventilador de mi oficina. No refrescaba el ambiente, pero removía el aire. Afuera, en el bulevar, se oía pasar el tránsito incesantemente. Los pensamientos se acumulaban en mi cabeza como las moscas sobre un papel engomado.

Tres intentos, tres fracasos. Todo lo que había hecho era ver a demasiados doctores.

Llamé por teléfono a casa de los Wade. Me atendió una persona con cierto acento mexicano y me informó que la señora Wade no estaba en casa. Pregunté por el señor Wade y me contestó que tampoco estaba. Dejé mi nombre y pareció entenderlo sin dificultad. El que atendía dijo ser el criado. Llamé a George Peters a la Organización Carne, pues quizá conociera a algunos médicos más. No se encontraba en la oficina. Dejé un nombre falso y mi verdadero teléfono. Transcurrió una hora sin que pasara nada. Me sentía como un granito de arena en el desierto del olvido. Me sentía como un bravucón que tiene en la mano dos pistolas sin balas. Tres intentos, tres fracasos. Odio cuando vienen de a tres. Uno llama al señor A: nada. Uno llama al señor B: nada. Uno llama al señor C: menos que menos. Una semana más tarde, uno se da cuenta de que debía haber llamado al señor D. Pero la cuestión es que uno no sabía que éste existiera, y una vez descubierto, el cliente cambió de idea y ha matado la investigación.

Volví a escarbar los detalles de las tres visitas realizadas, analizando todas las conjeturas posibles. Varley tenía gente demasiado rica para complicarse con alcohólicos. Vukanich era un infeliz que se drogaba en su propio consultorio. La enfermera debía saberlo. Al menos algunos de los pacientes debían saberlo. Todo lo que haría falta para liquidarlo sería un hombre resentido y una llamada telefónica. Wade, borracho o sobrio, no se habría acercado a un tipo semejante. Podía no ser el hombre más brillante del mundo —una cantidad de gentes de éxito están lejos de ser gigantes mentales—, pero no era tan tonto como para dejarse embaucar por Vukanich.

El único posible era el doctor Verringer. Tenía espacio y soledad. Y probablemente también paciencia. Pero Sepúlveda Canyon quedaba muy lejos de Idle Valley. ¿Dónde estaba el punto de contacto? ¿Cómo se podían haber conocido? Además, si Verringer era dueño de aquella propiedad y tenía un comprador, estaba en camino de hacerse con mucho dinero. Se me ocurrió una idea. Llamé a un conocido que trabaja en una compañía de títulos para investigar el estado de la propiedad. Nadie contestó. La compañía de títulos ya había cerrado. Yo también cerré, me dirigí a La Ciénaga, fui al "Rudy's Bar-B-Q", di mi nombre al maitre y esperé el gran momento sentado en un taburete al lado del bar, con un whisky en la mano y la música del vals de Marek Weber en mis oídos. Después de un rato pasé del otro lado de la cuerda de terciopelo y comí uno de los mundialmente famosos bifés a la "Salisbury de Rudy's" que es un bife picado servido en una planchita de madera quemada, sostenido por rodajas de cebolla frita, rodeado por puré de patatas demasiado cocidas, y una de esas ensaladas mixtas que los hombres comen con absoluta docilidad en los restaurantes aunque empezarán a gritar como energúmenos si las esposas se las sirvieran en casa.

Después regresé a casa.

Me decidí a salir y tomar una copa cuando en ese preciso instante sonó el teléfono.

—Habla Eileen Wade, señor Marlowe. Usted dijo que lo llamara.

—Quería saber simplemente si tenía alguna novedad. He estado viendo médicos todo el día y no he conseguido amigos.

—No, lo siento. Roger todavía no apareció. Estoy muy preocupada; no puedo evitarlo. Supongo entonces que usted no tiene nada que comunicarme.

—Hablaba en voz baja y desanimada.

—Es un distrito grande y muy poblado, señora Wade.

—Esta noche serán cuatro días enteros.

—Por supuesto, pero no es demasiado tiempo.

—Para mí, sí. —Quedó silenciosa un momento. —He pensado mucho, tratando de recordar algo, algún indicio o recuerdo. Roger habla mucho sobre toda clase de cosas.

—¿Le suena el apellido Verringer, señora Wade?

—No, me parece que no.

—Usted me dijo que una vez un tipo alto, vestido con traje de vaquero, trajo a su esposo de regreso a casa.

¿Reconocería a ese hombre si lo viera de nuevo, señora Wade?

—Supongo que sí —dijo en tono vacilante—, si las condiciones fueran las mismas. Apenas si pude echarle una ojeada en aquella ocasión. ¿Se llama Verringer?

—No, señora Wade. Verringer es un hombre robusto de edad mediana, que dirige o, para ser exactos, dirigía una especie de colonia para artistas en Sepúlveda Canyon. Tiene allí a un muchacho que trabaja con él y que anda vestido en forma medio fantástica. Y Verringer se titula doctor.

—Eso es magnífico —dijo ella con voz cálida—. ¿No cree que está en la pista?

—Podría estar más mojado que un gatito ahogado. La llamaré cuando lo sepa. Simplemente quería saber si Roger había regresado y si usted no recordaba algo concreto.

—Me temo no haberle sido de mucha utilidad —expresó ella con voz triste—. Por favor, llámeme en cualquier momento, por muy tarde que sea.

Le dije que así lo haría y colgué. Tomé un revólver y una linterna de tres pilas. Era un revólver 32, pequeño, de cañón corto, con las balas de punta aplanada. Earl, el muchacho del doctor Verringer, podía disponer de otros juguetes además de la manopla de bronce. Si fuera así, era bastante tonto como para jugar con ellos.

Tomé nuevamente por la carretera y manejé lo más rápido que pude. Era una noche sin luna y para cuando llegara a la entrada de la propiedad del doctor Verringer ya habría oscurecido. Oscuridad era lo que necesitaba.

El portón estaba todavía cerrado con la cadena y el candado. Pasé de largo y estacioné bien lejos de la carretera. Todavía había una leve claridad, pero no duraría mucho. Trepé por la verja y comencé a subir por la ladera de la colina buscando algún sendero, pero o no había ninguno o no pude encontrarlo, de modo que regresé y comencé a caminar a lo largo del camino de césped. Los eucaliptos hicieron lugar a los robles; crucé el cerro y a lo lejos pude divisar algunas luces. Pasé por detrás de la piscina y de la cancha de tenis, me llevó tres cuartos de hora llegar a un sitio desde donde podía ver el edificio principal, al extremo del camino. Había luces en la casa y se oía música. Y más allá, entre los árboles, había una cabaña que también tenía las luces encendidas. Otras cabañas oscuras estaban diseminadas entre los árboles. Seguí por un sendero y de pronto se encendió la luz de una lámpara en la parte de atrás de la cabaña principal. Me paré en seco. La lámpara no estaba buscando nada. Apuntaba hacia abajo, proyectando un amplio círculo de luz sobre la puerta trasera y el césped que se extendía por detrás. Entonces se oyó el golpe de la puerta contra la pared y Earl salió de la cabaña. En ese instante supe que estaba en el lugar que buscaba.

Earl tenía puesto un traje de vaquero, y había sido un vaquero el que llevó a Roger Wade a su casa hacía un tiempo. Earl estaba retorciendo una cuerda. Usaba camisa oscura con respuntes blancos y un pañuelo a pintitas anudado alrededor del cuello. Tenía un ancho cinturón de cuero, tachonado con mucha plata, y un par de cartucheras con sus respectivos revólveres de mango de marfil. Lucía elegantes pantalones de montar y botas respunteadas de blanco y relucientes de nuevas. Tenía puesto un sombrero blanco y lo que parecía algo así como un cordón tejido de plata colgaba suelto más abajo de la camisa, con los extremos desatados.

Earl se quedó parado frente a la puerta y empezó a hacer girar alrededor de él una cuerda que tenía en la mano, parándose dentro y fuera de la misma; era un actor sin público, un vaquero presumido que estaba montando todo un espectáculo para sí mismo y que lo gozaba intensamente. Earl Dos Pistolas, el terror del distrito Chochise. Debía haber estado en uno de esos ranchos-hoteles donde todos son tan aficionados a los caballos que hasta las telefonistas usan botas de montar para trabajar.

De pronto oyó un ruido o fingió oírlo. Dejó caer la soga y con movimientos rápidos se llevó las manos a las pistoleras, sacó los dos revólveres y apuntó con ellos mientras ponía los pulgares sobre los percutores. Dirigió una mirada escrutadora hacia la oscuridad que lo rodeaba. Yo quedé inmóvil, sin osar moverme. Los revólveres podían muy bien estar cargados. Pero la luz de la lámpara lo había encandilado y no pudo ver nada. Volvió a guardar las armas en los estuches, levantó la soga, la enrolló dejándola floja y se metió dentro de la casa. Casi en seguida se apagó la luz.

Empecé a caminar entre los árboles y me fui aproximando a la pequeña cabaña iluminada situada en la falda de la colina. No se sentía ningún ruido. Levanté con cuidado la cortina veneciana y miré hacia el interior. La luz provenía de una lámpara colocada sobre una mesita de noche, al lado de la cama. Un hombre en pijama yacía de espaldas sobre el lecho, el cuerpo laxo, los brazos encima del cubrecama, los ojos muy abiertos contemplando el techo. Parecía un hombre fornido, aunque el rostro estaba parcialmente en la sombra, pude ver que estaba pálido y que necesitaba una afeitada. Los dedos de las manos, extendidos sobre la cama, estaban inmóviles. Parecía no haberse movido durante horas.

Oí ruido de pasos que se acercaban por el sendero, hacia el otro lado de la cabaña. Se oyó el crujido de la puerta y entonces apareció la figura maciza del doctor Verringer. Traía en la mano lo que parecía ser un vaso grande de jugo de tomate. Al entrar encendió una lámpara de pie. La camisa hawaiana brilló con destellos amarillentos. El hombre acostado en la cama no le dirigió ni una mirada.

El doctor Verringer colocó el vaso sobre la mesita de noche, acercó una silla y se sentó. Asió la mano del hombre por la muñeca y le tomó el pulso.

—¿Cómo se siente ahora, señor Wade? —La voz era amable y solícita.

El hombre no contestó ni lo miró. Siguió contemplando el techo.

—Vamos, vamos, señor Wade. No sea caprichoso. El pulso está ligeramente acelerado, pero sólo un poco más de lo normal. Usted está débil, pero por lo demás...

—Tejy —dijo de pronto el hombre acostado—, dile a este hijo de tal por cual que si sabe cómo estoy, entonces no tiene por qué molestarse en preguntármelo.

Tenía voz clara y agradable, pero el tono era amargo.

—¿Quién es Tejy? —preguntó el doctor pacientemente.

—Mi intérprete. Está allí arriba en el rincón.

El doctor Verringer levantó la vista.

—Veo una pequeña araña —dijo—. Deje de fingir, señor Wade. Conmigo no es necesario.

—Tegenaria doméstica, la araña saltona común, compañero. Me gustan las arañas. Prácticamente nunca usan camisas hawaianas.

El doctor Verringer se humedeció los labios.

—No tengo tiempo para perder en juegos, señor Wade.

—Tejy no tiene nada de juguetona. —Wade dio vuelta la cabeza lentamente como si la sintiera muy pesada y dirigió a Verringer una mirada despreciativa—. Tejy es muy seria. Se acerca insensiblemente a usted. Como no la mira, pega un salto rápido y silencioso. Después de un tiempo ya está bastante cerca. Da el último salto y lo empieza a succionar hasta que lo deja seco, doctor. Muy seco. Tejy no se lo come. Solamente le chupa los jugos hasta que no le queda nada más que la piel. Si usted piensa usar esa camisa durante mucho tiempo más, doctor, yo diría que eso podrá suceder muy pronto.

Verringer se recostó en el respaldo de la silla.

—Necesito cinco mil dólares —dijo con calma—. ¿Cuándo podré contar con ellos?

—Usted recibió seiscientos cincuenta dólares —contestó Wade con desagrado —y también todo el cambio que llevaba suelto.

—Esos son porotos.

—¿Cuánto demonios cobra usted por este antro?

—Ya le dije que los precios se fueron arriba.

—No me dijo que tenían la altura del monte Wilson.

—No discutamos, Wade —dijo Verringer en tono cortante—, no está en condiciones de hacerse el gracioso. Además, usted traicionó mi confianza.

—No sabía que tuviera alguna.

El doctor Verringer golpeó suavemente con los dedos en los brazos del sillón.

—Usted me llamó en mitad de la noche. Estaba en estado desesperado. Me dijo que se mataría si yo no iba. No quise hacerlo y usted sabe el motivo. No tengo permiso para practicar la medicina en este Estado. Estoy tratando de desembarazarme de esta propiedad antes de perderlo todo. Tengo que cuidar a Earl y en cualquier momento le puede venir un ataque. Yo le advertí que le costaría mucho dinero. Usted siguió insistiendo y entonces fui a buscarlo. Quiero cinco mil dólares.

—Estaba enloquecido por la bebida —dijo Wade—. Usted no puede obligar a un hombre a cumplir un convenio en esas condiciones. Ya le pagué demasiado bien.

—Además —agregó Verringer lentamente—, usted mencionó mi nombre a su esposa. Le dijo que yo iba a ir a buscarlo.

Wade pareció sorprendido.

—No hice nada de eso. Ni siquiera la vi. Estaba durmiendo.

—Entonces se lo habrá dicho otra vez. Estuvo aquí un detective privado y preguntó por usted. No hay ninguna posibilidad de que haya venido aquí si alguien no se lo dijo. Me libré de él, pero puede volver. Tiene que irse a su casa, señor Wade. Pero primero quiero mis cinco mil dólares.

—Usted no es por cierto el tipo más brillante del mundo, ¿eh, doctor? Si mi esposa sabía dónde estaba yo, ¿para qué necesitaba un detective? Hubiera podido venir ella misma, suponiendo que se preocupara tanto. Hubiera podido traer a Candy, nuestro criado Candy podría cortar en tiritas finas a su Muchachito Azul mientras el Muchachito Azul estuviera decidiendo en qué película piensa trabajar hoy.

—Usted tiene una lengua desagradable, Wade. Y una mente desagradable.

—También tengo cinco mil mangos desagradables, doctor. Trate de conseguirlos.

—Haga el favor de darme el cheque —dijo Verringer con firmeza—. Ahora. En seguida. Después se vestirá y Earl lo llevará a su casa.

—¿Un cheque? —Wade casi estaba riéndose—. ¡Claro que se lo daré! ¡Magnífico! ¿Cómo lo cobrará?

El doctor Verringer se sonrió con tranquilidad.

—Usted piensa que dará orden de que no lo paguen, pero no lo hará, señor Wade. Se lo aseguro.

—¡Gordo estafador! —gritó Wade.

El doctor Verringer movió la cabeza.

—En algunas cosas sí, pero no en todas. Tengo una personalidad múltiple, como la mayoría de la gente. Earl lo llevará en coche a su casa.

—No. Ese muchacho me hace poner la piel de gallina —dijo Wade.

El doctor Verringer se puso de pie con toda calma, se reclinó sobre la palma y palmeó el hombro de Wade.

—Para mí, Earl es por completo inofensivo, señor Wade. Tengo medios para controlarlo.

—Dígame uno —dijo una nueva voz y Earl apareció por la puerta con su conjunto de Roy Rogers. El doctor Verringer se dio vuelta, sonriente.

—¡Saque a ese psicópata de aquí! —gritó Wade, mostrando por primera vez que sentía miedo.

Earl colocó las manos sobre el cinturón tachonado. Su rostro estaba pálido como el de un muerto y silbaba entre dientes con un silbido suave. Entró en el cuarto caminando lentamente.

—No debería haber dicho eso —exclamó el doctor y se volvió hacia Earl—. Está bien, Earl. Yo me ocuparé del señor Wade. Lo ayudaré a vestirse mientras tú vas a buscar el auto; lo traerás lo más cerca que puedas de la cabaña. El señor Wade se siente muy débil.

—Y se sentirá mucho más débil en seguida —dijo Earl con voz silbante—. Déjeme pasar.

—Oyeme, Earl... —dijo el doctor y agarró al joven por el brazo—. ¿No quieres volver a Camarillo, no es cierto?

Una palabra mía y...

No alcanzó a decir más, Earl soltó el brazo que le sujetaba el doctor y levantó la mano derecha en la que brilló un destello metálico. El puño armado golpeó contra la mandíbula del doctor Verringer. Este cayó al suelo como si le hubiesen disparado un tiro en el corazón. La caída hizo estremecer la cabaña. Yo comencé a correr.

Llegué hasta la puerta y la abrí de un golpe. Earl se dio media vuelta, inclinándose un poco hacia adelante y me miró sin reconocermelo. De sus labios salía un sonido balbuceante. Se abalanzó hacia mí de inmediato.

Empuñé el revólver y le apunté, pero para él eso no significaba nada. O bien sus pistolas no estaban cargadas o se había olvidado por completo de ellas. La manopla de bronce era todo lo que necesitaba. Siguió avanzando.

Disparé un tiro contra la ventana situada frente a la cama. El estallido del disparo resonó en la pequeña habitación con mucha más fuerza que la habitual. Earl se detuvo en seco con el rostro pálido como una hoja de papel. Dio vuelta la cabeza y miró el agujero hecho en la persiana. Después su mirada se fijó en mi persona. Lentamente el rostro cobró vida y se sonrió.

—¿Qué pasó? —preguntó vivamente.

—Sáquese la manopla —le dije, vigilando la expresión de sus ojos.

Se miró la mano sorprendido; después se sacó la manopla y la arrojó distraídamente a un rincón.

—Ahora el cinturón con los revólveres. No toque las armas. Sólo desabróchese la hebilla.

—No están cargados —dijo sonriendo—. Diablos, ni siquiera son revólveres; pura exhibición.

—El cinturón. Apúrese.

Earl miró el revólver 32 de caño corto.

—¿Ese es de verdad? Ah, claro que sí. La persiana. Sí, la persiana.

El hombre acostado ya no estaba en la cama. Se había puesto detrás de Earl. Se acercó rápidamente y le sacó una de las brillantes pistolas. A Earl no le gustó y lo demostró en su cara.

—¡Salga de ahí! —gritó en tono enojado—. Vuelva a poner el arma donde estaba.

—El muchacho tiene razón —dijo Wade—. Son pistolas de juguete. —Se alejó de Earl y colocó el revólver sobre la mesa—. ¡Cristo! Me siento terriblemente débil.

—Sáquese el cinturón —ordené por tercera vez—. Cuando uno comienza algo con un tipo como Earl hay que terminarlo. Es necesario mantenerse en sus trece y no cambiar de idea.

Al fin se sacó el cinturón, con actitud bastante amigable y sosteniéndolo en la mano se dirigió hacia la mesa, agarró el revólver, lo volvió a poner en la pistolera y colocó el cinturón sobre la mesa. Dejó que hiciera todo eso y justo en aquel momento Earl vio al doctor Verringer tirado en el suelo contra la pared. Expresó su consternación con un sonido indefinido y se dirigió rápidamente al baño, de donde volvió casi en seguida trayendo una jarra llena de agua que volcó sobre la cabeza del doctor Verringer. El doctor balbució algo y rodó de costado. Entonces empezó a quejarse y se llevó la mano a la mandíbula. Trató de ponerse de pie y Earl lo ayudó.

—Lo siento, Doc. Se me fue la mano y golpeé sin ver a quién dirigía el golpe.

—Está bien; no tengo nada roto —dijo Verringer, haciendo un ademán para que se apartara—. Ve a buscar el coche, Earl, y no te olvides de la llave para el candado del portón.

—Traigo el coche aquí. Claro. En seguida. La llave del candado. Ya la tengo. En seguida. Doc.

Salió del cuarto, silbando.

Wade se había sentado en el borde de la cama y parecía que tiritaba.

—¿Usted es el detective del cual me habló el doctor?

¿Cómo me encontró?

—No hice más que preguntar un poco a la gente que conoce de estas cosas —contesté—. Si quiere regresar a su casa, vístase.

El doctor Verringer se había apoyado contra la pared y se daba masajes en la mandíbula.

—Yo le ayudaré —ofreció con voz cansada—. Todo lo que hago es ayudar a la gente y todo lo que hace la gente como retribución es hacerme saltar los dientes.

—Me imagino cómo se siente —le dije.

Salí de la cabaña y los dejé solos.

CAPÍTULO XX

Cuando los dos hombres salieron, el coche estaba estacionado cerca de la cabaña, pero Earl no estaba. Había cerrado el contacto, apagado las luces y vuelto a la casa principal sin decirme nada. Seguía silbando todavía, como si tratara de recordar una melodía medio olvidada.

Wade subió con cuidado al asiento de atrás y yo me senté a su lado. El doctor Verringer conducía. Quizá tuviera la mandíbula muy lastimada y le doliera la cabeza, pero no lo demostró ni lo mencionó para nada. Ascendió por la colina y luego bajó y recorrió el camino de césped hasta el final. Earl ya había estado allí, porque la puerta estaba abierta. Le indiqué a Verringer dónde estaba mi coche y nos acercó hasta el lugar. Wade pasó al otro coche y se sentó silencioso, mirando al vacío. Verringer bajó del auto, se le acercó y comenzó a hablarle suavemente.

—Con respecto a mis cinco mil dólares, señor Wade. El cheque que usted me prometió.

Wade se deslizó un poco hacia abajo y apoyó la cabeza sobre el respaldo del asiento.

—Lo pensaré.

—Usted lo prometió. Yo lo necesito.

—Usted me amenazó con hacerme daño, Verringer. Coacción es la palabra. Ahora tengo quien me proteja.

—Lo lavé y lo alimenté —insistió Verringer—. Fui a buscarlo por la noche. Le di mi protección y lo curé... al menos por un tiempo.

—Todo eso no vale cinco de los grandes —contestó Wade despreciativamente—. Ya me sacó bastante.

Verringer no se daba por vencido.

—Tengo en perspectiva un negocio en Cuba, señor Wade. Usted es hombre rico. Debería ayudar a los necesitados. Tengo que cuidar a Earl. Para poder aprovechar la oportunidad que se me presenta necesito dinero. Se lo devolveré en cuanto pueda.

Comencé a impacientarme. Sentía deseos de fumar pero tuve miedo que Wade se indispusiera.

—¡Cualquier día me lo devolverá! ¡No vivirá tanto como para eso! Una de estas noches su muchachito lo matará mientras usted esté durmiendo.

Verringer retrocedió. No pude distinguir la expresión de su rostro, pero la voz se enronqueció de golpe.

—Hay formas más desagradables de morir —dijo—.

Creo que la suya será una de ellas.

Regresó a su coche, atravesó los portones y desapareció de nuestra vista. Di la vuelta y enfilé en dirección a la ciudad. Después de recorrer una o dos millas, Wade murmuró.

—¿Por qué tendría que darle a ese gordo infeliz cinco mil dólares?

—No hay ninguna razón.

—Entonces, ¿por qué me siento como un canalla porque no se los doy?

—No hay ninguna razón.

Volvió la cabeza lo suficiente como para mirarme.

—Me trató como a un bebé —dijo Wade—. Casi no me dejó solo, por miedo a que Earl entrara y me golpeará. Me sacó hasta la última moneda de los bolsillos.

—Probablemente usted le dijo que lo hiciera.

—¿Usted está de su parte?

—Déjelo pasar dije—. Para mí esto es sólo un empleo.

Silencio durante un par de millas. Pasamos por uno de los suburbios de los alrededores. Wade volvió a hablar.

—Tal vez se los dé. Está arruinado. La propiedad está hipotecada. No sacaré ni un centavo de ella. Todo a causa de su amor por la psiquis. ¿Por qué lo hace?

—No lo sé.

Yo soy escritor —dijo Wade—. Se supone que tengo que comprender lo que hace actuar a la gente. Pero no comprendo ni un pito de nadie.

Di la vuelta por el desfiladero y después de ascender un poco, las luces del valle se extendieron interminables ante nuestra vista. Tomamos la carretera noroeste que va hasta Ventura. Después de recorrer un tramo pasamos por Encino. Una luz roja nos detuvo un instante y levanté la vista para observar las lucecitas que se divisaban en la cima de la colina, donde se levantan las grandes mansiones señoriales. En una de ellas habían vivido los Lennox. Después proseguimos nuestro camino.

—Estamos muy cerca del desfiladero, ahora —dijo Wade—. ¿O usted lo conoce?

—Lo conozco.

—Ahora que recuerdo, creo que no me dijo su nombre.

—Philip Marlowe.

—Lindo nombre. —De pronto exclamó con la voz cambiada: —¡Espere un minuto! ¿Usted no es el tipo que anduvo mezclado con Lennox?

—Sí.

En la oscuridad del coche me contempló fijamente. Dejamos atrás los últimos edificios de Encino.

—Yo la conocía a ella —dijo Wade—. Un poco. A él no lo vi nunca. Fue un asunto extraño. Los muchachos de la policía no lo trataron muy bien; ¿no?

Yo no contesté.

—Tal vez no le guste hablar de eso —dijo.

—Puede ser. ¿Por qué le interesaría a usted?

—¡Diablos! Porque soy escritor. Debe de ser toda una historia.

—No le conviene oírlo. Debe de sentirse todavía bastante débil.

—Está bien, Marlowe, está bien. Comprendo. No soy de su agrado.

Llegamos a la salida de la carretera; tomé por el camino lateral en dirección a las lomas bajas y a la hondonada que se extiende entre ellas conocida por el nombre de Idle Valley.

—Usted ni me agrada ni me desagrada —le dije—. No lo conozco. Su esposa me pidió que lo encontrara y lo llevara a su casa. Cuando lo deje allí, mi tarea habrá terminado. No podría decirle por qué su esposa me eligió a mí. Pero como digo siempre, se trata simplemente de un trabajo.

Contorneamos los flancos de la colina y llegamos a un camino más ancho y mejor pavimentado. Wade dijo que su casa estaba a una milla de distancia sobre la mano derecha. Me dijo el número, que yo ya conocía. Para un tipo en su estado, era conversador bastante persistente.

—¿Cuánto le pagará mi mujer?

—No discutimos el precio.

—Sea lo que fuere, nunca será bastante. Tengo con usted una deuda de gratitud. Usted hizo un gran trabajo, amigo mío. No merezco toda la molestia que se tomó por mí.

—Eso lo dice porque hoy anda con el ánimo medio decaído Wade se rió.

—¿Sabe una cosa, Marlowe? Me parece que podría llegar a resultarme simpático. Usted tiene algo de raro... como yo.

Llegamos a la casa. Era un edificio de dos pisos, con techo de tejas, un pequeño pórtico con pilares y desde la entrada se extendía el césped hasta una hilera de tupidos arbustos que bordeaba la verja blanca. Había una luz prendida en el pórtico. Entré en el camino para autos y me detuve cerca del garaje.

—¿Puede arreglarse sin ayuda?

—Por supuesto. —Wade bajó del coche. —¿No quiere entrar para tomar una copa o algo así?

—Esta noche no; gracias. Esperaré aquí hasta que lo vea entrar en la casa.

Se quedó parado, respirando con fuerza.

—Muy bien —dijo.

Se dio vuelta y empezó a caminar con cuidado por el camino de lajas que conducía a la puerta principal. Se apoyó contra uno de los pilares blancos por un instante; después abrió la puerta y entró en la casa. La puerta quedó abierta y la luz iluminó el césped. Hubo un súbito estallido de voces. Comencé a dar marcha atrás, iluminando el camino con el faro posterior. Sentí la voz de alguien que me llamaba.

Miré hacia la casa y vi a Eileen Wade, parada al lado de la puerta abierta. Continué retrocediendo y ella empezó a correr. Me vi obligado a detenerme. Apagué los faros y bajé del coche. Cuando ella se acercó, le dije:

—Debí haberla llamado, pero temí dejarlo solo.

—Hizo bien. ¿Le costó mucho trabajo?

—Bueno... un poco más que tocar el timbre de la puerta.

—Por favor, venga a casa y cuéntemelo todo.

—Me parece que tendría que acostar a su marido. Mañana estará como nuevo.

—Candy lo llevará a la cama —dijo ella—. Hoy no beberá, si es eso lo que usted está pensando.

—Nunca se me ocurrió pensar eso. Buenas noches, señora Wade.

—Debe de sentirse cansado. ¿No quiere tomar algo? —Encendí un cigarrillo. Me parecía como si no hubiera fumado desde hacía dos semanas. Tragué el humo con deleite.

—¿Me permite que dé sólo una pitada?

—¡Como no! Pensé que no fumaba.

—No lo hago a menudo.

Ella se acercó y yo le pasé el cigarrillo. Aspiró un momento el cigarrillo y empezó a toser. Me lo devolvió riendo.

—Como ve, soy estrictamente una aficionada.

—¿Así que conocía a Sylvia Lennox? —le dije—. ¿Es por eso que recurrió a mí, que quiso contratar mis servicios?

—¿Que conocía a quién? —preguntó ella con asombro.

—A Sylvia Lennox.

—¡Oh! —exclamó, asustada—. Aquella muchacha que fue... asesinada. No, no la conocía personalmente. Pero sabía quién era. ¿No se lo dije?

—Lo siento, pero justamente olvidé lo que usted me ha dicho.

Seguía parada al lado mío, esbelta y delicada en su elegante vestido blanco. La luz que salía por la puerta iluminaba sus cabellos con suave resplandor.

—¿Por qué me preguntó si eso tenía algo que ver con mi deseo de... contratarlo, ya que usted lo dijo en esos términos? —No contesté en seguida y ella agregó—: ¿Roger le dijo que yo la conocía?

—Dijo algo sobre el caso cuando le di mi nombre. Al principio no lo relacioné, pero después sí. Habló tanto que no recuerdo ni la mitad de lo que dijo.

—Comprendo. Tengo que dejarlo, señor Marlowe; quizá mi esposo necesite algo. Y si usted insiste en no entrar...

—Le dejaré esto —dijo.

La atraje hacia mí, inclinó su cabeza hacia atrás y la besé con fuerza en los labios. Ella no se resistió y no contestó. Se separó de mí calladamente y se quedó parada mirándome.

—No debía haber hecho eso —expresó al fin—. Está mal. Usted es una persona demasiado buena.

—Tiene razón. Está muy mal —reconocí yo—. ¡Pero me he portado tan bien todo el santo día! Como un perro de caza bueno y fiel. Me vi envuelto como por un hechizo en una de las aventuras más tontas que se me hayan presentado, y que me lleve el diablo si no resultó justamente como si alguien lo hubiera planeado todo de antemano. ¿Sabe una cosa? Creo que usted sabía dónde se encontraba su marido... o al menos conocía el nombre del doctor Verringer. Pero usted quería complicarme en esto, quería enredarme con él, de modo que en cierto sentido sintiera la responsabilidad de buscarlo. ¿O estoy loco?

—Claro que está loco —protestó ella con voz fría—. Es el disparate más ultrajante que he oído en mi vida.

Se dio vuelta dispuesta a alejarse.

—Espere un momento —le dije—. Ese beso no dejará ninguna marca. Usted sola cree que sí. Y no me diga que soy demasiado bueno. Preferiría ser un canalla.

Se volvió para mirarme.

—¿Por qué?

—Si no hubiera sido un tipo bueno para Terry Lennox, él estaría vivo todavía.

—¿Sí? —dijo ella con calma—. ¿Cómo puede estar tan seguro? Buenas noches, señor Marlowe. Y muchísimas gracias por casi todo.

Regresó caminando por el borde del césped. La observé hasta que entró en la casa. Cerró la puerta y la luz del pórtico se apagó. Hice un ademán hacia el vacío y me alejé con el coche.

CAPÍTULO XXI

A la mañana siguiente me levanté tarde teniendo en cuenta la gran retribución recibida la noche anterior. Tomé una taza extra de café, fumé un cigarrillo extra y comí una rebanada extra de panceta canadiense, y, por centésima vez, juré que nunca más volvería a afeitarme con la máquina eléctrica. Aquello hizo del día un día normal. Terminé el café a eso de las diez, recogí alguna correspondencia, abrí los sobres y dejé el contenido en el escritorio. Abrí de par en par las ventanas para que saliera el olor a polvo y encierro acumulado durante la noche y que se cierce en el aire inmóvil de los rincones de la habitación y de las tablillas de las cortinas venecianas. Una polilla muerta vacía en una esquina del escritorio. En la ventana una abeja, sacudiendo las alas, se arrastraba por el marco, zumbando en forma un tanto remota, como si supiera que de nada servía hacerlo, que estaba terminada; había volado ya en demasiadas misiones y nunca más volvería al panal.

Yo sabía que iba a ser uno de esos días enloquecedores. Todos lo tienen. Días en que nadie camina sino sobre ruedas flojas, en que las ardillas no hallan sus nueces, en que los mecánicos siempre se encuentran con que les sobra una pieza.

Lo primero fue una peluda nuca rubia llamada Kuissenen o algo finlandés por el estilo. Dejó caer su macizo trasero en el sillón de los clientes, depositó dos amplias y huesudas manos sobre mi escritorio y dijo que era operador de excavadoras mecánicas, que vivía en Culver City y que la maldita mujer que era su vecina estaba tratando de envenenar a su perro. Todas las mañanas, antes de dejar salir al perro para que corriera por los fondos de la casa, tenía que revisar el lugar, de verja en verja, en busca de albóndigas arrojadas desde la puerta de al lado. Ya había encontrado nueve hasta entonces, recubiertas de un polvo grisáceo que él sabía que era arsénico para matar cizaña.

—¿Cuánto me cobra para vigilarla y sorprenderla? —dijo, y se me quedó mirando sin pestañear, como un pez en su pecera.

—¿Por qué no lo hace usted mismo?

—Tengo que trabajar para ganarme la vida, señor. Me estoy perdiendo cuatro veinticinco por hora tan sólo por venir aquí a preguntarle.

—¿Intentó con la policía?

—Intenté con la policía. Tal vez puedan ocuparse del asunto en algún momento, el año que viene. Por ahora están muy ocupados succionando para la M.G.M.

—¿Y la S.P.C.S.? ¿Los rastreadores?

—¿Qué es eso?

Le hablé de los rastreadores. Estuvo muy lejos de interesarse. Sabía de la S.P.C.S. La S.P.C.S. podía dar un salto inicial. Pero eran incapaces de ver nada más chico que un caballo.

—En la puerta dice que usted es un detective —dijo con truculencia—. Bueno, vaya, ¡qué diablos!, e investigue. Cincuenta dólares si la agarra.

—Lo siento —dije—, pero estoy ocupado. Dedicar un par de semanas a esconderme en una cueva de topo del fondo de su casa no forma parte de mis actividades, de todos modos, pese a los cincuenta dólares.

Se levantó refunfuñando. —¡Gran señor! —dijo—. No necesita dinero, ¿eh? No se puede molestar en salvarle la vida a un pobre cachorrito. Nimiedades para usted, gran señor.

—Yo también tengo problemas, señor Kuissenen.

—A la mujer voy a retorcerle su maldita nuca, si la agarro —dijo, y no dudé de que podría haberlo hecho.

Podría haberle retorcido las patas traseras a un elefante—. Por eso ando buscando a otro. Y sólo porque el pobre bicho ladra cuando pasa algún auto frente a la casa. ¡Vieja bruja avinagrada!

Se dirigió hacia la puerta. —¿Está usted seguro de que es al perro a quien trata de matar? —le pregunté desde atrás.

—Claro que estoy seguro —dijo y estaba a mitad de camino hacia la puerta, cuando cayó de las nubes y agregó—: Vuelva a decir eso, mocito.

Me limité a sacudir la cabeza. No deseaba pelear con él. Podría agarrar el escritorio y sacudírmelo por la cabeza. Resopló y salió, casi llevándose la puerta.

El siguiente bizcocho de la bandeja era una mujer, ni vieja, ni joven, ni limpia, ni demasiado sucia, evidentemente pobre, desagradable, quejumbrosa y estúpida. La muchacha con quien compartía la habitación —en su medio cualquier mujer que trabaja afuera es una muchacha— le estaba sacando dinero de la cartera. Hoy un dólar, cuatro monedas mañana, pero aquello sumaba. Creía que en total ya se acercaba a

los veinte dólares. No podía permitírselo. Tampoco podía mudarse. Pensaba que yo podía amenazar a la compañera de habitación aunque fuera por teléfono, sin mencionar nombre alguno.

Tardó veinte minutos o más en contarme eso. Estrujaba la cartera incesantemente mientras hablaba.

—Cualquier conocido suyo puede hacer eso —le dije.

—Sí, pero siendo usted un detective y todo lo demás...

—Yo no tengo permiso para amenazar a la gente y no sé nada de eso.

—Le voy a decir a ella que he venido a verlo. No tengo por qué decir que es ella. Solamente que usted se está ocupando del asunto.

—Si fuera usted, yo no lo haría. Si menciona mi nombre, ella puede llamarme. Y si lo hace le diré la verdad.

Se puso de pie, apretando su vieja cartera contra el abdomen.

—Usted no es un caballero —chilló.

—¿Dónde dice que deba serlo?

Salió refunfuñando.

Después del almuerzo vino a verme el señor Simpson W. Edelweiss. Tenía una tarjeta de visita para probarlo. Era agente de una agencia de máquinas de coser. Hombre bajo, de aspecto fatigado, de unos cuarenta y ocho o cincuenta años, de manos y pies pequeños, vestía traje marrón de mangas demasiado largas y cuello duro blanco detrás de una corbata púrpura con diamantes negros. Se sentó tranquilamente en el borde del sillón y me miró con negros ojos tristes. Tenía también cabello negro, espeso y áspero, sin rastro alguno de canas, al menos visibles. Tenía bigotes recortados de tono rojizo. Podría haber declarado treinta y cinco años, si no fuera por el dorso de sus manos.

—Llámeme Simp —dijo—, todos lo hacen. Se ha hecho costumbre. Soy judío, casado con una mujer cristiana, de veinticuatro años, hermosa. Ya antes se escapó un par de veces.

Sacó una foto de ella y me la mostró. Para él puede que fuera hermosa. Para mí era una vaca grande, desprolija, de boca blanduzca.

—¿Cuál es su problema, señor Edelweiss? Yo no me ocupó de divorcios —le dije, tratando de devolverle la foto. La rechazó con un ademán. Y agregué—: Al cliente siempre lo trato de señor, por lo menos hasta que me ha contado unas cuantas docenas de mentiras.

Sonrió: —Las mentiras de nada me sirven. No se trata de un asunto de divorcio. Lo único que quiero es que Mabel vuelva a mí. Pero ella no regresa hasta que la encuentro. Tal vez sea como un juego para ella.

Me habló de ella pacientemente, sin rencor. Ella bebía, le gustaba andar por ahí, no era una buena esposa, a su entender, pero tal vez él hubiera sido educado demasiado estrictamente. Tenía un corazón grande como una casa, dijo, y él la amaba. El no se engañaba a sí mismo considerándose ninguna maravilla, sino un trabajador infatigable que llevaba a su casa su salario. Tenían cuenta bancaria conjunta. Ella había retirado todo el saldo, pero eso él lo esperaba. Tenía una idea bastante precisa sobre con quién se había escapado; si estaba en lo cierto, el hombre la iba a despojar y a dejarla en la calle.

—De apellido Kerrigan —dijo—, Monroe Kerrigan. No es que me guste hablar mal de los católicos. Hay abundantes judíos malos también. Ese Kerrigan es peluquero cuando trabaja. Tampoco tengo nada contra los peluqueros. Pero muchos de ellos son embaucadores y juegan a las carreras. No son seguros.

—¿No cree que sabrá algo de ella cuando el tipo la haya desplumado?

—Se avergüenza terriblemente. Puede tratar de herirse.

—Este es un trabajo para "Personas buscadas", señor Edelweiss. Debería ir allá y presentar un informe.

—No, no es que menosprecie a la policía, pero no deseo hacer las cosas así. Mabel podría sentirse humillada.

El mundo parecía estar lleno de gente a la que el señor Edelweiss no menospreciaba. Puso algún dinero en el escritorio.

—Doscientos dólares —ofreció—. Pago adelantado. Prefiero hacer las cosas a mi modo.

—Volverá a ocurrir otra vez —dije.

—Seguro —replicó encogiéndose de hombros y abriendo las manos en amable gesto de impotencia—. Pero ella tiene veinticuatro años y yo casi cincuenta. ¿Podría ser de otro modo? Después de un tiempo se sosegará. Lo malo es que no tenemos hijos. No puede tener hijos. A los judíos nos gusta tener familia. Y Mabel lo sabe. Por eso se siente humillada.

—De modo que usted es hombre piadoso, señor Edelweiss.

—Bueno, no soy cristiano —explicó—. Y no menosprecio a los cristianos, ¿comprende? Pero conmigo esto es real. No se trata sólo de que lo diga. Lo hago. ¡Oh, casi me olvidaba de lo más importante!

Sacó una tarjeta postal y me la alcanzó por sobre el escritorio junto al dinero.

—Me la envió desde Honolulu. El dinero se va rápido en Honolulu. Uno de mis tíos tenía allí una joyería. Actualmente se ha retirado. Vive en Seattle.

Volví a tomar la foto. —Tengo que separar ésta —le dije —y necesito copias de ésta.

—Estaba seguro de que iba a decir eso, señor Marlowe, antes de venir aquí. De modo que vine preparado. Sacó un sobre que contenía cinco copias más—. Tengo también la de Kerrigan, pero sólo una instantánea —agregó sacando otro sobre de otro de los bolsillos. Miré la foto de Kerrigan. Tenía un suave rostro deshonesto que no me sorprendió. Tres copias de la foto de Kerrigan.

El señor Simpson W. Edelweiss me dio otra tarjeta con su nombre, domicilio y número telefónico. Dijo que esperaba que no le costara demasiado pero que respondería en el acto a cualquier petición de fondos adicionales y que esperaba tener noticias mías.

—Es muy posible que doscientos dólares sean más que suficientes, si es que ella está aún en Honolulu —le dije—. Lo que necesito ahora es una descripción física de ambos para poder telegrafiarla. Altura, peso, edad, color, cualquier seña particular identificable, qué vestidos llevaba ella y los que tuviera consigo y cuánto dinero había en la cuenta cuando retiró los fondos. Si usted ha pasado antes por esto, señor Edelweiss, sabrá qué es lo que deseo.

—Tengo una impresión muy particular sobre este Kerrigan. Una impresión penosa.

Me pasé otra media hora exprimiéndolo y tomando notas. Luego se puso de pie calmadamente, me estrechó las manos tranquilamente, hizo una inclinación de cabeza y salió con calma de la oficina.

—Dígale a Mabel que no se preocupe —me recomendó al salir.

Resultó ser un asunto rutinario. Envié un cable a una agencia de Honolulu y a continuación remití una carta conteniendo las fotos y cuanta información no había puesto en el cable. La encontraron trabajando como ayudante de criada en un lujoso hotel, restregando bañeras y pisos de cuartos de baño y cosas por el estilo. Kerrigan había hecho exactamente lo que el señor Edelweiss esperaba: la despojó mientras estaba durmiendo y desapareció dejándola anclada con la cuenta del hotel sin pagar. Ella empeñó un anillo que Kerrigan no hubiera podido sacarle sin lastimarla, y le dieron por él lo suficiente como para pagar el hotel, pero no lo bastante como para el pasaje de regreso a casa. De modo que Edelweiss tomó el avión y fue a buscarla.

El era demasiado bueno para ella. Le envié una factura por veinte dólares y el costo de un extenso telegrama. La agencia de Honolulu se embolsó los doscientos. Con un retrato de Madison en mi caja de hierro podía darme el lujo de ser mal pagado.

Así pasó un día de la vida de un detective privado. No precisamente un día típico, pero tampoco totalmente fuera de lo común. Qué es lo que hace que un hombre se aferre a ello, nadie lo sabe. Uno no se vuelve rico, ni tiene muchas distracciones. Algunas veces a uno lo aporrean o lo balean o lo meten en una celda. Una vez, a la larga, lo matan. Todos los meses uno decide abandonar y buscar alguna ocupación razonable, mientras aún pueda caminar sin sacudir la cabeza. Entonces suena el timbre de la puerta y uno abre la puerta interior que da a la sala de espera y allí está un nuevo rostro con un nuevo problema, un nuevo cargamento de pena y una pequeña cantidad de dinero.

—Adelante, señor Thingummy. ¿En qué puedo servirle?

Debe de haber alguna razón que nos encadene a este trabajo. Tres días más tarde Eileen Wade me llamó por teléfono para invitarme la noche siguiente a su casa a tomar una copa con ellos. Esperaban también a algunos otros amigos. Roger tenía deseos de verme y de agradecerme en forma adecuada mi intervención.

—Y por favor, ¿sería tan amable de mandar la cuenta de sus honorarios?

—Usted no me debe nada, señora Wade. Lo poco que hice ya me fue pagado.

—Debo haberle parecido una tonta al comportarme como en la época victoriana —dijo ella—. En estos días que vivimos, un beso no parece que tuviera mucho significado. Vendrá, ¿no es cierto?

—Me parece que sí. En contra de mi mejor juicio.

—Roger está de nuevo bastante bien. Está trabajando.

—Magnífico.

—Está usted muy solemne hoy. Creo que usted toma la vida muy en serio.

—De vez en cuando. ¿Por qué?

Se rió muy gentilmente, dijo adiós y colgó. Durante un rato me quedé sentado tomando la vida seriamente. Después traté de pensar en algo divertido para poder reírme con ganas. No resultó de ninguna de

las dos formas, de modo que saqué de la caja de hierro la carta de despedida que me había enviado Terry Lennox y volví a leerla. Me hizo recordar que todavía no había ido al bar Victor a tomar el gimlet que me pidió que bebiera a su memoria. Era precisamente la hora apropiada para ir, el bar estaría tranquilo, como a Terry le habría gustado, de haber estado conmigo. Pensé en él con vaga tristeza y también con amargura. Cuando iba al bar de Victor me dejaba llevar por las copas, pero no del todo. Tenía demasiado dinero suyo. El me había engañado, pero pagó bien por ese privilegio.

CAPÍTULO XXII

El bar Victor estaba tranquilo y silencioso. Había una mujer sentada en un taburete del mostrador, llevaba un traje sastre de color negro que, por la época del año en que nos encontrábamos, no podía ser de otra cosa que de alguna tela sintética como el orlón; estaba bebiendo una bebida de color verdoso pálido y fumaba un cigarrillo en larga boquilla de jade.

Tenía esa mirada sutil e intensa que a veces evidencia neurosis, a veces ansiedad sexual y otras es simplemente el resultado de una dieta drástica.

Me senté dos taburetes más allá y el barman me saludó con una inclinación de cabeza pero no sonrió.

—Un gimlet —dije—, sin bitter.

El puso la servilleta delante de mí y siguió mirándome.

—¿Sabe una cosa? —me dijo con voz amable—. Una noche oí lo que hablaban usted y su amigo, y entonces conseguí una botella de ese jugo de lima de marca. Pero ustedes no volvieron y acabo de abrirla esta noche.

—Mi amigo se fue de la ciudad —contesté—. Uno doble, si está de acuerdo. Y gracias por haberse tomado la molestia.

El barman se alejó. La mujer de negro me dirigió una mirada rápida y después siguió mirando su vaso.

—Tan poca gente los toma —murmuró tan despacio que al principio no me di cuenta de que me estaba hablando. Volvió a mirarme de nuevo. Tenía ojos oscuros y muy grandes y las uñas más rojas que hubiera visto en mi vida. Pero no tenía el aspecto de ser un programa fácil y en su voz no había ningún indicio de que fuera una buscona—. Me refiero a los gimlets.

—Un amigo me enseñó a tomarlos y a gustarlos.

—Debe de ser inglés.

—¿Por qué?

—Me refiero al jugo de lima. Es tan inglés como el pescado hervido con esa espantosa salsa de anchoas que tiene el aspecto de que el cocinero ha sangrado sobre ella.

—Yo creía que era más bien una bebida tropical, propia de regiones calurosas. Malaya o algo por el estilo.

—Tal vez tenga razón. —Se volvió de nuevo.

El barman me sirvió el vaso con la bebida. El jugo de lima le daba un color verde amarillento pálido y parecía como enturbiada. La probé. Era dulce y fuerte al mismo tiempo. La mujer de negro me observaba. Levantó su vaso hacia mí y bebimos juntos. Entonces supe que su bebida era igual a la mía.

El próximo paso era cosa de rutina, de modo que no lo di. Simplemente seguí sentado.

—El no era inglés. Quizás estuvo allí durante la guerra. Acostumbrábamos a venir aquí de vez en cuando, a hora temprana como ésta —dije después de un momento—, antes de que empiece a bullir la multitud.

—Es una hora agradable —dijo ella—, casi la única hora agradable para un bar.

Vació su vaso y agregó:

—Quizá yo conocía a su amigo. ¿Cómo se llamaba? —No contesté en seguida. Encendí un cigarrillo y la observé mientras sacaba la colilla de la boquilla de jade y ponía otro cigarrillo en su lugar. Le alcancé el encendedor. Después contesté a la pregunta.

—Lennox.

Me agradeció por el encendedor y me dirigió una mirada escrutadora. Hizo un signo afirmativo con la cabeza y dijo:

—Sí, yo lo conocía muy bien. Quizá demasiado bien.

El barman se acercó y miró mi vaso.

—Sírvanos otra ronda —ordené—; llévelos a un reservado.

Bajé del taburete y quedé de pie, esperando. Ella podía o no aceptar la invitación. No me preocupaba particularmente. De vez en cuando, un hombre y una mujer pueden encontrarse y conversar sin ir a parar al dormitorio, en este país de conciencia sexual demasiado desarrollada. Este podría ser el caso o simplemente la mujer podía suponer que mis intenciones eran otras. Si fuera así, al demonio con ella.

La mujer de negro vaciló, pero sólo un momento. Recogió el par de guantes negros y la cartera de gamuza negra que había dejado sobre el mostrador, atravesó el bar dirigiéndose al compartimiento del rincón y se sentó sin pronunciar palabra. Me senté frente a ella.

—Mi nombre es Marlowe.

—El mío es Linda Loring —dijo ella tranquilamente—.

Usted es un sentimental; ¿no es así, señor Marlowe?

—¿Porque vengo aquí a beber un gimlet? ¿Y usted?

—Podrían gustarme.

—Lo mismo a mí. Pero sería demasiada coincidencia. —Sonrió vagamente. Tenía aros de esmeraldas y en la solapa un broche de esmeraldas. Parecían piedras verdaderas por la forma en que estaban talladas... planas, con los bordes biselados. Y aun a la luz tenue del bar tenían un destello particular.

—Conque usted es el hombre —dijo ella.

El mozo trajo las bebidas y las colocó sobre la mesa.

Cuando se retiró, dije:

—Yo conocía a Terry Lennox, me resultaba simpático y tomaba una copa con él de vez en cuando. Fue una amistad accidental, una especie de trato aparte. Nunca fui a su casa ni conocía a su mujer. La vi una vez en una playa de estacionamiento de autos.

—Hubo algo más que eso, ¿no es cierto?

La mujer se llevó la copa a los labios. Tenía un anillo de esmeraldas rodeado de brillantes. Al lado llevaba una alianza de platino, lo que indicaba que era casada. Calculé que debía estar a mitad de camino entre los treinta y los cuarenta.

—Tal vez —contesté—, el tipo me preocupaba y todavía me sigue preocupando. ¿Y a usted?

Ella se apoyó sobre el codo y me miró con naturalidad.

—Le dije que lo conocía demasiado bien. Demasiado bien para creer que pueda tener mucha importancia lo que le haya sucedido. Tenía una mujer rica que le daba todos los lujos y todo lo que le pedía a cambio era que la dejara sola.

—Parece razonable.

—No sea sarcástico, señor Marlowe. Hay mujeres así. No pueden evitarlo. No es que él no lo supiera desde el principio. Si quiso hacerse el orgulloso, la puerta estaba abierta. No tuvo necesidad de matarla.

—Estoy de acuerdo.

Se enderezó y me dirigió una mirada dura. Frunció los labios y dijo:

—Así que él se escapó y usted lo ayudó, si es verdad lo que me han dicho. Supongo que se siente orgulloso de haberlo hecho.

—De ninguna manera —respondí —; sólo lo hice por dinero.

—Eso no tiene nada de divertido, señor Marlowe. Francamente no sé por qué estoy aquí sentada, bebiendo con usted.

—Es una situación que puede ser cambiada con facilidad, señora Loring. —Levanté la copa y me mandé el contenido a bodega—. Creí que usted me diría algo sobre Terry que yo ignoraba. No me interesaba discutir por qué Terry Lennox destrozó la cara de su mujer hasta convertirla en papilla.

—Es una forma bastante brutal de decirlo —exclamó ella con enojo.

—¿No le agradan las palabras? A mí tampoco. Y no estaría aquí bebiendo un gimlet si creyera que él hizo algo así.

Ella me clavó la vista y al cabo de un momento dijo lentamente:

—El se suicidó y dejó una confesión completa. ¿Qué más quiere?

—Terry tenía un revólver. En México es excusa suficiente para que cualquier polizonte excitado le metiera plomo en el cuerpo. Muchos policías norteamericanos tienen en su haber muertes producidas en la misma forma... a veces a través de puertas que no se abrían con la rapidez deseada. En cuanto a la confesión, no la he visto.

—Sin duda piensa que la policía mexicana la fraguó —replicó ella en tono agrio.

—No habrían sabido cómo hacerlo, no en una pequeña ciudad como Otatoclán. No; probablemente la confesión es auténtica, pero no prueba que él la haya matado. Al menos para mí. Todo lo que prueba es que Terry no veía otra salida. En una situación como ésta, un tipo de hombre como Terry, y puede considerarlo débil o blando o sentimental si eso le divierte, pudo haber decidido salvar a alguna otra persona de una publicidad muy desagradable.

—¡Eso es fantástico! Un hombre no se mata o se hace matar deliberadamente para evitar un pequeño escándalo. Sylvia ya estaba muerta. En cuanto a su hermana y su padre... pueden cuidarse a sí mismos perfectamente. La gente que posee dinero suficiente siempre tiene medios para protegerse, señor Marlowe.

—Muy bien; quizá me equivoque sobre el motivo; más aún, puedo haberme equivocado en todo el planteamiento. Hace un minuto usted estaba enojada conmigo. ¿Quiere que me vaya... de modo que pueda beberse su gimlet?

La mujer sonrió de pronto.

—Perdóneme. Empiezo a creer en su sinceridad. En aquel momento pensé que usted estaba tratando de justificarse, pero he cambiado de idea.

—No quise justificarme en absoluto. Cometí una tontería y he pagado por ella, al menos hasta cierto punto. No niego que la confesión me salvó de algo mucho peor. Si lo hubieran traído de vuelta y lo hubieran procesado, me imagino que yo también habría ligado algo. Lo menos que me habría costado sería mucho más dinero del que yo pueda disponer.

—Sin mencionar su licencia —agregó ella secamente.

—Tal vez. Hubo una época en la que cualquier policía con un poco de autoridad podía reventarme. Ahora las cosas han cambiado un poco. Uno puede conseguir una audiencia ante la Comisión de Licencias del Estado y esta gente no tiene mucho entusiasmo que digamos por la policía de la ciudad.

La señora Loring siguió bebiendo y luego dijo, pronunciando lentamente las palabras:

—Tomando todo en consideración, ¿no opina que la forma en que se han producido los hechos fue la mejor? Sin proceso, sin titulares sensacionales, sin arrojar lodo sobre la gente sólo para vender más periódicos, sin tomar en cuenta la verdad o el juego limpio o los sentimientos de gente inocente.

—¿No es lo que le dije hace un momento? Y usted consideró que era fantástico.

Ella se reclinó y apoyó la cabeza en la curva superior del almohadón del respaldo.

—Es fantástico que Terry Lennox se suicidara sólo por ese objetivo. Pero no es nada fantástico el que para todos los interesados fuera mejor si no había proceso.

—Necesito tomar otra copa —dijo y llamó al mozo—. Siento escalofríos en la nuca. ¿Por casualidad, usted no estará emparentada con la familia Potter, señora Loring?

—Sylvia Lennox era mi hermana —dijo ella con sencillez—. Creí que se habría dado cuenta.

El mozo se acercó y le transmitió mi mensaje urgente. La señora Loring sacudió la cabeza: no quiso repetir la bebida. Cuando el mozo se alejó, yo dije:

—Con el viejo Potter... perdón, con el señor Potter interesado en acallar por cualquier medio todo este asunto, sería tener demasiada suerte poder enterarme siquiera de que la esposa de Terry tenía una hermana.

—Usted exagera mucho. Mi padre no es tan poderoso, señor Marlowe, ni tan despiadado. Admito que tiene ideas muy anticuadas sobre su vida privada. Nunca concede entrevistas ni siquiera a sus propios diarios. No permite que le saquen fotografías, nunca pronuncia discursos, viaja generalmente en coche o en su avión particular, con personal propio. Pero a pesar de todo eso, es muy humano. Quería a Terry. Decía que Terry era un caballero durante las veinticuatro horas del día en lugar de serlo durante los quince minutos transcurridos desde el momento en que llegan los invitados hasta que toman el primer cóctel.

—Terry se descuidó un poco al final.

El mozo se acercó con mi tercer gimlet. Lo probé en seguida y después quedé silencioso, haciendo girar el dedo por el borde del pie de la copa.

—La muerte de Terry fue un golpe muy fuerte para él, señor Marlowe. Y por favor, no se haga el sarcástico de nuevo. Papá sabía que a alguna gente todo eso le parecería demasiado limpio. El habría preferido simplemente que Terry desapareciera. Si Terry le hubiera pedido ayuda, creo que se la habría dado.

—¡Oh, no!, señora Loring. Su propia hija había sido asesinada.

—Me temo que lo que voy a decirle le suene en forma un tanto brutal. Mi padre había borrado de su corazón a mi hermana desde hacía mucho tiempo. Cuando se encontraban, apenas si le dirigía la palabra. Si mi padre expresara sus opiniones, lo que no ha hecho y no hará, estoy segura de que manifestaría las mismas dudas tuyas sobre la culpabilidad de Terry. Pero ahora que Terry ha muerto, ¿qué importancia tiene todo eso? Pudieron haberse matado en un accidente de aviación o en un incendio o en un choque de automóviles. Si ella tenía que morir, era el mejor momento para que ocurriera. Dentro de diez años se habría convertido en una arpía arruinada por la vida disipada, como esas mujeres espantosas que se ven en las fiestas en Hollywood o que se veían hace algunos años. La escoria del mundo social.

De pronto, sin motivo razonable alguno, me puse furioso. Me levanté y miré por encima del tabique de separación. El otro reservado estaba vacío. En el de más allá había un tipo leyendo el diario. Me senté de golpe, aparté la copa y me incliné sobre la mesa. Tuve bastante sentido común, sin embargo, para hablar en voz baja.

—¡Por todos los diablos, señora Loring! ¿Qué es lo que me quiere hacer creer? ¿Que Harlan Potter es una persona tan dulce y encantadora que ni habría soñado usar su influencia política sobre el Fiscal del Distrito para que tapara la investigación de modo que el asesino no fuera perseguido por nadie, que tenía dudas sobre la culpabilidad de Terry, pero no permitió que nadie levantara un dedo para encontrar quién era realmente el asesino, que no utilizó el poder político de sus periódicos y su cuenta bancaria y los novecientos tipos que se pondrían patas para arriba tratando de adivinar sus deseos antes de que él mismo sepa cuáles son, que no arregló las cosas de tal manera para que sólo un abogado sumiso y nadie más, nadie de la oficina del Distrito o de la policía de la ciudad, fuera a México a comprobar si Terry realmente se había suicidado en lugar de haber sido baleado por algún indio nada más que porque quiso resistir? Su viejo vale cien millones de dólares, señora Loring. No sé exactamente cómo los ha conseguido, pero sé muy bien que no lo ha hecho sin haber creado una organización muy importante, de largo alcance. No es ningún pobrecito. Es un hombre duro, inflexible. Hay que ser así en esta época para amasar una fortuna semejante. Y tipos como él tienen trato con gente extraña. No se ve con ellos ni les estrecha la mano, pero los tiene a su disposición para realizar los negocios que le convienen.

—¡Usted está loco! —exclamó ella con enojo. ¡Estoy harta de usted!

—¡Oh, claro! No toco la música que a usted le gusta oír. Permítame que le diga una cosa. Terry habló con su padre la noche en que murió Sylvia. ¿Y qué pasó? ¿Qué le dijo su padre a Terry? “Vete a México y pégate un tiro, muchacho. Dejemos que esto quede en la familia. Sé que mi hija es una atorranta y que hay por lo menos una docena de borrachos canallas que pueden haberle levantado la tapa de los sesos y haberle desfigurado su linda cara. Cualquiera de ellos. Pero eso es incidental, muchacho. El que lo hizo se arrepentirá cuando se le pase la borrachera. Tú lo has pasado bien y ahora es el momento de que pagues en retribución. Lo que queremos es que el nombre immaculado de Potter se mantenga tan puro como las lilas de la montaña. Ella se casó contigo porque necesitaba guardar las apariencias. Ahora que está muerta lo necesita más que nunca. Tú tienes que dar la cara. Si puedes escapar y permanecer oculto, magnífico. Pero si te encuentran, despídete de la vida. Te veré en la morgue.”

—¿Piensa realmente que mi padre se expresa de esa manera? —preguntó la mujer con la voz fría como el hielo.

Me eché hacia atrás y lancé una carcajada desagradable.

—Si lo desea, puedo pulir un poco el diálogo.

Ella recogió sus cosas y se corrió a lo largo del asiento.

—Quisiera hacerle una advertencia dijo muy lentamente y recalcando las palabras—, una advertencia muy simple. Si usted tiene esa opinión de mi padre y la anda pregonando por ahí, su carrera en esta ciudad será muy breve y terminará en forma súbita.

—Perfecto, señora Loring, perfecto. Esa manera de hablar la he adquirido en los ambientes legales y en el bajo fondo. Las palabras cambian, pero el significado es el mismo. Termine con eso. He venido aquí a beber un gimlet porque un hombre me lo pidió. Ahora míreme. Prácticamente estoy sobrio.

Se levantó y me hizo una leve inclinación de cabeza.

—Tres gimlets. Dobles. Puede ser que esté borracho. —Dejó caer el dinero sobre la mesa y me puse de pie.

—Usted bebió uno y medio, señora Loring. ¿Y por qué lo hizo? ¿Algún hombre se lo pidió también a usted o fue idea suya? Ha soltado un poco la lengua.

—¿Quién sabe, señor Marlowe? ¿Quién sabe? ¿Quién sabe realmente algo? Hay un hombre del otro lado del bar que nos está observando. ¿Lo conoce?

Miré alrededor, sorprendido de que ella se hubiera percatado. Vi a un tipo flaco y de tez morena, sentado en el último taburete, cerca de la puerta.

—Se llama Chick Agostino. Es el guardaespaldas de un jugador aventurero llamado Menéndez. Vamos a darle una trompada y ponerlo como nuevo.

—Creo que usted está borracho —dijo ella rápidamente y comenzó a caminar hacia la salida. Yo la seguí. El hombre giró sobre el banco y se puso a mirarnos. Cuando llegué frente a él me acerqué por detrás y lo agarré rápidamente por los sobacos. Tal vez estuviera yo un poco borracho.

El hombre se dio vuelta, enojado, tratando de soltarse y bajó del taburete.

—¡Cuidado, chico! —gritó. Por el rabillo del ojo vi que la señora Loring se había detenido justo antes de llegar a la puerta para echar una ojeada hacia atrás.

—¿No trae revólver, señor Agostino? ¡Qué imprudencia! Es casi de noche. ¿Qué pasaría si se viera en un apuro?

—¡Largo de aquí! —exclamó furioso.

—¡Ah! Esa expresión la sacó del *New Yorker*.

Torció la boca pero no se movió. Lo dejó y siguió a la señora Loring, quien franqueó la puerta y se detuvo debajo del toldo del bar. Un chófer negro y de cabellos grises la estaba esperando conversando con el cuidador de autos. El chófer saludó con la gorra y se alejó; al cabo de un momento volvió una limousine Cadillac resplandeciente. Abrió la puerta y la señora Loring subió al coche. El chófer cerró la puerta como si estuviera cerrando la tapa de un estuche de joyas. Dio la vuelta alrededor del coche para sentarse en el asiento delantero.

Ella bajó la ventanilla y me miró, medio sonriente.

—Buenas noches, señor Marlowe. Ha sido muy agradable... ¿o no?

—Tuvimos una buena pelea.

—Querrá decir que usted la tuvo... y casi todo el tiempo consigo mismo.

—Generalmente pasa así. Buenas noches, señora Loring. ¿Usted no vive cerca de aquí, no?

—No exactamente. Vivo en Idle Valley. En el extremo del lago. Mi esposo es médico.

—¿Por casualidad conoce usted a alguna persona llamada Wade?

Ella frunció el ceño.

—Sí. Conozco a los Wade. ¿Por qué?

—¿Por qué se lo pregunto? Son las únicas personas que conozco en Idle Valley.

—Comprendo. Bueno, buenas noches otra vez, señor Marlowe.

Se recostó en el respaldo, el Cadillac comenzó a deslizarse majestuosamente y se perdió en medio del tránsito callejero.

Al darme vuelta, casi tropecé con Chick Agostino.

—¿Quién es la muñeca? —preguntó con gesto de mofa—. Y la próxima vez que se haga el vivo lo pasará mal.

—No es nadie que querría conocerlo a usted —repliqué.

—Bueno, muchacho inteligente. Anoté el número del coche. A Mendy le agrada saber cositas como éstas.

La puerta de un auto se abrió de golpe. Un hombre de unos dos metros de altura y uno de ancho bajó del coche miró a Agostino, dio un paso largo y con una mano lo agarró del cuello.

—¿Cuántas veces tengo que decirte, infeliz, que no andes dando vueltas alrededor de donde estoy comiendo? —vociferó.

Sacudió a Agostino con fuerza y de un empujón lo arrojó contra la pared. Chick se enderezó, tosiendo.

—La próxima vez —aulló el gigantesco tipo —puedes estar seguro de que estallarás como un cohete y créeme, muchacho, que te recogerán con cucharita.

Chick sacudió la cabeza sin decir nada. El grandote lo perforó con la mirada y sonrió en forma burlesca.

—Linda noche —dijo y entró en el Victor.

Observé que Chick volvía a recuperar algo de su compostura.

—¿Quién es su compañero? —le pregunté.

—Big Willie Magoon —contestó con voz pesada—. Pertenece a la patrulla contra la inmoralidad, se cree que es un tipo duro.

—¿Quiere usted decir que no está seguro? —le pregunté cortésmente.

Me miró con ojos inexpresivos y se alejó. Saqué el coche del estacionamiento y me dirigí a casa. En Hollywood puede pasar cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa.

CAPÍTULO XXIII

Un Jaguar de líneas bajas y alargadas pasó rápidamente a mi lado, dio vuelta alrededor de la colina y aminoró la marcha para no cubirme con el polvo proveniente de la media milla de camino descuidado que había a la entrada de Idle Valley. Parecía que ese tramo hubiera sido dejado en ese estado a propósito para desanimar a los paseantes domingueros acostumbrados a correr en las supercarreteras. Alcancé a divisar de una ojeada un pañuelo de colores brillantes y un par de anteojos oscuros. Vi una mano que me saludaba con ademán casual, de vecino a vecino. Después el polvo se deslizó a través del camino y fue a sumarse a la capa blanca que cubría la vegetación circundante y el césped quemado por el sol. Al cabo de unos instantes más de marcha el camino mejoró, el pavimento estaba en inmejorables condiciones, limpio y bien cuidado. Grandes robles bordeaban el camino como si tuvieran curiosidad por ver quién pasaba y los gorrones de rosadas cabezas revoloteaban entre las hojas, picoteando en uno y otro lado.

Después comenzaron a aparecer algunos álamos, pero no eucaliptos. En seguida, una tupida plantación de álamos Carolina, que casi tapaban una casa blanca como si fuera un gran biombo. Apareció una joven que cabalgaba a un costado del camino. Llevaba pantalones y una camisa de color chillón. El caballo parecía cansado, pero no tenía espuma en la boca y la joven le canturreaba suavemente. Detrás de una pared de piedra se veía a un jardinero que manejaba una máquina de cortar césped en un enorme parque ondulado que terminaba a lo lejos en el pórtico de una mansión estilo colonial Williamsburg, una mansión muy grande, tamaño especial de lujo. En alguna parte alguien estaba tocando ejercicios para la mano izquierda en el piano.

Dejé todo aquello atrás y el resplandor del lago brilló con fuerza. Comencé a observar los números colocados sobre los portones. Había visto la casa de los Wade una sola vez en la oscuridad. No era tan grande como me había parecido aquella noche. El camino para autos estaba repleto de coches, de modo que estacioné al costado del camino y caminé hasta la entrada. Un mayordomo mexicano, de chaqueta blanca, me abrió la puerta. Era un mexicano delgado, apuesto, de aspecto prolijo; la chaqueta le sentaba muy bien y parecía un hombre que gana cincuenta dólares a la semana sin matarse trabajando.

Habló en español:

—Buenas tardes, señor. —Sonrió y agregó—: Su nombre, por favor.

—Marlowe —le contesté y agregué—: ¿A quién está tratando de impresionar? Hablamos por teléfono, ¿recuerda?

El mayordomo se sonrió y entró en la casa. Era el mismo viejo cocktail party de siempre, en el que todos hablan demasiado fuerte, nadie escucha, todos están prendidos a las bebidas, con los ojos muy brillantes, las mejillas sonrosadas, o pálidas y sudorosas de acuerdo con la cantidad de alcohol consumida y la capacidad del individuo para aguantarla. En aquel momento Eileen Wade apareció a mi lado vestida con un traje azul pálido que no le hacía ningún daño. Tenía una copa en la mano pero daba la impresión de que sólo la tuviera de visita.

—Estoy tan contenta de que haya venido —dijo en tono serio—. Roger quiere verlo en su estudio. Odia los *cocktail parties*. Está trabajando.

—¿Con todo este bochinche?

—Parece que no le molesta. Candy le servirá una copa... o si prefiere acercarse al bar...

—Es lo que haré. Lamento lo de la otra noche.

Ella sonrió.

—Creo que ya se disculpó. No tiene importancia. No fue nada.

—¡Al diablo si no fue nada!

Siguió sonriendo mientras me hacía una leve inclinación de cabeza; después se dio vuelta y se alejó. Localicé el bar situado en un rincón, al lado de unas amplias puertas de estilo francés. Había atravesado la mitad de la habitación en dirección al bar, tratando de no llevarme a nadie por delante, cuando oí una voz que decía: "¡Oh, señor Marlowe!"

Me di vuelta y vi a la señora Loring sentada en un sofá al lado de un hombre que tenía en el mentón algo así como una mancha que vista de cerca bien podía ser una barbita. La señora Loring tenía una copa en la mano y parecía aburrída. El hombre estaba inmóvil, con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

Me aproximé al sofá y la señora Loring me sonrió y me extendió la mano.

—Este es mi esposo, el doctor Loring. Edward, éste es el señor Philip Marlowe.

El tipo de la perilla me dirigió una breve mirada y me hizo una inclinación de cabeza aún más sucinta. No se movió para nada. Parecía que reservara las energías para cosas mejores.

—Edward está muy cansado —dijo Linda Loring—. Edward siempre está muy cansado.

—Los médicos lo están a menudo —contesté—. ¿Puedo servirle alguna bebida, señora Loring? ¿O a usted, doctor?

—Ella ha bebido bastante —replicó el hombre sin mirar a ninguno de nosotros—. Yo no bebo. Cuanto más miro a la gente que lo hace, más contento estoy de no hacerlo yo.

Se dio vuelta observando a su alrededor e hizo una mímica burlona. Me alejé del lugar y me dirigí al bar. Linda Loring parecía una persona diferente cuando estaba en compañía de su marido. Su voz dejaba traslucir una impaciencia burlona y tenía una expresión despreciativa que no había usado conmigo el día de nuestro encuentro, ni siquiera cuando estuvo enojada.

Candy atendía el bar. Me preguntó qué deseaba beber.

—Por el momento nada, gracias. El señor Wade quiere verme.

—Está muy ocupado, señor. Muy ocupado.

Pensé en seguida que Candy no me iba a resultar simpático. No respondí y me quedé mirándolo: entonces agregó:

—Pero iré a ver. En seguida, señor.

Se abrió paso con toda delicadeza entre la multitud y regresó casi al instante.

—Muy bien, amigo. Vamos —dijo alegremente.

Lo seguí a través de la habitación. Candy abrió una puerta y después que entramos los dos, la cerró detrás de mí y el ruido de la fiesta cesó casi por completo. Era una habitación rinconera, grande, fresca y tranquila, con puertas vidrieras y rosas en la parte de afuera y un equipo de aire acondicionado colocado en la ventana lateral. Divisé a lo lejos el lago y pude ver a Wade, acostado en un sofá largo de cuero claro. Había un escritorio grande con una máquina de escribir encima y una pila de papeles amarillos.

—Me alegro que haya venido, Marlowe —dijo perezosamente—. Póngase cómodo. ¿Tomó un trago o dos?

—Todavía no. —Me senté y lo observé detenidamente. Todavía estaba un poco pálido y parecía nervioso. —¿Cómo anda el trabajo?

—Muy bien, pero me canso demasiado rápido. Lástima que sea tan difícil recuperarse de una borrachera de cuatro días. A menudo, después de una de ellas, hago mis mejores trabajos. En mi oficio es muy fácil perder la inspiración y uno queda rígido como un leño. Entonces, lo que uno escribe no es bueno. Cuando es bueno, la cosa es muy diferente. La inspiración viene fácil. Todo lo que haya leído u oído en contra de esto es un montón de paparruchas.

—Tal vez dependa del escritor —repliqué—. A Flaubert no le venía fácil y su obra es buena.

—¡Ajá! —dijo Wade, sentándose—. Así que usted leyó a Flaubert; eso lo convierte en intelectual, en crítico, en conocedor de la literatura mundial. —Se frotó la frente—. Yo estoy en el ambiente y lo odio. Odio a todos los que tienen una copa en la mano. Tengo que salir ahí y sonreír a esos rastrosos. Cada uno de esos condenados malditos sabe que soy alcohólico. Entonces se preguntan de qué trato de escapar. Algún freudiano degenerado hizo de eso un lugar común. Ahora todo el mundo lo sabe; hasta los niños de diez años. Si tuviera un niño de diez años, ¡que Dios no lo permita!, el mocoso me preguntaría: “¿De qué tratas de escapar cuando te emborrachas, papi?”

—Por lo que he podido saber, todo esto es bastante reciente en usted —dije.

—He ido empeorando, pero siempre fui un hombre muy apegado a la botella. Cuando uno es joven puede absorber gran cantidad, pero cuando está llegando a los cuarenta no reacciona en la misma forma.

Me recliné y encendí un cigarrillo.

—¿Para qué quería verme?

—No tengo idea. Carezco de la información suficiente. Además todo el mundo trata de escapar de algo.

—No todo el mundo se emborracha. ¿De qué trata de escapar usted? ¿De su juventud o de una conciencia culpable o del conocimiento de que es un insignificante escriba de un insignificante negocio?

—Ya caigo —dije—. Usted necesita a alguien a quien insultar. Siga, compañero. Cuando comience a lastimar se lo haré saber.

Wade sonrió burlonamente y con la mano se despeinó el cabello abundante y ondulado.

—Usted está frente a un insignificante escriba de un insignificante negocio, Marlowe. Todos los escritores son unos infelices y yo soy uno de los más infelices. He escrito doce libros de éxito y si alguna vez llego a terminar ese montón de estupideces que están sobre el escritorio, habré llegado a los trece. Y ni uno de ellos vale la pólvora con que habría de hacerlos saltar y mandarlos al demonio. Poseo una casa encantadora en un barrio residencial muy exclusivo que pertenece a un millonario muy exclusivo. Tengo una mujer maravillosa que me adora y un editor encantador que me quiere y yo me quiero a mí mismo más que a to-

dos. Soy un hijo de tal por cual un egoísta, una prostituta literaria o un rufián literario puede elegir la palabra que más le guste, y un tipo servil por los cuatro costados. ¿Qué es por lo tanto lo que usted puede hacer por mí?

—Bueno, ¿qué?

—¿Por qué no se ofende?

—No tengo por qué ofenderme. Estoy escuchando simplemente cómo se odia a sí mismo. Es molesto, pero no hiere mis sentimientos. —Wade se rió con ganas.

—Usted me gusta. Bebamos una copa.

—Aquí no, compañero. Usted y yo solos, no. No me importa observarlo mientras toma la primera. Nadie puede pararlo a usted y no creo que nadie trataría de hacerlo. Pero yo no tengo por qué colaborar.

Se puso de pie: —No tenemos por qué tomarla aquí. Salgamos y echemos una mirada a la escogida selección de gente que uno llega a conocer cuando gana bastante dinero piojoso como para vivir donde ellos viven.

—Oiga —dije—. Termine con eso. No son diferentes a cualquier otra persona.

—No —replicó con voz tensa—, pero deberían serlo. Si no lo son, ¿para qué sirven? Son la crema del distrito y no son mejores que un montón de camioneros repletos de whisky barato. No son tan buenos.

—Termine con eso —repetí—. Usted quiere consumirse bebiendo, eso es lo que quiere. Pero no se las agarre con una multitud de gente que puede beber y consumirse sin tener que recurrir al doctor Verringer o perder la cabeza y arrojar a sus esposas escaleras abajo.

Sí —dijo y de pronto se quedó pensativo y tranquilo—. Pasó el examen, compañero. ¿Qué le parece si viene a vivir aquí por un tiempo? Usted podría hacerme mucho bien estando aquí.

—No veo cómo.

—Pues yo sí. Sólo con estar aquí. ¿Mil dólares al mes le interesarían? Soy peligroso cuando estoy borracho. No quiero ser peligroso y no quiero emborracharme.

—Yo no podría impedirselo.

—Pruebe durante tres meses. Terminaré ese maldito libro y después me iré lejos por un tiempo. Me iré a algún lugar en las montañas suizas para curarme.

—¿El libro, eh? ¿Necesita el dinero?

—No. Pero tengo que terminar lo que he empezado. Si no lo hago, estoy liquidado. Se lo pido como un amigo. Usted hizo más que eso por Lennox.

Me levanté, me acerqué a Wade y lo miré fijamente, con dureza.

—Lennox murió, señor. Yo no pude salvarlo.

—¡Uf! No se haga el blando conmigo, Marlowe. —Se llevó el borde de la mano a la altura de la garganta. —Estoy hasta aquí de niños blandos.

—¿Blando? —pregunté—. ¿O simplemente bueno?

Retrocedió y tropezó con el borde del diván, pero no perdió el equilibrio.

—¡Váyase al diablo! —exclamó Wade suavemente—. No hacemos trato. No le echo a usted la culpa, por supuesto. Hay algo que quiero saber, que tengo que saber. Usted no sabe qué es y yo mismo no estoy seguro de saberlo. Lo único positivo es que hay algo y tengo que saberlo.

—¿Algo sobre quién? ¿Sobre su mujer?

Movió los labios uno sobre otro, humedeciéndolos.

—Creo que es sobre mí —dijo—. Vamos a beber aquella copa de que hablábamos hace un momento.

Se encaminó hacia la puerta, la abrió de un tirón y salimos al estudio.

Si se había propuesto hacerme sentir incómodo, en verdad había realizado un trabajo de primer orden.

CAPÍTULO XXIV

Cuando la puerta se abrió, el bullicio proveniente del living se oyó como un estallido. Parecía más fuerte y estrepitoso que antes; unas dos copas más fuerte. Wade saludó aquí y allá y la gente pareció alegrarse al verlo. Pero a esa altura de la fiesta también se hubieran alegrado de ver al Manco de Lepanto. La vida no era más que una gran función de *vodevil*.

Cuando nos dirigiáramos hacia el bar nos encontramos frente al doctor Loring y su mujer. El doctor se puso de pie y se adelantó para encararse con Wade; su mirada revelaba odio.

—Me alegro de verlo, doctor —dijo Wade amablemente—. ¡Hola, Linda! ¿Dónde ha estado metiéndose últimamente? No, creo que acabo de hacer una pregunta tonta. Yo...

—Señor Wade —dijo Loring con voz estremeceadora—, tengo algo que decirle. Algo muy sencillo y espero que sea muy concluyente. No se acerque a mi mujer.

Wade lo miró con extrañeza.

—Doctor, usted está cansado y no tiene nada para beber. Permítame que le sirva algo.

—Yo no bebo, señor Wade, cosa que usted sabe muy bien. He venido aquí con un propósito determinado y ya se lo he hecho conocer.

—Bueno, creo que comprendo su punto de vista —replicó Wade sin cambiar el tono amable de voz—, y como usted es huésped en mi casa no tengo nada que decir, excepto que me parece que usted está un poco desequilibrado.

La conversación había cesado alrededor de los dos hombres. Las muchachas y los jóvenes eran todo oídos. Se trataba de un gran espectáculo. El doctor Loring sacó del bolsillo un par de guantes, los enderezó, agarró uno de los guantes por los dedos y lo golpeó con fuerza en el rostro de Wade.

Wade no pestañeó.

—¿Pistolas y café al amanecer? —preguntó con calma.

Miré a Linda Loring. Estaba roja de furia. Se levantó lentamente y se paró frente al doctor.

—¡Mi Dios! ¡Qué actorzuelo tan malo eres! ¿Quieres dejar de portarte como un loco, querido? ¿O prefieres seguir dando vueltas hasta que alguien te abofetee a ti en la cara?

Loring se volvió hacia ella y levantó los guantes. Wade se interpuso entre los dos.

—Cálmese, doctor. Aquí nosotros —acostumbramos a pegar a nuestras esposas únicamente en privado.

—Si habla por usted, estoy perfectamente enterado de ello —dijo Loring en tono de mofa— y no necesito que me dé lecciones de buenos modales.

—Sólo tomo alumnos que prometen —contestó Wade—. Lamento que tenga que irse tan pronto. —Levantó la voz y gritó: —¡Candy! ¡Que el doctor Loring salga de aquí en el acto! —Se volvió hacia Loring y agregó—: Por si no hubiera usted entendido, doctor, eso significa que la puerta está por allí —y la señaló con el dedo.

Loring siguió mirándolo, sin moverse.

—Le he hecho una advertencia, señor Wade, y hay mucha gente que me ha oído. No se la haré de nuevo.

—Será mejor que no lo haga —contestó Wade en tono cortante—, pero si cambia de idea, elija un terreno neutral. Déme un poco más de libertad de acción. Lo siento, Linda, pero usted se casó con él.

Se frotó la mejilla suavemente, donde el guante le había golpeado. Linda Loring sonrió amargamente y se encogió de hombros.

—Nos vamos —dijo Loring—. Ven, Linda.

Ella se sentó y agarró de nuevo la copa. Dirigió a su marido una mirada de tranquilo desprecio.

—Tú eres el que se va. Recuerda que tienes que hacer unas cuantas visitas.

—Tú vienes conmigo —dijo él, furioso.

La señora Loring le volvió la espalda. Entonces él se le acercó y la tomó por el brazo. Wade lo agarró de un hombro y le hizo dar una vuelta en redondo.

—Calma, doctor. No puede ganarlas todas.

—¡Sáqueme la mano de encima!

—Cómo no, pero tranquilícese —dijo Wade—. Se me ocurre una idea, doctor. ¿Por qué no va a ver a un buen médico?

Alguien se rió en voz alta. Loring se puso en tensión como un animal dispuesto a saltar. Wade lo notó y con toda elegancia le dio la espalda y se alejó. Loring quedó con un palmo de narices. Si iba en busca de

Wade su situación sería aún más ridícula y desairada. Lo único que le quedaba por hacer era retirarse, y así lo hizo. Atravesó con paso rápido el living con la mirada fija hacia adelante, donde se hallaba Candy, que sostenía la puerta abierta. Candy, con el rostro impenetrable, esperó a que saliera; entonces cerró la puerta y regresó al bar. Yo dirigí mis pasos al mismo lugar y pedí un whisky. No pude ver dónde se había ido Wade, pero desapareció. Tampoco vi a Eileen. Me volví de espaldas al *living* y, mientras hombres y mujeres seguían parlotando, bebí mi whisky con toda tranquilidad.

Una muchacha menuda, de cabello color barroso y una vincha alrededor de la frente, apareció a mi lado, puso el vaso en el mostrador y lanzó un balido. Candy asintió y le preparó otro trago.

La muchachita se volvió hacia mí: —¿Le interesa el comunismo? —me preguntó. Tenía los ojos vidriosos y se pasó la lengua por los labios como buscando un trocito de chocolate—. Creo que todos deberían interesarse —prosiguió—. Pero cuando uno se lo pregunta a cualquiera de los hombres que están aquí, lo único que piensan es en manosearla a una.

Asentí y por encima de mi copa le miré la nariz chata y la piel curtida por el sol.

—No es que me preocupe mucho, si lo hacen bien —dijo, agarrando la bebida recién servida. Mostró sus molares mientras bebía hasta la mitad.

—No cuente conmigo —le dije.

—¿Cómo se llama?

—Marlowe.

—¿Con “e” o sin?

—Con.

—Ah, Marlowe —entonó—. Un nombre tan hermoso y tan triste. —Dejó el vaso casi vacío en el mostrador, cerró los ojos y echó hacia atrás la cabeza y extendió los brazos y casi me golpeó en los ojos. Su voz temblaba de emoción al recitar:

*“¿Era éste el rostro que echó a pique miles de barcos
y quemó las altas torres de Ilium?*

Dulce Helena, hazme inmortal con un beso.”

Abrió los ojos, agarró la copa y me guiñó el ojo.

—Allí estuvo muy bien, compañero. ¿Escribió algo de poesía en los últimos tiempos?

—No mucho.

—Puede besarme si quiere —dijo ella tímidamente.

Por detrás de la muchacha apareció un tipo con chaqueta de seda y camisa de cuello abierto, y me sonrió por encima de su cabeza. Tenía pelo rojo muy corto y cara de pulmón estropeado. Era el tipo más feo que había visto en mi vida. Palmeó la cabeza de la muchacha.

—Vamos, gatita, es hora de volver a casa.

Ella se dio vuelta, furiosa: —¡No me digas que tienes que regar de nuevo esas malditas begonias tuberosas! —vociferó.

—Pero escucha, gatita...

—No me toques, maldito granuja —gritó y le arrojó a la cara el resto de la bebida. El resto no era más que una cucharadita y dos cubitos de hielo.

—¡Por Dios santo, soy tu marido! —gritó el otro a su vez, mientras sacaba el pañuelo y se secaba la cara—. ¿Entiendes? ¡Tu marido!

Ella comenzó a sollozar violentamente y se arrojó en sus brazos. Pasé junto a la pareja y salí de la habitación. Todos los *cocktail parties* son iguales, hasta en los diálogos.

Al cabo de un tiempo la casa comenzó a vaciarse, las voces se fueron atenuando hasta desaparecer, los autos se pusieron en marcha, se intercambiaron los adioses y se oyeron gritos de despedida que resonaban en medio de la noche como pelotas de goma. Me acerqué a las puertas vidrieras y salí a la terraza recubierta de lajas. El terreno descendía suavemente en dirección del lago, inmóvil como un gato dormido. En el lago había un pequeño muelle de madera al cual estaba amarrado un bote de remo. En la orilla opuesta, que no estaba muy lejos, pude divisar una especie de pato negro que dibujaba perezosamente curvas sobre el agua, como un patinador, y que apenas si producían una leve ondulación en la superficie.

Me recosté en una hamaca de aluminio con almohadones, encendí la pipa, comencé a fumar pacíficamente y me pregunté qué diablos estaba haciendo allí. Roger Wade parecía tener bastante control sobre sí mismo para cuidarse solo, si realmente quería hacerlo. Se había comportado muy bien con Loring. No me habría sorprendido demasiado si le hubiera encajado una buena trompada a Loring en su barbilla puntiagu-

da. De acuerdo con los cánones, eso hubiera sido salirse de la línea, pero Loring se había salido mucho más.

Si las normas siguen teniendo algún significado, significan que usted no elige una habitación llena de gente como lugar para amenazar a un hombre y golpearle el rostro con un guante cuando su esposa está parada al lado suyo y usted está prácticamente acusándola de haber estado haciendo juego doble. Para ser un hombre que aún se estaba recobrando de una fuerte borrachera con mercadería fuerte, Wade lo había hecho muy bien. Lo había hecho más que muy bien. Yo no sabía cómo sería estando borracho. Ni siquiera sabía si era un alcohólico. Hay en eso una gran diferencia. Un hombre que bebe demasiado en algunas ocasiones sigue siendo el mismo hombre de cuando está sobrio. Un alcohólico, un verdadero alcohólico, no es el mismo hombre ni mucho menos. No se puede predecir nada con certeza respecto de él, excepto que se convertirá en alguien a quien jamás conocimos antes.

Oí detrás de mí el ruido de unos pasos leves y Eileen Wade cruzó la terraza y se sentó a mi lado, en el borde de una silla.

—Bueno, ¿qué es lo que piensa? —me preguntó con calma.

—¿Sobre el caballero de los guantes?

—¡Oh, no! —Eileen frunció el ceño. —Odio a la gente que hace escenas como ésa. Y no es que él no sea una buena persona. Pero ha representado la misma escena con la mitad de los hombres del valle. Linda Loring no es una cualquiera, ni se comporta como tal, ni se expresa como tal, ni lo parece. No sé qué es lo que impulsa al doctor Loring a actuar como si ella lo fuera.

—Quizá Loring sea un borracho reformado —sugerí—. Muchos de ellos se convierten en puritanos terribles.

Es posible —replicó Eileen y miró hacia el lago—. Este es un lugar muy tranquilo. Se podría pensar que un escritor podría ser feliz aquí... si es que un escritor puede ser feliz en alguna parte. —Se volvió para mirarme—. De modo que Roger no pudo convencerlo de que haga lo que le pidió.

—Esto no tiene sentido, señora Wade. Yo no puedo hacer nada. Ya lo he dicho antes. No podría estar seguro de estar presente en el momento oportuno. Tendría que estar aquí todo el tiempo. Eso es imposible, aun cuando no tuviera otra cosa que hacer. Si su marido perdiera el control de sí mismo, por ejemplo, eso sucedería en un instante. Y yo no he observado ningún indicio de que pueda perder el control. Por el contrario, me da la impresión de que es muy sereno y muy firme. —Eileen se miró las manos.

—Si pudiera terminar su libro creo que las cosas irían mucho mejor.

—No puedo ayudarlo en eso.

Ella levantó la vista y colocó las manos sobre el borde de la silla. Se inclinó un poco hacia adelante.

—Usted puede si él lo cree así. He ahí todo el problema. ¿Es que le resultaría desagradable ser huésped en nuestra casa y que se le pague por eso?

—Su esposo necesita un psiquiatra, señora Wade. Si es que conoce alguno que no sea un curandero.

Ella me miró asombrada.

—¿Un psiquiatra? ¿Por qué?

Sacudí las cenizas fuera de la pipa y la sostuve en la mano, esperando que el hornillo se enfriara antes de guardar la pipa.

—Usted quiere la opinión de un aficionado Y hela aquí. Su marido cree que tiene un secreto sepultado en la mente y no puede encontrarlo. Puede tratarse de un secreto de culpa con respecto a sí mismo o con respecto a otra persona. El cree que es eso lo que le hace beber porque no puede saber de qué se trata. Probablemente piensa que sea lo que fuere lo sucedido, sucedió mientras él estaba borracho y tiene que llegar a averiguarlo emborrachándose de nuevo. Esto es trabajo para un psiquiatra. Hasta aquí todo está muy bien. Si no es así y mi idea es equivocada, entonces se emborracha porque quiere hacerlo o porque no puede evitarlo y el secreto no es más que un pretexto. No puede escribir el libro, o al menos no puede concluirlo, porque se emborracha. La suposición es, por lo tanto, que no puede terminar el libro porque se pone fuera de combate bebiendo. O podría ser a la inversa.

—¡Oh, no! —exclamó la señora Wade—. No. Roger tiene mucho talento. Tengo la absoluta seguridad de que todavía está por escribir sus mejores obras.

—Ya le dije que la mía era opinión de aficionado. Hace unos días usted me dijo que tal vez él ya no estuviera enamorado de su mujer. Pero esto también podría ser a la inversa.

Eileen dirigió la vista hacia la casa y después se dio vuelta dándole la espalda. Miré en la misma dirección. Wade estaba parado detrás de la puerta, observándonos. Seguí mirando y alcancé a ver a Wade que se dirigía al bar y agarraba una botella.

—Es inútil interferir —dijo ella rápidamente—. Nunca lo hago. Nunca. Creo que usted tiene razón, señor Marlowe. No queda otra salida que dejar que él mismo resuelva su problema.

La pipa ya se había enfriado, de modo que la guardé.

—Ya que estamos agotando todas las posibilidades, ¿qué me dice de la alternativa que mencionamos hace un momento?

—Amo a mi marido —respondió ella con sencillez—. No como ama una muchacha, tal vez. Una mujer sólo ama así una vez en su vida. El hombre a quien quise así ha muerto. Murió en la guerra. Por una extraña coincidencia su nombre tenía las mismas iniciales tuyas. Ahora no tiene importancia... excepto que a veces no puedo creer que esté muerto. Nunca encontraron su cadáver, pero eso ocurrió con muchos soldados.

Ella me lanzó una mirada inquisitiva.

—A veces, no a menudo, por supuesto, cuando voy a un bar tranquilo o al vestíbulo de un buen hotel en una hora muerta, a lo largo del puente de un transatlántico a primeras horas de la mañana o tarde en la noche, pienso que puedo verlo a él esperándome en algún rincón sombrío. —Hizo una pausa y bajó los ojos—. Es muy tonto. Me siento avergonzada de ello. Estábamos muy enamorados esa clase de amor salvaje, misterioso e improbable que no ocurre sino una vez.

Eileen calló y continuó sentada mirando hacia el lago, con la expresión de quien se encuentra en estado medio hipnótico. Volví a mirar en dirección a la casa. Wade se encontraba parado frente a las puertas de vidrio y tenía una copa en la mano. Volví la vista hacia Eileen, pero para ella yo ya no existía, no estaba en aquel lugar. Me levanté y me dirigí hacia la casa. Wade seguía de pie en el mismo sitio con la bebida en la mano y la bebida parecía bastante fuerte. Sus ojos tenían una mirada aviesa.

—¿Cómo le va con mi mujer, Marlowe? —preguntó, torciendo la boca.

—No me he tirado ningún lance, si es eso lo que quiere insinuar.

—Es exactamente lo que pensaba. Usted consiguió besarla la otra noche. Probablemente se imaginó que la cosa marcharía rápido, pero está perdiendo el tiempo, jovencito. Aun si tuviera la pinta y el refinamiento adecuados.

Traté de pasar de largo, pero él me bloqueó el camino con el hombro.

—No se apresure tanto, amigo. Nos gusta tenerlo con nosotros. Vienen tan pocos detectives privados a nuestra casa.

—Yo soy uno que está de más.

Levantó la copa, vació el contenido y cuando bajó la mano me miró de soslayo.

—Debería tomarse un poco más de tiempo para crearse defensas —le dije—. Palabras vacías para usted, ¿no es así?

—Está bien, preceptor. ¡Usted sí que sirve para reformar a la gente! Debería tener más sentido común y no andar tratando de reeducar a un borracho. Los borrachos no se reeducan, amigo. Se desintegran. Una parte del proceso es muy divertido y la otra parte es espantosa. Pero si me permite que cite las palabras chispeantes del buen doctor Loring, ese canalla degenerado, le diré que no se acerque a mi mujer, Marlowe. Ya sé que la anda buscando. Todos lo hacen. Le gustaría acostarse con ella. Todos lo desean. Quisiera compartir sus sueños y aspirar la fragancia de sus recuerdos. Quizá yo también lo quisiera. Pero no hay nada que compartir, amigo... nada, nada, nada. Uno está solo en la oscuridad.

Terminó su bebida y puso la copa boca abajo.

—Vacío como esto, Marlowe. Absolutamente nada dentro. Yo soy el tipo que lo sabe.

Colocó la copa sobre el mostrador del bar y se encaminó con paso firme hacia la escalera. Subía unos cuantos escalones, sosteniéndose en la baranda y entonces se detuvo y se inclinó. Me miró desde arriba y sonrió con amargura.

—Perdóneme el sarcasmo, Marlowe. Usted es un buen tipo. No quisiera que le pasara algo.

—¿Algo como qué?

—Puede ser que ella no haya llegado todavía a tocar el tópico de la magia obsesionante de su primer amor, de aquel muchacho que desapareció en Noruega. A usted no le gustaría desaparecer, ¿eh, amigo? Usted es mi detective particular. Me encontré cuando me hallaba perdido en medio del esplendor salvaje de Sepúlveda Canyon.

Hizo girar la palma de la mano sobre la baranda de madera lustrada, con un movimiento circular: — Me sentiría herido profundamente en el alma si a usted le pasara algo. Como aquel sujeto que se enredó con los alemanes. Desapareció en tal forma, sin dejar rastro, que uno a veces se pregunta si existió alguna vez. Tal vez ella lo inventó nada más que para tener un juguete con el cual entretenerse.

—¿Cómo puedo saberlo?

Wade siguió mirándome con el ceño fruncido y la boca torcida con un rictus amargo.

—¿Cómo podría saberlo alguien? Quizá ni ella misma lo sabe. El nene está cansado, el nene ha jugado demasiado tiempo con juguetes rotos. El nene quiere ir a hacer nonón.

Prosiguió escaleras arriba. Permanecí en el mismo sitio hasta que entró Candy y empezó a dar vueltas por el bar poniendo las cosas sobre una bandeja y examinando las botellas para ver lo que había quedado. No me prestó ninguna atención o al menos así lo creí. De pronto oí que me decía:

—Señor, queda como para un buen trago. Es una lástima tirarlo. —Levantó la botella para mostrarme el contenido.

—Bébaselo usted.

—Gracias, señor. No me gusta. Lo único que tomo es cerveza y una copa es el límite máximo.

—Usted sabe lo que hace.

—Es suficiente con un borrachín en la casa —dijo, mirándome fijamente—. Hablo bien el inglés, ¿no le parece?

—Seguro. Muy bien.

—Pero pienso en español. A veces pienso con un cuchillo. El patrón es mi tipo. No necesita ninguna ayuda, hombre. Yo me encargo de él.

—Estás realizando un gran trabajo, pibe.

—Hijo de una flauta —dijo entre dientes. Tomó una bandeja cargada, la levantó hasta la altura del hombro sobre la palma de la mano, a la manera de los mozos.

Caminé hasta la puerta y salí, preguntándome cómo una expresión que significa “hijo de una flauta”, puede llegar a ser un insulto en español. No me lo pregunté mucho. Tenía muchas otras cosas sobre qué pensar. Algo más que el alcohol era el problema de la familia Wade. El alcohol no era sino una reacción disimulada.

Aquella noche, entre las nueve y media y las diez, llamé por teléfono a casa de los Wade. Después de ocho llamadas infructuosas colgué el receptor y no bien acababa de hacerlo, la campanilla comenzó a sonar. Era Eileen Wade.

—Alguien acaba de llamar á casa —me dijo—. Tuve el presentimiento de que podía ser usted. Me estaba preparando para darme una ducha.

—Fui yo el que llamé, pero no era nada de importancia, señora Wade, Roger parecía un poco excitado cuando lo dejé. Creo que siento cierta responsabilidad hacia él.

—Roger está muy bien —contestó la señora Wade—.

Se quedó profundamente dormido en la cama. Pienso que el incidente con el doctor Loring le trastornó mucho más de lo que nos ha dejado entrever. Sin duda, hoy le dijo a usted una cantidad de tonterías.

—Me dijo que se sentía cansado y que quería ir a dormir. Me pareció muy razonable.

—Si eso es todo lo que le dijo, sí. Bueno, buenas noches y gracias por su llamada, señor Marlowe.

—No dije que eso fuera todo lo que me dijo, sino que me lo dijo.

Hubo una pausa. Después Eileen prosiguió:

—Todo el mundo alimenta ideas fantásticas de vez en cuando. No tome a Roger demasiado en serio, señor Marlowe. Después de todo, su imaginación es altamente desarrollada. Es natural que así sea. Pero no debió haber comenzado a beber tan pronto después de lo que sucedió la última vez. Por favor, trate de olvidarse de todo. Supongo que habrá estado muy rudo con usted, entre otras cosas.

—No fue rudo ni desagradable conmigo. Por el contrario, estuvo muy sensato. Su esposo es un hombre capaz de autoexaminarse hasta el fondo del alma. Es un don muy poco frecuente. La mayoría de la gente atraviesa por la vida gastando la mitad de las energías de que dispone en tratar de proteger una dignidad que nunca ha poseído. Buenas noches, señora Wade.

Ella colgó el auricular y yo saqué el tablero de ajedrez. Llené la pipa, coloqué las piezas y jugué una partida de campeonato entre Gortchakoff y Meninkin, setenta y dos movimientos hasta llegar a tablas, un ejemplo inapreciable de la fuerza irresistible que se encuentra con el objeto inanimado, batalla sin armadura, guerra sin sangre y derroche tan elaborado de inteligencia humana como se puede encontrar en todas partes, excepto en una agencia de publicidad.

CAPÍTULO XXV

Durante una semana no sucedió nada, aparte de que yo me dediqué a mis asuntos, no muchos por cierto. Una mañana me llamó George Peters, de la Organización Carne, y me contó que había estado cerca de Sepúlveda Canyon y se interesó en curiosear la casa del doctor Verringer, pero éste no vivía ya allí, había una media docena de agrimensores que delineaban el mapa de la región para proceder a la subdivisión y loteo y ninguno de ellos había oído hablar del doctor Verringer.

—El pobre infeliz tuvo que liquidar todo mediante una escritura de venta condicionada. Después me enteré. Le dieron un billete de los grandes para que desistiera de cualquier demanda o reclamación, nada más que con el objeto de ahorrarse tiempo y gastos, y ahora alguien se ganará un millón de dólares al año loteando el lugar para convertirlo en zona residencial. Esa es la diferencia entre el crimen y los negocios. Para hacer negocios es necesario tener capital. A veces pienso que es la única diferencia.

—Es una observación bastante cínica —dije—, pero el crimen también requiere capital.

—¿Y de dónde viene, compañero? No de los tipos que tienen negocios de bebidas. Hasta pronto.

Un jueves por la noche, a las once menos diez, Wade me llamó por teléfono. La voz sonaba ronca, casi gorgoteante, pero sin embargo, lo reconocí. Pude percibir que su respiración era entrecortada, fuerte y agitada.

—No me siento bien, señor Marlowe, nada bien. Me estoy hundiendo. ¿Podría venir en seguida?

—Cómo no..., pero déjeme hablar con su señora un momento.

Roger no contestó. Se oyó un estrépito, después un silencio de muerte y al cabo de unos segundos el ruido de golpes indefinidos. Grité algo en el teléfono, pero no recibí respuesta. Pasó un momento. Finalmente escuché el ruido seco del receptor que alguien había colgado y el zumbido del tono para discar.

Cinco minutos más tarde estaba en camino. En poco más de media hora estaba allí y todavía no sé cómo pude hacerlo tan rápido. Llegué al Boulevard Ventura con las luces en contra de mí, me arreglé como pude para doblar a la izquierda, me escabullí entre los camiones y en general conduje como un verdadero loco. Atravesé Encino a cerca de cien, con el reflector sobre el lado exterior de los autos estacionados, como para dejar congelado a cualquiera que tuviera la idea de apearse súbitamente.

Tuve esa buena suerte de la que uno goza únicamente cuando no le importa nada de nada. Ni policías, ni sirenas, ni luces rojas. Nada más que la visión de lo que podía estar sucediendo en la residencia de los Wade, visión nada agradable por cierto. Ella estaba sola en la casa con un borracho maniático, o yacía al pie de la escalera con el cuello roto, o estaba encerrada y alguien daba alaridos afuera y trataba de entrar, o estaba corriendo con los pies descalzos por un camino iluminado por la luz de la luna y un negro enorme, con cuchillo de carnicero, la estaba persiguiendo.

Pero no hubo nada de eso, ni parecido siquiera.

Cuando entré con el Olds al camino de los coches, la casa estaba totalmente iluminada y Eileen se hallaba de pie al lado de la puerta abierta, fumando un cigarrillo. Bajé del coche y me encaminé hacia la casa por el sendero de lasjas. Eileen llevaba pantalones y una camisa con el cuello abierto. Me miró con calma. La única agitación que había en el ambiente era la que yo traía conmigo.

La primera cosa que dije fue tan tonta como el resto de mi comportamiento.

—Creía que usted no fumaba.

—¿Cómo? No, generalmente no fumo. —Se sacó el cigarrillo de la boca, lo tiró al suelo y lo aplastó con el pie—. Lo hago muy de vez en cuando. Roger llamó al doctor Verringer.

Hablaba con voz plácida y lejana. Completamente tranquila y reposada.

—No puede haberlo hecho —exclamé—. El doctor Verringer ya no vive allí. A quien llamó fue a mí.

—¡Oh, no me diga! Oí que telefoneaba y le pedía a alguien que viniera en seguida. Pensé que se trataba del doctor Verringer.

—¿Dónde está ahora?

—Se cayó —contestó ella—. Debe haber inclinado la silla demasiado hacia atrás. Ya le ha pasado otras veces. Se cortó la cabeza con algo. Le salió un poco de sangre; no mucha.

—Bueno, eso es magnífico —dije—. No nos gustaría que hubiera un lago de sangre. Le pregunté dónde está Roger ahora.

Ella me dirigió una mirada llena de solemnidad y señaló con el dedo:

—Por ahí afuera. Cerca del borde del camino o entre los arbustos que bordean la verja.

Me incliné hacia adelante y le clavé mi mirada escrutadora.

—¡Por amor de Dios! ¿No fue a buscarlo?

En aquel momento llegué a la conclusión de que ella sufría una conmoción nerviosa. Entonces me di vuelta para mirar a través del parque. No pude ver nada, pero alcancé a divisar una sombra grande cerca de la verja.

—No, no fui —me contestó con bastante tranquilidad—. Vaya usted. He aguantado todo lo que he podido, pero esto es más de lo que puedo tolerar. Vaya usted a buscarlo.

Se dio vuelta y se encaminó hacia el interior de la casa, dejando la puerta abierta. No alcanzó a ir muy lejos. Se desmoronó a un metro de la puerta y quedó tendida en el suelo. La alcé en brazos y la deposité en uno de los grandes sofás que se encontraban frente a frente, separados por una mesa larga de madera clara. Le tomé el pulso. No parecía ni muy irregular ni muy débil. Tenía los ojos cerrados y los párpados estaban azules. La dejé acostada y salí al jardín.

Allí estaba Roger, tal como ella me había dicho. Yacía de costado, bajo la sombra de una malvácea. El pulso latía con fuerza y rápidamente y la respiración no era normal. Tenía en la nuca algo pegajoso. Le hablé y lo sacudí un poco; le di un par de palmadas en la cara. Murmuró algo, pero no reaccionó. Lo empujé hacia arriba tratando de sentarlo, pasé uno de sus brazos sobre mi hombro y lo alcé sobre la espalda agarrándolo de una pierna. Perdí el equilibrio. Era tan pesado como una bolsa de cemento. Los dos quedamos sentados sobre el césped. Tomé un corto respiro y probé de nuevo. Al fin conseguí levantarlo en posición medio inestable y lo fui arrastrando por el parque hacia la puerta principal. Me pareció que me separaba la misma distancia que la de un viaje de ida y vuelta a Siam. Los dos escalones del pórtico fueron para mí como si tuvieran tres metros de altura. Llegué tambaleándome hasta el sofá, me arrodillé y lo empujé rodando hasta que quedó acostado. Cuando me enderecé sentí la columna vertebral quebrada al menos en tres pedazos.

Eileen Wade ya no estaba allí. Tenía la habitación para mí. En aquel momento me sentía fatigado y no me preocupaba por el paradero de nadie. Me senté para tomar aliento y al cabo de unos instantes me acerqué a observar la cabeza de Roger. Estaba manchada de sangre y tenía el cabello pegajoso. La herida no parecía grave, pero esto nunca se puede saber cuando se trata de una herida en la cabeza.

En ese momento vi que Eileen estaba a mi lado, de pie, mirando a Roger con la misma expresión lejana que le había observado antes.

—Lamento mucho haberme desmayado. No sé lo que me pasó.

—Sería mejor que llamáramos a un médico.

—Telefoneé al doctor Loring. Es mi médico. No quiere venir.

—Llame a algún otro, entonces.

—¡Oh! Ahora vendrá. No quería venir. Pero lo hará en cuanto se desocupe.

—¿Dónde está Candy?

—Es su día libre. Jueves. La cocinera y Candy tienen libres los jueves. Es la costumbre de este lugar. ¿Puede llevarlo arriba, así lo acostaremos?

—Sin ayuda, no. Será mejor que traiga una manta o una frazada. Es una noche cálida, pero en estos casos es fácil contraer neumonía.

Extendimos una manta sobre el cuerpo de Roger y quince minutos más tarde apareció el doctor Loring, con el cuello almidonado y la expresión de disgusto del hombre a quien se le pide que limpie los residuos después de la descompostura del perro.

El doctor examinó la cabeza de Wade.

—Un tajo y algunas magulladuras superficiales. No hay posibilidad de conmoción. La respiración indica su estado en forma bastante evidente.

Recogió el sombrero y el maletín.

—Que no tome frío. Puede lavarle la cabeza con suavidad para sacarle la sangre. Seguirá durmiendo.

—Yo solo no puedo llevarlo arriba, doctor —dije yo.

—Entonces déjelo donde está —me contestó, mirándome con indiferencia—. Buenas noches, señora Wade. Como usted sabe, no atiendo a alcohólicos. Y aun si lo hiciera, su marido no sería uno de mis enfermos. Estoy seguro de que usted me comprende.

—Nadie le está pidiendo que lo atienda. Lo único que quisiera es que me ayude a llevarlo al dormitorio, así podré desvestirlo.

—¿Y usted quién es, si se puede saber? —me preguntó Loring con voz helada.

—Me llamo Marlowe. Estuve aquí hace una semana. Su esposa nos presentó.

—Interesante —dijo—. ¿Cómo es que conoce usted a mi mujer?

—¿Qué diablos importa eso? Todo lo que quiero es...

—No me interesa lo que usted quiera —me interrumpió. Se volvió hacia Eileen, hizo una leve inclinación de cabeza y se dirigió a la salida. Yo me interpuse entre él y la puerta, dando la espalda a esta última.

—Un minuto, doctor. Debe de haber transcurrido mucho tiempo desde que usted echó una mirada a ese breve trozo de prosa llamado el Juramento Hipocrático. Este hombre me llamó por teléfono y yo vivo bastante lejos. Me di cuenta de que no estaba bien y violé todas las reglas del tránsito para llegar lo más pronto posible. Lo encontré tirado sobre el césped y lo traje hasta aquí y créame que no es ningún manojo de plumas. El criado no está y no hay nadie que pueda ayudarme a llevarlo hasta arriba. ¿Qué le parece?

—Salga de mi camino —murmuró entre dientes—. ¿O tendré que llamar a la policía del distrito para que envíen a un agente? Como profesional...

—Como profesional usted es un piojo inmundo —le contesté y me hice a un lado.

Se ruborizó... lentamente, pero en forma evidente. Se atragantó con su propia bilis. Después de un instante abrió la puerta y, mientras la cerraba con todo cuidado, me miró. Fue la mirada más desagradable que recuerdo haber recibido y la cara más desagradable de que conservo memoria.

Cuando me di vuelta, Eileen me miraba sonriendo.

—¿Qué es lo que hay de divertido? —gruñí.

—Usted. A usted no le importa lo que le dice a la gente, ¿no es cierto? ¿No sabe quién es el doctor Loring?

—Sí... y sé también lo que es.

Ella miró el reloj pulsera.

—Candy ya debe haber regresado. Iré a ver. Tiene la habitación detrás del garaje.

Se dirigió hacia afuera atravesando una pasillo en forma de arco abovedado y yo me senté y miré a Wade. El gran escritor seguía roncando. Tenía la cara sudada, pero le dejé la frazada encima. Uno o dos minutos después Eileen estaba de vuelta; Candy venía con ella.

CAPÍTULO XXVI

El mexicano llevaba una camisa sport a cuadros blancos y negros, pantalones negros de raya impecable, zapatos de gamuza immaculados, en dos tonos, blanco y negro. El cabello negro y tupido, peinado hacia atrás, brillaba con alguna crema o aceite especial para el pelo.

—Señor —saludó, haciendo una reverencia seca y burlona.

—Candy, ayude al señor Marlowe a llevar a mi esposo arriba. Se cayó y se lastimó. Lamento tener que molestarlo.

—No es nada, señora —contestó Candy, sonriendo.

—Creo que me iré a acostar —me dijo la señora Wade—. Estoy muy cansada. Candy le dará lo que necesite.

Empezó a subir las escaleras lentamente. Candy y yo la observábamos.

—Esa sí que es una muñeca —dijo Candy en confianza—. ¿Se queda usted aquí esta noche?

—Déjese de mirarla con esos ojos, muchacho. Vamos a poner a éste en la cama.

—Es una lástima. Ella está muy sola.

Candy miró con tristeza a Wade, que seguía roncando.

—Pobrecito —murmuró como si realmente sintiera lo que decía—. Borracho como una cuba.

—Podrá estar borracho, pero seguro que no tiene nada de pobrecito —dije—. Agárrelo por los pies.

Lo levantamos por la cabeza y por los pies y aún para los dos resultaba pesado como una bolsa de plomo. Al llegar arriba pasamos frente a una puerta cerrada que daba a la galería abierta.

—La habitación de la señora —susurró—. Si golpea muy despacio a lo mejor lo deja entrar.

No le dije nada porque le necesitaba. Seguimos con el fardo a cuestas hasta llegar a la otra puerta, entramos y lo dejamos caer en la cama. Entonces agarré a Candy por el brazo, cerca del hombro y le clavé los dedos hasta hacerle doler. Retrocedió un poco y el rostro adquirió una expresión dura.

—¿Cómo se llama usted, cholo?

—Sáqueme la mano de encima —dijo en tono brusco—. Y no me llame cholo. No soy uno de esos roñosos. Me llamo Juan García de Soto y Sotomayor. Soy chileno.

—Muy bien, don Juan. Cuide de no salirse de la vaina. Mantenga la nariz y la boca limpias cuando habla de la gente para la cual usted trabaja.

Tironeó hasta soltarse de mi garra y retrocedió unos pasos, mirándome lleno de furor. Deslizó la mano dentro de la camisa y sacó un cuchillo largo y delgado. Lo mantuvo en equilibrio por la punta, sobre la palma de la mano, casi sin mirarlo, después dejó caer la mano y agarró al vuelo el cuchillo por el mango. Lo hizo con mucha rapidez y sin esfuerzo aparente. Alzó la mano a la altura del hombro hizo luego un movimiento hacia adelante y el cuchillo salió despedido por el aire y fue a clavarse en la madera del marco de la ventana, donde quedó oscilando.

—¡Cuidado, señor! —exclamó con voz penetrante—. Y guarde sus zarpas para usted. No me gustan las bromas de nadie.

Atravesó la habitación con agilidad, extrajo el cuchillo de la madera, lo arrojó al aire, se puso en puntas de pie y lo agarró por detrás. Cerró el resorte con un chasquido y guardó el cuchillo debajo de la camisa.

—Buen trabajo —dije—, pero quizás un poco llamativo.

Se me acercó, sonriendo en forma burlona.

—Y podría provocarle una fractura de codo —agregué—. Como ésta.

Lo agarré por la muñeca derecha, le di una sacudida que le hizo perder el equilibrio, se la torcí hacia un costado y un poco hacia atrás y pasé mi antebrazo doblado hacia arriba por debajo de su codo. Después cargué sobre la articulación con toda mi fuerza, usando mi antebrazo como punto de apoyo.

—Una presión fuerte —le dije —y se rajará la articulación del codo. Una rajadura basta. Lo pondrá fuera de combate como tirador de cuchillos por varios meses. Si la presión es un poco más fuerte, usted está listo para siempre. Sáquele los zapatos al señor Wade.

Lo solté y él sonrió: —Buen ardid —dijo—. Lo recordaré.

Se dio vuelta hacia Wade y le sacó uno de los zapatos. De pronto se detuvo. Sobre la almohada había una mancha de sangre.

—¿Quién hirió al patrón?

—Yo no fui, amigo. Se cayó y se cortó la cabeza con algo. Es sólo una herida superficial. El médico ya lo revisó.

Candy respiró lentamente.

—¿Usted lo vio caer?

—No, se cayó antes de que yo llegara. ¿Usted lo quiere, no es cierto?

No me respondió. Terminó de sacarle los zapatos. Con todo cuidado desvestimos a Wade y le pusimos un pijama verde y plateado. Lo metimos en la cama y lo tapamos bien. Todavía seguía transpirando y roncando. Candy le contempló con tristeza, moviendo la cabeza reluciente de un lado a otro.

—Alguien tiene que cuidarlo —dijo—. Iré a cambiarme de ropa.

—Vaya a dormir. Yo lo cuidaré. Lo llamaré si lo necesito.

Me miró de frente.

—Será mejor que lo cuide bien, muy bien —dijo con mucha calma, y salió del cuarto.

Me dirigí al baño y traje una toallita de mano, húmeda, y una toalla grande. Di vuelta un poco a Wade, extendí la toalla sobre la almohada y limpié la sangre de su cabeza suavemente para que no comenzara a sangrar de nuevo. Pude ver el tajo con toda claridad, era superficial. Tenía unos cinco centímetros de largo, pero no era de cuidado. El doctor Loring tenía razón. Unos puntos no hubieran hecho daño, pero probablemente no eran necesarios. Encontré un par de tijeras y corté el cabello lo suficiente como para poder colocar una tira de cinta adhesiva. Después lo volví de espaldas y le lavé la cara. Creo que eso fue un error.

Wade abrió los ojos. Al principio la mirada era vaga e indecisa, pero después se aclaró y me vio parado al lado de la cama. Se llevó la mano a la cabeza y palpó la tira plástica. Masculló algo confuso, pero también la voz se le aclaró en seguida.

—¿Quién me golpeó? ¿Usted?

—Nadie lo golpeó. Usted se cayó.

—¿Me caí? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—En el lugar donde estaba cuando telefoneó. Usted me llamó. Yo lo oí caer.

—¿Yo lo llamé? —se sonrió en forma burlona—. Usted siempre disponible, ¿eh amigo? ¿Qué hora es?

—Pasada la una de la madrugada.

—¿Dónde está Eileen?

—Se fue a la cama. Ella pasó un mal momento.

Se quedó pensativo. Sus ojos expresaron un dolor profundo.

—¿La he...? —inquirió, pero se detuvo sin completar la pregunta.

—Usted no la ha tocado, al menos que yo sepa, si es eso lo que le preocupa. Lo único que hizo es vagar por afuera y se desplomó cerca de la verja. Ahora deje de hablar y duerma.

—Dormir —repitió lentamente, como un niño que recita su lección—. ¿Cómo podría lograrlo?

—Tal vez le ayude si toma una pastilla. ¿Tiene alguna a mano?

—En el cajón de la mesita de noche.

Lo abrí y encontré una botellita plástica que contenía cápsulas rojas. Seconal, un gramo y medio. Receta del doctor Loring. Ese simpático doctor Loring. La receta de la señora Eileen Wade.

Saqué dos cápsulas, coloqué el frasco en su lugar y llené un vaso con agua que saqué de un termo que estaba sobre la mesita de luz. Wade dijo que una cápsula sería suficiente. La tragó, tomó después un poco de agua, se reclinó sobre la almohada y se puso a mirar el techo. Transcurrió el tiempo. Me senté en una silla y lo observé. No parecía que fuera a dormirse. De pronto me dijo lentamente:

—Ahora recuerdo algo. Hágame un favor, Marlowe. Estuve escribiendo una serie de disparates y no quiero que Eileen los lea. Están sobre la máquina de escribir, debajo de la tapa. Rómpalo todo, ¿quiere?

—¿Cómo no! ¿Eso es todo lo que recuerda?

—¿Eileen está bien? ¿Seguro?

—Sí. Sólo está cansada. Vamos, Wade, deje de pensar.

No debí haberle preguntado nada.

—Deje de pensar, dice el hombre. —La voz era un poco soñolienta. Parecía que hablara consigo mismo—. Dejemos de pensar, de soñar, de amar, de odiar. Buenas noches, dulce príncipe. Tomaré la otra pastilla.

Se la alcancé con un poco más de agua. Se reclinó de nuevo sobre la almohada, pero esta vez con la cara dada vuelta, de modo que podía mirarme.

—Oiga, Marlowe; escribí una serie de cosas y no quiero que Eileen...

—Ya me lo dijo. Me ocuparé de eso cuando usted se duerma.

—Oh, gracias. Es agradable tenerlo a usted por aquí.

Muy agradable.

Se produjo otra larga pausa. Los párpados se le iban entrecerrando, como si pesaran mucho.

—¿Alguna vez mató a un hombre, Marlowe?

—Sí.

—Sensación desagradable, ¿no le parece?

—A algunas personas les gusta.

Cerró los ojos, pero los abrió en seguida, aunque la mirada era vaga e imprecisa.

—¿Cómo puede gustarles?

No contesté. Los párpados se cerraron de nuevo, muy gradualmente, como el telón de un teatro. Comenzó a roncar. Esperé un momento más, apagué algunas luces y salí de la habitación.

CAPÍTULO XXVII

Me detuve frente a la puerta del cuarto de Eileen y presté atención. No oí ningún ruido ni movimiento alguno, de modo que no llamé. Si Eileen quería saber cómo estaba su marido, era cosa de ella. Abajo, el living estaba vacío y brillantemente iluminado. Apagué algunas de las luces. Estaba cerca de la puerta de entrada y levanté la vista para mirar la galería. La mitad superior del living-room se elevaba hasta la altura total de las paredes de la casa y estaba atravesada por vigas abiertas que también sostenían la galería. Esta era ancha, bordeada a ambos lados por una barandilla sólida, que parecía tener un metro treinta de altura. Los soportes verticales también eran cuadrados, para hacer juego con las vigas transversales. El comedor estaba separado por un arco cuadrado, cerrado por puertas dobles de tipo persiana. Encima creo que se encontraba el departamento de servicio. Aquella parte del segundo piso estaba separada por una pared, de modo que debía haber otra escalera para llegar allí desde la cocina. La habitación de Wade estaba en la esquina, encima del estudio. Por la puerta abierta de su dormitorio podía ver la luz que se reflejaba contra el techo alto y la parte inferior de la entrada de su cuarto.

Apagué todas las luces, excepto la de una lámpara de pie, y me dirigí hacia el estudio. La puerta estaba cerrada, pero había dos lámparas encendidas, una lámpara de pie al lado del sofá de cuero y otra sobre el escritorio. La máquina de escribir estaba sobre una especie de tarima pesada y a su lado había un montón de hojas de papel amarillo, en completo desorden. Me senté en el sillón tapizado y examiné la disposición de los muebles. Quería averiguar cómo se había hecho aquel tajo. Agarré el teléfono con la mano izquierda. El resorte del sillón estaba muy flojo. Si me inclinaba hacia atrás y perdía el equilibrio, mi cabeza podía golpear contra la esquina del escritorio. Mojó el pañuelo y froté la madera: no había sangre. Había muchas cosas sobre el escritorio, incluso una hilera de libros entre dos elefantes de bronce y un antiguo tintero cuadrado de cristal. Probé con estos dos objetos sin resultado. Esto no era ningún indicio, ya que si alguien lo había golpeado el arma no tenía por qué estar en la habitación. Me levanté y encendí las luces de la cornisa. Estas iluminaron los rincones oscuros y en seguida encontré la respuesta a lo que me venía intrigando, una respuesta muy sencilla por cierto. Al lado de la pared había un canasto de papeles volcado de costado y algunos papeles por el suelo. Era un canasto cuadrado, de metal. Con seguridad lo habían tirado allí o le habían dado un puntapié. Probé los bordes filosos con el pañuelo humedecido y esta vez apareció una mancha de sangre rojo-pardusca. No había misterio alguno. Wade se había caído y golpeó la cabeza contra el borde filoso del canasto, probablemente el golpe fue un poco sesgado, se levantó después y dio un puntapié al maldito canasto, arrojándolo al otro extremo del cuarto. Muy fácil.

Con seguridad, entonces habría tomado otro rápido trago. La bebida estaba sobre la mesa, frente al sofá. Había una botella vacía, otra llena hasta las tres cuartas partes, una jarra de agua, un balde de plata con agua, que debió haber contenido cubitos de hielo, y un solo vaso de tamaño grande.

Después de beber, seguramente se sintió un poco mejor. En medio de su aturdimiento observó el teléfono descolgado y es muy probable que no se acordara con quién había estado hablando, de modo que se acercó y colgó el receptor. El tiempo transcurrido coincidía con mi suposición. Hay algo de compulsivo en un teléfono. El hombre desprejuiciado de nuestra época lo quiere, lo detesta y le tiene miedo. Pero siempre lo trata con respeto, aun cuando esté borracho. El teléfono es un fetiche.

Cualquier hombre normal hubiera dicho ¡hola! antes de colgar, nada más que para estar seguro. Pero no tenía por qué pasar eso con un tipo que estaba todavía aturdido por la bebida y por el golpe. Ahora ese detalle carecía de importancia. Tal vez su mujer hubiera colgado el teléfono; pudo haber sentido la caída y el golpe del canasto al chocar contra la pared y entró en el estudio. Para ese entonces ya la última copa habría producido su efecto fulminante en Roger, que habría salido de la casa dando tumbos para ir a desplomarse en el lugar donde yo lo había encontrado. Alguien había sido avisado para que viniera a buscarlo. En aquel momento ella no sabía quién era. Quizás el buen doctor Verringer.

Hasta aquí, el razonamiento era perfecto. Entonces, ¿qué es lo que habría hecho su mujer? No podía manejarlo o razonar con él y podría tener miedo de intentarlo. De modo que lo único que se le ocurriría fue pedir ayuda a alguien. Los sirvientes habían salido, así que sólo le quedaba el teléfono. Bueno, ella había llamado a alguien. Había llamado al simpático doctor Loring. Hacía un rato yo había supuesto que ella lo había llamado después que yo llegué. Pero ella no me había dicho eso. De aquí en adelante las cosas no se explicaban tan claramente. Lo lógico hubiera sido que Eileen fuera a buscar a Roger, lo encontrara y se cerciorara de que no estaba herido. No es que le hiciera mal a Roger estar acostado sobre el césped durante un rato en una noche de verano. Claro que ella no hubiera esperado nunca que me la encontrara de pie al lado de la puerta, fumando un cigarrillo, sin saber exactamente dónde se hallaba su marido. Yo no sabía qué es lo que pudo haber ocurrido entre ellos, cuán peligroso era él en ese estado, cuán asustada pudo haber estado ella para acercársele. "Aguanté todo lo que pude", me dijo cuando yo llegué. "Vaya usted a buscarlo." Después entró en la casa y se desmayó.

Todavía me preocupaba, pero tenía que dejar la cosa ahí donde estaba. Tuve que dar por sentado que, como ella había enfrentado aquella situación con bastante frecuencia como para saber que no podía

hacer nada excepto dejar correr la cosa, eso sería lo que habría hecho. Simplemente eso. Dejarlo correr. Dejarlo ahí afuera sobre el césped hasta que llegara alguien con el equipo físico necesario para manejarlo.

Todo aquello me preocupaba. Como también me preocupaba que hubiera ido a su habitación dejando que Candy y yo lleváramos al marido a la cama. Ella dijo que lo quería. Era su marido, hacía cinco años que estaban casados y era un muchacho simpático cuando estaba sobrio...; ésas fueron sus propias palabras. Cuando estaba borracho era otra persona, una persona de la que había que apartarse porque era peligroso. Muy bien, a olvidarse de todo entonces. Pero, sin embargo, la cosa me seguía preocupando. Si realmente hubiera estado asustada, no se habría quedado en la puerta fumando un cigarrillo. Si se hubiera sentido amargada y disgustada y relegada, no se habría desmayado.

Había alguna otra cosa. Quizás otra mujer. Podía ser que acabara de descubrirla. ¿Linda Loring? Tal vez. El doctor Loring lo pensaba así y lo manifestó en forma bien abierta.

Dejé de pensar en todo aquello y levanté la tapa de la máquina de escribir. El material estaba allí; unas cuantas hojas sueltas de papel amarillo, escritas a máquina, que se me había pedido que destruyera para que Eileen no las viera. Me las llevé al sofá y decidí que me merecía una copa para poder encarar la lectura. Había un pequeño lavamanos al lado del estudio. Enjuagué el vaso grande, me serví una buena medida de whisky y me senté dispuesto a leer las hojas de papel amarillo. Y lo que leí era verdaderamente disparatado.

Decía así:

CAPÍTULO XXVIII

“La luna está en cuarto menguante desde hace cuatro días y la luz de la luna forma un parche cuadrado sobre la pared y me está mirando como un gran ojo ciego y lechoso, un ojo en la pared. Broma. Un símil tonto. Escritores. Todo debe parecerse a alguna cosa. Mi cabeza es tan blanda como crema batida, pero no tan dulce. Más símiles. Podría vomitar sólo de pensar en un plan miserable. Podría vomitar de cualquier forma. Probablemente lo haré. No me empuje. Déme tiempo. Los gusanos se arrastran, se arrastran por mi plexo solar. Estaría mejor en la cama pero allí estará un animal maldito debajo de la cama y el oscuro animal se arrastrará susurrando, se encorvará y chocará contra la parte de abajo de la cama, entonces dejaré escapar un alarido que no será oído por nadie, sino por mí. Un alarido en sueños, un alarido en medio de una pesadilla. No hay nada que temer y yo no tengo miedo porque no hay nada que temer, pero, de todas maneras, una vez yo estaba acostado así en la cama y el animal oscuro me estaba haciendo aquello, chocaba contra la parte de abajo de la cama y tuve un orgasmo. Eso me asqueó más que cualquiera de las otras cosas desagradables que he hecho.

“Estoy sucio. Necesito afeitarme. Mis manos tiemblan. Estoy sudando. Me siento fétido, pestilente. Debajo de los brazos tengo la camisa mojada, y en el pecho y en la espalda. Las mangas están mojadas en los pliegues a la altura de los codos. El vaso que hay en la mesa está vacío. Necesitaría las dos manos para llenarlo de nuevo, ahora. Podría sacar una mano de la botella para sostenerme. El gusto de la bebida me enferma. Y no me llevará a ninguna parte. A fin de cuentas ni siquiera podré dormir y todo el mundo gemirá en el horror de los nervios torturados. Buena idea ¿eh, Wade?”

Más.

“Está muy bien para los primeros dos o tres días y después es negativo. Uno sufre y toma una copa y durante un tiempo corto se siente mejor, pero el precio sigue subiendo y subiendo, y lo que se consigue es cada vez menos y menos y después se llega siempre al punto en que no se siente más que náusea. Entonces uno llama al doctor Verringer. Muy bien, Verringer, ahí voy. Verringer ya no está. Se fue a Cuba o está muerto. La reina lo ha matado. Pobre viejo Verringer, qué destino, morir en la cama con una reina..., esa clase de reina. Vamos, Wade, levantémonos y vayamos a algunos lugares. A los lugares donde no hemos estado nunca y de donde nunca regresaremos, adonde hemos estado antes. ¿Esta frase tiene sentido? No. Muy bien. No pido dinero por ella. Aquí una pausa corta para un aviso comercial.

“Bueno, lo logré. Me levanté. Qué hombre. Fui hasta el sofá y aquí estoy, arrodillado al lado del sofá con las manos apoyadas en éste y la cara entre las manos, llorando. Después recé y me desprecié a mí mismo por haber rezado. Borracho de tercer grado, se desprecia a sí mismo. ¿A quién diablos estás rezando, loco? Si un hombre sano reza es que tiene fe. Un hombre enfermo reza y simplemente está asustado. Al demonio con los rezos. Este es el mundo hecho por ti y lo hiciste tú solo y la pequeña ayuda que recibiste de afuera..., bueno, también la hiciste tú. Deja de rezar, llorón. Levántate y agarra aquella botella. Es demasiado tarde ahora para cualquier otra cosa.

“Bueno, la agarré. Con las dos manos. También pude llenar el vaso. Casi no derramé ni una gota. Ahora veré si puedo tragarla sin vomitar. Mejor agregar un poco de agua. Ahora a levantarlo despacio. Poco a poco, no demasiado a la vez. Hace calor. Hace mucho calor. Si pudiera dejar de transpirar. El vaso está vacío. Está sobre la mesa de nuevo.

“Hay una bruma sobre la luz de la luna, pero a pesar de eso coloqué el vaso sobre la mesa cuidadosamente, cuidadosamente, como un ramo de rosas en un vaso alto y delgado. Las rosas inclinan sus cabezas con el rocío. Quizá yo sea una rosa. Hermano, ¿tengo yo rocío? Ahora, llegar arriba. Quizás un trago breve para el viaje. ¿No? Muy bien, lo que tú digas. Lo llevas arriba cuando yo llegue allí. Si llego allí, habrá algo que esperar. Si logro subir las escaleras, tengo derecho a una compensación. Una prueba de la consideración que me tengo a mí mismo. Siento un amor tan maravilloso por mí mismo..., y lo más dulce del asunto es... que no tengo rivales.

“Espacio doble. Estuve arriba y bajé. No me gusta arriba. La altura me agita el corazón. Pero sigo aporreando las teclas de la máquina de escribir. Qué mago es el subconsciente. Si por lo menos trabajara a horas regulares. Arriba también había luz de luna. Probablemente la misma luna. No hay variedad en lo que respecta a la luna. Viene y se va como el lechero, y la leche de la luna es siempre la misma. La leche de la luna es siempre..., cállate, compañero. Tienes los pies cruzados. No es momento para meterse con la historia de la luna. Tienes bastante problema con ocuparte de todo el maldito valle.

“Ella estaba durmiendo de costado, sin un sonido, con las rodillas dobladas hacia arriba. Demasiado inmóvil, pensé yo. Uno siempre hace algún ruido cuando duerme. Tal vez no estaba dormida, tal vez sólo tratando de dormir. Si me acercara más lo sabría. Podría caerme también. Uno de sus ojos se abrió... ¿o no? ¿Ella me miró? No. Se habría sentado y habría dicho: “¿Estás enfermo, querido?” Sí, estoy enfermo, querida. Pero no te preocupes, querida, porque este enfermo es mi enfermo y no el tuyo, y te dejo dormir inmóvil y encantadora y sin recordar nunca y no te ensucio con fango y nada se acerca a ti que sea sucio y gris y feo.

“Eres un piojo, Wade, un escritor piojoso. Bajé de nuevo las escaleras sosteniéndome en la barandilla. Mis intestinos se sacuden en cada escalón y los sostengo con una esperanza. Llegué hasta el piso bajo y atravesé el estudio y llegué hasta el sofá y esperé que el corazón se tranquilizara. La botella está a mano. Cualquier cosa se puede decir de Wade, pero siempre la botella está al alcance de su mano. Nadie la esconde, nadie la cierra bajo llave Nadie dice: “¿No crees que has bebido bastante, querido? Te sentirás mal, querido.” Nadie dice eso. Nada más que dormir de costado, suavemente, como las rosas.

“Le di a Candy demasiado dinero. Error. Debí haber comenzado con un cucurucho de maní y llegar hasta una banana. Entonces un pequeño cambio verdadero, lento y fácil, siempre lo tiene ansioso. Le diste demasiado para empezar y muy pronto consiguió quien le financie Puede vivir en México durante un mes, vivir a lo grande con lo que aquí le cuesta vivir un día. Cuando consiga ese dinero, ¿qué hará?, ¿un hombre cree que tiene suficiente dinero si piensa que puede conseguir más? Puede ser que esté bien. Tal vez debería matar a ese canalla de ojos brillantes Un hombre bueno murió por mí una vez, ¿por qué no una cucaracha de chaqueta blanca?

“Olvida, Candy. Siempre hay una forma de poner roma la punta de una aguja. La otra no la olvidaré nunca Está grabada en mi hígado con fuego verde.

“Mejor telefonar. Pierdo el control. Las siento que saltan, saltan, saltan. Mejor llamar a alguien rápido antes de que las cosas rosadas se arrastren sobre mi cara. Mejor llamar, llamar, llamar. Llamar a Sioux City Sue. Hola, operadora, déme larga distancia. Hola, larga distancia, déme con Sioux City Sue. ¿Cuál es su número? No tengo número, sólo el nombre, operadora. La encontraré caminando a lo largo de la calle Diez, del lado de la sombra, bajo los grandes árboles con sus hojas extendidas. Muy bien, operadora, muy bien. Cancele todo el programa y permítame que le diga algo, quiero decir, que le pregunte algo. ¿Quién es el que va a pagar por todas esas fiestas que Gifford está dando en Londres si usted cancela mi llamada de larga distancia? Sí, usted cree que su empleo es seguro. Usted cree. Oiga, será mejor que hable con Gifford directamente. Que venga al aparato. Su criado acaba de traerle el té. Si él no puede hablar, enviaremos allí a alguien que pueda ¿Para qué escribí esto? ¿En qué estaba tratando de pensar? Teléfono. Mejor telefonar ahora. Estoy muy mal, muy, muy...”

* * *

Esto era todo. Doblé las hojas y las introduje en el bolsillo interior de mi americana, detrás de la libreta de notas. Me dirigí hacia las puertas-vidrieras, las abrí de par en par y salí a la terraza. Las nubes a ratos tapaban la luna y arruinaban un poco el paisaje. Pero era verano en Idle Valley y el encanto de las noches de verano subsiste siempre. Permanecí de pie contemplando el lago oscuro e inmóvil mientras reflexionaba y analizaba todos los acontecimientos del día. En aquel momento sonó el tiro.

CAPÍTULO XXIX

En la galería vi dos puertas abiertas, la de Eileen y la de Roger, y los dos cuartos tenían las luces encendidas. Se oía ruido de lucha proveniente de la habitación de Roger. De un salto atravesé la puerta y encontré a Eileen inclinada sobre la cama, luchando a brazo partido con su marido. Dos manos estaban levantadas, una grande de hombre y otra chica de mujer, y las dos tenían agarrado un mismo revólver por el cañón. Roger estaba sentado en la cama y se inclinaba hacia adelante tirando con todas sus fuerzas. Ella tenía un salto de cama color azul pálido, de tela acolchada, el cabello suelto echado sobre la cara, y en aquel preciso momento logró asir el revólver con las dos manos y dándole un tirón rápido se lo arrebató a Roger. Me sorprendió comprobar la fuerza que tenía, aunque él estuviera medio drogado todavía. Roger cayó hacia atrás, jadeante y echando fuego por los ojos; ella se alejó y tropezó conmigo.

Entonces se detuvo sosteniendo el revólver con ambas manos, bien apretado contra el cuerpo. Empezó a llorar con sollozos entrecortados. Yo la sostuve con el brazo y puse la mano sobre el revólver. Ella giró en redondo como si acabara de percibir mi presencia, abrió grandemente los ojos y el cuerpo se desplomó virtualmente contra el mío. Soltó el revólver. Era un arma pesada y tosca, un Webley de doble acción, sin percutor. El cañón estaba caliente. Sostuve a Eileen con el brazo, guardé el revólver en el bolsillo y miré a Roger por encima de la cabeza de ella. Nadie pronunció una palabra.

En aquel momento Roger abrió los ojos y una sonrisa cansada se dibujó en sus labios.

—Nadie está herido —murmuró—. No fue nada más que una bala perdida en el techo.

Sentí que ella se ponía rígida; trató de forcejear para alejarse de mí. Yo la dejé ir. Tenía la mirada clara y firme.

—Roger —dijo con una voz que no alcanzaba a ser un susurro—, ¿tuviste que llegar a esto?

El miró fijamente hacia adelante con el ceño fruncido, se humedeció los labios y no contestó. Eileen se dirigió hacia la mesa de tocador y se apoyó contra ella. Movié la mano mecánicamente, se apartó el cabello de la cara y se lo echó hacia atrás. Se estremeció de pronto de pies a cabeza.

—Roger —murmuró de nuevo—. Pobre Roger. Pobre y desgraciado Roger.

El clavó la vista en el techo.

—Tuve una pesadilla —dijo lentamente—. Alguien con un cuchillo en la mano estaba inclinado sobre la cama. No sé quién era. Se parecía un poco a Candy. No pudo haber sido Candy.

—Por supuesto que no, querido —dijo ella con suavidad. Se apartó del tocador, se sentó al borde de la cama y empezó a frotar la frente de Roger con la mano—. Candy hace mucho rato que se fue a acostar. ¿Y por qué iba a tener Candy un cuchillo?

—Es mexicano. Todos ellos tienen cuchillos —replicó Roger con voz lejana e impersonal—. Le gustan los cuchillos. Y él no me quiere.

—Nadie le quiere a usted —dije brutalmente.

Eileen dio vuelta la cabeza con rapidez.

—Por favor..., por favor, no hable así. El no sabía. Tuvo un sueño.

—¿Dónde estaba el revólver? —refunfuñé, observando a Eileen y sin prestarle a él ninguna atención.

—En la mesita de noche. En el cajón.

Roger dio vuelta la cabeza y tropezó con mi mirada. No había ningún revólver en el cajón y él sabía que yo lo sabía. Sólo estaban las pastillas y unas cuantas cositas más, pero no el revólver.

—O debajo de la almohada —agregó—. No estoy muy seguro. Disparé una sola vez, allá arriba —levantó pesadamente la mano y señaló con el dedo.

Levanté la vista. Parecía que hubiera un agujero en el techo. Me acerqué para poder observar mejor y vi que se trataba de un agujero de bala. Con seguridad que, con un arma semejante, la bala había atravesado el techo y penetrado en el altillo. Volví a acercarme a la cama y me quedé mirando a Roger con expresión dura.

—Esas son tonterías. Usted quiso matarse. No tuvo ninguna pesadilla. Estaba nadando en un mar de autocompasión. No tenía ningún revólver en el cajón o debajo de la almohada. Usted se levantó, buscó el arma, se volvió a meter en la cama y ahí se quedó dispuesto a terminar con todo. Pero le faltaron agallas; no creo que tuviera el coraje suficiente. Disparó un tiro sin apuntar a nada. Y su mujer vino corriendo..., eso es lo que usted quería. Nada más que compasión y simpatía, compañero. Nada más. Hasta la lucha fue falsa. Ella no hubiera podido arrebatarme el revólver si usted no hubiera querido.

—Estoy enfermo —dijo—. Pero puede ser que tenga razón. ¿Tiene alguna importancia?

—Claro que sí. Lo internarán en el pabellón de enfermos psíquicos y, créame, la gente que dirige ese lugar es casi tan simpática como los guardianes de la cárcel.

Eileen se puso de pie de un salto.

—Esto es demasiado —dijo en tono cortante—. El está enfermo y usted no lo ignora.

—El quiere estar enfermo. Sólo le estoy recordando lo que le costará.

—Este no es el momento para decírselo.

—Vuelva a su habitación.

Sus ojos azules relampaguearon.

—Cómo se atreve...

—Vuelva a su habitación. A menos que quiera que llame a la policía. Estas son cosas que hay que denunciar.

Roger casi sonrió.

—Sí, llame a la policía —dijo—, como hizo con Terry Lennox.

No presté atención a lo que decía. Seguía observándola a ella. Parecía totalmente agotada y débil y estaba muy hermosa. El arranque de furia había desaparecido. Le toqué el brazo suavemente.

—Está bien —le dije—. No lo volverá a hacer. Vaya a acostarse .

Eileen le dirigió una mirada larga e intensa y salió del cuarto. Entonces me senté en el borde de la cama donde ella había estado sentada.

—¿Más pastillas?

—No, gracias, No importa si duermo o no. Me siento mucho mejor.

—¿Acerté con respecto al disparo? Fue una manera irreflexiva de comportarse.

—Más o menos —contestó, dando vuelta la cabeza—.

Creo que fui un tanto atolondrado.

—Nadie puede impedir que usted se mate, si es que realmente quiere hacerlo. Yo lo comprendo así y usted también.

—Sí —replicó—. ¿Hizo lo que le pedí..., aquellos papeles en la máquina de escribir? ...

—Ajá. Me sorprende que lo recuerde. Es muy disparatado todo lo que escribí. Cosa extraña, la escritura a máquina es correcta.

—Siempre puedo hacerlo..., borracho o sobrio..., hasta cierto límite, se entiende.

—No se preocupe por Candy —le dije—. Se equivoca si cree que no lo quiere. E hice mal en decir que nadie lo quería. Trataba de irritar a Eileen, de hacerla enojar.

—¿Por qué?

—Ella ya tuvo un desmayo esta noche.

Roger sacudió ligeramente la cabeza.

—Eileen nunca se desmaya.

—Entonces lo simuló.

Mis palabras no le agradaron.

—¿Qué es lo que quiso decir...: que un hombre bueno murió por usted? —pregunté.

Frunció el ceño, tratando de pensar.

—Son tonterías. Ya le dije que tuve un sueño...

—Me refiero a lo que escribió en la máquina.

Hizo girar la cabeza sobre la almohada como si tuviera un peso enorme y me miró.

—Otro sueño.

—Probaré de nuevo. ¿Qué es lo que Candy consiguió de usted?

—Déjeme en paz —pidió y cerró los ojos.

Me levanté y fui a cerrar la puerta.

—Usted no puede escapar siempre de sí mismo, Wade. Candy podrá ser un chantajista, seguro. A pesar de ello, hasta podría comportarse bien..., quererlo y al mismo tiempo sacarle el dinero. ¿De qué se trata..., es una mujer?

—Usted cree lo que dijo aquel loco de Loring —dijo Wade, sin abrir los ojos.

—No exactamente. ¿Y qué hay con respecto a la hermana..., aquella que murió?

Fue como arrojar algo a ciegas y que justamente diera en el blanco. Abrió los ojos de golpe y en los labios aparecieron burbujas de saliva.

—¿Es por eso... que usted está aquí? —preguntó lentamente y en voz casi susurrante.

—Usted lo sabe mejor que yo. Fui invitado. Usted me invitó.

Comenzó a levantar y a bajar la cabeza; a pesar del Seconal se veía que los nervios lo consumían. Tenía el rostro cubierto de sudor.

—No soy el primer esposo que ha sido adúltero. Déjeme solo, maldito sea. Déjeme solo.

Me dirigí al cuarto de baño, tomé una toalla y le sequé la cara. Le sonreí con gesto burlón. Me sentía implacable. Espero a que el hombre esté caído y entonces lo golpeo y lo golpeo de nuevo. El se siente débil. No puede resistir o devolverme los golpes.

—Uno de estos días volveremos sobre ese asunto —le dije.

—No estoy loco.

—Esa es la esperanza que tiene.

—He estado viviendo en el infierno.

—Ah, claro. Eso es evidente. El punto interesante es saber por qué. Oiga..., tome esto. —Le alcancé otro Seconal y un vaso de agua. Roger se enderezó apoyándose sobre el codo y trató de agarrar el vaso, pero lo erró por unos buenos diez centímetros. Se lo coloqué en la mano. Se las arregló como pudo para beber y tragar la pastilla. Después se acostó de espaldas, agotado, con rostro inexpresivo. Casi podía haber sido un hombre muerto. Esa noche no iba a tirar a nadie por ninguna escalera. Lo más probable es que no lo hubiese hecho nunca.

Cuando se le cerraron los párpados salí de la habitación. El Webley me pesaba en el bolsillo. Comencé a bajar las escaleras. La puerta del cuarto de Eileen estaba abierta. La habitación estaba a oscuras, pero había suficiente claridad lunar y su silueta se recortaba sobre el fondo oscuro. Estaba parada justo al lado de la puerta. Me gritó algo que me pareció un nombre, pero no era el mío. Me acerqué a ella.

—Hable en voz baja —le dije—. Roger se volvió a dormir.

—Siempre supe que regresarías —me dijo suavemente—. Aun después de diez años.

Le dirigí una mirada escrutadora. Uno de los dos estaba loco.

—Cierra la puerta —prosiguió ella, con la misma voz acariciante—. Todos estos años te he estado esperando y me he reservado para ti.

Me di vuelta y cerré la puerta. En aquel momento me pareció una buena idea. Cuando me enfrenté con ella vi que estaba a punto de caer en mis brazos, de modo que la agarré por la cintura. No tuve más remedio que hacerlo. Ella se apretó con fuerza contra mí y su cabello me rozó la cara. Levantó la boca para que la besara. Estaba temblando. Entreabrió los labios y los dientes y sentí su lengua que se introducía en mi boca como una saeta. Entonces dejó caer las manos, dio un tirón a algo y el salto de cama que llevaba se abrió y apareció desnuda como una sirena y sin ninguna muestra de timidez.

—Llévame a la cama —murmuró.

Lo hice. La rodeé con mis brazos, tocando su piel desnuda, su piel suave, su carne que ofrecía. La levanté y la llevé a la cama y la acosté. Ella siguió rodeándome el cuello con sus brazos. Hacía una especie de ruido sibilante con la garganta. Después se agitó y gimió. Sentí que perdía yo mi propio control.

Candy me salvó. Oí un leve chirrido y al darme vuelta vi que el picaporte de la puerta se estaba moviendo. Me solté de un tirón y fui corriendo hasta la puerta. La abrí de golpe y salí lentamente, justo a tiempo para ver al mexicano que atravesaba el hall y comenzaba a bajar las escaleras. En la mitad de la escalera se detuvo, se dio vuelta y me miró de soslayo. Al cabo de un momento desapareció.

Regresé hasta la puerta y la cerré..., esta vez desde fuera. Se oyeron algo así como una especie de ruidos fantasmagóricos provenientes de la mujer extendida en el lecho, pero entonces no eran nada más que eso. Ruidos fantasmagóricos. El encanto estaba roto.

Bajé rápidamente las escaleras, me dirigí al estudio, agarré la botella de whisky y empecé a beber. Cuando no pude beber más, me apoyé contra la pared, jadeando, y dejé que el alcohol me quemara las entrañas hasta que los vapores llegaron al cerebro.

Había transcurrido mucho tiempo desde la hora de la cena. Había transcurrido mucho tiempo desde que pasara cualquier cosa normal. El whisky hizo su efecto rápidamente y con fuerza, pero seguí bebiendo hasta que se me empezó a nublar la vista, y vi los muebles colocados en lugares inverosímiles y la lámpara me pareció un fuego fatuo o un relámpago. Entonces me tiré sobre el sofá, tratando de mantener la botella en equilibrio sobre el pecho. Me pareció que estaba vacía. Cayó rodando y golpeó sobre el suelo.

Aquél fue el último detalle que recuerdo con precisión.

Capítulo XXX

Un rayo de sol acariciaba uno de mis tobillos. Abrí los ojos y vi la copa de un árbol que se balanceaba suavemente contra el cielo brumoso y azulado. Me di vuelta hacia el costado y el cuero me tocó la mejilla. Sentía como si me hubieran partido la cabeza con una hacha. Me senté. Estaba tapado con una manta. La aparté y puse los pies en el suelo. Miré el reloj. El reloj marcaba casi las seis y treinta.

Me puse de pie, pero me costó trabajo. Necesité bastante fuerza de voluntad. Me quedé casi sin fuerzas, y éstas no me sobran, precisamente, como en otras épocas. Los años duros y difíciles me habían agotado.

Me arrastré hasta el lavabo, me saqué la corbata y la camisa y comencé a echarme agua en la cara y en la cabeza con ambas manos. Cuando me empapé por completo comencé a frotarme salvajemente con la toalla. Me puse de nuevo la camisa y la corbata y agarré la chaqueta que estaba colgada en la pared. Saqué el revólver del bolsillo, hice girar hacia afuera el cilindro y volqué en la mano los cartuchos, había cinco llenos y una cápsula ennegrecida. Pero entonces pensé que no valía la pena, que si quería siempre se encontraban más, de modo que los volví a colocar donde estaban antes y fui con el revólver hasta el estudio y lo guardé en uno de los cajones del escritorio.

Cuando levanté la vista vi a Candy parado al lado de la puerta, impecable de pies a cabeza, con la chaqueta blanca, el cabello peinado hacia atrás, de un negro brillante, y la mirada agria.

—¿Quiere café?

—Gracias.

—Apagué las lámparas. El patrón está bien. Dormido. Cerré su puerta. ¿Por qué se emborrachó?

—Tenía que hacerlo.

Me miró burlonamente: —No la consiguió, ¿eh? ¿Le salió el tiro por la culata, amiguito?

—Piense lo que le parezca.

—Usted no está muy guapo esta mañana, amiguito. No está nada guapo.

—¡Traiga ese maldito café! —le grité.

—¡Hijo de p... !

De un salto lo agarré por el brazo. El no se movió. Se limitó a mirarme despreciativamente. Me reí y le solté el brazo.

—Tiene razón, Candy. No me siento muy guapo que digamos.

Se dio vuelta y salió. Casi en seguida regresó con una bandeja de plata en la que había una cafeterita de plata, azúcar, leche y una servilleta triangular. Colocó la bandeja sobre la mesa y retiró de la misma la botella vacía y el resto de las cosas. Recogió del suelo la otra botella.

—Fresco. Recién hecho —dijo, y salió.

Tomé dos tazas de café puro. Después probé un cigarrillo. Todo iba bien. Todavía pertenecía a la raza humana. En ese momento Candy apareció de nuevo en el estudio.

—¿Desea tomar el desayuno? —preguntó de mal humor.

—No, gracias.

—Muy bien. ¡Salga de aquí! Nosotros no queremos que ande rondando por acá.

—¿Quién es nosotros?

Levantó la tapa de la caja y sacó un cigarrillo. Lo encendió y me echó el humo a la cara con insolencia.

—Yo cuido al patrón —dijo.

—¿Se lo hace pagar?

Frunció el ceño y después asintió con la cabeza.

—¡Oh, sí! Claro. Con buenos billetes.

—¿Cuánto recibe por ese lado..., por no contar lo que sabe?

—No entiendo.

—Usted entiende perfectamente. ¿Cuánto le ha sacado? Apuesto que no más de un par de canarios.

—¿Qué es eso?

—Doscientos dólares.

Candy sonrió en forma burlona.

—Usted será el que me dé un par de canarios, amiguito. Si no, le contaré al patrón que lo vi salir anoche de la habitación de la señora.

—Con eso compraría todo un ómnibus cargado de roñosos como usted.

Se encogió de hombros: —El patrón se pone bastante violento cuando se le sube la mostaza a la cabeza. Será mejor que pague, amiguito.

—No se haga el malo —dije despreciativamente—. Todo lo que usted recibe es dinero chico. De todas maneras, ella lo sabe todo. Usted no tiene nada que vender.

Hubo un fulgor en sus ojos: —Le repito que no vuelva por acá, guapito.

—Me voy.

Me puse de pie y di la vuelta alrededor de la mesa. Candy se movió también para seguir enfrentándose. Observé su mano, pero era evidente que aquella mañana no tenía el cuchillo. Cuando estuve cerca, levanté la mano y lo abofeteé.

—No permito que los sirvientes me llamen hijo de p... bola de grasa. Tengo trabajo aquí y vendré cuantas veces se me antoje. De ahora en adelante cuídese de lo que habla, porque un día de éstos lo aporrearé con la pistola. Entonces esa linda cara suya nunca volverá a ser lo que era.

No reaccionó para nada, ni siquiera a la bofetada. Aquello y haber sido llamado bola de grasa, debieron haber sido insultos mortales para él.

Permaneció de pie, sin moverse, con el rostro impenetrable e inexpresivo. Después, sin pronunciar palabra, recogió la bandeja y se dirigió hacia la puerta.

—Gracias por el café —le dije por la espalda.

Siguió caminando. Cuando salió del cuarto, decidí ponerme en camino. Estaba harto de la familia Wade.

Al atravesar el *living* vi a Eileen que bajaba las escaleras; llevaba pantalones blancos, camisa azul pálido y sandalias de punta abierta.

Me miró sorprendida.

—No sabía que estuviera aquí, señor Marlowe —dijo, como si no me hubiera visto hacía una semana, y como si en aquel momento yo me hubiera aparecido de pronto para tomar el té.

—Puse el revólver en el escritorio —le repliqué.

—¿El revólver? —Entonces pareció caer en la cuenta—. Oh, la noche pasada fue un poco turbulenta, ¿no? Pero pensé que se había ido a su casa.

Me acerqué a ella. Llevaba colgada al cuello una delgada cadena de oro con una especie de colgante fantasía en oro y azul, sobre esmalte blanco. La parte azul esmaltada parecía un par de alas, pero no desplegadas. Contra las mismas había una ancha daga en esmalte blanco y oro, que atravesaba un rollo de pergamino. No pude leer las palabras. Era algo así como un emblema militar.

—Me emborraché —expliqué—. En forma deliberada y no muy elegante. Me sentía un poco solitario.

—No tenía por qué estarlo —dijo ella, y sus ojos eran tan transparentes como el agua. No había en ellos el menor vestigio de engaño o estratagema.

—Es cuestión de opinión —dije—. Ahora me voy y creo que no volveré. ¿Oyó lo que le dije sobre el revólver?

—¿Así que guardó el revólver en el escritorio? Hubiera sido buena idea ponerlo en algún otro lado. Pero realmente no tuvo intención de matarse, ¿no es cierto?

—No puedo saberlo. Pero la próxima vez podría querer hacerlo.

Eileen sacudió la cabeza.

—No lo creo. En verdad, no lo creo. Anoche se portó usted magníficamente, señor Marlowe. Su ayuda fue inapreciable. No sé cómo agradecerélo.

—Intentó agradecerérmelo muy bien.

Ella enrojeció levemente. Después se rió.

—Durante la noche tuve un sueño muy extraño —dijo con calma, mirando por encima de mi hombro—. Alguien que conocí hace mucho tiempo estaba en casa. Alguien que está muerto desde hace diez años. —Levantó la mano y tocó con los dedos el colgante de oro y esmalte que llevaba al cuello. —Por eso me puse esto. El me lo regaló.

—Yo también tuve un sueño raro —contesté—. Pero no se lo contaré. Hágame saber cómo sigue Roger y si puedo hacer algo por él.

Ella bajó la vista hasta encontrar mi mirada.

—Usted dijo que no volvería.

—Dije que no estaba seguro. Podría tener que volver.

Espero que no. Algo anda muy mal en esta casa. Y sólo una parte es culpa de la botella.

Eileen me clavó la vista, frunciendo el entrecejo.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que usted sabe a lo que me refiero.

Ella quedó pensativa, reflexionando. Los dedos seguían acariciando suavemente el colgante. Dejó escapar un suspiro lento y paciente.

—Siempre hay otra mujer —dijo con calma—. En un momento o en otro. No es necesariamente inevitable. Tenemos puntos de vista opuestos, ¿no lo cree así? Quizá ni siquiera estamos hablando de lo mismo.

—Puede ser —contesté. Seguía parada en la escalera, en el tercer escalón contando desde abajo. Todavía sus dedos aferraban el colgante. Todavía parecía un ensueño dorado—. Especialmente si usted piensa que la otra mujer es Linda Loring.

Dejó de acariciar el colgante y bajó un escalón más.

—El doctor Loring parece estar de acuerdo conmigo —dijo con indiferencia—. Debe tener alguna fuente de información.

—Usted dijo que Loring había representado aquella escena con la mitad de los hombres del valle.

—¿Yo dije eso? Bueno..., fue una cosa convencional dicha por el momento.

Bajó otro escalón.

—No me he afeitado —le dije.

—¡Oh!, no esperaba que me hiciera el amor.

—¿Puede decirme concretamente qué es lo que esperaba de mí, señora Wade..., al principio, cuando me persuadió de que buscara a su marido? ¿Por qué yo?... ¿Qué podía ofrecerle?

—Usted se mantuvo fiel —dijo ella con tranquilidad—. Cuando eso no era muy fácil.

—Estoy emocionado. Pero no creo que ésa fuera la razón.

Bajó el último escalón y levantó la vista para mirarme.

—Entonces ¿cuál era la razón?

—O si lo fuera..., es una razón muy pobre. Casi la peor razón del mundo.

Frunció levemente el ceño y preguntó:

—¿Por qué?

—Porque lo que hice, mantenerme fiel, es algo que ni siquiera un loco volvería a hacer por segunda vez.

—¿Sabe una cosa? —replicó ella alegremente—. Esta conversación se está volviendo muy enigmática.

—Usted es una persona muy enigmática, señora Wade. Hasta la vista y buena suerte, y si realmente se preocupa por Roger será mejor que llame a un buen médico... y rápido.

Ella rió de nuevo.

—¡Oh!, el ataque de anoche fue suave. Tendría que verlo cuando le agarra uno fuerte. Esta tarde ya estará levantado y trabajando.

—Al demonio si lo hace.

—Créame que sí. Lo conozco muy bien.

Le disparé el último dardo directamente entre los dientes, y en verdad que mis palabras sonaron en forma bastante desagradable.

—Usted no quiere salvarlo realmente, ¿no? Lo único que quiere es aparentar que trata de salvarlo.

—Esto que acaba de decirme es una cosa brutal —me contestó recalcando las palabras.

Se hizo a un lado y se encaminó al comedor. Atravesé el living y me dirigí hacia la puerta principal. Era una hermosa mañana de verano en aquel valle apartado, lleno de luz y colorido. Estaba demasiado lejos de la ciudad para que llegara la humareda y el aire viciado, y las montañas bajas interceptaban la humedad del océano. Más tarde haría calor, pero en forma agradablemente refinada y exclusiva, nada brutal como el calor del desierto, ni pegajoso y fétido como el calor de la ciudad. Idle Valley era un lugar perfecto para vivir. Gente simpática con lindas casas, lindos autos, lindos perros, posiblemente hasta lindos niños.

Pero lo que deseaba un hombre llamado Marlowe era irse de allí. Y rápido.

CAPÍTULO XXXI

Cuando llegué a casa me di una ducha, me afeité, me cambié de ropa y comencé a sentirme limpio de nuevo. Me preparé el desayuno, lo tomé, lavé las cosas, barrí la cocina y el porche de servicio, llené la pipa y llamé al servicio de contestación telefónica. No había nada para mí. ¿Para qué ir a la oficina? No habría allí nada más que alguna otra polilla muerta y otra capa de polvo. En la caja de hierro estaría el retrato de Madison. Podría ir allí y jugar con él y con los cinco flamantes billetes de cien dólares que todavía olían a café. Podría hacerlo, pero no quise. En mi fuero interno sentía cierta amargura. Nada de eso me pertenecía realmente. ¿Qué era lo que se suponía que iba a comprar? ¿Cuánta lealtad puede utilizar un hombre muerto? ¡Uff! Estaba mirando la vida a través de la neblina de una borrachera.

Era esa clase de mañanas que parecen no terminar nunca. Me sentía aplastado, cansado y triste, y los minutos que pasaban parecían caer en el vacío, zumbando suavemente, como los cohetes. Los pájaros gorjeaban en los arbustos y los coches pasaban interminablemente por el bulevar Laurel Canyon, en una y otra dirección. Por lo general, no los oía. Pero me sentía inquieto e irritable, despreciable y supersensitivo. Decidí liquidar las consecuencias de mi borrachera.

De ordinario, no soy un bebedor matutino. El clima del sur de California es demasiado suave para eso. Uno no metaboliza con suficiente rapidez. Pero aquella vez me preparé un vaso grande y frío, me senté en el sillón, con la camisa abierta, agarré una revista y leí una historia disparatada sobre un tipo que tenía dos vidas y dos psiquiatras, uno era humano y el otro una especie de insecto en una colmena. El tipo iba de uno al otro sin cesar, y todo el asunto era disparatado, pero en cierto sentido divertido. Comencé a beber con todo cuidado, de a sorbos, vigilándome.

Cerca del mediodía sonó el teléfono y una voz femenina dijo:

—Habla Linda Loring. Llamé a su oficina y el servicio telefónico me informó que probara su número particular. Tengo que verlo.

—¿Para qué?

—Preferiría explicárselo personalmente. Supongo que de tanto en tanto va a su oficina.

—Sí. De tanto en tanto. ¿Hay algún dinero para mí?

—No pensé en eso, pero si usted quiere que se le pague, no me opongo. Podría estar en su oficina dentro de una hora.

—¡Macanudo!

—¿Qué le pasa? —preguntó ella severamente.

—Borrachera. Pero no estoy paralizado. Estaré allí. A menos que quiera venir a mi casa.

—Su oficina me conviene más.

—Tengo una casa agradable y tranquila en una calle cortada, y no hay vecinos cerca.

—La sugerencia no me atrae, si es que le entiendo bien.

—Nadie me entiende, señora Loring. Soy enigmático. Bueno. Trataré de abrirme paso hasta el gallinero. Muy bien. La espero.

—Muchas gracias —dijo, y colgó.

Tardé bastante en llegar a la oficina porque me detuve en el camino para comer un *sandwich*. Abrí las ventanas para airear la habitación, conecté el llamador y asomé la cabeza por la puerta de comunicación; Ya estaba allí, sentada en la misma silla donde se había sentado Mendy Menéndez y probablemente hojeaba la misma revista. Llevaba un traje sastre de gabardina color tostado y lucía muy elegante. Puso a su lado la revista, me miró con seriedad y dijo:

—Su helecho de Boston necesita que lo rieguen. Y también creo que necesita que lo trasplanten a otra maceta. Demasiadas raíces aéreas.

Mantuve abierta la puerta para que pasara. Al diablo con el helecho de Boston. Después la cerré, le acerqué la silla destinada a los clientes y ella dirigió a su alrededor la habitual mirada de inspección. Yo di la vuelta al escritorio y me senté frente a ella.

—Su oficina no es precisamente palaciega. ¿Ni siquiera tiene una secretaria?

—Es una vida sórdida, pero estoy acostumbrado.

—Y no creo que sea muy lucrativa —agregó.

—Ah, no sé. Depende. ¿Quiere ver un retrato de Madison?

—¿De quién?

—Un billete de cinco mil dólares. Lo tengo en la caja fuerte. —Me levanté y fui hacia la caja. Hice girar la perilla, la abrí e hice lo mismo con un cajoncito interior del cual saqué un sobre que dejé caer sobre el escritorio. Adentro estaba el billete. Ella miró el sobre con expresión perpleja.

—No deje que la oficina la engañe —le dije—. En una época trabajé para un muchacho que tenía en efectivo alrededor de veinte millones. Hasta su padre le hubiera dicho “Hola”. Su oficina no era mejor que la mía, excepto que él era un poco sordo y tenía en el techo una cosa a prueba de sonidos. En el piso, linóleo marrón, sin alfombra.

Sacó el billete con el retrato de Madison, lo sostuvo entre los dedos, le dio vuelta y volvió a colocarlo sobre el escritorio.

—Era de Terry, ¿no es cierto?

—¡Diablos!, ¿usted está enterada de todo, señora Loring?

La señora Loring apartó el billete lejos de sí, frunciendo el ceño.

—Terry tenía uno. Lo llevaba consigo desde que él y Sylvia se casaron por segunda vez. Lo llamaba el dinero de la locura. No lo encontraron en su cadáver.

—Podrían existir otras razones.

—Ya sé. Pero, ¿cuántas personas hay que llevan encima un billete de cinco mil dólares? ¿Cuántas hay que pudiendo permitirse el lujo de darle esa cantidad de dinero se lo entregarían en esa forma?

No valía la pena responder. Me limité a hacer una leve inclinación de cabeza. Ella prosiguió con brusquedad:

—¿Y qué se supone que tenía que hacer usted en pago de ello, señor Marlowe? ¿Me lo dirá? Durante aquel último viaje a Tijuana, Terry tuvo mucho tiempo para hablar. La otra noche usted me dio a entender con toda claridad que no creía en su confesión. ¿Acaso Terry le dio una lista de los amantes de su mujer para que usted pudiera encontrar entre ellos al asesino?

Tampoco contesté a aquello, pero por razones diferentes.

—¿Y por casualidad no aparece en esa lista el nombre de Roger Wade? —preguntó en tono agrio—. Si Terry no mató a su mujer, el asesino tiene que ser un hombre violento e irresponsable, un lunático o un borracho perdido. Sólo un tipo de hombre así pudo haberla golpeado hasta convertir su cara en papilla, para usar su repulsiva expresión. ¿Es por eso que usted se hace tan útil para los Wade, como una niñera fija que va a cuidarlo cuando él se emborracha, que va a buscarlo cuando se ha perdido y lo trae de vuelta a su casa cuando no puede hacerlo por sus propios medios?

—Permítame que le aclare un par de puntos, señora Loring. Terry pudo haber sido o no el que me dio este hermoso billete. Pero no me entregó ninguna lista ni mencionó nombre alguno. No me pidió nada, excepto aquello que usted parece estar segura que hice, o sea llevarlo hasta Tijuana. Mi relación con los Wade se debe a la intervención de un editor de Nueva York que está desesperado por lograr que Roger concluya su libro, lo que involucra el tratar de que se mantenga sobrio y esto a su vez involucra el averiguar si existe alguna inquietud o perturbación especial que lo lleva a emborracharse. Si existe y podemos encontrarla, entonces el próximo paso sería hacer un esfuerzo para tratar de eliminarla o disiparla. Y digo un esfuerzo, porque las probabilidades indican que no podremos lograrlo. Pero al menos lo intentaremos.

—Yo podría decirle en una sola frase quién es culpable de que se emborrache —dijo ella en tono despreciativo—. Esa buena pieza anémica con la que está casado.

—¡Oh, no sé! —respondí—. Y yo no la llamaría anémica.

—¿No me diga? ¡Qué interesante! Le brillaron los ojos.

Recogí el retrato de Madison.

—No mastique demasiado lo que le acabo de decir, señora Loring. No me acuesto con la dama. Lamento desilusionarla.

Me acerqué a la caja fuerte y guardé el billete. Cerré la caja e hice girar el dial.

—Pensándolo bien —replicó ella a mi espalda—, dudo mucho de que alguien se acueste con ella.

Regresé a mi sitio y me senté.

—Se está volviendo maligna, señora Loring. ¿Por qué? ¿Tanto le interesa nuestro alcohólico amigo?

—Odio esa clase de observaciones —dijo en tono mordaz—. Las odio. Supongo que después de aquella escena estúpida que hizo mi marido, usted cree que tiene derecho a insultarme. No..., Roger Wade no me interesa. Nunca me interesó..., ni siquiera cuando era un hombre normal y sabía comportarse. Y ahora que es una piltrafa, menos que nunca.

Me incliné sobre el escritorio para alcanzar la caja de fósforos y miré fijamente a Linda Loring.

—Ustedes, las personas que tienen mucho dinero, son realmente algo grande —dijo en tono sarcástico—. Creen que todo lo que se dignan decir, por desagradable que sea, está perfectamente bien. Usted se permite hacer observaciones despectivas sobre Wade y su mujer a un hombre a quien apenas conoce. Pero si yo a mi vez le devuelvo algo en cambio, eso es un insulto. Muy bien. Vamos a hablar claro. Todo tipo borracho al final se enreda con alguna mujer liviana. Wade es un borracho, pero usted no es una mujer li-

viana. Esa no fue más que una insinuación casual que dejó caer su aristocrático marido para dar animación a la fiesta. No quiso decir eso; lo dijo nada más que para hacer una broma. De modo que usted queda fuera de concurso y comenzamos a buscar una mujer liviana en alguna otra parte. ¿Hasta dónde tenemos que buscar, señora Loring..., para encontrar una que la comprometa lo suficiente como para que usted se venga hasta aquí a intercambiar conmigo miradas y palabras despectivas? Tiene que tratarse de una persona especial, ¿no le parece?... De otro modo, ¿por qué habría usted de preocuparse?

La señora Loring permaneció sentada, mirándome en silencio. Transcurrió un minuto que pareció un siglo. Los labios habían perdido el color y tenía las manos rígidas, aferradas a la cartera de gabardina que hacía juego con el traje.

—Usted no ha desperdiciado el tiempo, ¿eh, señor Mare? —dijo al fin—. ¡Qué cómodo y oportuno fue que ese editor haya pensado en utilizarlo a usted! ¡De modo que Terry no le dio ningún nombre! Ni uno solo. Pero eso no tenía importancia realmente, ¿no es así, señor Marlowe? Su instinto es infalible. ¿Puedo preguntarle qué se propone hacer ahora?

—Nada.

—¿Cómo? ¡Eso se llama desperdiciar talento! ¿Cómo puede conciliar su actitud con su obligación para con el retrato de Madison? Con seguridad debe haber algo que puede hacer.

—Hablando entre nosotros dos, le diré que usted se está volviendo demasiado impertinente. ¿Conque Wade conocía a su hermana? Gracias por habérmelo dicho, aunque sea en forma indirecta. Yo ya lo había imaginado. ¿Y qué hay con eso? El no es más que uno de los integrantes de lo que probablemente fue una colección bastante rica. Dejemos eso donde está y veamos el motivo que la trajo aquí.

La señora Loring se puso de pie y dirigió una mirada al reloj de pulsera.

—Tengo el coche abajo. ¿Podría convencerlo de que me acompañe a casa a tomar una taza de té?

—Continúe. Dígame de qué se trata.

—¿Le suena tan sospechoso? Tengo un huésped que quiere conocerlo.

—¿El viejo?

—No le llame así.

Me levanté y me incliné sobre el escritorio.

—Mi querida amiga, usted a veces es terriblemente encantadora. Verdaderamente lo es. ¿Debo llevar revólver?

—Me imagino que a un viejo no le tendrá miedo.

—¿Por qué no? Apuesto a que usted le tiene miedo... y mucho.

Ella suspiró.

—Sí. Me temo que sí. Siempre le he tenido miedo. A veces es un hombre aterrador.

—Será mejor que lleve dos revólveres —dije, y en seguida lamenté haberlo dicho.

CAPÍTULO XXXII

Nunca había visto una casa de aspecto tan detestable. Parecía un cajón cuadrado, de color gris. Tenía tres pisos con techo en mansarda, pero muy inclinado, interrumpido por veinte o treinta ventanas dobles con una cantidad de adornos tipo torta de bodas encima de las mismas y entre ellas. La entrada tenía a cada lado pilares dobles de piedra pero el colmo de todo era una escalera en espiral colocada en la parte de afuera, con barandilla de piedra, y que conducía a una especie de torre desde donde debía verse el lago en toda su extensión.

El patio para los coches estaba pavimentado con piedra. Lo que el lugar parecía necesitar realmente era un camino de media milla bordeado de álamos, un parque para venados y un jardín agreste, una terraza de tres niveles, unos cuantos cientos de rosas en la parte exterior de las ventanas de la biblioteca y un amplio paisaje de verdor desde cada ventana, que terminara en bosque y silencio y quietud vacía. Lo que tenía era una pared de piedra alrededor de diez o quince amplios acres, lo que es un buen pedazo de tierra en nuestro pequeño país atestado de gente. El camino estaba bordeado de un seto de cipreses, recortados en forma redondeada. Esparcidos por todas partes había toda clase de árboles de adorno que no parecían ser de California. Eran importados. El que construyó aquello había tratado de trasladar la orilla del Atlántico por encima de las montañas Rocosas. Había tratado de hacerlo pero no lo había conseguido.

Amos, el chófer de color, detuvo el *Caddy* suavemente frente a la entrada de los pilares, saltó del asiento y dio la vuelta para abrir la puerta. Yo bajé primero y ayudé a la señora Loring a bajar.

Casi no habíamos intercambiado palabra desde que subimos al coche; parecía cansada y nerviosa. Quizás aquel horrible bloque arquitectónico la deprimía. Tamaño adefesio era capaz de deprimir al hombre más alegre del mundo.

—¿Quién construyó esto? —le pregunté—. ¿Y con quién estaba enojado?

Ella sonrió finalmente: —¿No lo conocía?

—Nunca he penetrado tan adentro en el valle.

Me llevó hasta el otro lado del camino y señaló con la mano: —El hombre que lo construyó se arrojó desde aquella torre y aterrizó más o menos donde usted está. Era un conde francés llamado La Tourelle y, a diferencia de la mayoría de los condes franceses tenía mucho dinero. Su esposa era Ramona Desborough, que no tenía nada de vieja ni de fea. En tiempos de las películas mudas ganaba treinta mil por semana La Tourelle edificó esta propiedad para vivir en ella. Se supone que es una miniatura del castillo de Blois. Usted lo conocerá, por supuesto.

—Como la palma de mi mano —dije—. Ahora recuerdo. Fue una historia que salió en todos los diarios. Ella lo dejó y él se mató. ¿Hubo un testamento algo extraño, no?

—Así es. El dejó a su esposa algunos millones para sus gastos y el resto lo puso en fideicomiso La propiedad debía ser mantenida como estaba en el momento de su muerte. No se podía cambiar nada, todas las noches se tenía que poner la mesa a todo lujo, y sólo se permitía la entrada a los sirvientes y abogados. Por supuesto, el testamento no se cumplió. Con el tiempo la propiedad fue loteada, y cuando me casé con el doctor Loring mi padre me la regaló. Debí de haberle costado una fortuna hacerla habitable de nuevo Yo la detesto. Siempre la he detestado.

—Usted no tiene por qué quedarse aquí, ¿no?

Se encogió de hombros con gesto de cansancio. —Al menos parte del tiempo. Alguna de sus hijas tenía que mostrarle algún indicio de estabilidad. Al doctor Loring le gusta mucho esta casa.

—Por supuesto. Cualquier tipo capaz de hacer la escena que él armó hace unos días en casa de los Wade, tiene que usar polainas cortas con su pijama.

Ella arqueó las cejas. —Bueno, gracias por tomarse tanto interés, señor Marlowe. Pero creo que ya se dijo bastante a ese respecto. ¿Entramos? A mi padre no le gusta que lo hagan esperar.

Subimos las escaleras de piedra. Una de las hojas de la gran puerta doble de la entrada se abrió silenciosamente y un tipo altanero y de mirada despreciativa se hizo a un lado para dejarnos pasar. El *hall* era más grande que todo el departamento en el que yo vivía. El suelo era de mosaicos y al fondo me pareció divisar grandes ventanas con vitrales. Si se hubiera filtrado alguna luz por esos ventanales me habría sido posible ver algunos otros detalles de la habitación. Franqueamos unas puertas dobles talladas y entramos en una habitación poco iluminada, que no debía de tener menos de veintitrés metros de largo. Un hombre estaba sentado allí, silencioso, esperando. Nos miró fijamente, con ojos fríos y escrutadores.

—¿Llego muy tarde, padre? —preguntó la señora Loring, apresuradamente—. Este es el señor Philip Marlowe. El señor Harlan Potter.

El hombre me miró e inclinó imperceptiblemente la cabeza.

—Toca el timbre para que traigan el té —dijo—. Siéntese, señor Marlowe.

Me senté y lo miré. El me estudiaba como un entomólogo que observa a un escarabajo. Nadie dijo nada. Reinó completo silencio hasta que trajeron el té en una gran bandeja de plata que fue colocada sobre una mesa china. Linda se sentó al lado de la mesa y sirvió el té.

—Dos tazas —dijo Harlan Potter—, puedes tomar el té en la otra pieza, Linda.

—Sí, padre. ¿Cómo prefiere usted el té, señor Marlowe?

—En cualquier forma —dije. Mi voz pareció resonar a la distancia, solitaria y pequeña.

Ella sirvió una taza al viejo y luego me dio una a mí. Después, silenciosamente, se puso de pie y salió del cuarto. Tomé un sorbo de té y saqué un cigarrillo.

—No fume, por favor. Tengo asma.

Volví a guardar el cigarrillo en el paquete.

Yo lo contemplé en silencio. No sé cómo debe sentirse una persona cuya fortuna asciende a cien millones de dólares o algo así, pero el hombre que tenía enfrente no parecía estar nada contento. Era un tipo enorme, de un metro noventa y cinco de altura y el resto de su figura guardaba proporción con la estatura. Usaba traje de tweed gris, sin hombreras. Con aquellos hombros no las necesitaba. Tenía camisa blanca, corbata oscura y no se le veía pañuelo. Por el bolsillo de arriba de la chaqueta asomaba el estuche de los anteojos, de color negro, como los zapatos. Tenía el cabello negro, peinado con raya al costado, estilo Mac Arthur. Tuve la intuición de que debajo no había nada, nada más que el cráneo pelado. Tenía las cejas espesas y negras. Su voz parecía venir de muy lejos y bebía el té como si le resultara odioso hacerlo.

—Ahorraremos tiempo, señor Marlowe, si le explico mi punto de vista. Creo que usted se está interfiriendo en mis asuntos. Si lo que pienso es correcto, le propongo que termine con esa interferencia.

—No conozco lo suficiente sus asuntos como para interferir en ellos, señor Potter.

—No estoy de acuerdo.

Tomó un poco más de té y dejó la taza a un lado. Se reclinó sobre el respaldo del enorme sillón y me perforó, literalmente hablando, con la mirada fría de sus ojos grises.

—Naturalmente, sé quién es usted y cómo se gana la vida, si es que lo consigue, y cómo se relacionó con Terry Lennox. Me informaron que usted ayudó a Terry a salir del país, que tiene dudas sobre su culpabilidad y que desde entonces se ha puesto en contacto con un conocido de mi difunta hija. Lo que no me han explicado es con qué propósito. Explíquemelo usted.

—Si ese hombre tiene un nombre, dígalo.

Se sonrió levemente.

—Wade. Roger Wade. Creo que es escritor, un escritor, según me han dicho, que escribe libros un tanto lascivos que no tengo ningún interés en leer. Además entiendo que ese hombre es un alcohólico peligroso. Eso puede darle a usted una idea extraña.

—Sería mejor que usted deje tranquilas mis ideas, señor Potter. No son importantes, naturalmente, pero son todo lo que tengo. Primero, no creo que Terry haya matado a su mujer, por la forma en que fue cometido el asesinato y porque creo que él no era tipo capaz de hacer eso. Segundo, yo no me puse en contacto con Wade. Me pidieron que fuera a vivir a su casa y que hiciera lo posible por mantenerlo sobrio hasta que concluyera un libro que está escribiendo. Tercero, si es un alcohólico peligroso, yo no he visto indicio alguno de ello. Cuarto, mi primer contacto tuvo lugar a pedido de un editor de Nueva York y en aquel momento no tenía la menor idea de que Roger Wade conocía a su hija. Quinto, rechazé el ofrecimiento de empleo que se me hizo y entonces la señora Wade me pidió que localizara a su marido que se había ido de la casa para seguir una cura en alguna parte. Lo encontré y lo llevé a su casa.

—Muy metódico —dijo Potter secamente.

—No he concluido de ser metódico, señor Potter. Sexto..., creo que es el número que corresponde..., usted o alguien que seguía sus instrucciones envió a un abogado llamado Sewell Endicott para que me sacara de la cárcel. No me dijo quién lo mandaba, pero no había nadie más que usted que pudiera haberlo hecho. Séptimo, cuando salí de la cárcel, un rufián llamado Mendy Menéndez se hizo el guapo conmigo, me advirtió que no metiera la nariz donde no me importaba y me contó toda una historia emocionante sobre cómo Terry le había salvado la vida y la de otro jugador de Las Vegas llamado Randy Starr. Por mi parte, creo que la historia puede ser verdadera. Menéndez pretendía estar enojado porque Terry no le pidió a él ayuda para llegar a México y en cambio se la pidió a un infeliz como yo. Según Menéndez, él lo habría podido ayudar con sólo levantar un dedo, y lo habría hecho mucho mejor.

—Espero —dijo Harlan Potter con sonrisa helada— que usted no tenga la impresión de que cuento al señor Menéndez y al señor Starr entre mis amistades.

—No podría saberlo, señor Potter. No puedo comprender en qué forma y por qué medios un hombre puede amasar una fortuna como la suya. La siguiente persona que me amenazó fue su hija, la señora Loring. Nos encontramos accidentalmente en un bar y comenzamos a hablar porque los dos estábamos be-

biendo gimlets. Era la bebida favorita de Terry, pero aquí es muy poco conocida. No sabía quién era hasta que ella me lo dijo. Le conté algo de lo que pensaba sobre el caso de Terry y ella me dio a entender que mi carrera sería breve y desgraciada si lo hacía enojar a usted. ¿Está enojado, señor Potter?

—Cuando lo esté —replicó fríamente —no tendrá necesidad de preguntármelo. No le quedará ninguna duda al respecto.

—Es lo que pensé. Esperaba que apareciera un regimiento de inspectores o algo por el estilo, pero hasta ahora no han asomado las narices. Tampoco he sido molestado por la policía. Pudieron haberlo hecho. Pudieron haberme hecho pasar un mal rato. Creo que todo lo que usted quería era tranquilidad y silencio, señor Potter. ¿Qué es lo que he hecho para que se sienta inquieto, si es que puedo saberlo?

Potter sonrió. Fue una sonrisa amarga, pero sonrisa al fin. Se cruzó de piernas, juntó los dedos largos y amarillentos y se reclinó confortablemente en el respaldo.

—Una tirada muy buena, señor Marlowe y le he dejado que la hiciera. Ahora escúcheme usted a mí. Tiene perfecta razón al pensar que todo lo que quiero es tranquilidad y silencio. Es muy posible que su relación con los Wade sea incidental, accidental y pura coincidencia. Dejemos eso. Soy un hombre de familia en una época en que eso casi no significa nada. Una de mis hijas se casó con un pedante de Boston y la otra hizo una cantidad de matrimonios disparatados, el último con un pobretón complaciente que le permitía llevar una vida inútil e inmoral hasta que de pronto y sin razón verdadera, perdió su autocontrol y la asesinó. A usted le resulta imposible aceptar esto por la brutalidad con que fue cometido el hecho, pero se equivoca. Él la mató con una Mauser automática, con la misma arma que se llevó a México. Y después que le disparó un tiro, hizo lo que usted sabe para hacer desaparecer el rastro de la herida de bala. Admito que fue algo brutal, pero hay que recordar que el hombre estuvo en la guerra, que sufrió mucho y vio sufrir a otros. Puede ser que no tuviera intención de matarla. Debe haber habido algún forcejeo ya que la pistola era de mi hija. Era una pistola pequeña, pero potente, de siete sesenta y cinco milímetros de calibre, del modelo llamado PPK. La bala atravesó la cabeza por completo y fue a incrustarse en la pared, detrás de la cortina. No se la encontró en seguida y el hecho no se publicó. Ahora consideremos la situación. —Se interrumpió y me miró fijamente. —¿Tiene tanta necesidad de fumar?

—Lo siento, señor Potter. Lo saqué sin pensar. La fuerza de la costumbre. —Volví a guardar el cigarrillo por segunda vez.

—Terry acaba de matar a su mujer. Tiene un motivo suficiente, desde el punto de vista policial un tanto limitado. Pero también posee una defensa excelente..., o sea, que ella tenía su revólver en la mano y que él trató de quitárselo y fracasó, y que ella se pegó un tiro. Un buen abogado criminalista hubiera podido sacar buen partido de eso. Probablemente habría sido absuelto. Pero lo hizo imposible al convertir esa muerte en un asesinato brutal para borrar los rastros de la bala. Tenía que escapar y hasta eso lo realizó en forma torpe.

—Es cierto, señor Potter, pero él lo llamó primero a Pasadena, ¿no es así? Terry me lo contó.

Potter asintió.

—Le dije que desapareciera y que vería lo que podía hacer por él. No quise saber dónde se encontraba. Eso era imperativo. No podía ocultar a un criminal.

—Suena bien, señor Potter.

—¿Percibo en sus palabras un tono sarcástico o me equivoco? No importa. Cuando supe los detalles, vi que no había nada que hacer. Un asesinato semejante daría lugar a un proceso cuya índole yo no podía permitir. Para serle franco, me puse muy contento cuanto supe que se había suicidado en México y que había dejado una confesión escrita.

—Lo comprendo perfectamente, señor Potter.

Frunció el ceño.

—Tenga cuidado, joven. No me gustan las ironías. ¿Comprende ahora por qué no puedo tolerar ninguna investigación de ninguna clase hecha por persona alguna, y por qué utilicé toda mi influencia para que la investigación que se hizo fuera lo más corta posible y se le diera la menor publicidad posible?

—Seguro... si usted está convencido de que él la mató.

—Por supuesto que la mató. Con qué intención es otro asunto, y ya no tiene importancia. No soy un personaje público y no intento serlo. Siempre he tenido que vencer muchas dificultades para evitar toda clase de publicidad. Poseo influencia, pero no hago abuso de ella. El fiscal de distrito de Los Angeles es un hombre ambicioso que tiene demasiado sentido común para arruinar su carrera por una notoriedad momentánea. Veo en sus ojos un resplandor intencionado. Trate de hacerlo desaparecer, Marlowe. Vivimos en lo que se llama una democracia, gobernada por la mayoría del pueblo. Un ideal magnífico si es que pudiera funcionar. El pueblo elige, pero la máquina partidaria es la que nombra los candidatos, y para que las maquinarias del partido sean eficaces se debe gastar una enorme cantidad de dinero. Alguien tiene que dársele, y ese alguien, ya sea un individuo, un grupo financiero, un sindicato o lo que usted quiera, espera en

cambio cierta consideración. Lo que yo y la gente como yo espera, es que se nos deje vivir nuestras vidas tranquilos y en privado. Poseo muchos periódicos, pero no me agradan. Los considero como una amenaza constante, para lo poco que nos queda de soledad, de aislamiento, de vida privada. Su constante griterío sobre la libertad de prensa significa, con algunas pocas excepciones honorables, la libertad para vender el escándalo, el crimen, el sexo, el sensacionalismo, el odio, la murmuración y la utilización de la propaganda política y financiera. Un diario es un negocio para hacer dinero mediante los ingresos de la publicidad. Estos se basan en la circulación, y ya sabe usted de qué depende la circulación.

Me levanté y di la vuelta alrededor de mi sillón. Potter me observaba fríamente. Me senté de nuevo. Necesitaba un poco de suerte. ¡Diablos! La necesitaba a carretadas.

—Muy bien, señor Potter, ¿a qué viene todo esto?

El no me escuchaba; sólo prestaba atención a sus propios pensamientos.

—Existe una cosa peculiar respecto del dinero —prosiguió—, en grandes cantidades tiende a tener vida propia, hasta una conciencia propia. El poder del dinero se convierte en algo muy difícil de controlar. El hombre siempre ha sido un animal venal. El crecimiento de las poblaciones, el enorme coste de las guerras, la presión incesante de los impuestos fiscales..., todas estas cosas lo hacen más y más venal. El hombre medio está cansado y asustado, y un hombre cansado y asustado no puede permitirse tener ideales. Tiene que comprar alimento para su familia. En nuestra época hemos presenciado una declinación tremenda en la moral pública y privada. No se puede esperar calidad de la gente cuya vida está sujeta a una falta de calidad. No se puede tener calidad con una producción en masa. No se quiere la calidad porque dura demasiado. De modo que se la sustituye por la moda, que no es más que una estafa comercial destinada a hacer que las cosas caigan en desuso. La producción en masa no podría vender sus mercaderías el año próximo a menos que haga que lo que vendió este año parezca anticuado de aquí a un año. Tenemos las cocinas más blancas y los baños más relucientes del mundo. Pero en su encantadora cocina blanca, el ama de casa media americana no es capaz de preparar una comida que valga la pena, y los hermosos cuartos de baño relucientes no son más que un receptáculo de desodorantes, laxantes, pastillas para dormir y productos de esa mixtificación secreta que se conoce con el nombre de industria de los cosméticos. Preparamos los paquetes más lindos del mundo, señor Marlowe. Pero lo que hay adentro es en su mayoría basura.

Sacó del bolsillo un gran pañuelo blanco y se secó las sienes. Yo seguía sentado, con la boca abierta, preguntándome adónde iría a parar el tipo. Era evidente que estaba asqueado de todo.

—Hace demasiado calor para mí en este lugar —dijo—. Estoy acostumbrado a un clima más fresco. Empiezo a sentirme como un editorialista que se ha olvidado del problema que quería tratar.

—Comprendo su problema perfectamente, señor Potter. A usted le desagrada el camino que está tomando el mundo, de modo que usa el poder de que dispone para encerrarse en un rincón privado y vivir en la forma más parecida posible a como usted recuerda que vivía la gente hace cincuenta años, antes de la era de la producción en masa. Usted posee cien millones de dólares y todo eso sólo le ha proporcionado dolores de cabeza.

Estiró el pañuelo por las dos puntas opuestas hasta dejarlo tirante, después lo arrugó hasta formar una bola y se lo metió en el bolsillo.

—¿Y entonces? —preguntó al instante.

—Eso es todo, no hay nada más. A usted no le importa quién asesinó a su hija, señor Potter. Usted la había borrado de su vida hacía mucho tiempo. Aunque Terry Lennox no la hubiera matado y el verdadero asesino estuviera en libertad, a usted no le importaría. No desea que lo detengan porque eso reviviría el escándalo y habría proceso y éste terminaría con su preciosa vida privada. A menos que el asesino fuera tan complaciente que se suicidase antes de abrirse el proceso. Preferentemente en Tahití o Guatemala o en medio del desierto de Sahara. En cualquier parte donde a la jurisdicción del distrito no le haga gracia tener que meterse en gastos para enviar a un hombre a verificar lo sucedido.

—¿Qué es lo que quiere de mí, Marlowe?

—Si se refiere al dinero, nada. No fui yo el que quise venir aquí. Me trajeron. Le dije la verdad sobre cómo conocí a Roger Wade. Pero también es verdad que él conoció a su hija y que tiene antecedentes de ser una persona violenta, aunque yo nunca haya visto pruebas fehacientes de esos supuestos antecedentes. La otra noche Wade intentó suicidarse. Es un hombre obsesionado, perseguido. Tiene fuerte complejo de culpa. Si por casualidad yo anduviera buscando a un sospechoso, él respondería muy bien al requerimiento. Comprendo que tal vez sea uno de tantos sobre quien pueden recaer las sospechas, pero resulta que es el único que conozco.

Se puso de pie y sólo entonces pude apreciar su corpulencia. Era un hombre enorme y fornido. Se aproximó y paró frente a mí.

—Bastará un golpe de teléfono, señor Marlowe, para privarlo de su licencia. No se ponga frente a mí. No lo toleraré.

—Y con dos golpes de teléfono me despertaré en una zanja... y me faltará la parte posterior de la cabeza.

Potter se echó a reír en forma desagradable.

—No trabajo con esos métodos. Supongo que es natural que piense así, dado el tipo de negocios a que se dedica. Ya le he concedido demasiado tiempo. Llamaré al criado para que le acompañe.

—No es necesario —contesté y me puse de pie—. Vine aquí porque me lo pidieron. Gracias por el tiempo que me dedicó.

Me extendió la mano y apretó la mía con una fuerza tremenda.

—Gracias por haber venido. Creo que usted es un tipo muy honesto. Pero no se haga el héroe, joven. Eso no da dividendos. —Se sonrió con benevolencia. Era el Gran Hombre, el Vencedor, el que lo tiene todo previsto.

—Puede ser que uno de estos días le haga realizar algunos negocios —me dijo—, y no quiero que se vaya pensando que compro a los políticos y a los funcionarios judiciales. No tengo necesidad de hacerlo. Adiós, señor Marlowe. Y gracias de nuevo por haber venido.

Se quedó de pie mirándome hasta que salí de la habitación. Estaba a punto de abrir la puerta principal cuando apareció Linda.

—¿Qué tal? —preguntó con calma—. ¿Cómo se las entendió con mi padre?

—Muy bien. Me explicó la civilización. Es decir, tal como él la ve. Va a permitir que continúe existiendo durante un tiempo más. Pero será mejor que tenga cuidado y no interfiera con su vida privada. Si lo hago es capaz de llamar por teléfono a Dios y cancelar la orden.

—Usted es incorregible —dijo Linda.

—¿Yo? ¿Incorregible yo? Señora, mire bien a su padre; comparado con él, yo no soy más que un bebé de ojos azules y sonajero flamante.

Salí de la casa. Amos me esperaba con el Cadillac y me llevó de regreso a Hollywood. Le ofrecí un dólar, pero no quiso aceptarlo. Le ofrecí regalarle los poemas de T. S. Eliot, pero me dijo que ya los tenía.

CAPÍTULO XXXIII

Pasó una semana y no tuve noticia alguna de los Wade. El tiempo era caluroso, húmedo y brumoso, y el ácido aguijón de la bruma había llegado hasta Beverly Hills. Desde la cumbre de Mulholland Drive se podía verla por encima de la ciudad, como una neblina. Cuando uno estaba en medio de la bruma se podía gustarla y olerla y hasta sentirla en los ojos. Todo el mundo estaba afligido a ese respecto. En Pasadena, donde se habían refugiado los millonarios bien forrados después que la multitud cinematográfica les arruinó Beverly Hills, los padres de la ciudad gritaban de rabia. Todo lo que ocurría era por culpa de la bruma. Si el canario no cantaba, si el lechero llegaba tarde, si el pequinés tenía pulgas, si un viejo zopenco de cuello almidonado sufría un ataque al corazón camino de la iglesia, todo aquello era por la bruma. En el lugar donde yo vivía, por lo general la atmósfera estaba clara por la mañana temprano y casi siempre por la noche; muy de vez en cuando la bruma desaparecía durante un día entero. En un día como éstos, se trataba de un jueves, Roger Wade me llamó por teléfono.

—¿Cómo está? Habla Wade. —Parecía estar de excelente humor.

—Muy bien, ¿y usted?

—Me temo que estoy sobrio. Estoy garabateando fuerte. Deberíamos charlar un rato. Creo que le debo algún dinero.

—No.

—Bueno, ¿qué le parece si almorzamos juntos? ¿Quiere venir a casa más o menos a la una?

—Encantado. ¿Cómo está Candy?

—¿Candy? —Pareció asombrado. Aquella noche debía haber perdido bastante el sentido—. ¡Ah! Le ayudó a usted a acostarme.

—Sí. Es un muchachito servicial... en algunos aspectos. ¿Y la señora Wade?

—También se encuentra bien. Hoy ha ido de compras a la ciudad.

Cortamos y yo me senté y me hamaqué en mi silla giratoria. Debí haberle preguntado cómo iba el libro. Tal vez uno siempre tenga que preguntar a un escritor cómo anda su libro. Y quizás él esté muy cansado de que se lo pregunten.

Un rato después tuve otra llamada telefónica. Era una voz desconocida.

—Habla Roy Ashterfelt. George Peters me dijo que lo llamara, Marlowe.

—¡Ah, sí!, gracias. Usted es la persona que conoció a Terry Lennox en Nueva York. En aquella época se hacía llamar Marston.

—Así es. Y andaba en la mala. Pero con seguridad que se trata del mismo tipo. No hay peligro de equivocarse con él. Aquí me lo encontré una vez en lo de Chasen, con su mujer. Yo estaba con un cliente. El cliente los conocía pero no me acuerdo el nombre de éste.

—Comprendo, pero ahora no tiene importancia. ¿Recuerda el nombre de Marston?

—Espere un minuto mientras me muerdo el dedo. ¡Ah sí! Paul. Paul Marston. Hay otro detalle más, por si le interesa. Usaba la insignia y el uniforme del Ejército Británico.

—Comprendo. ¿Qué pasó con él?

—Lo ignoro. Yo me fui al Oeste. La próxima vez que lo vi fue aquí... casado con la hija de Harlan Potter. Pero usted ya sabe toda esa historia.

—Ahora los dos están muertos, pero gracias por haberme llamado.

—No hay de qué —respondió algo indeciso—. Encantado de haberle suministrado esos datos. ¿Le serán de alguna utilidad?

—No lo creo —contesté, mintiendo descaradamente—. Nunca le pregunté nada sobre su vida. Una vez me contó que se había criado en un orfanato. ¿Usted no se habrá equivocado?

—¿Con ese cabello blanco y las cicatrices en la cara? No hay ninguna posibilidad. No diré que nunca me olvido de los rostros que veo, pero mucho menos de un rostro como ese.

—¿Marston lo vio a usted?

—Si me vio, no se dio por enterado. Dadas las circunstancias no era de suponer que lo hiciera. De todas maneras, puede ser que no se haya acordado de mí. Como le dije, en Nueva York andaba siempre muy achispado.

Le agradecí nuevamente, él volvió a repetir que había sido un placer y cortamos la comunicación.

Reflexioné un rato sobre lo que habíamos hablado. El ruido del tránsito de la calle era un acompañamiento muy poco musical para mis pensamientos y, además, muy estridente. En verano, con el tiempo calu-

roso, todo parece demasiado estridente. Me levanté y bajé la parte inferior de la ventana. Después llamé por teléfono al detective-sargento Green, de la sección Homicidios. Tuvo la cortesía de atenderme.

—Oiga —dije, después de los preliminares de rigor—, he sabido algo sobre Terry Lennox que me ha dejado perplejo. Un tipo me dijo que lo conoció en Nueva York con otro nombre. ¿Usted verificó sus antecedentes durante la guerra?

—Ustedes nunca aprenden —replicó Green con tono malhumorado—, nunca aprenderán a no meterse en las cosas que no les conciernen. Aquel asunto está cerrado, liquidado; lo cargaron con plomo y lo arrojaron al océano. ¿Comprende?

—La otra semana me pasé media tarde con Harlan Potter, en la casa de su hija, en Idle Valley. ¿Quiere verificarlo?

—¿Qué fue a hacer allí? —preguntó en tono agrio—. Suponiendo que lo crea.

—Conversamos de muchas cosas. Me invitaron. Potter dice que le resulto simpático. A propósito, me contó que su hija fue asesinada con una Mauser 7,65 mm., modelo P.P.K. ¿Esa es una novedad para usted?

—Continúe.

—Era el revólver de ella, su propio revólver, compañero. Según creo, es una pequeña diferencia. Pero no me interprete mal. No estoy examinando ninguna clase de rincones oscuros. Este es un asunto personal. ¿De dónde sacó Terry las cicatrices que tenía?

Green guardó silencio. Oí el ruido de una puerta que se cerraba. Entonces Green contestó:

—Probablemente en una pelea a cuchillazos al sur del Río Grande.

—¡Al diablo, Green! Usted tenía sus impresiones digitales. Usted las envió a Washington como se hace siempre y recibió el informe correspondiente... como es lo habitual. Lo único que quiero saber son sus antecedentes durante la guerra.

—¿Quién dijo que los tiene?

—Bueno, por lo pronto, Mendy Menéndez. Parece que Lennox le salvó la vida en una oportunidad, fue herido y de ahí le vienen las cicatrices. Los alemanes lo capturaron y le —arreglaron la cara.

—¿Conque Menéndez, eh? ¿Usted le cree a ese hijo de tal por cual? ¡Entonces usted debe tener un agujero en la cabeza! Lennox no tenía ningún antecedente de guerra. No tenía ningún antecedente de ninguna clase, bajo ningún nombre. ¿Está satisfecho?

—Si usted lo dice —contesté—. Pero no veo por qué Menéndez se iba a molestar en venir hasta aquí para contarme un cuento andaluz y advertirme que no meta la nariz en este asunto porque Lennox era amigo suyo y de Randy Starr y ellos no querían que nadie anduviera entrometiéndose y escarneciendo la memoria de Terry. Después de todo, él ya había muerto.

—¿Quién puede saber lo que piensa un rufián de esa calaña? —preguntó Green en tono amargo—. ¿O por qué lo piensa? Puede ser que Lennox anduviera en algún negocio con ellos antes de casarse con aquella millonaria y de volverse una persona respetable. Durante un tiempo fue una especie de maestro de ceremonias en el club nocturno que Starr tenía en Las Vegas. Allí conoció a la muchacha. Una sonrisa, un saludo y un traje de etiqueta. Con eso hacía feliz a la clientela y al mismo tiempo vigilaba a los jugadores. Creo que tenía clase para ese tipo de trabajo.

—Poseía un encanto particular —dije—, que es de lo que carecen en la policía. Muchas gracias, sargento. ¿Cómo anda el comisario Gregorius?

—Ha pedido la jubilación. ¿No lee los periódicos?

—Las noticias de la sección crimen, no, sargento. Demasiado sórdido.

Comencé a despedirme, pero me cortó en seco.

—¿Qué quería de usted el señor Don Dinero?

—No hicimos nada más que tomar una taza de té. Una visita social. Me dijo que quizá me daría algunos negocios. También insinuó, no hizo más que insinuarlo, en pocas palabras, que cualquier polizone que me mire con ojos aviesos se enfrentará con un futuro no muy agradable.

—El no dirige el departamento de policía —respondió Green.

—Eso lo admitió. Dijo que ni siquiera se preocupa en comprar a los comisarios o a los fiscales de distrito. Ellos simplemente se acurrucan en su regazo cuando duerme la siesta.

—¡Váyase al diablo! —exclamó Green y me cortó la comunicación en las narices.

Ser policía es cosa difícil. Nunca se sabe con seguridad con quién tiene uno que vérselas.

CAPÍTULO XXXIV

El tramo de camino con el pavimento destrozado que se extendía desde la carretera hasta la curva de la colina parecía calcinado por el sol del mediodía, y los pequeños arbustos que crecían sobre la tierra reseca, a ambos lados del mismo, estaban cubiertos de un polvo granítico que parecía harina. El olor que venía de la maleza era casi nauseabundo. Soplaban una leve brisa, ardiente y sofocante. Me había sacado la chaqueta y tenía las mangas subidas, pero no podía apoyar el brazo sobre la puerta del coche porque estaba demasiado caliente. Un caballo atado a una soga dormitaba cansadamente debajo de unos robles. En el suelo estaba sentado un mexicano de piel morena, que comía algo que tenía envuelto en un trozo de papel de diario. Unas cuantas ramitas vinieron rodando por el camino llevadas por el viento y fueron a chocar contra una roca granítica, y un lagarto que estaba allí un minuto antes desapareció en seguida.

Di la vuelta alrededor de la colina y empezó el asfalto y fue como si hubiera llegado de pronto a otro país. Cinco minutos después tomé por el camino de coches de los Wade, estacioné, bajé, atravesé el camino de lajas y toqué el timbre.

Wade me abrió la puerta. Llevaba una camisa de mangas cortas a cuadros marrones y blancos, pantalón azul pálido y sandalias. Estaba tostado por el sol y su aspecto era saludable. Tenía una mancha de tinta en la mano y un tizne de ceniza de cigarrillo a un costado de la nariz.

Me condujo hasta el estudio y se sentó detrás del escritorio, sobre el cual había una pila gruesa, de hojas de papel amarillo escritas a máquina. Coloqué la chaqueta sobre una silla y me senté en el sofá.

—Gracias por haber venido, Marlowe. ¿Quiere tomar algo?

Le dirigí esa mirada peculiar con que uno mira a un borracho que nos pregunta si queremos beber. Casi podía sentirla. Wade sonrió burlonamente.

—Tomaré una Coca-Cola —dijo.

—Se ha restablecido muy rápido —contesté—. Por ahora no tengo ganas de beber. Tomaré una Coca-Cola con usted.

Wade apretó un botón con el pie y al cabo de un rato apareció Candy. Tenía el aspecto del tipo que está furioso. Tenía puesta una camisa azul y un pañuelo color naranja y no llevaba la chaqueta, blanca. Zapatos en dos tonos, negro y blanco, y elegantes pantalones de gabardina de cintura alta. Wade ordenó las Coca-Colas. Candy me dirigió una mirada dura y salió de la habitación.

—¿Es el libro? —pregunté señalando el montón de papeles.

—Sí. Apesta.

—No le creo. ¿Cuánto ha hecho?

—Más o menos dos tercios del camino... por lo que valen. Lo cual es condenadamente poco. ¿Usted sabe cuándo puede un escritor decir que está liquidado?

—No conozco nada sobre escritores —confesé, llenando la pipa.

—Cuando comienza a leer sus antiguos trabajos en busca de inspiración. Eso es cosa segura. Tengo aquí quinientas páginas de escritura a máquina, mucho más que cien mil palabras. Mis libros son extensos. Al público le gustan los libros largos. Ese maldito público tonto cree que si hay un montón de páginas debe haber un montón de oro. No me atrevo a volver a leerlo. Yo no me acuerdo ni de la mitad. Simplemente tengo miedo de mirar mi propio trabajo.

—Tiene usted muy buen aspecto —le dije—. Parece mentira cuando pienso en lo que pasó la otra noche. Usted tiene más agallas de lo que piensa.

—Lo que necesito en este momento es algo más que agallas. Algo que no se consigue simplemente con deseárselo. Confianza en mí mismo. Soy un escritor arruinado que ya no cree en nada. Poseo una hermosa casa, una mujer hermosa y un récord de ventas magnífico. Pero lo único que deseo realmente es emborracharme y olvidar.

Apoyó el mentón en las palmas de las manos y me miró fijamente.

—Eileen dice que traté de dispararme un tiro. ¿Estuve tan mal como para llegar a tanto?

—¿No se acuerda de lo que pasó?

Sacudí la cabeza.

—No me acuerdo de nada, excepto de que me caí y me hice un tajo en la cabeza. Y después de un rato recuerdo que estaba en la cama y usted estaba a mi lado. ¿Eileen lo llamó?

—Sí. ¿No se lo dijo?

—No ha hablado mucho conmigo esta última semana. Creo que debe estar harta. Hasta aquí. —Colocó la mano de canto contra el cuello, justo debajo del mentón—. Todo aquel espectáculo que montó Loring el otro día tampoco ayudó mucho.

—La señora Wade dijo que no tenía ninguna importancia y que no significaba nada.

—Justamente ésa es la pura verdad; pero me temo que Eileen no creía en lo que dijo. El tipo es anormalmente celoso. Si uno toma una o dos copas con su mujer en un rincón y se ríe un poco y le da un beso al desearle las buenas noches, supone de inmediato que uno se acuesta con ella. Una de las razones es que él no lo hace.

—Lo que me gusta de Idle Valley —dijo— es que todos llevan una vida tan cómoda y normal.

Wade frunció el ceño y en aquel momento se abrió la puerta y entró Candy con las dos botellas y dos vasos.

Colocó uno enfrente de mí, sin mirarme.

—El almuerzo para dentro de media hora —dijo Wade y agregó—: ¿Por qué no se puso la chaqueta blanca?

—Hoy es mi día libre —contestó Candy, imperturbable—. Yo no soy el cocinero, patrón.

—Nos arreglaremos con unos fiambres o sandwiches y cerveza replicó Wade—. El cocinero ha salido hoy, Candy, y tengo un amigo invitado a almorzar.

—¿Usted cree que él es su amigo? —gruñó Candy—. Mejor que le pregunte a su señora.

Wade se reclinó sobre el asiento y le sonrió.

—Cuidado con lo que dice, hombrecito. Usted aquí lo pasa bien. No le pido favores a menudo, ¿no es así?

Candy miró al suelo. Después de un momento levantó la vista y sonrió burlonamente: —Bueno, patrón. Me pondré la chaqueta blanca. Voy a servir el almuerzo. —Se dio vuelta suavemente y salió del estudio. Wade esperó a que la puerta se cerrara y entonces se encogió de hombros y me miró.

—Antes los llamábamos sirvientes. Ahora les decimos ayuda doméstica. Me pregunto cuánto tiempo pasará hasta que tengamos que servirles el desayuno en la cama. A ese tipo le doy demasiado dinero. Lo estoy echando a perder.

—¿En concepto de sueldos... o de alguna otra cosa?

—¿Como por ejemplo? —me preguntó en tono cortante.

Me puse de pie y le entregué algunas hojas dobladas de papel amarillo.

—Será mejor que las lea. Evidentemente usted no se acuerda de que me pidió que las rompiera. Estaban en su máquina de escribir debajo de la tapa.

Wade desdobló las páginas y se recostó hacia atrás para leerlas. El vaso con la Coca-Cola estaba sobre el escritorio, pero pasó inadvertido por completo.

Wade comenzó a leer lentamente, frunciendo el ceño. Cuando llegó al final, volvió a doblar las páginas y apretó el doblado con el dedo.

—¿Eileen vio esto? —preguntó cautelosamente.

—No lo sé. Puede haberlo visto.

—Bastante disparatado, ¿no le parece?

—A mí me gustó. Especialmente aquella parte sobre un hombre bueno que muere por usted.

Desdobló las hojas de nuevo y las rompió en tiras largas que arrojó después al canasto.

—Supongo que un borracho es capaz de escribir o decir o hacer cualquier cosa —dijo lentamente—. Para mí, todas esas hojas carecen de sentido. Candy no me hace ningún chantaje. Me aprecia mucho.

—Quizá sería mejor que se emborrachara de nuevo. De esa forma podría recordar lo que quiso decir. Podría recordar muchas cosas. Ya hablamos de esto antes..., aquella noche en que disparó el tiro. Supongo que el Seconal lo tranquilizó. Parecía estar bastante sobrio y sereno. Pero ahora pretende no recordar que escribió las hojas que acabo de darle. No es extraño que no pueda escribir su libro, Wade. Lo que me asombra es que pueda permanecer vivo.

Wade se volvió de lado y abrió uno de los cajones del escritorio. Buscó algo en su interior, y por fin sacó una libreta de cheques. La abrió y tomó el bolígrafo en la mano.

—Le debo mil dólares —dijo con calma. Escribió la cantidad en el cheque y después en el talón. Arrancó el cheque, se puso de pie, dio la vuelta alrededor del escritorio y acercándose a mí lo dejó caer en la mesita frente al sofá en que yo estaba sentado—. ¿Está conforme?

Me recliné contra el respaldo, levanté la vista para mirarlo, sin hacer ademán alguno para recoger el cheque, y no contesté. El rostro de Wade reflejaba una tensión extrema y los ojos parecían hundidos e inexpresivos.

—Supongo que usted cree que yo la maté y que dejé que acusaran a Lennox —dijo lentamente—. Ella era una cualquiera; eso es cierto. Pero no se le destroza la cara a una mujer simplemente porque sea una cualquiera. Candy sabe que a veces yo iba a verla. Lo más divertido de todo esto, es que no creo que él se lo dijera. Quizá me equivoque, pero no lo creo.

—Aunque lo hiciera, no importaría —dijo—. Los amigos de Harlan Potter no le llevarían el apunte. Además, a ella no la mataron con aquella estatuita de bronce. Le atravesaron la cabeza con un balazo de su propia pistola.

—Puede ser que tuviera una pistola —dijo él como en un sueño—. Pero no sabía que le habían disparado un tiro. Eso no se publicó.

—¿No lo sabía o no se acordaba? —le pregunté—. No, en efecto, no se publicó.

—¿Qué es lo que se propone hacer conmigo, señor Marlowe? —Su voz seguía siendo soñadora, casi suave—. ¿Qué quiere que haga? ¿Contárselo a mi mujer? ¿Contárselo a la policía? ¿Qué se sacaría en limpio con eso?

—Usted dijo que un hombre bueno murió por usted.

—Todo lo que quise decir es que si hubiera habido una verdadera investigación habría podido ser identificado como uno, pero únicamente uno, de los posibles sospechosos. Eso me hubiera liquidado en muchos sentidos.

—No he venido aquí a acusarlo de asesinato, Wade. Lo que a usted le atormenta es que usted mismo no está seguro. Tiene antecedentes de violencia contra su esposa. Pierde el control por completo cuando se emborracha. No es argumento el afirmar que no se le destroza la cabeza a una mujer nada más porque sea una cualquiera pues eso es precisamente lo que alguien hizo. Me resulta mucho más probable que sea usted el autor del hecho y no el hombre a quien se le atribuyó ese trabajo.

Wade se encaminó hacia las puertas-vidrieras y se detuvo contemplando el débil resplandor de la luz sobre el lago. No me respondió. Durante un par de minutos no hizo movimiento alguno ni pronunció una palabra. Entonces se oyó un golpe leve en la puerta y apareció Candy empujando una mesita rodante, cubierta con un mantel blanco inmaculado, platos cubiertos con tapas de plata, una cafetera y dos botellas de cerveza.

—¿Abro la cerveza, patrón? —le preguntó a Wade.

—Tráigame una botella de whisky —dijo Wade.

—Lo siento patrón. Whisky, no.

Wade se dio vuelta y le gritó, pero Candy no se movió. Miró el cheque que estaba sobre la mesa de bebidas y fue doblando la cabeza mientras lo leía. Después me miró y silbó algo entre dientes. En seguida miró a Wade.

—Ahora me voy. Es mi día libre.

Dio media vuelta y se fue. Wade se rió.

—Entonces me lo conseguiré yo mismo —dijo vivamente, y fue a buscar el whisky.

Levanté una de las tapas y vi unos cuantos sandwiches de forma triangular. Agarré uno, me serví cerveza y comencé a comer sin sentarme. Wade regresó con una botella y un vaso, se sentó en el sofá, se sirvió una cantidad respetable de whisky y se lo bebió de un trago. Se oyó el ruido de un coche que se alejaba de la casa; probablemente fuera Candy que se iba por el camino de servicio. Me serví otro sandwich.

—Siéntese y póngase cómodo —dijo Wade—. Tenemos toda la tarde por delante. —Ya se sentía más animado. Tenía la voz vibrante y alegre—. No soy de su agrado, ¿eh, Marlowe?

—Esa pregunta ya me ha sido formulada y la he contestado.

—¿Sabe una cosa? Usted es un hijo de... muy despiadado. Sería capaz de hacer cualquier cosa para averiguar lo que necesita o quiere saber. Hasta le haría el amor a mi mujer aunque yo me encontrara borracho perdido en la habitación contigua.

—¿Usted cree todo lo que le cuenta ese tirador de cuchillos?

Se sirvió más whisky y levantó el vaso sosteniéndolo contra la luz.

—No, todo no —dijo—. El whisky tiene lindo color, ¿no es cierto? No está mal ahogarse en un diluvio dorado. "Cesar de ser a la medianoche, sin dolor." ¿Cómo sigue eso? Oh, lo siento. Usted no debe saberlo. Demasiado literario Usted es algo así como un detective, ¿no? ¿Le molestaría decirme por qué está aquí?

Bebió el whisky y sonrió en forma burlona. De pronto fijó la vista en el cheque que estaba sobre la mesa. Lo agarró y empezó a leerlo.

—Parece que está endosado a la orden de alguien llamado Marlowe. Me pregunto por qué y para qué. Por lo visto está firmado por mí. Eso sí que es una locura de mi parte. Lo que sucede es que soy un tipo muy crédulo.

—Termine de mandarse la parte —le dije con dureza—. ¿Dónde está su mujer?

—Mi mujer volverá a casa a su debido tiempo. Sin duda para ese entonces yo ya estaré listo, de modo que podrá atenderlo con toda comodidad. La casa estará a disposición de ustedes —contestó con toda cortesía.

—¿Dónde está el revólver? —pregunté súbitamente.

Wade me contestó que lo ignoraba y entonces le dije que yo lo había guardado en el escritorio:

—Estoy seguro de que ahora no está allí. Puede buscarlo si quiere. Pero no me robe las gomitas.

Me acerqué al escritorio y lo revisé de arriba abajo. El revólver no estaba. Eso sí que era algo raro. Podría ser que Eileen lo hubiera escondido.

—Oiga, Wade, le pregunté dónde se hallaba su señora. Creo que ella debería estar aquí. No para beneficio mío, sino suyo. Alguien tiene que cuidarlo a usted, y que Dios me maldiga si voy a ser yo.

Wade me contempló con mirada vaga. Tenía todavía el cheque en la mano. Depositó el vaso sobre la mesa y rompió el cheque en dos partes y después en otras dos y en otras, hasta convertirlo en un montón de pedacitos que dejó caer al suelo.

—Evidentemente, la cantidad era demasiado pequeña —dijo—. Sus servicios se cotizan muy alto. Ni siquiera le satisfacen mil dólares y mi mujer. Lo siento mucho, pero no puedo ofrecerle nada mejor. Sólo puedo ir más arriba con esto. —Palmeó la botella.

—Me voy —dije.

—¿Pero por qué? Usted quería que yo recordara. Bueno..., aquí en la botella está mi memoria. Qué-dese por aquí, amigazo. Cuando esté bastante achispado le hablaré de todas las mujeres a quienes he asesinado.

—Muy bien, Wade, me quedará un rato. Pero no aquí dentro. Si me necesita, lo único que tiene que hacer es arrojar una silla contra la pared.

Salí del estudio dejando la puerta abierta. Atravesé el gran *living* y salí al patio. Coloqué una de las hamacas a la sombra de la galería y me recosté sobre ella. Sobre el lago se levantaba una bruma azulada que desdibujaba las colinas lejanas. La brisa del océano había comenzado a filtrarse por entremedio de las montañas bajas, en dirección al oeste, e iba limpiando la atmósfera. El calor descendía gradualmente. Aquel verano era perfecto en Idle Valley. Alguien lo había planeado de ese modo. Seguramente el Paraíso. Sociedad Anónima, Clientela Muy Restringida y Altamente Seleccionada. Sólo para la gente más distinguida. Absolutamente prohibida la entrada a los centroeuropeos. Nada más que la crema, la flor y nata, lo más encumbrado; la gente realmente encantadora, fascinante. Como los Loring y los Wade. Oro puro.

Capítulo XXXV

Permanecí recostado durante media hora tratando de decidir lo que haría. Por una parte tenía deseos de dejar que Wade se emborrachara para ver si revelaba algo que pudiera dar un indicio o una conclusión. No pensé que podría ocurrirle gran cosa estando en su propio estudio y en su propia casa. Podría caerse de nuevo, pero eso le llevaría tiempo. El hombre tenía resistencia. Y un borracho siempre se las arregla, no sé cómo, para no lastimarse mucho. Podía volver a sentir su complejo de culpa. Lo más probable es que esta vez simplemente se quedara dormido.

Por otra parte, lo único que quería erairme y no meterme más en nada, pero ésta era la parte de mi personalidad a la que nunca llevaba el apunte. Porque si alguna vez lo hubiera hecho, me habría quedado en la ciudad donde nací, habría trabajado en la ferretería y me habría casado con la hija del dueño y tendría cinco hijos. Les leería el suplemento cómico el domingo por la mañana y les daría un coscorrón cuando se saliesen de la línea; discutiría con mi esposa sobre la cantidad de dinero mensual que habría que darles para sus gastos y qué programas podrían escuchar por la radio o la TV. Hasta habría podido llegar a ser rico (un rico de ciudad pequeña), con una casa de ocho habitaciones, dos coches en el garaje, pollos todos los domingos, el *Reader's Digest* sobre la mesa del *living-room*, mi esposa con una permanente impecable y yo con un cerebro como una bolsa de cemento Portland. Elíjalo usted, amigo. Yo me quedo con la gran ciudad, sórdida, sucia, pervertida.

Me levanté y regresé al estudio. Wade seguía sentado mirando al vacío, con el ceño fruncido, un resplandor de tristeza en los ojos y la botella de whisky medio vacía. Me miró como un caballo preso por una tranquera.

—¿Qué quiere?

—Nada. ¿Se siente bien?

—No me moleste. Tengo un hombrecillo en el hombro que me está contando cuentos.

Me serví otro sandwich y otro vaso de cerveza.

—¿Sabe una cosa? —me preguntó de pronto, y su voz se hizo mucho más clara—. En una época tuve un secretario. Solía dictarle. Dejé que se fuera. Me fastidiaba verlo ahí sentado, esperando que yo creara. Error. Debí haberlo conservado. Se habría corrido la voz de que yo era homosexual. Los muchachos inteligentes que escriben críticas de libros, porque no pueden escribir ninguna otra cosa, se habrían enterado y hubieran empezado a hacerme el tren. Tienen que cuidar a los de su misma clase, ¿sabe? Son todos tipos raros. El pervertido es el árbitro artístico de nuestra época, compañero. Es el hombre superior.

—¿No me diga? Yo creo que siempre ha andado dando vueltas, ¿no?

No me miraba. Estaba hablando, simplemente. Pero oyó lo que dije.

—Claro, durante miles de años. Y especialmente en las grandes épocas del arte. Atenas, Roma, el Renacimiento, la época Isabelina, el Romanticismo en Francia..., están repletos de esos individuos. ¿Leyó alguna vez *La rama dorada*? No, demasiado largo para usted. Hay una versión resumida. Debería leerla. Prueba que nuestros hábitos sexuales son pura convención..., como usar corbata negra con chaqueta de etiqueta. Soy un escritor de temas sexuales, pero con vueltas y adornos.

Me miró y se sonrió despreciativamente: —¿Sabe una cosa? Soy un mentiroso. Mis héroes tienen dos cuarenta de altura y mis heroínas, callos en el trasero por estar en la cama con las rodillas levantadas. Encajes y volados, espadas y carrozas, elegancia y ocio, duelos y muerte heroica.

Todo mentiras. Ellos usaban perfume en lugar de jabón, tenían los dientes deteriorados porque nunca se los limpiaban, las uñas olían a mugre. La nobleza de Francia orinaba en las paredes de los corredores de mármol de Versalles, y cuando al fin alguien conseguía varios juegos de ropa interior de la encantadora marquesa, lo primero que notaba es que la dama necesitaba un baño. Yo debería escribir en esa forma.

—¿Por qué no lo hace?

Rió entre dientes: —¡Claro! Y vivir en Compton, en una casa de cinco habitaciones..., si es que tengo esa suerte.

Se inclinó y palmeó la botella de whisky: —Estás muy sola, compañera. Necesitas compañía.

Se puso de pie y con paso bastante firme salió de la habitación. Me quedé esperando, sin pensar en nada. Se oyó el ruido de una lancha a motor que se acercaba por el lago. Cuando estuvo al alcance de mi vista pude ver que debido a la velocidad que traía la proa estaba casi totalmente fuera del agua y llevaba a remolque uno de esos tabloncillos para esquí acuático, sobre el cual se encontraba un joven fornido y tostado por el sol. Me dirigí a los ventanales y observé cómo la lancha cambiaba de dirección dando una vuelta brusca. La tomó a demasiada velocidad y estuvo a punto de volcar. El esquiador acuático saltó sobre un pie tratando de mantener el equilibrio, pero no pudo hacerlo y cayó al agua. La lancha detuvo la marcha y el muchacho se acercó nadando perezosamente; después siguió a lo largo de la soga de remolque y se echó sobre el esquí.

Wade regresó con otra botella de whisky. La lancha tomó velocidad y se perdió en la distancia. Wade colocó la nueva botella al lado de la otra, la acarició con la mano y se sentó.

—¡Dios, me imagino que no se va a beber todo eso!

Me miró de soslayo.

—Salga de aquí, compañero. Váyase a su casa y dedíquese a limpiar el piso de la cocina o algo por el estilo. Me está tapando la luz.

Tenía la voz ronca de nuevo. Con seguridad se había tomado un par de copas en la cocina.

—Si me necesita, llámeme.

—No podría llegar tan bajo como para necesitarlo.

—Muy bien. Gracias. Me quedaré por aquí hasta que venga la señora Wade. ¿Oyó hablar de alguien llamado Paul Marston?

Levantó la cabeza lentamente. Sus ojos me enfocaron, pero con gran esfuerzo. Pude ver cómo luchaba para dominarse. Ganó la batalla... por el momento. El rostro se cubrió con una máscara inexpresiva.

—No, nunca —dijo con suma cautela, pronunciando las palabras muy lentamente—. ¿Quién es el tipo?

Cuando lo volví a ver al cabo de un rato lo encontré dormido, tenía la boca abierta, el cabello empapado de sudor y apestaba a whisky. Tenía los labios estirados hacia atrás, en una mueca que dejaba al descubierto los dientes y parte de la lengua, que parecía reseca.

Una de las botellas de whisky estaba vacía. En el vaso había dos dedos de whisky y la otra botella estaba llena hasta las tres cuartas partes. Coloqué la botella vacía sobre la mesita, la saqué de la habitación y regresé a cerrar las puertas-vidrieras y bajar las cortinas venecianas. La lancha podía volver y despertarlo. Después cerré la puerta del estudio.

Empujé la mesita rodante hasta la cocina, una cocina azul y blanca, amplia, ventilada y vacía. Todavía tenía hambre. Comí otro sandwich, bebí lo que quedaba de la cerveza y después me serví una taza de café y la tomé. La cerveza había perdido su fuerza, pero el café todavía estaba caliente. Luego regresé al patio. Pasó un largo rato antes de que volviera la lancha. Eran casi las cuatro cuando oí su estruendo lejano, que fue subiendo de tono hasta transformarse en un verdadero bramido que rompía los tímpanos. Debería haber alguna ley contra eso. Probablemente existía pero al tipo de la lancha le importaba un comino. Gozaba con molestar a la gente, como otra gente que conocía. Me encaminé hacia la orilla del lago.

Esta vez lo logró. El conductor disminuyó un poco la velocidad en la curva y el muchacho tostado, que estaba sobre el esquí acuático, se inclinó hacia afuera para contrarrestar la fuerza centrífuga. El esquí estaba casi fuera del agua, pero uno de los bordes permaneció dentro. Cuando la lancha se enderezó, en el esquí estaba todavía el esquiador, y entonces volvieron por donde habían venido y eso fue todo. Las olas levantadas por la lancha llegaron hasta la playa del lago. Golpearon con fuerza contra los pilares del pequeño muelle y balancearon arriba y abajo el bote amarrado allí. Seguían golpeando todavía cuando regresé a la casa.

Al llegar al patio oí el repiqueteo de un timbre que sonaba desde la cocina. Al instante repiqueteó de nuevo y pensé que sólo la puerta principal podía tener un timbre con aquel juego de campanas, de modo que me dirigí hacia la puerta y la abrí.

Eileen Wade estaba de pie, mirando hacia otro lado. Se dio vuelta mientras decía:

—Lo siento, pero me olvidé la llave. —En aquel momento me vio y exclamó—: ¡Oh!..., creí que era Roger o Candy.

—Candy no está. Es jueves.

Ella entró y cerró la puerta. Colocó la cartera sobre la mesa, entre los dos sofás. Tenía un aspecto descansado y lejano. Se sacó los guantes blancos de cuero de cerdo.

—¿Ha ocurrido algo?

—Bueno, Roger ha estado bebiendo un poco. No demasiado. Se durmió en el sofá del estudio.

—¿El lo llamó?

—Sí, pero no por eso. Me invitó a almorzar. Creo que no quería quedarse solo.

—¡Oh! —Se sentó lentamente en el sofá—. Me olvidé por completo de que hoy era jueves. La cocinera también salió. ¡Qué tonta!

—Candy preparó el almuerzo antes de irse. Bueno, me voy corriendo. Espero que mi coche no le haya impedido pasar.

Ella sonrió.

—No; había mucho lugar. ¿No quiere tomar una taza de té? Así me acompaña.

—Muy bien —contesté, sin saber por qué lo decía. No tenía ningún deseo de tomar té. Simplemente lo dije.

Eileen se sacó la chaqueta de hilo. No llevaba sombrero.

—Entraré un momento a ver si Roger está bien.

La observé mientras se encaminaba hacia el estudio y abría la puerta. Permaneció parada un instante y después cerró la puerta y regresó.

—Todavía duerme. Muy profundamente. Tengo que ir arriba un momento. Bajaré en seguida.

Eileen recogió la chaqueta, los guantes y la cartera, subió las escaleras y entró en su cuarto. La puerta se cerró. Me dirigí hacia el estudio con la idea de traer la botella de whisky. Si Wade todavía estaba dormido, no la necesitaría.

Capítulo XXXVI

Con las puertas cerradas y las cortinas bajas el ambiente en el estudio era sofocante y la claridad escasa. En la atmósfera había un olor acre y el silencio que reinaba era demasiado profundo. Desde la puerta hasta el sofá había una distancia no mayor de seis metros, y no necesité recorrer ni la mitad para saber que en aquel sofá yacía un hombre muerto.

Estaba acostado de lado, con la cara vuelta hacia el respaldo del sofá; tenía un brazo doblado por debajo del cuerpo y el antebrazo del otro sobre los ojos. Entre el pecho y el respaldo del sofá había un charco de sangre y en aquel charco estaba la Webley Hammerless. El costado de la cara parecía una máscara cubierta de hollín.

Me incliné sobre él, tenía los ojos muy abiertos y en la cabeza un agujero tumefacto y ennegrecido del cual la sangre manaba todavía.

Lo dejé tal como estaba. Tenía la muñeca caliente, pero no había duda de que estaba muerto. Miré a mi alrededor buscando alguna nota o cualquier cosa escrita, pero lo único que vi fue el montón de hojas sobre el escritorio. Los asesinos no dejan notas. La máquina de escribir no tenía puesta la tapa. No había en ello nada extraño. Por lo demás, todo parecía natural. Los suicidas se preparan en toda clase de formas, algunos con bebidas, otros con cenas elaboradas, con champaña, algunos en ropa de noche, otros sin ropa alguna. La gente se ha suicidado arriba de las paredes, en zanjas, en cuartos de baño, en el agua, encima del agua, debajo del agua. Se han ahorcado en graneros o se han matado con gas en los garajes. Este suicidio parecía muy sencillo. Yo no había oído el tiro, pero seguramente lo disparó cuando yo estaba a la orilla del lago, observando cómo daba vuelta el esquiador. Había bastante ruido. Por qué eso debió importarle a Roger Wade, no lo sé. Tal vez no le importó. Quizás el impulso final coincidió con la carrera de la lancha. A mí eso no me gustaba, pero a nadie le importaría mi opinión.

Los trozos rotos del cheque estaban todavía en el suelo y los dejé sin tocarlos. En el canasto estaban los pedazos rotos de las hojas que Wade había escrito aquella noche, y éstos sí que los retiré. Los saqué del canasto, comprobé que los tenía todos y me los metí en el bolsillo. El canasto estaba casi vacío, lo que facilitó la operación. No valía la pena investigar dónde pudo haber estado el revólver. Había demasiados lugares para esconderlo: en una silla o en el sofá, debajo de uno de los almohadones, o en el suelo, detrás de los libros, en cualquier parte.

Salí del estudio y cerré la puerta. Presté atención y oí ruidos provenientes de la cocina. Me dirigí hacia allí. Eileen tenía puesto un delantal azul y la olla apenas comenzaba a silbar. Bajó la llama del gas y me dirigió una mirada rápida e indiferente.

—¿Cómo prefiere el té, señor Marlowe?

—Tal como sale de la tetera.

Me recosté contra la pared y saqué un cigarrillo, nada más que para tener algo que hacer con los dedos. Lo apreté hasta romperlo en dos y arrojé al suelo una de las mitades. Eileen siguió con los ojos lo que yo hacía. Me agaché y recogí el trozo de cigarrillo y apreté los dos pedazos juntos hasta formar una bolita.

La señora Wade preparó el té.

—Siempre lo tomo con crema y azúcar —me explicó—. Es raro, porque el café lo tomo puro. Aprendí a tomar té en Inglaterra. Usaban sacarina en lugar de azúcar. Cuando vino la guerra no tenían leche, por supuesto.

—¿Usted vivió en Inglaterra?

—Trabajaba allí. Permanecí durante toda la *blitzkrieg*. En aquella época conocí a un hombre..., pero ya le hablé de eso.

—¿Dónde conoció a Roger?

—En Nueva York.

—¿Se casaron allí?

Ella se dio vuelta, con el ceño fruncido.

—No; no nos casamos en Nueva York. ¿Por qué?

—Se lo pregunté por decir algo, mientras espero que el té se oscurezca un poco.

Ella miró hacia afuera, por la ventana situada arriba de la pileta. Desde allí se divisaba todo el lago. Se apoyó contra el borde de la pileta y los dedos jugaron con una servilleta de té.

—Es necesario terminar con este asunto y no sé cómo hacerlo. Quizá Roger tendría que ser internado en algún sanatorio o establecimiento, pero no sé si me decidiré a ello. Me imagino que tendría que firmar algo, ¿no es cierto? —Mientras hacía la pregunta se dio vuelta.

—Podría hacerlo él mismo —dije—, más bien dicho podía haberlo hecho hasta este momento.

El reloj tocó el timbre señalando que el té estaba listo. Eileen se dio vuelta y volcó el té de uno a otro recipiente. Después colocó la tetera sobre la bandeja en la que había dos tazas. Me acerqué, levanté la bandeja y la llevé hasta la mesa situada entre los dos sofás, en el *living-room*. Eileen se sentó frente a mí y sirvió las dos tazas. Agarré la mía y la puse sobre la mesa esperando que se enfriara. Observé a Eileen mientras se servía el azúcar y la leche. Después lo probó.

—¿Qué quiso decir con esa última observación? —preguntó de pronto—. ¿Qué hubiera podido hacer él mismo hasta ese momento?... Se refirió a que habría podido entrar en algún establecimiento de esos, ¿no es así?

—Creo que es una observación que se me escapó. ¿Usted escondió el revólver de que le hablé? ¿Se acuerda aquella mañana, después de la escena que representó Roger la noche anterior?

—¿Si lo escondí? —repitió frunciendo el entrecejo—. No, nunca haría una cosa semejante. No creo en eso. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Y usted se olvidó hoy las llaves de la casa?

—Ya se lo dije.

—Pero no la llave del garaje. Generalmente en este tipo de casas las llaves de afuera son llaves maestras.

—Yo no necesito llave para el garaje —contestó ella en tono cortante—. Se abre mediante un conmutador. Hay uno al lado de la puerta principal que se levanta cuando uno sale y otro al lado del garaje que hace funcionar la puerta del mismo. A menudo dejamos abierta la puerta del garaje. O Candy sale y la cierra.

—Comprendo.

—Usted está haciendo observaciones y preguntas un tanto extrañas —dijo ella con voz acre—. Lo mismo ocurrió la otra mañana.

—Es que en esta casa he pasado por experiencias bastante extrañas. Revólveres que son disparados durante la noche, borrachos tirados en el césped, médicos que llegan y no quieren mover un dedo, mujeres encantadoras que me echan los brazos al cuello y me hablan como si pensaran que soy otra persona, criados mexicanos que arrojan cuchillos. Es una lástima lo del revólver. Pero usted en realidad no amaba a su marido, ¿no es cierto? Creo que esto también lo dije antes.

Eileen se puso de pie, lentamente. Estaba tranquila, pero sus ojos violetas parecían haber cambiado un tanto de color, o quizá no tuviera la expresión de dulzura habitual en ellos. Un leve temblor estremeció sus labios.

—¿Ha... ha ocurrido algo allí adentro? —preguntó muy lentamente y miró en dirección al estudio.

Apenas tuve tiempo de hacer una leve inclinación de cabeza cuando ya había echado a correr. En un instante llegó hasta la puerta, la abrió de un tirón y entró como una flecha. Si yo esperaba un alarido terrible, me quedé con las ganas. No oí nada. Me sentí un miserable. Debí haber impedido que entrara y debí haber comenzado con la rutina de las malas noticias: prepárese ¿no quiere sentarse?, me temo que haya ocurrido algo serio y bla, bla, bla. Y cuando usted ha largado todo ese discurso, resulta que no sirve para nada. A menudo lo único que hace es empeorar las cosas.

Me levanté y la seguí hasta el estudio. La encontré arrodillada al lado del sofá; estaba manchada de sangre y tenía la cabeza de Wade apretada contra su pecho. No había emitido sonido alguno y tenía los ojos cerrados. Se balanceaba sobre las rodillas hacia adelante y hacia atrás, sin soltar a Roger.

Salí del estudio y busqué el teléfono y la guía. Llamé a la sección de policía que me pareció más cercana, aunque ese detalle no tenía importancia, ya que de todos modos la noticia sería retransmitida por radio. Después me dirigí a la cocina, abrí el agua, saqué las hojas de papel amarillo que tenía en el bolsillo y las arrojé en el triturador eléctrico de desperdicios. Luego tiré también las hojas de té de la otra tetera. En cuestión de segundos todo aquello había desaparecido. Cerré el agua y apagué el motor. Regresé al *living-room*, abrí la puerta principal y me paré fuera.

Es probable que un agente de policía hubiera estado paseando cerca de allí, porque apareció a los pocos minutos. Cuando entramos en el estudio, Eileen seguía arrodillada al lado del sofá. El agente se le acercó de inmediato.

—Lo siento señora. Comprendo su estado de ánimo pero no tiene que tocar nada.

Ella volvió la cabeza y con gran esfuerzo se puso de pie.

—Es mi marido. Le pegaron un tiro.

El agente se sacó la gorra y la colocó encima del escritorio. Después agarró el teléfono.

—Se llama Roger Wade —continuó Eileen en voz alta y entrecortada—. Es el famoso novelista.

—Ya sé quién es, señora —dijo el agente e hizo girar el disco.

Eileen se miró la blusa manchada de sangre y preguntó:

—¿Puedo ir arriba a cambiarme?

—¡Cómo no! —El agente le hizo una inclinación de cabeza, habló por teléfono brevemente, cortó y se dio vuelta—. Usted dice que le pegaron un tiro. ¿Quiere dar a entender que alguna persona lo mató?

—Creo que este hombre lo asesinó —dijo ella sin mirarme y salió con paso rápido de la habitación.

El agente me miró y sacó una libreta de notas del bolsillo. Escribió algo y después dijo:

—Será mejor que anote su nombre y dirección. ¿Usted fue el que avisó?

—Sí.

Le di mi nombre y dirección.

—Será mejor que se quede quieto hasta que llegue el teniente Ohls.

—¿Bernie Ohls?

—Sí. ¿Lo conoce?

—Claro. Hace mucho que lo conozco. Trabajaba en la oficina del Fiscal del Distrito.

—Ultimamente no. Es ayudante en jefe de la sección Homicidios de la Administración del Condado. ¿Usted es amigo de la familia, señor Marlowe?

—La señora Wade no lo dio a entender así.

El agente se encogió de hombros y sonrió a medias.

—Quédese tranquilo por ahora, señor Marlowe. ¿No lleva revólver?

—Hoy no.

—Será mejor que me cerciore. —Así lo hizo. Después miró hacia el sofá—. En momentos como éste no se puede esperar que la esposa mantenga la cabeza serena. Será mejor que vayamos afuera.

CAPÍTULO XXXVII

Ohls era un hombre fornido, de mediana estatura, cabello corto y enulado, de un rubio descolorido y ojos azules. Tenía cejas blancuzcas y rígidas, y en la época lejana en que lo conocí usaba sombrero y siempre uno se sorprendía cuando se lo sacaba..., tenía la cabeza mucho más grande que lo que uno podía esperar. Era un policía rudo y de carácter fuerte que parecía mirar la vida con ceño torvo, pero en el fondo era un tipo muy decente. Hacía años que debía ser capitán. Media docena de veces había aprobado el examen entre los tres mejores. Pero él no le gustaba al alguacil y el alguacil no le gustaba a él.

Bajó las escaleras con paso rápido mientras se frotaba la mandíbula. Los fotógrafos habían estado trabajando todo el tiempo en el estudio con las lámparas de magnesio. Continuamente entraba y salía gente. Yo permanecí sentado en el *living-room* con un detective vestido de civil, y esperé.

Ohls se sentó en el borde de una silla, balanceando las manos. Mascaba un cigarrillo apagado. Me dirigió una mirada cavilosa.

—¿Se acuerda de los viejos tiempos cuando en Idle Valley había una caseta en la entrada y fuerza policial privada?

—Y también juego —añadí con un signo de asentimiento.

—Claro. No se puede impedir. Toda esta parte sigue siendo propiedad privada, como lo eran Arrowhead y Emerald Bay. Hace mucho tiempo que no estoy en un caso sin tener a los periodistas saltando alrededor. Alguien debió haber susurrado en la oreja del alguacil Peterson y no lo pusieron en el teletipo.

—Han sido realmente considerados —expresé—. ¿Cómo está la señora Wade?

—Demasiado laxa. Debe haberse tomado unas cuantas píldoras. Ahí arriba hay una media docena de clases.... ¡hasta Demerol! Es una sustancia bastante mala. Sus amigos no tiene mucha suerte últimamente, ¿no? Se mueren.

No tuve nada que responder a eso.

—Los suicidios con armas de fuego siempre me interesan —dijo Ohls en tono despreocupado—. Permiten falsear las cosas con facilidad. La esposa dice que usted lo mató. ¿Por qué dice eso?

—No quiso decir eso realmente.

—No había nadie más aquí. Ella dice que usted sabía dónde estaba el revólver, sabía que el marido se estaba emborrachando, sabía que las otras noches él disparó un tiro con el revólver y ella tuvo que trabarse en lucha para sacárselo. Usted también estuvo aquí aquella noche. Eso creo que no le ayuda mucho, ¿no le parece?

—Esta tarde revisé el escritorio. El revólver no estaba. Yo le había dicho a la señora Wade que el revólver estaba allí y que lo guardara en otra parte. Ahora ella dice que no creía en esa clase de métodos.

—¿Cuándo es “ahora”? ¿Quiere precisar? —preguntó Ohls, malhumorado.

—Después que la señora Wade regresó a su casa y antes de que yo telefonara a la estación de policía.

—¿Por qué revisó el escritorio?

Ohls levantó las manos y las apoyó sobre las rodillas. Me miraba con indiferencia, como si no prestara atención a mis palabras.

—Wade estaba bebiendo mucho. Pensé que sería prudente sacar el revólver de ahí. Pero la otra noche él no intentó suicidarse. Fue nada más que un alarde.

Ohls asintió. Sacó de la boca el cigarrillo que había estado masticando, lo dejó caer en el cenicero y lo reemplazó por uno nuevo.

—Dejé de fumar —me dijo—. Me hacía toser mucho. Pero no me puedo librar de estos malditos cigarrillos. No me acostumbro a estar sin uno en la boca... ¿Usted estaba encargado de vigilar al hombre cuando se quedaba solo?

—De ninguna manera. Me pidió que viniera a verlo y que almorzáramos juntos. Charlamos un rato y lo vi bastante deprimido porque su trabajo no marchaba. Comenzó a beber. ¿Piensa que debía haber impedido que se emborrachara?

—Todavía no pienso nada. Estoy tratando de hacerme una idea general. ¿Qué es lo que bebió usted?

—Cerveza.

—Es una mala suerte para usted haberse encontrado aquí, Marlowe. ¿Para qué era el cheque? Aquel que escribió a su orden y firmó y rompió después.

—Todos ellos querían que yo viniera a vivir aquí y lo mantuvieron en línea. Todos quiere decir él mismo, su mujer y su editor, un hombre llamado Howard Spencer. Creo que está en Nueva York. Puede

verificar con él lo que le digo. Yo no acepté la propuesta. Después vino a verme la señora Wade y me dijo que su marido había desaparecido, que estaba preocupada y me pidió que lo buscara y lo llevara de vuelta a casa. Hice lo que me pidió. La vez siguiente que nos encontramos, él estaba tirado en el jardín y yo lo arrastré como pude y lo acosté en la cama. No quería tener nada que ver con ellos, Bernie. Simplemente me fueron envolviendo sin que me diera cuenta.

—No hay alguna relación con el caso Lennox, ¿eh?

—Pero, ¡por Dios! No existe ningún caso Lennox.

—Eso es verdad —contestó Ohls secamente. Se restregó las rodilleras. Un hombre entró por la puerta principal, hablo con el otro detective y después se dirigió hacia Ohls.

—Afuera hay un médico que dice llamarse Loring, teniente. Parece que lo llamaron. Es el médico de la señora.

—Déjelo entrar.

El detective se alejó y al minuto volvió con el doctor Loring que tenía en la mano su maletín negro. Llevaba un traje tropical y tenía aspecto fresco y elegante. Pasó a mi lado sin mirarme.

—¿Está arriba? —preguntó a Ohls.

—Sí... en su cuarto. ¿Para qué le da el Demerol, doctor?

El doctor Loring frunció el ceño.

—Receto a mis pacientes lo que considero apropiado —dijo fríamente—. No tengo por qué explicar el motivo. ¿Quién dice que le doy Demerol a la señora Wade?

—Yo. La botella está arriba y tiene escrito su nombre. Ella tiene una verdadera farmacia en el cuarto de baño. Puede ser que lo ignore, doctor, pero en nuestra oficina tenemos un despliegue completo de todas esas pildoritas: “grajos”, “cardenales”, “avispas”, “jilgueros” y todo el resto de la lista. El Demerol es una de las peores. En alguna parte leí que Goering seguía viviendo gracias al Demerol. Cuando lo atraparon tomaba dieciocho por día. Los médicos del ejército necesitaron tres meses para mermarle la ración.

—No sé lo que quieren decir esas palabras —dijo el doctor Loring fríamente.

—¿No? Es una lástima. “Grajos” es el amital sódico. “Cardenales”, el Seconal. “Avispas”, el Nembu-tal. “Jilgueros” es uno de los barbitúricos mezclado con benzedrina. Demerol es un narcótico sintético que tiene mucha facilidad para formar hábito. Así que usted los receta a todos, ¿eh? ¿La señora sufre de algo serio?

—La borrachera de un marido puede ser enfermedad muy grave para una mujer sensible —contestó el doctor Loring.

—Usted no se llevaba bien con él, ¿eh? ¿No consiguió convencerlo? Lástima. La señora Wade está arriba, Doc. Gracias por el tiempo que me concedió.

—Usted es un impertinente, señor. Me quejaré de usted.

—Sí, hágalo —asintió Ohls—. Pero antes de presentar la queja haga algo más. Despeje la cabeza de la señora. Tengo que hacerle algunas preguntas.

—Haré exactamente lo que considere mejor para el estado de mi paciente. ¿Sabe por casualidad con quién está tratando? Y le diré, nada más que para poner las cosas en claro, que el señor Wade no era enfermo mío. No atiende a alcohólicos.

—Se dedica únicamente a sus mujeres, ¿eh? —gruñó Ohls—. Sí, sé quién es usted, doctor, y estoy temblando de miedo por dentro. Mi nombre es Ohls, teniente Ohls.

El doctor Loring subió las escaleras. Ohls se sentó de nuevo y me hizo una mueca burlona.

—Hay que ser diplomático con esta clase de gente —dijo.

Un hombre salió del estudio y se acercó a Ohls. Era un tipo de aspecto serio, delgado, de anteojos y frente despejada.

—Teniente...

—Hable.

—La herida es de contacto, típicamente de suicidio, con una gran dilatación por la presión del gas. Los ojos están exoftálmicos por la misma razón. No creo que se encuentren impresiones digitales en la parte de afuera del revólver. La sangre las debe haber borrado.

—¿Podría tratarse de un caso de homicidio si el tipo estaba dormido o se había extralimitado con la bebida? —preguntó Ohls.

—Por supuesto, pero hasta ahora no hay indicio alguno. El revólver es una Webley Hammerless. Es un arma difícil de amartillar, pero requiere una presión muy leve para descargarla. El rebufo explica la posición del revólver. Hasta ahora no veo nada en contra del suicidio. Espero una cifra alta de concentración

alcohólica. Si fuera muy elevada —el hombre hizo una pausa y se encogió de hombros intencionalmente — podría inclinarse a dudar de la hipótesis del suicidio.

—Gracias. ¿Alguien avisó al juez del crimen?

El hombre asintió levemente y salió del cuarto. Ohls bostezó y miró la hora en el reloj. Después me miró y preguntó:

—¿Quiere irse?

—Seguro, si me deja. Pensé que estaba detenido bajo sospecha.

—Tal vez lo hagamos comparecer más adelante. Lo único que le pido es que se quede donde podamos encontrarlo, si es que lo necesitamos; eso es todo. Usted es detective y sabe cómo marchan estos asuntos. A veces hay que trabajar rápido antes que la evidencia desaparezca. Este caso es justamente lo contrario. Si no se trata de un homicidio, ¿quién quería que él muriese? ¿Su mujer? No estaba aquí. ¿Usted? Magnífico, tenía la casa para usted solo y sabía dónde estaba el revólver. Un plan perfecto. Está todo menos el motivo, y creo que debemos darle cierta importancia a su experiencia. Creo que si usted quería matar al tipo lo habría hecho en forma un poco menos evidente.

—Gracias, Bernie.

—La servidumbre no se hallaba en la casa. Había salido. De modo que debe haber sido alguien que cayó por aquí expresamente con el objeto de eliminarlo. Esa persona tenía que saber dónde estaba el revólver de Wade, tuvo que encontrarlo bastante borracho como para que estuviese dormido, tuvo que apretar el gatillo en el momento en que aquella lancha hacía suficiente ruido como para amortiguar el sonido del disparo y tuvo que desaparecer antes de que usted regresara a la casa. Dado el estado actual de la investigación, no puedo imaginarme quién puede ser. La única persona que tenía los medios y la oportunidad era precisamente el tipo que no los habría utilizado.... por la sencilla razón de que él era el único tipo que disponía de ellos.

Me puse de pie dispuesto a irme.

—Muy bien, Bernie. Por si me necesita, estaré en casa toda la noche.

—Algo más —dijo Ohls, pensativamente—. Este Wade era un escritor de fama. Mucha plata, mucha reputación. Por lo que a mí respecta, no entro en esa clase de juego. Uno puede encontrar tipos mucho mejores que él en verdaderos antros. Eso es cuestión de gustos, y como policía no es asunto mío. Con todo este dinero, él tenía una casa hermosa en uno de los mejores lugares del distrito. Tenía una hermosa mujer, montones de amigos y ninguna preocupación. Lo que quisiera saber es qué fue lo que transformó todo eso en algo tan penoso para el que tuvo que apretar el gatillo. Seguro que algo debe haber sido. Si usted lo sabe, mejor será que se vaya preparando para decirlo. Hasta pronto.

Me dirigí hacia la puerta. El hombre que hacía guardia miró a Ohls, recibió la señal y me dejó salir. Subí al coche y tuve que ir bordeando el césped para poder abrirme paso entre los numerosos autos oficiales que se apretujaban en el camino. En el portón otro agente me miró, pero no dijo nada. Me puse los anteojos oscuros y llegué hasta el camino principal en marcha atrás. El camino estaba vacío y tranquilo. El sol vespertino iluminaba los céspedes cuidados y las grandes mansiones, espaciosas y caras, que se levantaban detrás de los jardines.

Un hombre que no era desconocido para el mundo había muerto en un baño de sangre, en una casa de Idle Valley, pero la ociosa quietud no había sido perturbada. Por lo que a los diarios concernía, hubiera podido ocurrir en el Tibet.

En una vuelta del camino, donde se juntaban las paredes de dos propiedades, estaba estacionado un coche policial verde oscuro. Un agente bajó del auto y levantó la mano. Se acercó a la ventanilla.

—¿Puedo ver su carnet de conducir?

Saqué mi billetera y se la entregué abierta.

—Sólo el carnet, por favor. No puedo tocar su billetera.

Saqué el carnet y se lo di: —¿Qué sucede?

Dirigió una mirada dentro del coche y me devolvió el carnet.

—No pasa nada —dijo—. Simple trabajo de rutina. Lamento haberlo molestado.

Me hizo ademán de que continuara mi camino y volvió a su coche. Como un verdadero policía. Ellos nunca dicen por qué están haciendo algo. De esa forma uno no se entera de que ellos mismos no lo saben.

Llegué a casa, compré un par de bebidas refrescantes, salí después a cenar; cuando regresé abrí las ventanas y esperé a que ocurriera algo. Esperé largo tiempo. Eran las nueve cuando Bernie me llamó, me dijo que fuera en seguida y que no me detuviera en el camino para coger flores.

CAPÍTULO XXXVIII

Candy se hallaba en la antesala de la oficina del administrador del distrito, sentado en una silla colocada contra la pared. Me miró con ojos llenos de odio cuando pasé a su lado para dirigirme a la gran sala cuadrada donde el alguacil Petersen impartía justicia, rodeado de una colección de certificados y testimonios del público agradecido a sus veinte años de dedicación y fidelidad en el desempeño de sus tareas oficiales. Las paredes estaban cubiertas de fotografías de caballos y Petersen hacía su aparición personal en cada foto. Las esquinas de su escritorio tallado eran cabezas de caballos. El tintero era un pulido casco de caballo y los bolígrafos estaban en uno idéntico a aquél, lleno de arena blanca. Encima de cada uno de los cascos había una placa de oro con una inscripción y una fecha. En medio de un immaculado secante de escritorio había una bolsita de tabaco Bull Durham y un paquete de papeles marrones para liar cigarrillos. Petersen se los preparaba él mismo. Podía liar uno montado a caballo y con una sola mano, y a menudo lo hacía cuando dirigía un desfile, montado en un gran caballo blanco con montura mexicana, cargada con hermosos tallados e incrustaciones de plata. Cuando iba a caballo usaba un sombrero mexicano de copa chata. Montaba magníficamente y su caballo siempre sabía exactamente cuándo quedarse quieto y cuándo debía comportarse en tal forma que el alguacil, con su sonrisa tranquila e inescrutable, pudiera dominarlo con una mano. Petersen sabía representar muy bien. Tenía un hermoso perfil de aguilucho, que se iba aflojando un poco debajo de la barbilla, pero él sabía cómo colocar la cabeza para disimularlo. Se empecinaba en que le sacaran fotos. Tenía unos cincuenta y cinco años y su padre, que era danés, le había dejado mucho dinero. El alguacil no parecía de ascendencia danesa porque era de cabello oscuro y tez morena y tenía la impasible apostura de un indio de opereta y más o menos la misma clase de cerebro. Pero nadie lo había tratado nunca de fullero. Había habido fulleros en su departamento y lo habían engañado a él, así como habían engañado al público, pero ninguna de esas picardías habían salpicado y mancillado al alguacil Petersen. Seguía siendo elegido, sin siquiera intentarlo, continuaba montando caballos blancos a la cabeza de los desfiles e interrogando a los sospechosos frente a las cámaras. Eso es lo que decían los titulares. Pero, a decir verdad, nunca interrogaba a nadie. No hubiera sabido cómo hacerlo. Se limitaba a sentarse en su escritorio y mirar al sospechoso con mirada severa, dando el perfil a la cámara. Entonces se encendían las luces del magnesio, los fotógrafos agradecían al alguacil su deferencia, el sospechoso era sacado de allí sin que hubiera abierto la boca y Petersen se iba a su hacienda en el valle de San Francisco. Allí se le podía encontrar siempre. Si uno no podía abordarlo en persona, podía hablar con uno de sus caballos.

De vez en cuando, al llegar la época de las elecciones algún político extraviado trataba de conseguir el puesto del alguacil Petersen y se le ocurría referirse a él como "El hombre que siempre está de perfil" o "El jamón que se ahuma solo", pero con eso no llegaba a ninguna parte. El alguacil Petersen seguía siendo reelegido, testimonio viviente del hecho de que uno en su país puede desempeñar toda la vida un importante cargo público sin otros méritos que tener la nariz limpia, una cara fotogénica y la boca cerrada. Si además de todo eso, uno mira a los caballos con ojos cariñosos, será invencible.

Cuando Ohls y yo entramos en la sala, Petersen estaba de pie detrás del escritorio y los fotógrafos iban saliendo por otra puerta. El alguacil tenía puesto el sombrero, un Stetson blanco, y estaba liando un cigarrillo, listo para marcharse a su casa. Me miró severamente y preguntó:

—¿Quién es éste?

—Se llama Philip Marlowe, jefe —respondió Ohls—. Era la única persona que se encontraba en la casa cuando Wade se pegó el tiro. ¿Quiere una fotografía?

El alguacil me estudió detenidamente.

—No lo creo —dijo, y se dio vuelta hacia un hombre grandote, de aspecto cansado y cabellos grises—. Si me necesita estaré en la granja, capitán Hernández.

—Sí, señor.

Petersen encendió el cigarrillo con un fósforo de cocina que prendió con la uña del pulgar. Nada de encendedores para el alguacil Petersen. Pertenecía al tipo de hombre que se prepara él mismo su cigarrillo y lo enciende con una sola mano.

Nos dio las buenas noches y partió, seguido de un tipo de ojos negros y mirada dura que era su guardaespaldas personal. La puerta se cerró. Entonces el capitán Hernández se acercó al escritorio y se sentó en el enorme sillón del alguacil. El estenógrafo sentado en un rincón apartó la máquina de la pared para disponer de espacio suficiente para iniciar el trabajo. Ohls se instaló en una silla, en el extremo del escritorio, y parecía divertido.

—Muy bien, Marlowe —dijo Hernández con voz animada—. Vamos a escucharlo.

—¿Cómo es que no me toman una foto?

—Ya oyó lo que dijo el alguacil.

—Sí, pero ¿por qué? —protesté.

Ohls se rió:

—Usted sabe muy bien por qué.

—¿Quiere decir que es porque soy alto, moreno y guapo, y alguien podría contemplarme?

—Termine con eso —dijo Hernández con voz fría—. Continuemos con su declaración. Empezé por el principio.

Les hice todo el relato desde el principio; mi entrevista con Howard Spencer, el encuentro con Eileen Wade, su pedido de que buscara a Roger, cómo lo encontré, el pedido formulado por ella para que fuera a la casa, lo que Wade me pidió que hiciera y cómo lo hallé borracho aquel día, tirado sobre el césped y todo lo demás. El estenógrafo registraba lo que yo iba diciendo. Nadie me interrumpió.

Todo lo que dije era cierto. La verdad y nada más que la verdad. Pero no toda la verdad. Lo que me guardé era asunto mío.

—Muy bien —dijo Hernández cuando concluí—, pero su relato no está completo. —Este Hernández era un tipo frío, competente y peligroso. Alguien tenía que ser así en la oficina del alguacil. —La noche en que Wade disparó un tiro en su dormitorio, usted entró en la habitación de la señora Wade y permaneció allí un rato con la puerta cerrada. ¿Qué estuvo haciendo?

—Ella me llamó y me preguntó cómo se sentía su marido.

—¿Por qué cerró la puerta?

—Wade estaba medio dormido y no quise hacer ningún ruido. Además, el criado estaba rondando por ahí con las orejas paradas, y, por otra parte, la señora Wade me pidió que cerrara la puerta. No me percaté de que iba a resultar un detalle de tanta importancia.

—¿Cuánto tiempo permaneció en el cuarto de la señora?

—No sé. Alrededor de tres minutos, tal vez.

—Y yo sugiero que usted estuvo un par de horas —replicó Hernández fríamente—. ¿Me he expresado con claridad?

Miré a Ohls, pero él tenía la vista fija en otra parte y, como de costumbre, estaba mascando el habitual cigarrillo apagado.

—Está mal informado, capitán.

—Veremos. Después que salió del dormitorio de la señora Wade se fue al estudio y pasó la noche en el sofá. Quizá debiera decir el resto de la noche.

—Cuando Wade me llamó eran las once menos diez. Eran ya pasadas las dos cuando entré en el estudio. Puede considerarlo el resto de la noche si usted quiere.

—Traiga al criado —dijo Hernández.

Ohls salió y regresó con Candy, a quien hizo sentar en una silla.

Hernández le hizo las preguntas de rigor sobre su identidad y demás. Entonces dijo:

—Muy bien, Candy, lo llamaremos así por comodidad, ¿qué pasó después que ayudó a Marlowe a llevar a Roger Wade a la cama?

Me imaginaba más o menos lo que iba a venir. Candy contó su historia con voz tranquila y brutal al mismo tiempo, como si pudiera a voluntad y a intervalos pasar de uno a otro estado de ánimo. Dijo que se había quedado abajo para el caso en que lo necesitaran de nuevo y estuvo parte del tiempo en la cocina, donde comió algo, y parte en el *living-room*. Mientras se encontraba en el *living*, sentado en una silla, cerca de la puerta principal, había visto a Eileen Wade de pie en la puerta de su habitación y vio cómo se desvestía. Después alcanzó a ver cómo se puso el salto de cama sin tener nada debajo y me vio entrar en el cuarto y cerrar la puerta. Comprobó que yo había permanecido allí mucho tiempo, unas dos horas, según sus cálculos. Durante aquel tiempo subió las escaleras y se acercó a la puerta; oyó los ruidos provenientes de los resortes de la cama y el murmullo de la conversación. Con mucha claridad explicó lo que quería dar a entender. Cuando terminó me dirigió una mirada mordaz y llena de odio.

—Puede llevárselo —dijo Hernández.

—Un momento —intervine yo—. Quiero hacerle unas preguntas.

—Yo soy el que hace las preguntas aquí —contestó Hernández en tono cortante.

—Usted no sabe cómo hacerlas, capitán. Usted no estuvo allí. Este hombre miente y sabe que está mintiendo, y yo también lo sé.

Hernández se echó hacia atrás y reflexionó unos instantes.

—Hable —dijo al fin.

Me enfrenté con Candy.

—¿Dónde estaba usted cuando vio desvestirse a la señora Wade?

—Sentado abajo en una silla, cerca de la puerta principal —contestó furioso.

—¿Entre la puerta y los dos sofás que están uno frente al otro?

—Ya se lo dije.

—¿Dónde se hallaba la señora Wade?

—Justo al lado de la puerta, dentro del dormitorio. La puerta estaba abierta.

—¿Qué luces había encendidas en el *living-room*?

—Una lámpara; una lámpara de pie que llaman lámpara de *bridge*.

—¿Había luz en la galería?

—No. En el dormitorio de la señora.

—¿Qué luz había allí?

—No se veía mucha luz. Posiblemente la de la mesita de noche.

—¿No era la luz del techo?

—No.

—Después que ella se sacó la ropa, de pie justo al lado de adentro de la puerta, según acaba de decirnos se puso un salto de cama. ¿Qué salto de cama? ¿Como era?

—De color azul. Largo como un batón de entrecasa. Se lo ato con un cinturón.

—¿De modo que si usted no hubiera visto que ella se quitó la ropa no habría sabido qué era lo que tenía debajo del salto de cama?

Candy se encogió de hombros. Parecía un poco preocupado.

—Sí. Así es. Pero yo vi que se sacó la ropa.

—Usted es un mentiroso. No hay ningún lugar en el *living* desde el cual pudo haber visto cómo se desvestía la señora Wade si, como usted dice, estaba de pie al lado de la puerta, y menos aún si estaba dentro del dormitorio. Para eso tendría que haber salido hasta el borde de la galería y en ese caso ella lo hubiera visto a usted.

Candy no contestó y me miró echando fuego por los ojos. Me di vuelta hacia Ohls.

—Usted ha visto la casa. ¿El capitán Hernández la ha visto... o no?

Ohls sacudió la cabeza levemente. Hernández frunció el ceño y no dijo nada.

—Capitán Hernández, no existe lugar alguno en aquel *living-room* desde el cual este hombre pueda haber visto ni siquiera la cabeza de la señora Wade, aunque hubiera estado de pie..., y él dice que estaba sentado, siempre que ella se encontrara justo al lado de la puerta o más adentro. Yo tengo diez centímetros más de estatura que él y sólo alcanzo a distinguir la base de la puerta si estoy de pie cerca de la puerta principal de la casa. Para que él haya podido ver lo que dice, la señora Wade tuvo que haber salido hasta el borde de la galería. ¿Por qué iba a hacer eso? ¿Qué razón había para que se desvistiera en la puerta de su cuarto? ¿Por qué tenía que hacerlo? Eso carece de sentido.

Hernández siguió mirándome y después desvió la vista hacia Candy.

—¿Y con respecto al tiempo que permaneció usted en la habitación de la señora Wade? —preguntó suavemente, hablándome a mí.

—Es su palabra contra la mía. Yo sólo me he referido a lo que puede ser probado.

Hernández le habló a Candy en español, pero lo hizo demasiado rápido para que yo pudiera comprenderlo. Candy se limitó a mirarlo con ojos malhumorados.

—Llévenselo —dijo Hernández.

Ohls se levantó y abrió la puerta. Candy salió. Hernández sacó una caja de cigarrillos, se llevó uno a los labios y lo encendió con un encendedor de oro.

Ohls regresó a la sala. Hernández dijo con calma:

—Acabo de decirle que si hubiera contado esa historia ante un tribunal lo habrían condenado por perjurio. Parece que no le impresionó mucho. Es evidente lo que le está corroyendo. Es el caso típico del que tiene cola de paja. Si hubiera estado en la casa y tuviéramos alguna razón para sospechar que fue un asesinato, él sería un blanco muy bueno: excepto que habría usado cuchillo. Cuando lo interrogué al principio, tuve la impresión de que sentía mucho la muerte de Wade. ¿Quiere hacerle alguna pregunta, Ohls?

Ohls meneó la cabeza. Hernández me miró y dijo:

—Vuelva mañana para firmar su declaración. Para ese entonces ya la tendremos escrita a máquina. Esperamos el informe preliminar para las diez de la mañana más o menos. ¿Hay algo que no le guste en todo esto, Marlowe?

—¿Tendría inconveniente en dar vuelta a la frase? La manera en que la formuló sugiere que puede haber algo que me guste.

—Muy bien —dijo en tono cansado—. Puede irse. Yo me voy a casa.

Me puse de pie.

—Por supuesto, nunca creí una palabra de toda la historia que nos endilgó Candy —agregó a modo de explicación—. No hice más que utilizarla como sacacorchos, para tratar de sacarle algo. Espero que no me guarde rencor.

—En absoluto, capitán, en absoluto.

No me dieron las buenas noches y me siguieron con la mirada hasta que salí de la habitación. Recorrí el largo corredor hasta llegar a la puerta que da a la calle Hill, subí al coche y me dirigí a casa.

Era verdad que no le guardaba rencor. Me sentía tan hueco y vacío como los espacios entre las estrellas. Cuando llegué a casa me preparé un trago bien fuerte, me paré al lado de la ventana abierta y lo fui tomando a sorbos, mientras escuchaba la oleada del tránsito del boulevard Laurel Canyon y contemplaba el resplandor de la gran ciudad inquieta, recostada en las colinas a través de las cuales había sido construido el boulevard. Muy lejos, el lamento ululante de los coches policiales o las sirenas de los bomberos se elevaban o decrecían, pero nunca quedaban completamente silenciosos por largo tiempo. Durante las veinticuatro horas del día hay alguien que corre y algún otro que trata de atraparlo. Ahí afuera, en la noche de miles de crímenes, la gente estaba muriendo o quedaba mutilada o herida o aplastada por las pesadas ruedas de los coches o con el volante de dirección incrustado en el pecho. La gente era golpeada, robada, estrangulada, violada y asesinada. La gente se sentía hambrienta, enferma, aburrida, desesperada en su soledad o por el remordimiento o el miedo, enojada, cruel, afiebrada, estremecida por sollozos. Una ciudad no peor que las otras, una ciudad rica, vigorosa y llena de orgullo, una ciudad perdida, golpeada y llena de vacuidad.

Todo depende de dónde uno está sentado y cuál sea su propio puntaje. Yo no tenía ninguno y no me importaba. Terminé la bebida y me fui a la cama.

CAPÍTULO XXXIX

La investigación judicial resultó un fracaso. El investigador se embarcó en ella antes de que la evidencia médica estuviera completa, por miedo a que el interés del público y de los diarios decayera. Pero no debió haberse preocupado, ya que la muerte de un escritor, aun de uno muy conocido, no es noticia para mucho tiempo, y aquel verano hubo demasiada competencia. Un rey abdicó y otro fue asesinado. En una semana se estrellaron tres grandes aviones de pasajeros. El director de una gran firma de electricidad fue acribillado a balazos en Chicago, en su propio automóvil. Veinticuatro reclusos murieron quemados en el incendio de una cárcel. El médico forense del distrito de Los Angeles no tenía suerte. Estaba perdiendo las buenas cosas de la vida.

Cuando dejé el estrado vi a Candy. Sonreía en forma resplandeciente y maliciosa —no tenía la menor idea del porqué de aquella sonrisa—, y como de costumbre vestía con demasiado atildamiento; traje de gabardina marrón tostado, camisa blanca de nylon y corbata moñito color azul. En el sitio de los testigos estuvo tranquilo e hizo una buena impresión. Sí, el patrón se emborrachaba mucho últimamente. Sí, él había ayudado a acostarlo en la cama la noche en que arriba dispararon un tiro. Sí, el patrón había pedido whisky antes de que él, Candy, se fuera aquel último día, pero se negó a dárselo. No, no sabía nada sobre el trabajo literario del señor Wade, pero sabía que el patrón había estado desanimado y deprimido. No hacía más que arrojar las hojas al canasto y sacarlas de nuevo. No, nunca había oído que Wade se peleara con nadie. Y así continuamente. El investigador lo estrujó cuanto pudo, pero no sacó nada en limpio. Alguien había hecho con Candy un buen trabajo de adiestramiento previo.

Eileen Wade vestía de blanco y negro. Estaba pálida y habló en voz baja y clara que ni el amplificador pudo echar a perder. El investigador la trató con dos pares de guantes de terciopelo. Le hablaba como si le costara trabajo contener los sollozos. Cuando ella abandonó la tribuna se puso de pie, le hizo una profunda reverencia y ella contestó con una sonrisa lánguida y desfalleciente que casi lo hizo desmayar de emoción.

Al salir, la señora Wade casi pasó de largo sin mirarme, pero al último momento volvió la cabeza levemente, sólo un par de centímetros, y me hizo una pequeña inclinación de cabeza como si yo fuera alguien que hubiera conocido en alguna parte, hacía mucho tiempo, y no pudiera localizar del todo en su memoria.

Cuando terminó la audiencia iba a bajar las escaleras, pero me topé con Ohls. Estaba observando el tránsito o simulaba hacerlo.

—Lindo trabajo —me dijo sin darse vuelta—. Felicidades.

—Usted preparó muy bien a Candy.

—Yo no, muchacho. El fiscal de distrito decidió que todos los chismes sexuales no venían al caso, que estaban fuera de lugar.

—¿Qué chismes sexuales?

Entonces me miró: —¡Ah, ah, ah! —dijo—. Y no me refiero a usted. —Su expresión se hizo remota—. Los he estado contemplando durante demasiados años. Eso termina por cansar. Este caso salió de una botella especial. Antigua estirpe privada. Hasta pronto, parásito. Llámeme cuando empiece a usar camisas de veinte dólares. Iré a visitarlo y le sostendré la chaqueta.

La gente que subía o bajaba las escaleras se arremolinaba alrededor de nosotros. Permanecimos detenidos, simplemente. Ohls sacó un cigarrillo del bolsillo, lo miró, lo arrojó a suelo y con el tacón lo redujo a la nada.

—Un desperdicio —dije.

—Es sólo un cigarrillo, compañero. No una vida. Después de un tiempo usted tal vez se case con la muchacha, ¿eh?

—¡No diga disparates!

Rió amargamente: —He estado hablándole a la gente adecuada respecto de las cosas inconvenientes. ¿Alguna objeción?

—Ninguna, teniente —contesté, y bajé las escaleras. El dijo algo a mis espaldas, pero yo continué mi camino.

Entré a comer en una cantina en Flower; era un lugar apropiado para mi estado de ánimo. En la entrada tenía un cartel bien tosco que decía así: "Para hombres solamente. No se permite la entrada a perros y mujeres." El mozo, que literalmente hablando no servía la mesa sino que arrojaba la comida sobre ella, necesitaba un afeitado y descontaba la propina sin esperar a que lo invitaran a hacerlo. La comida era sencilla, pero muy buena, y tenían una cerveza sueca tan fuerte como el mejor Martini.

Cuando llegué a la oficina, el teléfono estaba llamando. Oí la voz de Ohls que decía:

—Tengo algunas cosas que decirle. Voy para allá.

Debía de haber estado en la estación del metro de Hollywood o cerca de allí, porque a los veinte minutos estaba en mi oficina. Se sentó en la silla reservada a los clientes, cruzó las piernas y gruñó:

—Me pasé de la raya. Lo siento. Olvídelo.

—¿Por qué olvidarlo? Es preferible que sigamos profundizando en la herida.

—No tengo inconveniente. Para alguna gente, usted es un tipo torcido. Nunca supe que hubiera hecho algo demasiado deshonesto.

—¿A qué vino esa alusión a las camisas de veinte dólares?

—¡Oh, diablos! Simplemente me sentía molesto —repuso Ohls—. Estaba pensando en el viejo Potter que ordenó a su secretario que le dijera al abogado que diera al fiscal de distrito, Springer, la orden de comunicar al capitán Hernández que usted era su amigo personal.

—El no se habría molestado.

—Usted se entrevistó con él. No me gustó, pero quizá sólo fue envidia.

—Me mandó llamar para darme algunos consejos. Es un tipo grande y duro y no sé qué más. No creo que sea fullero y deshonesto.

—No se pueden hacer cien millones de mangos en forma limpia —dijo Ohls—. Quizás el jefe crea que sus manos están limpias, pero en alguna parte, a lo largo de la cadena, hay tipos que son arrinconados en la pared, pequeños y agradables negocios se vienen al suelo y tienen que liquidar y vender todo por unos centavos, gente decente pierde sus empleos, las acciones suben el mercado, los apoderados son comprados como una pepita de oro antiguo, y se paga a los grandes estudios de abogados cientos de miles de dólares de honorarios para que combatan ciertas leyes que la gente quiere obtener, pero no los tipos ricos debido a que interfieren con sus ganancias. El dinero en gran escala significa poder en gran escala, y el poder en gran escala es usado erróneamente. Es el sistema. Tal vez sea el mejor que podamos obtener, pero no es lo ideal.

—Está hablando como un rojo —le dije, sólo para pincharlo.

—No lo sabría decir —contestó despreciativamente—. Todavía no he sido investigado. ¿Le gusta el fallo de suicidio?

—¿Qué otro veredicto puede haber?

—Ningún otro, creo. —Apoyó en el escritorio las dos manos fuertes y toscas y miró las grandes pecas marrones que tenía en el dorso de las mismas—. Me estoy volviendo viejo. A estas manchas marrones las llaman queratosis. Aparecen después de los cincuenta. Soy un viejo polizante y un viejo polizante es un tipo chinche. Hay algunas cosas que no me gustan en la muerte de Wade.

—¿Por ejemplo? —Me eché atrás y observé las arrugas de sus párpados.

—Llega un momento en que uno puede oler cuándo hay algo que anda mal, aunque uno sepa que no puede hacer nada para remediarlo. Entonces uno se limita a sentarse y a hablar del asunto, como hago ahora. No me gusta que él no haya dejado ninguna nota.

—Estaba borracho. Probablemente fue un súbito arranque de locura.

Ohls me miró atentamente y sacó las manos del escritorio.

—Revisé la mesa de trabajo de Wade. Se escribía cartas a sí mismo. Escribía y escribía y escribía. Borracho o sobrio, trabajaba con la máquina de escribir. Algunas de las cosas que escribía eran disparatadas, otras divertidas y algunas tristes. El tipo tenía algo en la cabeza, algo que le trabajaba por dentro. Siempre escribía dando vueltas a las cosas, pero sin ir al fondo ni tocarla directamente. Ese hombre habría dejado una carta de dos páginas si hubiera decidido suicidarse.

—Estaba borracho —dije de nuevo

—Con él eso no tiene importancia —replicó Ohls en tono cansado—. La otra cosa que no me gusta es que se suicidó en su misma casa y dejó que la mujer lo encontrara. Muy bien, estaba borracho. Otra cosa que tampoco me agrada es que apretó el gatillo justo cuando el ruido de la lancha a motor pudo amortiguar el ruido del disparo. ¿Qué podía importarle eso? Mera coincidencia, ¿no? Y también fue coincidencia que la mujer se olvidara las llaves de la puerta el día libre para la servidumbre y tuviera que tocar el timbre para poder entrar.

—Pudo haber dado la vuelta por la parte de atrás —dije.

—Sí, ya sé. Me estoy refiriendo a la situación. No había nadie que contestara a la puerta excepto usted, y en el tribunal ella dijo que no sabía que usted estuviera allí. Wade no habría oído el timbre si hubiera estado vivo y trabajando en el estudio. La puerta del estudio es a prueba de ruidos. La servidumbre había salido. Era jueves. Ella se olvidó de eso, lo mismo que se olvidó de las llaves.

—Usted se olvida de algo, Bernie. Mi coche estaba en el camino. De modo que ella sabía que yo estaba allí... o que había alguna otra persona... antes de tocar el timbre.

Ohls se sonrió burlonamente:

—¿Conque me olvidé de eso, eh? Muy bien, he aquí el cuadro. Usted estaba afuera contemplando el lago, la lancha hacía todo aquel ruido, a propósito, se trataba de dos tipos que andaban de excursión y venían del lago Arrowhead. Wade dormía en el estudio, medio borracho. Alguien había sacado antes el revólver del escritorio, ella sabía que usted lo había puesto allí porque se lo dijo aquella mañana. Ahora suponemos que ella no se hubiera olvidado las llaves: entra en la casa, ve que usted está lejos, entra en el estudio y se encuentra con que Wade está dormido, sabe dónde está el revólver, lo agarra, espera el momento oportuno, mata al marido, deja caer el arma donde fue encontrada, vuelve a salir de la casa, espera un poco hasta que se aleja la lancha y entonces toca el timbre y espera que usted le abra la puerta. ¿Alguna objeción?

—¿Y el motivo?

—Sí —replicó Ohls amargamente—; eso lo echa todo abajo. Si ella quería sacárselo de encima, era cosa fácil. Lo tenía en un puño; borracho consuetudinario, antecedentes de violencia ejercidos contra ella. Podía conseguir el divorcio con toda facilidad, la separación de bienes, la demanda por alimentos, todo. No tenía ningún motivo para matarlo. Y, sin embargo, la sincronización fue demasiado perfecta. Cinco minutos antes y ella no habría podido hacerlo, a menos que usted estuviera en el asunto.

Comencé a decir algo, pero él me paró con un ademán:

—Tranquílcese. No estoy acusando a nadie; no hago más que especular. Cinco minutos más tarde y obtenemos la misma respuesta: imposible hacerlo. Ella tenía diez minutos para actuar.

—Diez minutos —repliqué en tono irritado— que eran del todo punto imposibles de prever y mucho menos de planear.

Ohls se reclinó contra el respaldo y suspiró.

—Ya sé. Usted tiene respuesta para todo; yo también, y, sin embargo, la cosa no me gusta nada. ¿Qué diablos hacía usted con esa gente, si se puede saber? El tipo le da un cheque por mil dólares y luego lo rompe. Se enojó con usted, según nos ha contado. De todas maneras, usted no quería el cheque, no se lo hubiera llevado; eso es lo que usted dice. Tal vez. ¿Wade creía que usted se acostaba con su mujer?

—Cambie de tema, Bernie.

—No le pregunto si lo hacía, sólo quiero saber si él lo creía.

—La misma respuesta.

—Muy bien. Probaré otra. ¿Qué ascendiente tenía el mexicano sobre él?

—Que yo sepa, ninguno.

—El mexicano tiene demasiado dinero. Más de mil quinientos dólares en el banco, un vestuario magnífico y un Chevrolet flamante.

—A lo mejor se ocupa del tráfico de drogas.

Ohls se levantó de la silla y me miró con el ceño fruncido.

—Usted es un muchacho de mucha suerte, Marlowe. Dos veces se ha escapado de una buena. No vaya a ser que sienta demasiada confianza en sí mismo. Usted ayudó mucho a esa gente y no sacó ni una moneda de beneficio. Usted también ayudó mucho a un tipo llamado Lennox, por lo que he oído, y tampoco sacó ni una moneda de aquel asunto. ¿Cómo se las arregla para vivir, compañero? ¿Tiene tanto dinero ahorrado que no necesita trabajar más?

Me puse de pie, di la vuelta alrededor del escritorio y me paré frente a Ohls.

—Soy un romántico, Bernie. Durante la noche oigo voces que lloran y voy a ver qué es lo que pasa. De esa forma uno no saca ni un cobre. Si uno tiene un poco de sentido común, lo que debe hacer es cerrar la ventana y poner más fuerte el sonido de la televisión, o apretar el acelerador y alejarse de allí. Permanecer fuera de las dificultades y líos de otra gente. Porque todo lo que uno puede sacar es ensuciarse. La última vez que vi a Terry Lennox tomamos juntos una taza de café que yo mismo preparé aquí, en mi casa, y fumamos un cigarrillo. Entonces, cuando oí que estaba muerto, fui a la cocina, preparé café y serví una taza para él y encendí un cigarrillo para él, y cuando el café estuvo frío y el cigarrillo se hubo consumido, le dije "buenas noches". En esa forma uno no gana ni un centavo. Usted no lo habría hecho. Por eso es un buen policía y yo un detective privado. Eileen Wade está preocupada por su marido; entonces salgo, lo busco y lo llevo a su casa. Otra vez que se encuentra en dificultades y me llama por teléfono, voy a buscarlo, lo levanto del suelo y lo acuesto en la cama, y no saco ni un centavo de todo eso. Ningún porcentaje en absoluto. Nada de nada, excepto que a veces me dan una bofetada en la cara o una buena sacudida o me amenaza algún muchacho de esos que hacen dinero rápido, como Mendy Menéndez. Pero dinero no, ni un centavo. Tengo en mi caja de seguridad un billete de cinco mil dólares, pero nunca gastaré un centavo de él porque hubo algo raro en la forma en que lo conseguí. Al principio solía jugar un poco con él, y aun ahora lo saco de vez en cuando por un rato y lo miro. Pero es todo..., ni una moneda de diez centavos para gastar.

—Debe ser falso —dijo Ohls secamente—, excepto que no los falsifican de esa cantidad. Entonces, ¿adónde quiere llegar con toda esa cháchara?

—A ninguna parte. Le dije que soy un romántico.

—Ya lo oí. Y que no saca ni un centavo de ello. Oí eso también.

—Pero siempre puedo decir a un policía que se vaya al diablo. ¡Váyase al diablo, Bernie!

—Usted no me mandaría al diablo si lo tuviera en interrogatorio en el cuarto de atrás, debajo de la luz, compañero. —Se dirigió hasta la puerta y la abrió de un tirón. —¿Quiere que le diga una cosa, amigo? Usted cree que se hace el vivo, pero no es más que un tonto. Usted es una sombra en la pared. Hace veinte años que estoy en la policía sin que haya habido nada en mi contra. Sé muy bien cuándo me engañan por bromear y cuándo un tipo está ocultándome algo. Aquel que se cree muy vivo no engaña a nadie, sino a sí mismo. Se lo digo yo, compañero, que tengo cierta experiencia.

Se dio vuelta desde la puerta, hizo una inclinación de cabeza y dejó que la puerta se cerrara. Oí sus pasos alejándose por el corredor, taconeando fuerte. En aquel momento empezó a sonar la campanilla del teléfono. Oí una voz clara, con el clásico tono profesional de las operadoras telefónicas que decía: Nueva York está llamando al señor Philip Marlowe.

—Habla Philip Marlowe.

—Gracias. Un momento, por favor, señor Marlowe.

Aquí está su comunicación.

Esta vez la voz era conocida:

—Howard Spencer, señor Marlowe. Estamos enterados de lo ocurrido con Roger Wade. Ha sido un golpe muy duro. No tenemos los detalles completos, pero parece que su nombre está envuelto en el asunto.

—Yo estaba en la casa cuando ocurrió. Se emborrachó y se pegó un tiro. La señora Wade volvió un poco más tarde. Los sirvientes no estaban..., el jueves es su día libre.

—¿Usted estaba solo con él?

—Yo no estaba precisamente con él. Había salido afuera y andaba dando vueltas a la espera del regreso de la señora Wade.

—Comprendo. Bueno, supongo que habrá una investigación.

—La investigación ha terminado, señor Spencer. Suicidio. Y hubo muy poca publicidad.

—¿No me diga? Es extraño. —No pareció desilusionado, sino más bien perplejo y asombrado. —Wade era tan conocido. Debí haber pensado..., bueno, no importa lo que haya pensado. Creo que será mejor que vaya para allá en avión, pero no podré hacerlo antes de fines de la semana que viene. Enviaré un telegrama a la señora Wade. Quizá pueda hacer algo por ella..., y también veremos con respecto al libro. Quiero decir que tal vez esté bastante adelantado y alguna otra persona pueda terminarlo. Supongo que usted aceptó al fin aquel trabajo que le habíamos propuesto.

—No, aunque él mismo me lo pidió. Le contesté de inmediato que yo no podía impedir que se emborrachara.

—Aparentemente usted ni siquiera lo intentó.

—Oiga, señor Spencer, usted no sabe absolutamente nada acerca de esto. ¿Por qué no espera a estar enterado antes de sacar conclusiones? No es que yo mismo no me eche un poco la culpa. Creo que eso es inevitable cuando ocurre algo así y uno se encuentra justo en el lugar del hecho.

—Por supuesto —exclamó Spencer—. Lamento lo que le dije; era totalmente inmerecido. ¿Cree que Eileen Wade estará ahora en la casa..., o no tiene idea?

—No sabría decirle, señor Spencer. ¿Por qué no la llama directamente?

—No creo que quiera hablar con nadie todavía —dijo Spencer, lentamente.

—¿Por qué no? Habló con el investigador y ni siquiera pestañeó.

Spencer carraspeó como aclarándose la garganta.

—No parece condolerse mucho.

—Roger Wade ha muerto, Spencer. Tenía algo de anormal y quizá de genio. Eso está por encima de mí. Era un borrachín egoísta y se odiaba a sí mismo. No hizo más que darme muchos disgustos y meterme en dificultades, y al final muchos dolores. ¿Por qué diablos tendría que condolerme?

—Yo me refería a la señora Wade —replicó secamente.

—Yo también.

—Lo llamaré a mi llegada —dijo con brusquedad—. Adiós. —Cortó la comunicación.

Durante un par de minutos contemplé el teléfono sin hacer ningún movimiento. Después puse sobre el escritorio la guía de teléfonos y empecé a buscar un número.

CAPÍTULO XL

Llamé a la oficina de Sewell Endicott. Me dijeron que estaba en el tribunal y que regresaría a última hora de la tarde. ¿Desearía dejar mi nombre? No.

Marqué el número del club nocturno de Mendy Menéndez, en el Strip. Aquel año se llamaba “El Tapado”, que no era un feo nombre. En el pasado había tenido otros nombres, unos cuantos. Un año sólo fue un número azul de neón sobre una alta pared vacía que miraba al sur, con los fondos apoyados en la colina y el camino de entrada formando una curva a un costado, de modo que estaba fuera del alcance de la vista desde la calle. Muy exclusivo. Nadie conocía mucho el lugar, excepto la policía, los pandilleros y la gente que podía pagar treinta dólares por una buena cena y cualquier cantidad, por encima de cincuenta, por una gran habitación tranquila en el primer piso.

Primero apareció una mujer que no sabía nada de nada. Después vino un tipo de acento mexicano.

—¿Usted desea hablar con el señor Menéndez? ¿Quién habla?

—No hay nombres, amigo. Asunto privado.

—Un momento, por favor.

Se produjo una larga espera. Esta vez vino un tipo de agallas. Parecía como si hablara a través de la ranura de un tanque blindado.

—Hable claro. ¿Quién quiere hablar con Menéndez?

—Marlowe.

—¿Quién es Marlowe?

—¿Habla Chick Agostino?

—No, no habla Chick. Vamos, dígame la contraseña.

—Vaya a freír espárragos.

Oí una risita ahogada y después:

—No corte.

Finalmente otra voz dijo:

—Hola, infeliz. ¿Qué es lo que quiere?

—¿Está solo?

—Vamos, puede hablar, infeliz. Estaba preparando algunos detalles para el espectáculo de la noche.

—Podría cortarse la cabeza y sería un buen espectáculo.

—¿Y cómo haría para salir de nuevo cuando me pidieran el bis?

Yo me reí y él también.

—¿No ha estado metiendo la nariz en nada? —me preguntó.

—¿No se enteró? Me hice amigo de otro tipo que se suicidó. De ahora en adelante me van a llamar “El muchacho del beso de la muerte”.

—Muy divertido, ¿no?

—No, no tiene nada de divertido. La otra tarde tomé el té con Harlan Potter.

—Va por buen camino. Yo nunca bebo ese mejunje.

—Me dijo que usted debía ser amable conmigo.

—Nunca me encontré con ese tipo y no pienso hacerlo.

—Todo lo que quiero es una pequeña información, Mendy. Sobre Paul Marston.

—Nunca oí hablar de él.

—Lo dijo muy rápido. Paul Marston era el nombre que Terry Lennox usó en Nueva York, antes de venir al Oeste.

—¿Y con eso?

—Las impresiones digitales de Terry fueron verificadas por medio de los ficheros del FBI. No había antecedentes. Eso significa que nunca sirvió en las Fuerzas Armadas.

—¿Y con eso?

—¿Tengo que decírselo todo? O bien toda aquella historia suya sobre la ratonera era un cuento andaluz o sucedió en alguna otra parte.

—Yo no le dije dónde ocurrió, infeliz. Hágame caso y olvídense de todo el asunto. Ya se lo he advertido y se lo vuelvo a repetir.

—¡Ah, claro! Estoy haciendo algo que no es de su agrado. Pero no trate de asustarme, Mendy. Estoy acostumbrado a enfrentarme con los polizontes. ¿Ha estado alguna vez en Inglaterra?

—Sea inteligente y no se meta en honduras, infeliz. Mire que en esta ciudad a un hombre le pueden pasar muchas cosas. Pueden ocurrirle muchas cosas a muchachos fornidos como Willie Magoon. Le aconsejo que eche una ojeada al diario de la tarde.

—Conseguiré uno si usted lo dice. Tal vez hasta esté mi foto. ¿Qué pasa con Magoon?

—Lo que le dije... pueden pasar muchas cosas. No sé cómo fue; sólo sé lo que leí. Parece que Magoon trató de sacudir el polvo a cuatro muchachos que estaban en un coche con matrícula de Nevada. Estaba estacionado al lado de su casa. La cuestión es que Magoon no está muy divertido que digamos; los dos brazos enyesados y la mandíbula partida en tres y una pierna en alta tracción. Magoon ya no se hace el guapo. Podría pasarle a usted.

—El lo molestaba, ¿eh? Lo vi una vez frente a "Victor" arrinconar contra la pared a su muchacho Chick. ¿Le parece que llame a uno de los muchachos de la oficina del alguacil y se lo diga?

—Hágalo, infeliz —dijo lentamente—. Atrévase.

—Y mencionaré que en aquella ocasión acababa de beber una copa con la hija de Harlan Potter. En cierto sentido, evidencia corroborante, ¿no lo cree? ¿Piensa destrozarla a ella también?

—Escúcheme cuidadosamente, infeliz...

—¿Ha estado alguna vez en Inglaterra, Mendy? ¿Usted y Randy Starr y Paul Marston o Terry Lennox o cualquiera fuese su nombre? ¿Tal vez en el Ejército Británico? ¿Tenía un negocio medio vidrioso en el Soho y las cosas se pusieron feas y hasta que se apaciguaron pensó que el ejército era el lugar más apropiado?

—Espere un momento; no corte.

Pasó un largo rato y se me empezó a cansar el brazo. Cambié el auricular a la otra mano. Finalmente volvió Menendez.

—Ahora escúcheme con todo cuidado, Marlowe. Si usted llega a remover el caso Lennox, es hombre muerto. Terry era mi amigo y yo tengo mis sentimientos, lo mismo que usted tiene los suyos. Así que lo complaceré hasta cierto límite, pero más allá no. Estábamos en un equipo de comandos. Británico. Sucedió en Noruega, en una de las islas costeras. Tiene millones de islas. En noviembre de 1942. ¿Ahora quiere hacerme el favor de acostarse y darle descanso a su cerebro fatigado?

—Gracias, Mendy. Es lo que haré. Conmigo su secreto está a salvo. No se lo diré a nadie excepto a la gente que yo sé.

—Compre el diario. Léalo, no se olvide de lo que lee. El gran Willie Magoon, un tipo fornido y de pelo en pecho. Le dieron una paliza frente a su misma casa. ¡Y lo sorprendido que estaba cuando volvió en sí!

Mendy cortó la comunicación.

Fui abajo y compré un diario y era justamente como había dicho Menéndez. Había una foto de Bib Willie Magoon en la cama del hospital. Se podía verle la mitad de la cara y un ojo. El resto eran vendajes. Herido seriamente, pero no de gravedad. Los muchachos habían tenido mucho cuidado. Querían que viviera. Después de todo, es un policía. En nuestra ciudad los maleantes no matan a la policía. Dejan eso para los delincuentes juveniles. Y un policía vivo que ha pasado por la máquina de picar carne es mucha mejor publicidad. Finalmente termina por recuperarse y vuelve al trabajo. Pero desde aquel momento hay algo que falta... esa última pulgada de acero que hace toda la diferencia. El es la lección viviente de que es un error tratar con demasiada dureza a los muchachos del racket..., especialmente si uno pertenece a la patrulla que lucha contra la inmoralidad, come en los mejores lugares, y conduce un Cadillac.

Permanecí sentado reflexionando sobre la reciente conversación y después marqué el número de la Organización Carne y pregunté por George Peters. Había salido. Dejé mi nombre y dije que se trataba de un asunto urgente. Peters volvería a las cinco y media.

Me dirigí a la Biblioteca Pública de Hollywood y formulé algunas preguntas en la oficina de informes pero no hallé lo que buscaba, de modo que regresé a casa, saqué el coche y fui a la Biblioteca Principal. Allí di con lo que necesitaba, lo encontré en un libro pequeño, encuadernado en rojo y publicado en Inglaterra. Copié los datos que me interesaban y regresé a casa. Llamé de nuevo a la Organización Carne. Peters no había llegado todavía, de modo que pedí a la telefonista que pasara la llamada a mi domicilio particular.

Puse el tablero de ajedrez sobre la mesita y preparé un problema llamado La Esfinge. Está impreso en el libro sobre ajedrez de Blackburn, el mago del ajedrez inglés, probablemente el jugador más dinámico que haya existido, aunque no hubiera salido primero en el tipo de ajedrez de guerra fría que se juega en nuestros días. La Esfinge tiene once movimientos y justifica su nombre. Los problemas de ajedrez raras veces tienen más de cuatro o cinco movimientos. Más allá de ahí, la dificultad para resolverlos crece casi en

proporción geométrica. Un problema con once movimientos es una tortura completa, sin ninguna adulteración.

Muy de cuando en cuando, en momentos en que me siento completamente desgraciado, lo preparo y busco una nueva manera de resolverlo. Es una forma agradable y tranquila de volverse loco. Uno ni siquiera grita, aunque le falte poco.

George Peters me llamó a las cinco y cuarenta. Intercambiamos amabilidades y condolencias.

—He visto que se ha metido en otro lío —me dijo alegremente—. ¿Por qué no intenta algún negocio tranquilo como el embalsamamiento?

—Lleva demasiado tiempo para aprenderlo. Oiga, quiero hacerme cliente de su agencia, si no me costara mucho.

—Depende de lo que desea que hagamos, amigo. Y tendrá que hablar con Carne.

—No.

—Bueno, dígame.

—Londres está lleno de tipos de mi oficio, pero para mí todos son iguales, no distingo uno de otro. Allí los llaman agentes de investigación privada. Su empresa tendrá seguramente conexiones en aquella ciudad. Yo me vería obligado a elegir un nombre al azar y probablemente me engañarían. Necesito una información que debe ser fácil de conseguir y la necesito rápido. Antes de fines de la semana próxima.

—Desembuche.

—Quiero saber algo sobre la actividad durante la guerra de Terry Lennox o Paul Marston o cualquier otro nombre que haya usado. Estaba allí con los comandos. Fue herido y capturado en noviembre de 1942 durante un ataque, en una isla de Noruega. Quiero saber a qué puesto fue destinado y qué le ocurrió. La Oficina de Guerra debe tener todos los datos. No es una información secreta, por lo menos yo no lo creo. Se podría alegar que se trata de una cuestión de herencia.

—Usted no necesita un investigador privado para eso. Puede conseguirla directamente. No tiene más que escribir una carta.

—¡Vamos, Georgie! Recibiría respuesta al cabo de tres meses y la necesito dentro de cinco días.

—Eso sí que es una ocurrencia. ¿Algo más?

—Una sola cosa. En un lugar llamado *Somerset House* llevan en un registro todas las estadísticas demográficas. Quiero saber si Lennox o Marston figura allí en alguno de los renglones... nacimiento, matrimonio, naturalización, etcétera...

—¿Por qué?

—¿Qué quiere decir con ese "por qué"? ¿Quién es el que paga la cuenta?

—¿Supongamos que los nombres no aparezcan?

—Entonces me embromaré. Pero si aparecen, quiero copia certificada de todo lo que encuentre su hombre. ¿Cuánto piensa fajarme?

—Tendré que preguntar a Carne, es capaz de rechazar el asunto. No nos interesa esa clase de publicidad. Pero si me autoriza a ocuparme del trabajo, y usted se compromete a no mencionar la vinculación con nosotros, calculo que podrán ser unos trescientos dólares. Los muchachos ingleses no sacan mucho si comparamos con nuestras tarifas en dólares; podrían cargarnos diez guineas, o sea menos de treinta dólares, y a eso hay que agregar los posibles gastos. Digamos cincuenta dólares en total y Carne no abrirá un fichero por menos de doscientos cincuenta.

—¿Tarifa profesional? ¡Ja, ja! El nunca oyó hablar de eso. Muy bien, Peters.

—Llámeme George. ¿Quiere que cenemos juntos?

—¡Cómo no!

—¿Qué le parece el restaurante *Romanoff's*?

—Muy bien —refunfuñé—, si es que me reservan una mesa..., cosa que dudo.

—Podemos ocupar la mesa de Carne. He podido averiguar que hoy comerá en privado. Es cliente de *Romanoff's*. Carne es un muchacho bastante importante en la ciudad.

—Sí, seguro. Conozco a alguien, y lo conozco personalmente, que podría perder a Carne con sólo mover la uña del dedo meñique.

—Buen trabajo, chico. Siempre me imaginé que se saldría con la suya. Lo veré a eso de las siete en el bar de *Romanoff's*. Dígale al *chef* que está esperando al coronel Carne. Le hará espacio alrededor suyo para que no se codee con cualquier pobre gato, como esos guionistas de películas o actores de televisión.

—Perfecto. Lo veré a las siete.

Cortamos la comunicación y yo volví al tablero de ajedrez. Pero La Esfinge dejó de interesarme. A los pocos minutos Peters me volvió a llamar para decirme que Carne estaba de acuerdo, siempre que el nombre de la agencia no fuera vinculado para nada con mis problemas. Peters me comunicó entonces que enviaría de inmediato a Londres un cable nocturno.

CAPÍTULO XLI

Howard Spencer me llamó el viernes por la mañana. Se alojaba en el “Ritz-Beverly” y me sugería que pasara por el bar a tomar una copa.

—Será mejor que nos veamos en su habitación.

—Muy bien, si lo prefiere así. Cuarto número ochocientos veintiocho. Acabo de hablar con Eileen Wade. Parece bastante resignada. Ha leído la parte del libro que dejó escrita Roger y cree que puede terminárselo con mucha facilidad. Resultará bastante más corto que sus otros libros, pero se verá compensado por el valor publicitario. Me imagino que usted piensa que nosotros, los editores, somos tipos sin ningún corazón. Eileen estará en la casa toda la tarde. Quiere verme, naturalmente, y yo quiero verla a ella.

—Dentro de media hora estaré en el hotel, señor Spencer.

Spencer ocupaba un lindo apartamento en el ala oeste del hotel. El *living-room* tenía ventanas altas que daban a un balcón estrecho, con barandilla de hierro. Los muebles tapizados con tela rayada y el dibujo floreado de la alfombra, daban al conjunto un aire anticuado, aunque todos los objetos sobre los que se podía apoyar un vaso tenían una tapa de cristal y había diecinueve ceniceros diseminados por todos los rincones. El cuarto de un hotel indica en forma bastante clara los modales de sus huéspedes. El Ritz — Beverly no esperaba modales de ninguna clase.

Nos estrechamos las manos.

—Tome asiento —dijo—. ¿Qué quiere beber?

—Cualquier cosa o nada. No es obligación que tome algo.

—Tengo ganas de tomar una copa de amontillado. En California no se puede beber mucho en verano. En Nueva York bebo cuatro veces más y las consecuencias son mucho menores.

—Tomaré un whisky.

Se dirigió hacia el teléfono e hizo el pedido. Después se sentó en uno de los sillones tapizados con tela a rayas y se sacó los lentes para limpiar los cristales con el pañuelo. Se los colocó de nuevo, los ajustó con cuidado y me clavó la vista.

—Supongo que quiere decirme algo y es por eso que prefirió verme aquí y no en el bar —dijo.

—Lo llevaré hasta Idle Valley. Yo también quisiera ver a la señora Wade.

Me pareció que se sentía un poco incómodo.

—No estoy seguro que ella tenga deseos de verlo —dijo.

—Ya sé que no los tiene. Me doy cuenta por su expresión.

—¿No le parece que eso sería poco diplomático de mi parte?

—¿La señora Wade le dijo que no quería verme?

—No exactamente, no con esas palabras. —Se aclaró la garganta—. Tengo la impresión de que le echa la culpa de la muerte de Roger.

—Sí. Eso lo dijo en seguida al agente que vino la tarde que Roger murió. Es probable que también se lo haya dicho al teniente de la sección homicidios que investigó la muerte del marido. Sin embargo, no se lo dijo al investigador.

Spencer se recostó en el respaldo y se rascó la planta de la mano con el dedo, lentamente.

—¿Qué sacaré con verla, Marlowe? Para ella ha sido una experiencia terrible. Me imagino que toda su vida debe haber sido espantosa desde hace bastante tiempo. ¿Por qué volver a revivir todo aquello? ¿Piensa convencerla de que usted no pasó nada por alto y de que no tuvo la culpa?

—Ella le dijo al agente que yo lo maté.

—Quizá no quiso decirlo en sentido literal. De otra manera...

Se oyó el zumbido del llamador de la puerta. Spencer se levantó y abrió la puerta. El mozo apareció con las bebidas y las puso en la mesa con tanto aparato como si estuviera sirviendo una cena de siete platos. Spencer firmó la cuenta y le dio la propina. El mozo agradeció y se fue. Spencer agarró la copa de jerez y se apartó de la mesa como si no quisiera alcanzarme la mía. Yo la dejé donde estaba.

—¿De otra manera qué? —le pregunté.

—De otra manera ella le habría dicho algo al investigador, ¿no le parece? —Frunció el ceño y agregó—: Creo que estamos diciendo tonterías. ¿Podría decirme para qué quería verme?

—Usted quería verme —le dije.

—Sí —replicó fríamente—, sólo porque cuando le hablé desde Nueva York usted me echó en cara que estaba sacando conclusiones apresuradas. Eso implica para mí que usted tenía algo que explicar. Bueno, ¿de qué se trata?

—Me gustaría explicárselo en presencia de la señora Wade.

—No me interesa la idea. Pienso que será mejor que usted haga por su cuenta los arreglos que crea convenientes. Siento gran estima por la señora Wade. Como hombre de negocios quisiera salvar el trabajo de Roger, si eso fuera posible. Si Eileen tiene de usted la opinión que usted mismo acaba de sugerir, no puedo servir de instrumento para introducirlo en su casa. Sea razonable.

—Muy bien —contesté—. No hablemos más del asunto. Puedo ir a verla en cualquier momento sin ninguna dificultad. Simplemente pensé que me gustaría llevar a alguien como testigo.

—¿Como testigo de qué? —me preguntó instantáneamente.

—Lo oirá en presencia de ella o no lo oirá nunca.

—Entonces no lo oiré nunca.

Me puse de pie.

—Probablemente usted hace lo que cree correcto, Spencer. Usted quiere conseguir el libro de Wade... si es que puede utilizarlo. Y además quiere ser un tipo amable. Las dos son ambiciones muy loables, pero a mí no me interesa ninguna de ellas. Le deseo mucha suerte y adiós.

De pronto, Spencer se puso de pie y se acercó a mí.

—Espere un minuto, Marlowe. No sé qué es lo que está pensando, pero me parece que se lo toma muy en serio. ¿Hay algún misterio en la muerte de Roger Wade?

—Ninguno. Se disparó un tiro en la cabeza con un revólver Webley Hammerless. ¿No vio el informe de la investigación?

—Sí.

Estaba de pie a mi lado y parecía molesto y preocupado.

—Ciertamente. Eso salió en los diarios del este y un par de días después salió una crónica mucho más detallada en el diario de Los Angeles. El estaba solo en la casa, aunque usted no se encontraba lejos. Los sirvientes, Candy y el cocinero, habían salido, y Eileen había ido al centro de compras y llegó a la casa justo des-

pués que ocurrió. En el momento en que sucedió la cosa, una lancha muy ruidosa pasó por el lago y ahogó el sonido del disparo, de suerte que ni siquiera usted lo oyó.

—Así fue —dije—. Entonces la lancha se alejó y yo abandoné la orilla del lago y me dirigí hacia la casa, oí el timbre de la entrada, abrí la puerta y me encontré con Eileen Wade, que se había olvidado las llaves. Roger ya estaba muerto. Ella miró dentro del estudio desde la puerta, creyó que él estaba dormido en el diván y se fue a la cocina para preparar té. Un poco más tarde que ella, yo también miré al interior del estudio, noté que no había ningún rumor de respiración y encontré el motivo. A su debido tiempo llamé a los representantes de la ley.

—No veo ningún misterio —dijo Spencer con calma; el tono mordaz había desaparecido de su voz—. Era el propio revólver de Roger y no hacía más de una semana que lo había disparado en su propio cuarto. Usted encontró a Eileen luchando para sacárselo. Su estado de ánimo, su comportamiento, su depresión con respecto a su trabajo... todo eso salió afuera.

—Ella le dijo que el libro era bueno. ¿Por qué iba a sentirse deprimido por eso?

—Esa no es más que la opinión de ella, ¿sabe? El libro puede ser muy malo. O él puede haber pensado que era peor de lo que es en realidad. Continúe. No soy ningún tonto. Me doy cuenta de que hay algo más.

—El detective que investigó el caso es un viejo amigo mío. Un verdadero sabueso y un policía inteligente. Hay algunas cosas que no le gustan. ¿Por qué Roger no dejó ninguna nota... cuando estaba loco por escribir? ¿Por qué se suicidó en esa forma, dejando que fuera su propia mujer la que hiciese el terrible descubrimiento? ¿Por qué se preocupó por elegir el preciso momento en que yo no podía escuchar el ruido del disparo? ¿Por qué ella se olvidó las llaves de modo que hubo que abrirle la puerta para que entrara? ¿Por qué lo dejó solo justamente el día libre de la servidumbre? Acuértese que ella dijo que no sabía que yo estaría allí. Si lo sabía, las dos últimas dudas pueden ser eliminadas.

—Dios —balbució Spencer—, ¿quiere darme a entender que ese loco maldito sospecha de Eileen?

—Sospecharía si hubiera podido encontrar un motivo.

—Eso es ridículo. ¿Por qué no sospechar de usted? Usted tenía toda la tarde para sí. Ella no disponía de más de unos minutos... y se había olvidado las llaves de la casa.

—¿Qué motivo podía tener yo?

Spencer agarró mi vaso de whisky y se lo bebió de un trago. Puso el vaso sobre la mesa con sumo cuidado, sacó el pañuelo y se limpió los labios y los dedos que habían quedado humedecidos por el contacto con el vaso helado. Guardó el pañuelo en el bolsillo y se quedó mirándome.

—¿La investigación continúa?

—No lo sé. Pero hay una cosa segura. A estas horas ya deben saber, por la concentración alcohólica, si había bebido tanto alcohol como para seguir de largo y estar borracho perdido. Si fuera así, podrán surgir dificultades.

—Y usted quiere hablar con ella —dijo Spencer, recalcando cada palabra —en presencia de testigos.

—Así es.

—Esto para mí significa únicamente dos cosas, Marlowe. O bien usted está muy asustado o piensa que ella lo está.

Yo hice un leve gesto afirmativo.

—¿Cuál de las dos? —me preguntó en tono severo.

—Yo no estoy asustado.

Miró el reloj y dijo:

—Ruego a Dios que usted esté loco.

Nos miramos en silencio.

CAPÍTULO XLII

Cuando atravesamos el Coldwater Canyon en dirección al norte, comenzó a apretar el calor. Subimos hasta la cumbre de la colina y después fuimos bajando hacia el valle de San Francisco. No corría brisa alguna y la atmósfera parecía de fuego. Miré a Spencer de soslayo. Tenía puesto el chaleco, pero evidentemente el calor no lo molestaba. Había algo que lo molestaba mucho más. Tenía la vista clavada adelante y no pronunció ni una sola palabra en todo el camino. El valle estaba cubierto por una espesa niebla. Desde abajo parecía un vaho que subiera del suelo; en seguida estuvimos en medio de la niebla y aquello sacó a Spencer de su silencio.

—Dios mío, yo pensaba que en el sur de California tenían un buen clima —refunfuñó—. ¿Qué hacen..., queman viejos neumáticos de camiones?

—En Idle Valley estaremos bien —le prometí para consolarlo—. Allí sopla la brisa del océano.

—Me alegro que tengan algo más que borrachos —dijo—. Por lo que he visto de la gente local que vive en los barrios ricos, creo que Roger Wade cometió un trágico error al venir a vivir aquí. Un escritor necesita estímulo... y no del tipo que se embotella. Por estos sitios no más que una gran borrachera quemada por el sol. Por supuesto, me estoy refiriendo a la gente de la capa superior.

Di la vuelta y disminuí la velocidad para recorrer el tramo polvoriento de la entrada de Idle Valley, después seguí de nuevo por el pavimento y al cabo de un rato se hizo sentir la brisa del océano que se filtraba por entre las colinas. Altos rociadores automáticos giraban en los grandes jardines cubiertos de suave césped y el agua zumbaba al rozarlos. En aquel momento, la mayor parte de la gente debía estar en alguna otra parte. Eso podía verse por el aspecto de las casas, con sus persianas cerradas, y por la forma en que el camión del jardinero estaba estacionado en el medio del camino de entrada de los coches. Llegamos a la casa de los Wade; atravesé la entrada y detuve el coche detrás del Jaguar de Eileen. Spencer bajó y con paso firme se dirigió hacia el pórtico de la casa. Tocó el timbre y la puerta se abrió casi en seguida. Apareció Candy con la chaqueta blanca, el rostro moreno y agradable y los ojos negros y penetrantes. Todo estaba en orden.

Spencer entró. Candy me dirigió una breve mirada y me cerró la puerta en las narices con mucha limpieza. Esperé un rato y no pasó nada. Apreté el timbre y oí el campanilleo. Se abrió la puerta y Candy salió gritando.

—¡Salga de aquí! En seguida. ¿O quiere que le clave el cuchillo en el estómago?

—He venido a ver a la señora Wade.

—Ella no quiere saber nada de usted.

—¡Fuera de mi camino, palurdo! Tengo que hacer aquí.

—¡Candy! —Era la voz de la señora Wade y su tono era violento.

Candy me dirigió una mirada furiosa y se metió en la casa. Yo entré y cerré la puerta. Vi a la señora Wade de pie al lado de uno de los sofás y a Spencer a su lado. Estaba fantástica. Llevaba pantalones blancos, con la cintura muy alta, blusa tipo camisa sport, blanca, con media manga, y por el bolsillo colocado sobre su seno izquierdo asomaba un pañuelo color lila.

—Ultimamente Candy tiene impulsos de dictador —dijo la señora Wade dirigiéndose a Spencer—. Me alegro de verlo, Howard. Ha sido muy amable al hacer un viaje tan largo para venir a verme. No pensé que vendría con otra persona.

—Marlowe me trajo hasta aquí —explicó Spencer—. Además me dijo que quería verla.

—No puedo imaginarme para qué —contestó ella fríamente. Al fin se dio por enterada de mi presencia y se dignó dirigirme una mirada que no era precisamente como para darme a entender que el no haberme visto durante una semana había producido un vacío en su vida.

—¿Bueno? —preguntó.

—Va a llevarme un poco de tiempo —respondí.

Ella se sentó lentamente. Yo me senté en el otro sofá. Spencer tenía el ceño fruncido. Se sacó los lentes y los limpió, lo que le dio la oportunidad de fruncir el ceño con mayor naturalidad. Se sentó en el mismo sofá que yo, pero en el otro extremo.

—Estaba segura de que vendría a tiempo para almorzar conmigo —le dijo la señora Wade, sonriendo.

—Hoy no puedo, gracias.

—¿No? Bueno, lo dejaremos para otra vez, si está muy ocupado. Entonces, ¿únicamente quiere ver los escritos de Roger?

—Si es que puedo hacerlo.

—Por supuesto. ¡Candy! ¡Oh!, se ha ido. Se los traeré yo; están sobre el escritorio de Roger.

Spencer se puso de pie.

—¿Puedo ir a buscarlos? —Sin esperar respuesta se encaminó hacia el estudio. Cuando estaba a unos dos metros detrás de Eileen se detuvo y me dirigió una mirada muy significativa. Después prosiguió su camino. Permanecí sentado, en actitud de espera, hasta que la señora Wade volvió la cabeza y me dirigió una mirada fría e impersonal.

—¿Para qué quería verme? —me preguntó secamente.

—Por varias cosas. Veo que usa de nuevo aquel pendiente.

—Lo uso a menudo. Me lo regaló un amigo muy querido, hace ya mucho tiempo.

—Sí. Me lo contó. Es una especie de insignia militar inglesa, ¿no?

Ella sostuvo el pendiente con la mano, por el extremo de la cadena.

—Es la reproducción de una insignia hecha por un joyero. Es de oro y esmalte, y más pequeña que el original.

Spencer regresó al *living-room*, volvió a sentarse y colocó una gruesa pila de hojas de papel amarillo sobre la mesita que tenía delante. Les echó una ojeada indiferente y después fijó la vista en Eileen.

¿Puedo mirarlo más de cerca? —pregunté.

La señora Wade hizo girar la cadena alrededor del cuello hasta encontrar el broche y lo abrió. Me entregó el pendiente, o mejor dicho, lo dejó caer en mi mano. Apoyó las manos sobre la falda y me miró con curiosidad.

—¿Por qué está tan interesado? Es la insignia de un regimiento llamado Los Rifleros, un regimiento territorial. El hombre que me lo regaló desapareció poco después. En Andalsnes, Noruega, en la primavera de aquel año terrible... 1940. —Sonrió e hizo un breve gesto con la mano—. Estaba enamorado de mí.

—Eileen estuvo en Londres durante toda la blitzkrieg —dijo Spencer con voz inexpresiva—. No alcanzó a irse a tiempo.

Los dos ignoramos a Spencer.

—Y usted estaba enamorada de él —agregué.

Eileen bajó la vista y al cabo de un instante levantó la cabeza y nuestras miradas se entrecruzaron.

—Fue hace mucho tiempo y estábamos en guerra. A veces ocurren cosas extrañas.

—Fue algo más que eso, señora Wade. Me parece que se ha olvidado de todo lo que me dijo con respecto a aquel hombre. "Ese amor intenso, misterioso y apasionado que sólo se siente una sola vez." Estoy citando sus propias palabras. En cierto sentido usted todavía sigue enamorada de él. Es una casualidad que yo tenga sus mismas iniciales. Supongo que eso tuvo algo que ver con el hecho de que me eligiera a mí y no a cualquier otro detective.

—Su nombre no tenía parecido alguno con el suyo —contestó fríamente—. Y él está muerto, muerto, muerto.

Le pasé a Spencer el pendiente de oro y esmalte. Lo tomó de mala gana y murmuró:

—Ya lo he visto antes.

—Fíjese en el dibujo, a ver si mis ojos no me engañan —le dije—. Consiste en una daga o puñal ancho, en esmalte blanco con borde dorado. El puñal apunta hacia abajo y la hoja cruza frente a un par de alas enroscadas hacia arriba, en esmalte azul, y después pasa detrás de una hoja de pergamino. Sobre el pergamino están escritas las siguientes palabras. EL QUE OSA, VENCE.

—Parece correcto, pero ¿qué importancia puede tener?

—La señora Wade dijo que era una insignia de los Rifleros, un regimiento territorial. Dijo que se lo regaló un hombre que estuvo en aquel regimiento y que desapareció durante la campaña de Noruega, en la primavera de 1940, en Andalsnes.

Los dos me escuchaban con atención. Spencer no me sacaba los ojos de encima. Sabía que no estaba hablando porque sí y Eileen también lo sabía. Tenía las cejas contraídas en una arruga profunda que impartía al rostro una expresión de perplejidad que podía muy bien ser auténtica, pero que con toda seguridad era inamistosa.

—Esta es una insignia que se lleva en el brazo. Fue creada cuando Los Rifleros fueron reorganizados o asignados o incorporados o sea lo que fuere el nombre que corresponde, a un Equipo Especial de Servicio Aéreo. Originariamente había sido un Regimiento Territorial de Infantería. Esta insignia ni siquiera existió hasta 1947. En consecuencia, nadie pudo dársela a la señora Wade en 1940. Además no hubo ningún regimiento de Rifleros que desembarcara en Andalsnes, Noruega, en 1940. Los Foresters Sherwood y los Leicestershires sí lo hicieron; ambos eran Territoriales. Pero Los Rifleros, no.

Spencer puso el pendiente sobre la mesa y lo empujó lentamente hasta que quedó delante de Eileen. No pronunció una sola palabra.

—¿Usted cree que si eso fuera cierto yo no lo sabría? —preguntó Eileen en tono despreciativo.

—¿Usted cree que el Ministerio de Guerra Británico no lo sabría? —repliqué de inmediato.

—Es evidente que debe haber algún error —dijo Spencer suavemente.

Me di vuelta y le dirigí una mirada dura.

—Esa es una forma de explicarlo.

—Otra forma de explicarlo es que yo sea una mentirosa —dijo Eileen Wade con voz fría como el hielo—. Nunca conocí a nadie llamado Paul Marston, nunca lo quise, ni él a mí. El no me dio la reproducción de la insignia de su regimiento, ni desapareció en acción, ni existió nunca. Yo misma compré esta insignia en un negocio de Nueva York donde se especializan en artículos ingleses importados, artículos de cuero, zapatos hechos a mano, corbatas de colegios y regimientos, chaquetas para jugar al cricket, chucherías con escudos de armas y otras cosas por el estilo. ¿Esta explicación le satisface, señor Marlowe?

—La última parte, sí, pero no la primera. Sin duda alguien le dijo que era una insignia de los Rifleros y se olvidó especificar de qué clase se trataba o no lo sabría. Pero usted conoció a Paul Marston y él prestó servicios en aquel regimiento y desapareció en acción en Noruega. Pero eso no sucedió en 1940, señora Wade, sino en 1942, y en aquel entonces él estaba en los comandos y no fue en Andalsnes sino en una pequeña isla costera en donde los comandos realizaron una acción relámpago.

—No veo la necesidad de decirlo en forma tan hostil —dijo Spencer en tono decidido. Comenzó a jugar con las hojas amarillas que tenía delante. Yo no sabía si trataba de calmarse o simplemente se sentía resentido. Agarró un alto de hojas amarillas y las sopesó en la mano.

—¿Piensa comprar el material por el peso? —le pregunté.

Pareció sorprendido y después sonrió, con sonrisa de compromiso.

—Eileen pasó una época muy dura en Londres dijo Spencer—. Uno puede confundir las cosas en la memoria.

Saqué del bolsillo un papel doblado.

—Claro, como por ejemplo con quién se ha casado uno. Esta es una copia certificada de un acta matrimonial. El original proviene de la Oficina de Registro Civil de Caxton. La fecha del casamiento es agosto de 1942. Los cónyuges son Paul Edward Marston y Eileen Victoria Sampsell. En cierto sentido la señora Wade tiene razón. Paul Edward Marston no existía. Era un nombre falso porque en el ejército hay que tener autorización para contraer matrimonio. El hombre inventó una identidad. En el ejército tenía otro nombre. Tengo en mi poder su historia militar completa. A mí me asombra que la gente nunca parezca comprender que todo lo que uno tiene que hacer es preguntar.

Spencer quedó inmóvil, con la mirada fija, pero no en mí, sino en Eileen. Ella lo miró a su vez y en su rostro se dibujó una de esas sonrisas lánguidas, con una mezcla de arrepentimiento y seducción, en las que son tan especialistas las mujeres.

—Pero él había muerto, Howard. Mucho antes de que yo conociera a Roger. ¿Qué importancia podía tener? Roger estaba enterado de todo. Nunca dejé de usar mi apellido de soltera. Tuve que hacerlo dadas las circunstancias. Estaba en mi pasaporte. Entonces, cuando él murió en acción... —hizo una pausa, suspiró lentamente y dejó que la mano cayera con suavidad sobre la rodilla—. Todo terminó, todo estaba arruinado, perdido para siempre.

—¿Está segura de que Roger lo sabía? —preguntó Spencer suavemente.

—Sabía algo —interrumpí yo—. El nombre Paul Marston tenía para él algún significado. Se lo pregunté una vez y sus ojos adquirieron una expresión extraña, pero no me explicó el motivo.

Eileen no hizo caso de mis palabras y se dirigió a Spencer.

—¡Claro! ¡Por supuesto que Roger estaba enterado de todo! —Sonrió a Spencer pacientemente, como si éste fuera algo lento en comprender. ¡Los trucos que usan las mujeres!

—Entonces, ¿por qué mintió con respecto a las fechas? —preguntó Spencer con sequedad—. ¿Por qué dice que el hombre desapareció en 1940 cuando eso ocurrió en 1942? ¿Por qué usa una insignia que él no pudo haberle dado y se empeña en contar que se la regaló?

—Tal vez estuve perdida en un sueño —contestó ella con voz suave —o en una pesadilla, para ser más exacta. Muchos de mis amigos murieron en los bombardeos. Cuando uno daba las buenas noches a alguien, en aquellos días era más que eso, una despedida final. Y cuando se decía adiós a un soldado... era mucho peor. Siempre mueren los buenos y los honrados.

El no dijo nada. Yo no dije nada. Ella bajó la vista y miró el pendiente abandonado sobre la mesa. Lo tomó, lo unió a la cadena de alrededor del cuello y lo echó hacia atrás con toda calma.

—Sé que no tengo ningún derecho a interrogarla, Eileen —dijo Spencer—. Dejemos esto y olvidémosnos. Marlowe hizo toda una alharaca con la insignia y el certificado de matrimonio y lo demás. Durante un instante creo que hasta me hizo dudar.

—El señor Marlowe transforma cualquier bagatela en una cosa importante —dijo ella con calma—. Pero cuando se trata verdaderamente de una cosa importante, como salvar la vida de un hombre, se va afuera a observar una lancha insignificante que anda dando vueltas por el lago.

—Y usted nunca volvió a ver a Paul Marston —continuó.

—¿Cómo podría haberlo visto si había muerto?

—Usted no sabía que había muerto. La Cruz Roja no informó sobre su muerte. Pudo haber caído prisionero.

Ella se estremeció de pronto.

—En octubre de 1942, Hitler dictó la orden de que todos los prisioneros de los comandos fueran entregados a la Gestapo. Creo que todos sabemos lo que esto significaba. Torturas espantosas y la muerte anónima en algún calabozo de la Gestapo. —Se estremeció de nuevo. Después me miró con ojos centelleantes: —Usted es un hombre horrible. Quiere hacerme vivir de nuevo todo aquello, castigarme por una mentira trivial. Supóngase que alguien que usted amara hubiera sido agarrado por esa gente y usted supiera lo que debía haberle sucedido a él o a ella. ¿Es tan extraño que yo haya tratado de reconstruir otra clase de memoria... aunque fuera falsa?

—Necesito beber algo —dijo Spencer—. Necesito beber algo en seguida.

Eileen golpeó las manos y Candy apareció sin que se supiera de dónde venía, como era su costumbre. Se inclinó ante Spencer y preguntó:

—¿Qué desea tomar, señor Spencer?

—Whisky puro y en cantidad respetable.

Candy se encaminó a un extremo del living y abrió el bar empotrado en la pared. Sacó la botella y echó en un vaso una buena porción de whisky. Se acercó a Spencer y colocó el vaso sobre la mesa.

—Candy —dijo la señora Wade—, puede ser que el señor Marlowe también quiera beber algo.

El se detuvo y la miró; su cara morena aparecía terca y decidida.

—No, gracias, no quiero nada.

Candy emitió una especie de gruñido y salió de la habitación. Hubo otro silencio prolongado. Spencer bebió la mitad del whisky de un trago y encendió un cigarrillo. Se dirigió a mí pero sin mirarme.

—Estoy seguro de que la señora Wade o Candy me llevarán de regreso a Beverly Hills o quizá pueda conseguir un taxi. Supongo que usted ha terminado.

Volví a doblar la copia certificada de la licencia matrimonial y la guardé en el bolsillo.

—¿Está seguro de que quiere que las cosas queden en esta forma? —le pregunté.

—Es así como lo quieren todos.

—Bien —me puse de pie—. Creo que fui un tonto al encarar el asunto de esta manera. Pero siendo como es usted un gran editor y publicista y teniendo el cerebro adecuado para desempeñarse como tal, si es que es necesario tenerlo, pudo haber supuesto que no vine aquí tan sólo para hacerme el interesante. No reviví una vieja historia o gasté mi propio dinero para averiguar hechos concretos con el solo objeto de venir a exponerlos ante terceros. No investigué a Paul Marston porque la Gestapo lo asesinó, porque la señora Wade usaba una insignia equivocada, porque se equivocó en las fechas o porque se casó con él en uno de aquellos casamientos relámpagos de la época de guerra. Cuando comencé a investigarlo no conocía ninguno de aquellos datos. Lo único que sabía era su nombre. ¿Cómo cree usted que lo supe?

—Sin duda alguien se lo dijo —replicó Spencer, secamente.

—Justo, señor Spencer. Me lo dijo alguien que lo conoció en Nueva York después de la guerra y más tarde volvió a verlo en el restaurante Chasen con su mujer.

—Marston es un nombre muy común —dijo Spencer y siguió bebiendo. Ladeó la cabeza y bajó el párpado derecho una fracción de centímetro. Entonces me senté de nuevo—. Hasta sería difícil que hubiera un solo Paul Marston. Por ejemplo, en la guía telefónica de la región del Gran Nueva York, hay diecinueve Howard Spencer, sin inicial en el medio.

—Sí. ¿Cuántos Paul Marston diría usted que existen a quienes una granada haya desfigurado un lado de la cara y que muestren en el rostro las cicatrices y señales dejadas por la cirugía plástica?

Spencer quedó con la boca abierta y emitió una especie de suspiro profundo. Sacó el pañuelo y se secó las sienes.

—¿Cuántos Paul Marston diría usted que existen que en aquella misma ocasión hayan salvado las vidas de un par de jugadores y rufianes llamados Mendy Menéndez y Randy Starr? Ellos andan todavía por aquí y tienen buena memoria. Pueden hablar cuando les convenga. ¿Por qué no rendirnos a la evidencia? Paul Marston y Terry Lennox eran una misma persona. Puede ser probado sin ninguna sombra de duda.

Yo no esperaba que nadie pegara un salto en el aire o lanzara un alarido de sorpresa al oír mis palabras, y en efecto eso no ocurrió. Pero hay un silencio que es casi tan audible como un grito y ése fue el silencio que reinó. Me rodeó por completo como un muro alto y espeso. Podía oír el ruido del agua que corría en la cocina y desde afuera llegó hasta nosotros el golpe seco del diario al caer sobre el camino de coches y el silbido inseguro y ligero del repartidor que se alejaba con la bicicleta.

Sentí un leve pinchazo en la nuca. Me aparté de un salto y me di vuelta. Candy estaba parado con el cuchillo en la mano. El rostro era impenetrable, pero en los ojos tenía una expresión que no había visto antes.

—Usted está cansado, amigo —me dijo con suavidad—. ¿Le preparo algo para beber?

—Whisky, gracias.

—En seguida, señor.

Cerró el cuchillo de un golpe, lo guardó en el bolsillo lateral de la chaqueta blanca y con paso suave se alejó.

Entonces, al fin, miré a Eileen. Estaba inclinada hacia adelante, con las manos muy apartadas y esa inclinación ocultaba la expresión del rostro, si es que tenía alguna. Cuando comenzó a hablar, la voz tenía la diáfana vacuidad de aquella voz mecánica que nos dice la hora por teléfono y que si uno siguiera escuchando, lo que no hay ninguna razón para hacer, continuaría recitando para siempre el pasar de los segundos sin el más leve cambio de inflexión en la voz.

—Lo vi una vez, Howard, nada más que una vez. No le dirigí la palabra. El tampoco me habló. Estaba terriblemente cambiado. Tenía el cabello blanco y la cara... no era la misma cara. Pero por supuesto lo reconocí y él también. Nos miramos y eso fue todo. En seguida desapareció de la habitación y al día siguiente se fue de la casa. Fue en la de los Loring donde lo vi a él... y a ella. Era por la tarde usted estaba allí, Howard, y Roger también. Supongo que usted lo vio aquel día.

—Me lo presentaron —dijo Spencer—. Sabía con quién estaba casado.

—Linda Loring me contó que desapareció de la casa de la noche a la mañana. No dio ninguna razón ni hubo disputa, alguna. Después de un tiempo la mujer se divorció de él y más tarde oí decir que volvió a encontrarlo, arruinado por completo y se volvieron a casar. Dios sabrá por qué. Supongo que él no tenía dinero, pero eso ya no le importaba. Sabía que yo me había casado con Roger. Estábamos perdidos el uno para el otro.

—¿Por qué? —preguntó Spencer.

Candy colocó la bebida delante de mí sin decir una palabra. Miró a Spencer y éste negó con la cabeza. Candy desapareció. Nadie le prestó ninguna atención. Era como el hombre que, en las obras de teatro chinas, mueve las cosas en el escenario y los actores y los espectadores hacen como que no lo ven.

—¿Por qué? —repitió la señora Wade—. ¡Oh!, usted no lo entendería. Habíamos perdido lo que tuvimos una vez y nunca podríamos recuperarlo. Después de todo, no cayó en las manos de la Gestapo; debe haber habido algunos nazis decentes que no obedecieron la orden de Hitler referente a los comandos. De modo que sobrevivió y regresó. A veces solía imaginarme que volvería a encontrarlo algún día, pero tal como había sido en la época en que nos conocimos, joven, apasionado y sin mácula. Pero encontrarlo casado con aquella ramera pelirroja era... repugnante. Yo ya estaba enterada de sus relaciones con Roger. No me cabe duda de que Paul también lo sabía, lo mismo que Linda Loring, que es una mujer medio perdida, aunque no del todo. Todos ellos pertenecen a la misma pandilla. Usted me pregunta por qué no abandoné a Roger y volví con Paul. ¿Después que estuvo en los brazos de aquella mujer y que Roger pasó también por los mismos brazos complacientes? No, gracias. Necesito un incentivo un poco más grande para eso. A Roger podía perdonarlo; bebía mucho y no sabía lo que hacía. Le preocupaba su trabajo y se aborrecía a sí mismo porque no era más que un escriba mercenario. Era un hombre débil, frustrado, desengañado de la vida, pero comprensible. No fue más que un marido. Paul fue o mucho más que eso o no fue nada. Al final no fue nada.

Tomé un sorbo de mi bebida. Spencer había terminado la suya. Estaba observando la tela del sofá. Había olvidado la pila de papeles que tenía frente a él, la novela inacabada del popular autor completamente acabado.

—Yo no diría eso —exclamé.

Ella levantó la vista, me miró vagamente y la bajó de nuevo.

—Fue menos que nada —agregó Eileen con una nueva nota de sarcasmo en la voz—. Sabía perfectamente quién era ella y, sin embargo, se casó y entonces, como ella resultó ser lo que él sabía que era, la mató. Y después se escapó y se suicidó.

—El no la mató —dije—, y usted lo sabe.

Eileen se puso de pie con movimiento casi felino y me miró con asombro. Spencer dejó escapar un gruñido.

—Roger la mató y usted también lo sabe.

—¿El se lo dijo? —preguntó con calma.

—No tuvo necesidad de hacerlo, pero me hizo un par de insinuaciones. Con el tiempo hubiera terminado contándomelo a mí o a cualquier otro. Aquel secreto lo estaba destrozando poco a poco.

La señora Wade sacudió levemente la cabeza.

—No, señor Marlowe. No es por eso que se sentía destrozado. Roger no sabía que la había matado. Se había olvidado por completo de todo. Presentía que había ocurrido algo terrible y trataba de sacarlo a la superficie, pero no podía. El shock había borrado todo en su memoria. Quizás algún día hubiera vuelto a recordar y tal vez pudo hacerlo en los últimos momentos de su vida. Pero no antes; no antes de aquel momento.

Spencer exclamó con voz ronca:

—No creo que pueda pasar una cosa así, Eileen.

—¡Oh!, sí, claro que puede ocurrir —contesté yo—. Conozco algunos casos muy bien establecidos. Uno fue el de un borracho que mató a una mujer que encontró en un bar. La estranguló con la bufanda que ella usaba, sujeta con un prendedor de fantasía. Ella se fue a casa con él y lo que sucedió después no se sabe, excepto que ella quedó muerta y cuando la policía lo agarró, él llevaba el prendedor de fantasía en su corbata y no tenía la menor idea de dónde lo había sacado.

—¿Nunca? —preguntó Spencer—. ¿O sólo en aquel momento?

—El nunca lo admitió. Y no se lo podemos preguntar porque no anda más por aquí. Lo mataron con gas. El otro caso es el de un herido en la cabeza. Vivía con un rico perverso, uno de esos que coleccionan primeras ediciones, hacen comidas complicadas y tienen una biblioteca secreta muy costosa detrás de un panel en la pared. Los dos tuvieron una pelea. Lucharon por toda la casa, de una habitación a otra, la casa parecía un matadero, y el ricacho, al fin, recibió la peor parte. Cuando agarraron al asesino, tenía docenas de contusiones y un dedo roto. Todo lo que sabía era que tenía dolor de cabeza y no podía encontrar el camino para regresar a Pasadena. No hacía más que dar vueltas por los alrededores y se paraba en la misma estación de servicio para que le indicaran la dirección. El muchacho de la estación de servicio decidió que debía estar loco y llamó a la policía. A la vez siguiente que apareció por la estación lo estaban esperando.

—No creo eso de Roger —dijo Spencer—. No era más psicópata de lo que pueda serlo yo.

—Cuando estaba borracho no tenía conciencia de lo que hacía —expliqué.

—Yo estaba allí. Vi cuando él lo hizo —dijo Eileen con voz tranquila.

Hice una mueca a Spencer, una especie de mueca que probablemente no tuvo nada de alegre, pero mi rostro hizo lo que pudo.

—Ahora nos lo va a contar todo —le dije a Spencer—. Quédese quieto y escuche. Ahora nos lo va a contar todo. No puede dejar de hacerlo.

—Sí, eso es verdad —comenzó Eileen en tono grave—. Hay cosas que a nadie le gusta contar aunque sean sobre un enemigo y mucho menos si se refieren al propio marido de una. Si tuviera que contarlas en público, en el sitial de los testigos, con toda seguridad que no le agradecerían, Howard. Su magnífico y talentoso escritor, tan popular y lucrativo, haría un papel muy triste, parecería como un pobre diablo. Era un gran experto en cuestiones sexuales, ¿no? ¡En los libros, claro está! ¡Y cómo trataba el pobre tonto de vivir de conformidad a ellos! Para él aquella mujer no era más que un trofeo. Yo los espí. Debería avergonzarme. Una tiene que decir estas cosas, pero no me avergüenzo de nada. Yo vi toda aquella escena repugnante. La casa de huéspedes que ella utilizaba para sus amoríos era un lugar apartado y tranquilo, bordeado por grandes árboles, garaje particular y se entraba por una calle lateral, cerrada por el otro extremo. Llegó el momento en que Roger ya no era para aquella mujer un amante satisfactorio. Estaba demasiado borracho. Roger trató de irse, pero ella lo siguió hasta afuera gritando a más no poder; estaba completamente desnuda y blandía en la mano una pequeña estatuilla. El lenguaje que empleó era de una suciedad y depravación tales que no podría intentar describirlo. Entonces ella trató de golpearlo con la estatuilla. Ustedes son hombres y deben de saber que no hay nada que choque más a un hombre que escuchar a una mujer que se supone refinada utilizando el lenguaje del albañil y el prostíbulo. Roger estaba borracho, ya había

tenido arranques súbitos de violencia y en aquel momento tuvo un ataque terrible. Le arrebató la estatuita de la mano. Pueden imaginarse el resto.

—Debe de haber corrido mucha sangre —dije.

—¿Sangre? —Eileen rió amargamente—. Lo hubiera visto cuando llegó a casa. Cuando corrí a buscar el coche para alejarme de allí, él permaneció parado, mirándola. Entonces se agachó, la levantó en los brazos y la llevó hasta la casa de huéspedes. En aquel momento me di cuenta de que el shock lo había desembriagado en parte. Llegó a casa al cabo de una hora. Estaba muy tranquilo. Se sorprendió cuando vio que lo estaba esperando. Para ese entonces no estaba borracho sino aturdido, ofuscado. Tenía sangre por todas partes, en la cara, en el cabello, en la parte delantera de la chaqueta. Lo llevé al lavabo que hay al lado del estudio, le saqué la ropa manchada y fuimos arriba, donde se dio una ducha. Después lo ayudé a meterse en cama. Busqué una maleta, fui abajo de nuevo, recogí las ropas manchadas de sangre y las guardé en la maleta. Limpié el lavabo y el piso, tomé una toalla mojada y salí a asegurarme de que su coche estaba limpio. Lo guardé en el garaje, saqué el mío y me dirigí hasta el depósito de agua de Chatsworth; ya pueden adivinar lo que hice con la maleta, con la ropa y las toallas.

Eileen hizo una pausa. Spencer se rascaba la palma de la mano izquierda. Ella le dirigió una rápida mirada y continuó .

—Mientras estuve afuera, Roger se levantó y bebió mucho whisky. A la mañana siguiente no se acordaba de nada absolutamente. Es decir, no dijo una sola palabra sobre el asunto, y se comportó como si no le hubiera ocurrido nada fuera de la borrachera. Y yo no dije ni una palabra.

—Debí de haber notado que le faltaba la ropa —dije. Ella asintió.

—Creo que al fin se dio cuenta..., pero no dijo nada. En aquel momento todo pareció ocurrir al mismo tiempo. Los diarios no hacían más que hablar del caso, llenaban páginas enteras y entonces fue cuando Paul desapareció y lo encontraron muerto en México. ¿Cómo podía yo saber que eso iba a ocurrir? Roger era mi marido. Había cometido un crimen espantoso, pero ella era una mujer repugnante. Y él no sabía lo que estaba haciendo. Entonces, tan súbitamente como habían comenzado, los diarios dejaron de ocuparse del asunto. El padre de Linda debe de haber tenido algo que ver con aquello. Roger leía los diarios, por supuesto, y hacía los comentarios que uno podría esperar de un espectador inocente que conociera por casualidad a la gente envuelta en el caso.

—¿No estaba asustada, Eileen? —preguntó Spencer con calma.

—Me sentía enferma de miedo, Howard. Si Roger llegaba a recordar, probablemente me mataría. Era un buen actor, la mayoría de los escritores lo son, y quizá ya lo sabía y sólo esperaba la oportunidad propicia. Pero no podía estar segura. A lo mejor había olvidado todo aquello para siempre. Y Paul había muerto.

—Si él nunca habló de la ropa que usted arrojó dentro del depósito, es porque sospechaba algo —dije—. Y acuérdesese que en aquellas hojas que dejó en la máquina de escribir la noche en que disparó el tiro y yo la encontré a usted tratando de sacarle el revólver, decía que un hombre bueno había muerto por él.

—¿Dijo eso? —Se le agrandaron los ojos en la medida adecuada.

—Lo escribí... en la máquina. Yo rompí las hojas porque él me lo pidió. Me imaginé que usted las había leído.

—Nunca leía lo que él escribía en el estudio.

—Sin embargo leyó la nota que Roger dejó aquella vez que fue a lo de Verringer; hasta recuerdo que anduvo buscando algo en el canasto de los papeles.

—Eso era diferente —replicó ella en seguida—. Estaba buscando algún indicio para saber dónde podía haberse ido.

—Muy bien —dije, recostándome sobre el respaldo—. ¿Hay algo más?

Eileen sacudió la cabeza lentamente, con profunda tristeza.

—Supongo que no. Tal vez Roger haya recordado aquello, en el último momento de su vida, la tarde que se suicidó. Nunca lo sabremos. ¿Y acaso queremos saberlo?

Spencer carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Qué tenía que ver Marlowe en todo esto? Fue idea suya el traerlo aquí. Sabe muy bien que usted me pidió que le hablara.

—Estaba terriblemente asustada. Tenía miedo de Roger y estaba asustada por él. El señor Marlowe era amigo de Paul; fue casi la última persona que lo vio antes de irse a México. Paul pudo haberle contado algo y yo tenía que saberlo, tenía que estar segura. Si era un hombre peligroso quería tenerlo de mi lado. Si descubría la verdad, podría existir todavía algún medio de salvar a Roger.

De pronto, y sin que mediara ninguna razón valedera o perceptible para mí, Spencer se puso firme. Se inclinó hacia adelante y en tono seco y decidido dijo:

—Vamos a poner esto en claro, Eileen. Tenemos aquí a un detective privado que no andaba en buenas relaciones con la policía. Lo habían metido en la cárcel. Se lo acusaba de haber ayudado a Paul, lo llamo así porque usted lo hace, a salir del país hacia México. Eso es un delito, si Paul era un asesino. De modo que si Marlowe descubría la verdad y podía justificarse y verse libre de toda culpa, ¿usted cree que iba a quedarse sentado sin hacer nada? No sé cómo pudo habersele ocurrido semejante idea.

—Estaba asustada, Howard. ¿No puede comprenderlo? Vivía en la misma casa con un asesino que podía ser un maniático. Estaba sola con él gran parte del día.

—Comprendo todo eso —dijo Spencer con voz seca—. pero Marlowe no aceptó y usted seguía sola. Entonces Roger disparó aquel tiro con el revólver y una semana después usted estaba sola todavía. Pero cuando Roger se mató resulta que fue Marlowe el que se encontraba solo en la casa en aquel momento, cosa muy conveniente, por cierto.

—Es verdad —dijo ella—. ¿Y qué hay con eso? ¿Qué podía hacer yo?

—Muy bien —replicó Spencer—. Es posible que usted pensara que Marlowe podía descubrir la verdad y que con el antecedente de aquella noche en que su marido había disparado un tiro, le entregara simplemente a Roger el revólver y le dijera algo por el estilo: “Oiga, viejo, usted es un asesino; estoy perfectamente enterado de todo y su mujer también lo sabe. Ella es una mujer magnífica y ha sufrido bastante. Sin mencionar al marido de Sylvia Lennox. ¿Por qué no hace la única cosa sensata que le queda y que es apretar el gatillo? Todo el mundo pensará en un caso de borrachera crónica. De modo que iré a dar una vuelta por el lago y a fumar un cigarrillo, viejo. Buena suerte y adiós. ¡Ah! Aquí está el revólver; está cargado y es todo para usted.”

—Está diciendo cosas horribles, Howard. No pensé en nada por el estilo.

—Usted dijo al agente que Marlowe había matado a Roger. ¿Qué quiso decir con eso?

Eileen me dirigió una mirada, casi tímida.

—Estaba ofuscada. No sabía lo que estaba diciendo.

—A lo mejor pensó que fue Marlowe el que disparó el tiro —insinuó Spencer con tranquilidad.

Entrecerró los ojos y exclamó:

—¡Oh, no, Howard! ¿Por qué iba a insinuación abominable.

—¿Por qué? —quiso saber Spencer—. ¿Qué tiene de abominable? La policía pensó lo mismo. Y Candy les proporcionó una razón. Contó que Marlowe estuvo en su cuarto durante dos horas, la noche en que Roger disparó el tiro al techo... después que Roger tomó unas pastillas para dormir.

Eileen enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—Y que usted no llevaba ninguna ropa encima —prosiguió Spencer brutalmente—. Eso fue lo que Candy contó a la policía.

—Pero en la investigación... —comenzó a decir la señora Wade con voz medio temblorosa. Spencer la cortó en seco.

—La policía no creyó a Candy. Por eso no repitió la historia durante la investigación.

—¡Oh! —dijo con un suspiro de alivio.

—Además —continuó Spencer con voz fría—, la policía sospechaba de usted y todavía sospecha. Todo lo que necesitan es un motivo. Y me parece que no les resultará difícil encontrarlo ahora.

Eileen se puso de pie.

—Creo que será mejor que ustedes dos salgan de esta casa. Y cuanto antes, mejor.

—Bueno, ¿lo hizo o no lo hizo? —preguntó Spencer con calma, haciendo un ademán para agarrar la copa, que encontró vacía.

—¿Si hice o no hice qué?

—Matar a Roger.

Ella permaneció de pie, mirándolo fijamente. El rubor había desaparecido y su rostro estaba pálido, tenso y enojado.

—No hago más que formularle las preguntas que le harán en el tribunal de justicia.

—Yo había salido. Me olvidé las llaves y tuve que tocar el timbre para poder entrar. Cuando llegué a casa él estaba muerto. Todo eso se sabe. Por el amor de Dios, ¿qué se le ha metido en la cabeza? Spencer sacó el pañuelo y se limpió los labios.

—Eileen, he estado en esta casa veinte veces. Nunca he sabido que la puerta principal esté cerrada con llave durante el día. Yo no digo que usted lo haya matado. Me limito a preguntárselo. Y no me diga que era imposible. En la forma como pasaron las cosas, hubiera sido muy fácil.

—¿Que yo matara a mi propio marido? —preguntó Eileen lentamente, en tono asombrado.

—Suponiendo —continuó Spencer con la misma voz indiferente —que él fuera su marido. Usted tenía otro cuando se casó con él.

—Gracias, Howard. Muchas gracias. El último libro de Roger, su canto del cisne, está ahí, delante suyo. Agárrelo y váyase. Y creo que será mejor que llame a la policía y les diga lo que piensa. Será un final encantador para nuestra amistad. Realmente encantador. Adiós, Howard. Estoy muy cansada y me duele la cabeza. Voy a subir a mi cuarto a acostarme. Y en cuanto al señor Marlowe, supongo que fue él quien lo instigó para que actúe en esta forma, lo único que puedo decirle es que si bien él no mató a Roger en sentido literal, fue el causante indirecto y el que lo arrastró a la muerte.

Se volvió dispuesta a alejarse. Yo repliqué vivamente.

—Señora Wade, espere un momento, por favor. Terminemos el trabajo. No tiene sentido estar diciendo sarcasmos y frases amargas. Todos estamos tratando de hacer lo que consideramos correcto y apropiado. Aquella maleta que arrojó al depósito de Chatsworth... ¿era pesada?

Eileen me miró fijamente.

—Era una maleta como le dije. Y muy pesada.

—¿Cómo consiguió pasar por encima de la elevada verja de alambre que rodea el depósito?

—¿Cómo? ¿La verja? —Hizo un ademán de impotencia—. Supongo que en momentos de urgencia uno adquiere una fortaleza extraordinaria y anormal para hacer las cosas que debe. En una forma o en otra, conseguí pasar. Eso es todo.

—No hay ninguna verja —dije entonces.

—¿Que no hay ninguna verja? —repitió ella estúpidamente, como si aquello no tuviera ningún significado.

—Y en la ropa de Roger no había sangre. Sylvia Lennox no fue asesinada fuera de la casa de huéspedes, sino adentro, en la cama, y prácticamente no hubo casi sangre porque ella ya estaba muerta, la mataron de un tiro de revólver, y cuando usaron la estatuita para destrozarle la cara, estaban golpeando a un cadáver. Y los muertos, señora Wade, sangran muy poco.

Eileen frunció los labios en un gesto de desprecio.

—Supongo que usted se encontraba allí —dijo con sorna. Después se apartó de nosotros y empezó a subir las escaleras, moviéndose con tranquila elegancia.

Entró en el dormitorio y la puerta se cerró suavemente detrás de ella. Silencio.

—¿De dónde sacó eso de la verja de alambre? —me preguntó Spencer, en tono vago. No hacía más que mover la cabeza hacia adelante y hacia atrás. Estaba rojo como un tomate y sudoroso. Parecía tomar la cosa con valentía, pero no le resultaba fácil.

—No fue más que una zancadilla —expliqué—. Nunca he pasado por el depósito de Chatsworth, de modo que no sé cómo es. Puede ser que tenga una verja alrededor y puede ser que no.

—Comprendo —dijo Spencer—, pero lo importante es que ella tampoco lo sabía.

—Por supuesto que no. Eileen los mató a los dos.

CAPÍTULO XLIII

En aquel momento algo se movió suavemente y vimos a Candy de pie en la otra punta del sofá, mirándome. Tenía el cuchillo en la mano. Apretó el botón y salió la hoja; volvió a apretarlo y la hoja se introdujo en el mango. Sus ojos brillaban suavemente.

—Un millón de perdones, señor —dijo—. Me había equivocado con respecto a usted. Ella mató al patrón. Creo que yo... —Hizo una pausa y la hoja volvió a aparecer.

—No —me puse de pie y extendí la mano—. Déme ese cuchillo, Candy. Usted no es más que un buen muchacho mexicano. Le echarían la culpa a usted y quedarían tan encantados. Precisamente la clase de cortina de humo que los haría sonreír encantados. Usted no sabe de lo que estoy hablando. Pero yo sí. Ellos lo embarullaron en tal forma que no podrían arreglarlo ahora aunque quisieran. Y no quieren. Le arrancarían una confesión con tanta rapidez que ni siquiera tendría tiempo de decirles su nombre completo. Y de aquí a tres semanas, estaría sentado sobre su trasero, en San Quintín, con una condena a cadena perpetua.

—Yo no soy mexicano. Soy chileno; de Viña del Mar, cerca de Valparaíso.

—El cuchillo, Candy. Usted es un hombre libre. Tiene bastante dinero ahorrado. Probablemente en su tierra lo esperan ocho hermanos y hermanas. Sea inteligente y vuelva al lugar de donde vino. Su trabajo aquí ha terminado.

—Existen muchos trabajos —dijo tranquilamente. Sacó el cuchillo y lo dejó caer en mi mano—. Hago esto por usted.

Guardé el cuchillo en el bolsillo. Candy levantó la vista hacia la galería.

—¿La señora..., qué haremos ahora?

—Nada. No haremos nada. La señora está muy cansada. Su vida ha estado sometida durante un tiempo a un gran esfuerzo y a una tensión extrema. No quiere que la moleste nadie.

—Tenemos que avisar a la policía —dijo Spencer con entereza .

—¿Por qué?

—¡Oh, por Dios!, Marlowe..., tenemos que hacerlo.

—Mañana. Recoja esa novela inconclusa y vámonos de aquí.

—Tenemos que avisar a la policía. Existe algo llamado ley.

—No tenemos que hacer nada de eso. No poseemos suficiente evidencia ni para aplastar a una mosca. Deje que los guardianes de la ley realicen su sucio trabajo. Deje que los abogados se lleven los laureles. Ellos redactan las leyes para que otros abogados las analicen delante de otros abogados llamados jueces, de modo que otros jueces puedan decir que los primeros jueces estaban equivocados y la Suprema Corte pueda decir que el segundo lote de jueces era el que estaba equivocado. Claro que hay una cosa que se llama ley. Estamos metidos en ella hasta el cuello. Por encima de todo, lo que hace es servir para que los abogados hagan negocios. ¿Cuánto tiempo cree usted que podrían subsistir los grandes delincuentes si los abogados no les enseñaran cómo actuar?

Spencer dijo hoscamente: —Eso no tiene nada que ver. Un hombre fue muerto en esta casa. Era un escritor, un escritor de éxito e importancia, pero eso tampoco tiene nada que ver. Era un hombre y usted y yo sabemos quién lo mató. Existe una cosa que se llama justicia.

—Mañana.

—Usted es tan buena pieza como ella si la deja escapar. Empiezo a dudar un poco de usted, Marlowe. Usted hubiera podido salvar la vida de Roger si hubiera obrado como debía. En cierto sentido, permitió que Eileen se saliera con la suya. Por lo que veo, toda la representación de esta tarde no ha sido más que eso...: una representación.

—Eso es verdad. Una escena de amor disimulada. Como puede ver, Eileen está loca por mí. Cuando las cosas se tranquilicen nos casaremos. Quedará en bastante buena posición. Todavía no he sacado ni un peso de la familia Wade. Me estoy impacientando.

Se sacó los anteojos y se los limpió. Enjugó la transpiración de los párpados, volvió a ponerse los anteojos y miró al suelo.

—Lo siento —dijo—. Esta tarde he tenido que aguantar un verdadero tormento. Era bastante triste saber que Roger se había suicidado. Pero esta otra versión me hace sentir degradado... sólo con saberla. —Levantó la vista y preguntó:

—¿Puedo confiar en usted?

—¿Para hacer qué?

—Lo justo... sea lo que fuere. —Se agachó, recogió la pila de papeles amarillos y se los puso debajo del brazo—. No, olvídese de lo que le dije. Creo que usted sabe lo que hace. Soy un editor bastante bueno, pero todo esto es ajeno por completo a mi especialidad.

Spencer se encaminó hacia la puerta; Candy se apartó para dejarlo pasar y fue rápidamente hasta la puerta y la mantuvo abierta hasta que Spencer salió. Yo lo seguí. Me detuve al lado de Candy y lo miré fijamente, hasta el fondo de sus ojos negros.

—Nada de engaños, amigo —le previne.

—La señora está muy cansada —dijo con toda calma—. Se ha ido a su habitación. Nadie la molestará. Yo no sé nada, señor. No me acuerdo de nada... A sus órdenes...

Saqué el cuchillo del bolsillo y se lo di. El sonrió.

—A mí nadie me tiene confianza, pero yo se la tengo a usted, Candy.

—Lo mismo digo, señor. Muchas gracias.

Spencer ya había subido al coche. Puse el motor en marcha y nos dirigimos de regreso a Beverly Hills. Lo dejé a la entrada del hotel.

—He estado reflexionando durante todo el camino —dijo Spencer, en el momento de bajar del coche—. Eileen debe estar un poco loca. Creo que nunca podrán condenarla.

—Ni siquiera lo intentarán —le contesté—. Pero ella no lo sabe.

Luchó un momento para enderezar el montón de hojas de papel amarillo que llevaba bajo el brazo y me saludó con una inclinación de cabeza. Lo seguí con la vista hasta que desapareció por la puerta giratoria. Aquélla fue la última vez que vi a Howard Spencer. Aflojé el freno y puse el motor en marcha.

* * *

Llegué a casa bastante tarde; me sentía cansado y deprimido. Era una de esas noches pesadas, en que los ruidos nocturnos parecen sordos y lejanos. Había una luna alta indiferente, brumosa. Caminé de arriba abajo, puse algunos discos y casi no los escuché. Me parecía oír en alguna parte un tictac constante, pero en la casa no había nada que pudiera hacer aquel sonido. El tictac estaba en mi cabeza. Yo era un reloj que marcaba la muerte de un hombre.

Recordé la primera vez que había visto a Eileen Wade y la segunda y la tercera y la cuarta. Pero después, algo en ella salía del cuadro. Ya no parecía completamente real. Un asesino es siempre irreal en cuanto uno sabe que es un asesino. Hay gente que mata por odio, o miedo, o codicia. Están los asesinos astutos que planean y esperan salir bien parados. Están los asesinos violentos que no piensan en nada. Y están los asesinos enamorados de la muerte para quienes el asesinato es una clase de suicidio remoto. En cierto sentido, todos son insanos, pero no en la forma que quería significar Spencer. Era casi de día cuando me fui a la cama.

Estaba sumido en un sueño profundo cuando me despertó el ruido de la campanilla del teléfono. Rodé sobre la cama, me puse a tientas las pantuflas y comprobé que no había dormido más que un par de horas. Me sentí como cuando uno ha comido en un boliche y tiene la comida a medio digerir. Tenía los ojos pegados y la boca llena de arena. Me puse de pie, me arrastré hasta el living, levanté el auricular, y dije: "No corte". Lo dejé sobre la mesa, fui al cuarto de baño, me mojé la cara con agua fría. Afuera, algo hacía snip, snip, snip. Miré por la ventana vagamente y vi una cara morena e inexpresiva. Era el jardinero japonés que venía una vez por semana. Estaba recortando la tecomá, en la forma en que acostumbra hacerlo un jardinero japonés. Uno se lo pide cuatro veces y él dice: "La próxima semana", y entonces aparece a las seis de la mañana y comienza a recortarla justo al lado de la ventana del dormitorio. Después de frotarme la cara hasta dejarla seca, volví a agarrar el teléfono.

—¿Quién habla?

—Candy, señor.

—Buenos días, Candy.

—La señora ha muerto.

Muerta. ¡Qué palabra fría, negra y silenciosa! La señora ha muerto.

—Espero que usted no haya hecho nada.

—Creo que fue la medicina. Se llama Demerol. Creo que en el frasco había cuarenta o cincuenta. Ahora está vacío. Anoche no cenó. Esta mañana puse una escalera de mano y me asomé por la ventana. Estaba vestida igual que ayer a la tarde. Rompí la cortina veneciana. La señora está muerta. Fría como agua de nieve.

—¿Llamó a alguien?

—Sí. Al doctor Loring. El avisó a la policía, pero todavía no llegó.

—¿El doctor Loring, eh? El hombre especial para llegar demasiado tarde.

—No le mostré la carta —dijo Candy.

—¿La carta para quién?

—Para el señor Spencer.

—Entréguela a la policía, Candy. No deje que el doctor Loring se la lleve. Sólo a la policía. Y una cosa más, Candy. No les oculte nada, no les diga ninguna mentira. Nosotros estuvimos allí. Diga la verdad. Esta vez la verdad y nada más que la verdad.

Hubo una breve pausa. Entonces Candy dijo:

—Sí, he comprendido. Hasta la vista, amigo. —Cortó la comunicación.

Llamé al Ritz —Beverly y pedí hablar con Howard Spencer.

—Un momento, por favor. Le comunicaré con Informes.

Una voz de hombre dijo:

—Informes. ¿En qué puedo servirle?

—Quiero hablar con Howard Spencer. Sé que es muy temprano, pero se trata de algo urgente.

—El señor Spencer partió anoche. Tomó el avión de las ocho para Nueva York.

—¡Ah! Lo siento. No lo sabía.

Fui a la cocina a preparar café... toneladas de café. Rico fuerte, amargo, hirviente, reconfortante; la sangre vital de los hombres cansados.

Unas dos horas más tarde, Bernie Ohls me llamó por teléfono.

—¡Hola, sabelotodo! —me dijo—. Véngase por aquí y sufra un poco.

CAPÍTULO XLIV

Todo estaba como la vez anterior, excepto que era de día, nos hallábamos en la oficina del capitán Hernández y el alguacil se había ido a Santa Bárbara a inaugurar una semana de festejos. En la oficina se encontraban el capitán Hernández, Bernie Ohls, un hombre de la oficina del investigador de crimen, el doctor Loring —quien tenía el aspecto del tipo a quien han pescado realizando un aborto— y un hombre llamado Lawford, representante de la oficina del fiscal de distrito, un tipo alto, flaco e inexpresivo, de cuyo hermano se rumoreaba que controlaba el negocio de las quinielas en el barrio de la Avenida Central.

Hernández tenía delante algunas hojas de bloc de color rosado, escritas a mano con tinta verde.

—Esta es una reunión no oficial —dijo Hernández cuando todo el mundo estuvo sentado—. No hay estenógrafo ni equipo registrador. Pueden decir lo que quieran. El doctor Weiss representa al investigador de crimen, quien será el que ha de decidir si es necesario realizar una investigación. ¿Doctor Weiss?

El doctor Weiss era un hombre gordo, de aspecto jovial y competente.

—Creo que la investigación no es necesaria —comenzó diciendo—. Existen todos los indicios de un envenenamiento con narcóticos. Cuando llegó la ambulancia la mujer respiraba todavía muy débilmente, pero estaba en coma y todos los reflejos fueron negativos. En ese estado sólo se salva uno entre cien. Tenía la piel helada y sólo después de un examen muy prolijo se pudo ver que respiraba todavía. El criado creyó que estaba muerta. Murió aproximadamente una hora más tarde. Creo que la señora solía tener ataques violentos de bronquitis asmática. El doctor Loring le había recetado Demerol como medida de emergencia.

—¿Posee alguna información o ha sacado ya alguna deducción sobre la dosis de Demerol que ingirió, doctor Weiss?

—Una dosis fatal —contestó, sonriendo levemente—. No existe método rápido para determinarla sin conocer la historia clínica, la tolerancia natural o adquirida. De acuerdo con su confesión, tomó dos mil trescientos miligramos, cuatro o cinco veces la dosis letal mínima para las personas no adictas. —Miró al doctor Loring en forma interrogadora.

—La señora Wade no era adicta a la droga —dijo el doctor Loring fríamente—. La dosis que le receté era en tabletas de ciento cincuenta o doscientos cincuenta miligramos. Lo más que le permitía que tomara eran tres o cuatro en el día.

—Pero le dio cincuenta de golpe —dijo el capitán Hernández—. ¿No cree usted que es una droga demasiado peligrosa para tenerla a mano en esa cantidad? ¿Era tan aguda su bronquitis asmática, doctor?

El doctor Loring sonrió en forma despreciativa.

—Era intermitente, como es siempre el asma. Nunca llegó a ser lo que llamamos *status asthmaticus*, o sea un ataque tan fuerte que el enfermo corre peligro de asfixiarse.

—¿Algún comentario, doctor Weiss?

—Bueno —dijo el doctor Weiss lentamente—; suponiendo que la carta no existiera y suponiendo que no poseyéramos otra evidencia sobre la cantidad de droga que ingirió, podríamos considerar que se trata de una dosis excesiva accidental. El margen de seguridad no es muy amplio. Mañana lo sabremos con seguridad. Por amor de Dios, Hernández, ¿no quiere suprimir la carta?

Hernández bajó la vista y frunció el ceño.

—Ignoraba que los narcóticos fueran utilizados como tratamiento corriente para el asma. Siempre se aprende algo cada día.

Loring enrojeció.

—Le expliqué que receto el Demerol como medida de emergencia, capitán. Un médico no puede estar en seguida en todas partes. El ataque de asma puede producirse en forma súbita.

Hernández le dirigió una mirada penetrante y se volvió hacia Lawford.

—¿Qué sucedería con su oficina si entrego la carta a los diarios?

El representante del fiscal del distrito me miró con indiferencia.

—¿Qué hace aquí este hombre, Hernández?

—Yo lo invité a venir.

—¿Cómo sabe que no repetirá a algún cronista todo lo que se dice aquí?

—Sí, es un gran conversador. Es lo que usted comprobó cuando mandó que lo vapulearan.

Lawford hizo una mueca y carraspeó para aclarar la voz.

—He leído la confesión —dijo cautelosamente— y no creo una palabra de lo que se dice. Hay ahí un poco de todo, agotamiento emocional, aflicción, desamparo, uso de drogas, la tensión de la vida de la época de guerra en Inglaterra bajo los bombardeos, el casamiento clandestino, el hombre que regresa al país,

etcétera. Indudablemente, la mujer tenía un sentimiento de culpa y trató de purificarse y librarse del mismo mediante una especie de transferencia.

Hizo una pausa y miró a su alrededor, pero lo único que vio fue rostros inexpresivos.

—No puedo hablar por el fiscal de distrito, pero lo que yo pienso es que esa confesión no da base suficiente para una acusación, aun si la mujer hubiera salido con vida.

—Y ya que dio crédito a una confesión no le importaría creer en otra que contradice la primera —dijo Hernández sarcásticamente .

—Tómelo con calma, Hernández. Cualquier oficina encargada de ejecutar las leyes debe considerar las relaciones públicas. Si los diarios publicaran esa confesión, nos veríamos en un aprieto. Eso es seguro. Tenemos alrededor de nosotros bastantes grupos de reformistas impacientes y mojigatos que esperan justamente una oportunidad como ésta para echársenos encima. Tenemos un Gran Jurado Acusador que se siente muy nervioso después de lo que pasó la semana pasada con nuestro teniente de la Dirección contra el Vicio y la Inmoralidad.

Hernández dijo:

—Muy bien, éste es asunto suyo. Firmeme el formulario.

Le entregó las hojas de papel rosado y Lawford se inclinó para firmar el formulario. Después agarró las hojas, las dobló, se las guardó en el bolsillo y salió de la oficina.

El doctor Weiss se puso de pie. Era un hombre sencillo y afable.

—La última investigación que realizamos sobre la familia Wade fue muy rápida. Tengo el pálpito que esta vez ni siquiera nos molestaremos en hacerla.

Hizo una inclinación de cabeza a Ohls y a Hernández estrechó formalmente la mano de Loring y se encaminó hacia la salida. Loring se puso de pie dispuesto a partir y entonces vaciló un momento.

—Presumo por lo que he oído que no se hará ninguna investigación ulterior sobre este asunto. ¿Puedo informar en este sentido a cierta persona interesada? —preguntó secamente.

—Lamento haberlo tenido alejado de sus enfermos durante tanto tiempo, doctor.

—No ha contestado a mi pregunta —dijo Loring en tono cortante—. Quiero advertirle que yo...

—¡Déjeme tranquilo y lárguese de aquí! —dijo Hernández.

El doctor Loring estuvo a punto de tambalearse de la impresión. Se dio vuelta y con paso rápido salió de la habitación. La puerta se cerró y pasó medio minuto antes que alguien pronunciara una palabra. Hernández encendió un cigarrillo y me miró.

—¿Bueno? —dije.

—¿Qué es lo que espera?

—Entonces, ¿éste es el final? ¿Terminado? ¿*Kaput*?

—Dígaselo, Bernie.

Sí; claro que es el final —dijo Ohls—. Yo tenía todo listo para hacerla venir e interrogarla. Wade no se mató. Tenía demasiado alcohol en el cerebro. Pero como ya le dije, ¿dónde estaba el motivo? La confesión de la señora Wade puede ser inexacta en los detalles, pero prueba que ella espiaba a su marido. Conocía la disposición de la casa de huéspedes en Encino. La versátil señora de Lennox le había quitado a sus dos hombres. Podemos imaginar todo lo que queramos sobre lo ocurrido en la casa de huéspedes. Usted se olvidó de hacerle una pregunta a Spencer. ¿Poseía Wade una Mauser PPK? Sí; tenía una pequeña Mauser automática. Hoy hablamos por teléfono con Spencer desde el avión. Wade era un borracho que cuando se embriagaba perdía el control por completo. El pobre infeliz, o bien pensó que había matado a Sylvia Lennox o realmente la mató, o pudo haber tenido alguna razón para saber que su mujer la había asesinado. Cualquiera que fuese el caso, se sumergiría en el alcohol para olvidar. Es cierto que mucho tiempo antes ya se dedicaba a la bebida, pero él era todo un hombre casado con una nada que lo único que tenía era su hermosura. El mexicano los conocía muy bien; está enterado de casi todo. Ella era una mujer de ensueño. A veces parecía real y presente y otras daba la impresión de algo remoto, lejano e inmaterial. Si alguna vez demostró interés por alguien, no fue precisamente por su marido. ¿Comprende lo que quiero decir?

Yo no contesté.

—¿Estuvo a punto de hacerla suya, no?

Tampoco respondí esta vez.

Ohls y Hernández se sonrieron amargamente.

—Nosotros no somos tipos tan tontos como puede creer —dijo Ohls—. Sabíamos que había algo cierto en aquella historia de que la señora Wade se había sacado toda la ropa que llevaba encima. Usted le ganó de mano a Candy en el interrogatorio y él lo dejó hacer. Se sentía herido y confuso; apreciaba mucho a Wade y quería estar seguro. Si hubiera llegado a tener esa seguridad, habría usado el cuchillo. Aquello

era para él un asunto personal, pero nunca le contó nada a Wade. La señora Wade sí lo hizo y tergiversó las cosas deliberadamente, nada más que para confundir a Wade. Una cosa se iba agregando a la otra. Al final, creo que ella comenzó a tenerle miedo. Pero Wade nunca la arrojó escaleras abajo. Aquello no fue más que un accidente. Ella tropezó y Wade trató de agarrarla. Candy lo presencié todo.

—Nada de eso explica por qué quiso que yo fuera a su casa.

—Se me ocurren unos cuantos motivos. Uno de ellos es asunto viejo y requeteconocido. No hay policía que no se haya topado con él cientos de veces. Usted era el cabo suelto, el tipo que había ayudado a Lennox a huir, su amigo y probablemente su confidente hasta cierto límite. ¿Qué es lo que Lennox sabía y qué es lo que le contó a usted? El se había llevado el revólver con el que mataron a Sylvia Lennox y sabía que habían disparado un tiro con él. Quizás Eileen Wade pudo haber pensado que él lo hizo por ella; en ese caso quería decir que él sabía que ella lo había usado. Cuando Terry Lennox se suicidó, ella quedó convencida de ello. Pero ¿y usted? Usted seguía siendo lo que usted sabía; para eso pondría en juego su encanto como pretexto para acercarse a usted. Y si necesitaba un tipo caído, ahí lo tenía a usted. Se podría decir que ella coleccionaba tipos caídos.

—Usted le atribuye demasiada inteligencia —comenté.

Ohls partió en dos un cigarrillo; comenzó a masticar uno de los pedazos y el otro lo colocó sobre su oreja.

—Otra de las razones podría ser que ella necesitaba un hombre, un hombre grande y fuerte que pudiera estrujarla entre los brazos y hacerla soñar de nuevo.

—Ella me odiaba —dije—. No acepto esa razón.

—Por supuesto —contestó Hernández secamente—. Usted la rechazó. Pero ella se habría sobrepuesto a eso. Y entonces usted le espetó todo el asunto en la cara delante de Spencer.

—¿Ustedes dos han visto últimamente a algún psiquiatra?

—¡Jesús! —dijo Ohls—, ¿no lo ha oído? Tenemos a dos de ellos entre nuestro personal. Este no es más que un asunto policial. Va a convertirse en una rama del racket de la medicina. Ellos entran y salen de la cárcel, de los tribunales, de los cuartos de interrogación. Escriben informes de quince páginas sobre algún joven inútil que tenía un negocio de bebidas o había violado a una estudiante o vendía droga a los de la clase superior. De aquí a diez años, tipos como Marty y como yo estaremos haciendo los tests de Rorschach y asociaciones de palabras en lugar de practicar boxeo y tiro. Cuando salgamos a investigar un caso llevaremos maletitas negras con detectores portátiles de mentiras y botellas con suero de la verdad. Es una lástima que no hayamos agarrado a los cuatro monos que vapulearon a Big Willie Magoon. Hubiéramos podido conseguir volver a readaptarlos y hacer que amaran a sus madres.

—¿Puedo irme?

—¿Qué es lo que no le convence en todo esto? —preguntó Hernández.

—Estoy convencido. El caso está muerto. Ella está muerta, todos están muertos. Continúa la plácida rutina de todos los días. No hay nada que hacer, excepto regresar a casa y olvidar todo lo ocurrido. Es lo que pienso hacer.

Ohls sacó la mitad del cigarrillo que tenía sobre la oreja, lo miró con asombro como si se preguntara cómo había ido a parar allí y lo arrojó al suelo por encima del hombro.

—No sé de qué se queja —dijo Hernández—. Hemos hecho lo que hemos podido.

—¡Oh, claro! —respondí—. Tuvieron algunas corridas y se encontraron con una historia confusa de la que sólo sacaron en limpio unas cuantas mentiras tontas. Esta mañana llegó a manos de ustedes lo que supongo es una confesión completa. No me la han dejado leer, pero si se hubiera tratado nada más que de una carta de amor no hubieran hecho intervenir al fiscal de distrito. Si se hubiera realizado algún trabajo serio sobre el caso Lennox a su debido tiempo, alguien habría investigado sus antecedentes y hoja de servicios durante la guerra, dónde fue herido y todo lo demás. A lo largo de esta investigación habría surgido en algún momento la vinculación con los Wade. Roger Wade sabía quién era Paul Marston. También lo sabía otro detective privado, a quien conocí por casualidad.

—Es posible —admitió Hernández—. Pero no es así como se realizan las investigaciones policiales. No se pierde el tiempo en un caso que se ha cerrado, aun suponiendo que no hubiera interés especial en verlo terminado y olvidado. He investigado cientos de homicidios. Algunos son de la misma clase, claros, pulcros, ordenados, de acuerdo con todos los cánones. Muchos de ellos se comprenden o explican en parte y carecen de sentido por otro lado. Pero cuando uno tiene el motivo, los medios, la oportunidad, la huida, una confesión escrita y el suicidio inmediatamente después, no hay más remedio que abandonar el caso. No hay departamento de policía en el mundo que disponga de los hombres o del tiempo para investigar lo evidente. La única cosa en contra de que Lennox fuera un asesino, es que alguien pensaba que era un buen muchacho incapaz de cometer un crimen y que había otros tipos que muy bien hubieran podido cometerlo. Pero los otros no se escaparon, no confesaron, no se levantaron la tapa de los sesos. El sí. Y en cuan-

to a eso de ser un buen muchacho, calculo que el sesenta o setenta por ciento de los asesinos que terminan en la cámara de gas o en la silla eléctrica o colgados de una soga, son personas a quienes los vecinos consideraban tan inofensivos como cualquier inocente vendedor de tienda. Precisamente tan inofensivos, tranquilos y bien educados como la señora Wade. ¿Quiere leer lo que escribió en la carta? Muy bien, léalo. Tengo que salir un momento.

Se levantó, abrió el cajón del escritorio y colocó sobre la mesa una carpeta.

—Ahí dentro hay cinco reproducciones fotostáticas, Marlowe. Que no lo pesque mirándolas cuando regrese.

Se encaminó hacia la puerta y casi estaba fuera cuando dio vuelta la cabeza y dijo a Ohls:

—¿Quiere venir conmigo a hablar con Peshorek?

Ohls hizo un signo afirmativo y lo siguió. Cuando quedé solo abrí la carpeta y miré las reproducciones fotostáticas en blanco sobre negro. Después conté las hojas, poniendo cuidado en tocar sólo los bordes. Había seis copias, unidas por un clip. Saqué una, la enrollé y la guardé en el bolsillo. Entonces leí la copia que estaba arriba de todas. Cuando terminé me senté en la silla y esperé. A los diez minutos Hernández regresó solo. Se sentó de nuevo detrás del escritorio, colocó las reproducciones fotostáticas en la carpeta y colocó ésta en el cajón del escritorio.

Levantó la vista y me dirigió una mirada inexpresiva.

—¿Satisfecho?

—¿Lawford sabe que posee esas copias?

—No; ni por mí, ni por Bernie. Bernie las hizo él mismo. ¿Por qué?

—¿Qué pasaría si una se perdiera?

Sonrió de forma desagradable.

—Eso no ocurrirá. Pero si pasara, no sería nadie de la oficina del alguacil. El fiscal del distrito también posee equipo fotostático.

—Usted no simpatiza mucho con Springer, el fiscal de distrito, ¿no es cierto, capitán?

Me miró sorprendido.

—¿Yo? Yo simpatizo con todos, hasta con usted. Váyase al diablo. Tengo mucho que hacer.

Me puse de pie, dispuesto a retirarme. De pronto me preguntó:

—¿Lleva revólver estos días?

—A veces.

—Big Willi Magoon llevaba dos. Me pregunto por qué no los usó.

—Supongo que creía que todo el mundo le tenía miedo.

—Puede ser.

Hernández agarró una faja de goma que estaba sobre la mesa y colocándola entre los dos pulgares comenzó a estirla. La estiró cada vez más hasta que finalmente se rompió de golpe y el extremo suelto de la faja de goma fue a dar con fuerza contra el pulgar de la otra mano. Se frotó el pulgar dolorido y dijo, pensativamente:

—No hay nada que pueda estirarse demasiado. Por más resistente que parezca. Hasta pronto.

Con paso rápido me encaminé a la puerta y salí del edificio.

CAPÍTULO XLV

Regresé a mi oficina del sexto piso del Edificio Cahuenga por la rutina de revisar el correo de la mañana. El correo fue a parar, como por un tubo, desde mi escritorio a la canasta de papeles. Después despejé una parte del escritorio y desenrollé la copia fotostática que había enrollado con sumo cuidado para que no formara arrugas.

La volví a leer. Incluía detalles suficientes y razonables como para satisfacer cualquier mente clara y despejada. Eileen Wade había matado a la esposa de Terry en un arranque furioso de celos y más tarde, cuando se le presentó la oportunidad, mató a Roger porque estaba segura de que él lo sabía. El tiro que disparó al techo aquella noche había sido parte del plan. La pregunta sin respuesta y que nunca sería contestada era por qué Roger Wade se había quedado quieto y permitió que ella se saliese con la suya. Debió haberse imaginado cómo iba a terminar la cosa y le tenía sin cuidado, no le importaba ya nada de nada. Su trabajo era crear palabras, tenía palabras para casi todo, menos para aquello.

“Tengo cuarenta y seis pastillas de Demerol que me quedaron de la última receta —escribió ella—. Pienso tomármelas y acostarme en la cama. La puerta está cerrada con llave. Dentro de muy poco tiempo estaré lejos. Quiero que comprenda esto, Howard. Escribo en presencia de la muerte. Todo es verdad. No siento nada ni lamento nada. ..., excepto tal vez que no pude encontrarlos juntos y matarlos a los dos. No siento remordimientos por Paul, a quien usted ha oído llamar Terry Lennox. Era la cáscara vacía del hombre que amé y con quien me casé. No significaba nada para mí. Cuando lo vi aquella tarde, la única vez desde su regreso de la guerra... al principio ni siquiera lo reconocí. Después sí, y él me reconoció en seguida. Debió haber muerto joven, sobre las nieves de Noruega; el amante de un día que pensé que la muerte me había arrebatado. Pero regresó y era el amigo de fulleros y jugadores, el marido de una perdida, un hombre arruinado y destrozado, posiblemente un tramposo en su vida pasada. El tiempo transforma todo lo bello en algo vil, gastado y ruin. La tragedia de la vida, Howard, no es que las cosas hermosas mueran jóvenes sino que envejecan y se envilezcan. Eso no me ocurrirá a mí. Adiós, Howard.”

Guardé la copia en el escritorio y cerré el cajón con llave. Era la hora del almuerzo, pero no sentía apetito. Saqué la botella de whisky, me serví una copa y después descolgué la guía telefónica y busqué el número del *Journal*. Marqué el número y pregunté por Lonnie Morgan.

—El señor Morgan no regresará hasta las cuatro de la tarde. Puede intentar llamarlo a la Oficina de Prensa de la Municipalidad.

Llamé allí y di con él. Me recordó en seguida.

—He oído que anduvo muy ocupado.

—Tengo algo para usted, si es que le interesa, lo que no creo.

—¡No me diga! ¿Y de qué se trata?

—De la copia fotostática de la confesión de dos asesinatos.

—¿Dónde está usted?

Se lo dije. Quería más información, pero yo no quise proporcionársela por teléfono. Me dijo que no estaba ya en la sección crímenes y yo le contesté que a pesar de eso seguía siendo periodista y del único diario independiente de la ciudad. Todavía quiso argumentar.

—¿De dónde sacó eso que dice que tiene? ¿Cómo puedo saber que es algo que vale la pena?

—La oficina del Fiscal de Distrito posee el original, pero no lo darán a la publicidad. Revelaría algunas cosas que han escondido en la heladera.

—Lo llamaré en seguida. Tengo que consultar.

Cortamos la comunicación. Bajé a una cafetería y comí un sandwich de pollo y bebí una taza de café. El café estaba recalentado y el sandwich tenía tan rico sabor como un trozo de tela arrancado de una camisa vieja. Los americanos comen cualquier cosa si está tostada y unida por un par de escarbadientes y tiene lechuga saliendo por los costados, preferiblemente un poco marchita.

A las tres y media, más o menos, Lonnie Morgan entró en mi oficina. Era el mismo hombre alto, flaco, de aspecto cansado y de rostro inexpresivo que me había acompañado a casa la noche que salí de la cárcel. Me estrechó la mano con indiferencia y sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos arrugado.

—El señor Sherman, el editor responsable, dijo que podía venir y ver lo que usted ofrece.

—No es para publicar a menos que usted acepte mis condiciones.

Abrí el cajón y le entregué la copia fotostática. Leyó las cuatro páginas rápidamente y después las leyó de nuevo con más calma. Parecía muy excitado... casi tanto como un empresario de pompas fúnebres en un entierro barato.

—Alcánceme el teléfono.

Empujé el aparato por encima del escritorio. Marcó un número, esperó un momento y dijo:

—Habla Morgan. Quiero hablar con el señor Sherman. —Esperó y por fin apareció la persona a quien había llamado y entonces le pidió que volviera a llamarlo por otra línea.

Colgó el auricular y se sentó sosteniendo el teléfono sobre el regazo. El teléfono sonó en seguida y él levantó el auricular.

—Aquí está, señor Sherman.

Lo leyó lentamente y con voz clara. Al final hubo una pausa y después oí que decía:

—Un momento, señor. —Bajó el teléfono y me miró inquieto: —Quiere saber cómo lo conseguí.

Me incliné sobre el escritorio y tomé la copia.

—Dígale que no es asunto suyo cómo lo conseguí. Dónde, es otra cosa. La estampilla que hay detrás de las páginas lo indica.

—Señor Sherman, aparentemente se trata de un documento oficial de la oficina del alguacil de Los Angeles. Creo que podríamos verificar la autenticidad con facilidad. Además el documento tiene precio.

Escuchó algo más y en seguida dijo:

—Sí, señor. Aquí está.

Empujó el teléfono hacia mí.

—Quiere hablar con usted.

Oí una voz brusca y autoritaria.

—Señor Marlowe, ¿cuáles son sus condiciones? Recuerde que el *Journal* es el único periódico de Los Angeles que se atrevería a considerar la posibilidad de publicarlo.

—Usted no hizo gran cosa en el caso Lennox, señor Sherman.

—Ya lo sé. Pero en aquel momento se trataba simplemente de una cuestión de escándalo por el escándalo mismo. No existía el problema de la culpabilidad. Lo que tenemos ahora, si su documento es auténtico, es muy diferente. ¿Cuáles son sus condiciones?

—Usted debe publicar la confesión completa bajo la forma de una reproducción fotográfica. O no publicarla.

—Tenemos que verificarla. Me imagino que lo comprende.

—No veo cómo podrá hacerlo, señor Sherman. Si pregunta al Fiscal de Distrito lo negará o bien la entregará a todos los diarios de la ciudad. Se verá obligado a hacerlo. Si recurre a la oficina del alguacil someterán el asunto a la oficina del Fiscal del Distrito.

—No se preocupe por eso, señor Marlowe. Nosotros tenemos nuestros propios medios. ¿Cuáles son sus condiciones?

—Acabo de decirlas.

—¡Ah! ¿No espera que le paguen?

—No con dinero.

—Bueno, supongo que usted sabrá lo que hace. ¿Puedo hablar un momento con Morgan?

Morgan pronunció unas breves palabras y cortó la comunicación.

—Está de acuerdo —me dijo—. Me llevo la copia fotostática y él se encarga de la verificación. Hará lo que usted pide. Si reducimos el tamaño a la mitad, ocupará alrededor de media página.

Entonces le entregué la copia fotostática. Morgan la tomó y se rascó la punta de la nariz.

—¿Le molesta si le digo que creo que usted es un perfecto tonto?

—Estoy de acuerdo con usted.

—Tiene tiempo para cambiar de idea.

—No. ¿Recuerda la noche en que me trajo a casa? Usted dijo que yo tenía un amigo a quien decirle adiós. La verdad es que nunca se lo dije realmente. Si ustedes publican la carta ése será mi adiós. Ha transcurrido mucho tiempo... un tiempo largo, muy largo.

—Muy bien, amigo —exclamó, haciendo una mueca burlona—. Pero sigo pensando que usted es un perfecto tonto. ¿Quiere saber por qué?

—Dígamelo, si quiere.

—Sé sobre usted más de lo que se figura. Esa es la parte negativa del trabajo de periodista. Uno siempre está enterado de muchas cosas que no puede usar y entonces se vuelve cínico. Si esta confesión se publica en el *Journal*, una cantidad de gente se disgustará: el Fiscal de Distrito, el Investigador de Crimen, la camarilla del alguacil, un ciudadano influyente y poderoso llamado Potter y un par de rufianes, Menéndez y Starr. Usted terminará probablemente en el hospital o en la cárcel.

—No lo creo.

—Puede pensar lo que quiera, amigo. Le estoy diciendo lo que yo pienso. El fiscal de distrito estará furioso porque él fue el que le echó tierra al caso Lennox. Aun cuando pudiera justificarse en cierta medida con el suicidio y la confesión de Lennox, mucha gente querrá saber cómo Lennox, un hombre inocente, llegó a escribir su confesión, cómo murió, si realmente se suicidó o lo ayudaron a que desapareciera del mapa, por qué no se realizó una investigación dadas las circunstancias y cómo todo el asunto se acalló tan rápidamente. Además, si el fiscal posee el original de esta copia fotostática, creará que ha sido traicionado por alguna de la gente del alguacil.

—No tienen necesidad de reproducir la estampilla identificadora que se encuentra detrás de cada página.

—No lo haremos. Estamos en buenos términos con el alguacil. Lo consideramos un tipo recto. El no tiene la culpa de no poder impedir la actividad de sujetos como Menéndez. Nadie puede impedir el funcionamiento de las casas de juego mientras en algunas partes eso sea completamente legal y en otras sólo legal en parte. Usted sacó esto de la oficina del alguacil. No sé cómo se las arregló para hacerlo.

¿Quiere decírmelo?

—No.

—Muy bien. El Investigador estará disgustado porque él sostuvo que Wade se había suicidado. El Fiscal de Distrito también lo ayudó en aquel sentido. Harlan Potter estará disgustado porque se ha vuelto a reabrir algo que le costó mucha fuerza cerrar. Menéndez y Starr estarán disgustados por razones que no conozco bien, pero que creo que usted debe conocer pues le han hecho advertencias al respecto. Y cuando esos muchachos se disgustan con una persona, ésta la pasa mal. Usted puede recibir el mismo trato que recibió Big Willie Magoon.

—Magoon probablemente se estaba haciendo demasiado pesado en su trabajo.

—¿Por qué? —dijo Morgan arrastrando las palabras—. ¿Por qué esos muchachos tenían que mostrarlo? Si se toman el trabajo de venir a decirle que se quede quieto, usted debe quedarse quieto. Si no les hace caso y lo dejan salirse con la suya, aparecerán como tipos débiles. Los muchachos que controlan los grandes negocios, los cerebros de los trusts, los miembros de los directorios, no necesitan para nada a la gente débil. La gente débil es peligrosa. Y además, ahí está Chris Mady.

—He oído que es quien controla Nevada.

—Usted oyó la pura verdad, compañero. Mady es un buen muchacho, pero él sabe lo que le conviene a Nevada. Los poderosos gánsters que operan en Reno y Las Vegas ponen mucho cuidado en no molestar al señor Mady. Si lo hicieran, sus impuestos aumentarían rápidamente y la cooperación policial disminuiría en la misma proporción. Entonces los políticos que trabajan en el Este decidirían que es necesario hacer algunos cambios. Un funcionario que no se lleva bien con Chris Mady no es un tipo que se desempeñe con corrección. Por lo tanto, al diablo con él y hay que poner a algún otro en su lugar. Eso significa una sola cosa; que el funcionario saldrá de allí en una caja de madera.

—Esa gente nunca oyó hablar de mí —dije.

Morgan frunció el ceño.

—No es necesario. La residencia de Mady en Nevada, al costado del Tahoe, está situada al lado de la propiedad de Harlan Potter. Es posible que los dos se saluden de vez en cuando. Es posible que alguno de los tipos que está al servicio de Mady oiga de boca de uno de los que prestan sus servicios a las órdenes de Potter que hay un infeliz llamado Marlowe que está haciendo demasiado ruido y metiéndose en cosas que no le conciernen. Es posible que este comentario casual siga el recorrido habitual y llegue a cierto departamento de Los Angeles y un hombre de pelo en pecho y músculos bien desarrollados decida ir a dar un paseo con dos o tres amigos y hacer un poco de ejercicio. Si alguien quiere que a usted le rompan la cara o lo dejen listo, los muchachos de músculos bien desarrollados no necesitan explicación alguna sobre el motivo; para ellos se trata de un trabajo de rutina. No tenemos nada contra usted. Pero quédese quieto mientras le rompemos el alma. —Hizo una pausa y preguntó: —¿Quiere que le devuelva esto? —y me mostró la copia fotostática.

—Usted sabe lo que quiero —repliqué.

Morgan se puso de pie lentamente y guardó la copia en el bolsillo interior de la americana.

—Puede ser que me equivoque —dijo—, quizás usted sepa más que yo. Yo no sabría decir cómo encara las cosas un hombre como Harlan Potter.

Con un gesto de mal humor, contesté:

—He tenido la oportunidad de conocerlo. Pero no es de los que trabajarían con una pandilla de rufianes. Eso no podría conciliarlo con la idea que tiene formada sobre el tipo de vida que quiere llevar.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Morgan en tono violento—. Detener la investigación de un asesinato con una llamada telefónica y dejando fuera de combate a los testigos no es más que una cuestión de método. Pero ambos métodos apestan y repugnan al mundo civilizado. Hasta la vista... espero.

Salió de la oficina como alma que lleva el diablo.

CAPÍTULO XLVI

Saqué el coche y me dirigí al bar "Victor" con la idea de tomar un gimlet y esperar un rato hasta que saliera a la calle la edición de madrugada de los diarios de la mañana. Pero el bar estaba repleto y el ambiente no era muy agradable. El barman se acercó saludándome por mi nombre.

—Le gusta con bitter, ¿no?

—Generalmente lo tomo solo, pero por esta noche póngale doble cantidad de bitter.

—Ultimamente no he visto a su amiga por acá. Aquella de la esmeralda en el dedo.

—Yo tampoco.

Al cabo de un momento el barman volvió con la bebida. Comencé a tomarla a sorbos porque no tenía ganas de achisparme. O bien me embriagaba en forma o me mantenía sobrio. Eran las seis pasadas cuando el repartidor entró en el bar con los periódicos. Uno de los que atendían el bar le gritó que se fuera en seguida, pero el muchachito se las arregló para dar una vuelta rápida y vender algunos diarios antes de que el mozo pudiera atraparlo y echarlo afuera. Yo conseguí un ejemplar. Abrí el *Journal* y eché una ojeada a la primera página. Lo habían publicado. Estaba íntegro. Habían invertido la copia para que saliera negro sobre blanco y al reducirla de tamaño consiguieron que entrara en la mitad superior de la página. En otra página había un breve editorial, en tono fuerte, y en otra, un artículo de Lonnie Morgan en un recuadro de media columna.

Terminé el gimlet, me fui a un restaurante a cenar y después me dirigí a casa. El artículo de Lonnie Morgan era una recapitulación concreta, honrada y clara de los hechos y acontecimientos concernientes al caso Lennox y al "suicidio" de Roger Wade... de los hechos tal como habían sido publicados. No añadía nada, no deducía nada, no imputaba nada. Era un informe claro, conciso, de tipo comercial. El editorial era otra cosa. Formulaba preguntas... la clase de preguntas que un periódico hace a los funcionarios públicos cuando se los atrapa con las manos sucias.

A eso de las nueve y media sonó el teléfono y Bernie Ohls dijo que vendría a verme de paso para su casa.

—¿Leyó el *Journal*? —preguntó tímidamente y cortó sin esperar la respuesta.

Cuando llegó, comenzó a protestar por los escalones que tuvo que subir y dijo que le gustaría tomar una taza de café. Fui a la cocina a prepararlo y mientras tanto Ohls estuvo dando vueltas por todos lados como si se sintiera en su casa.

—Vive en un lugar muy solitario —dijo—. ¿Qué hay detrás de la colina de espaldas a la casa?

—Otra calle. ¿Por qué?

—Por preguntar, no más. Sus árboles necesitan ser podados.

Llevé el café al *living* y Ohls se sentó y empezó a tomarlo. Encendió uno de mis cigarrillos, dio una o dos pipadas y en seguida lo apagó.

—He llegado a un punto en que no me importa la materia prima —dijo—. Tal vez sea a causa de los anuncios de televisión. Le hacen odiar todo lo que tratan de vender. ¡Dios, deben pensar que el público es medio idiota! Cada vez que un imbécil con chaqueta blanca y un estetoscopio colgado del cuello muestra un tubo de dentífrico o un paquete de cigarrillos o una botella de cerveza o un frasco de champú o alguna cajita con alguna cosa que hace que un luchador gordo huela como las lilas de la montaña, siempre lo anoto para no comprarlo nunca. ¡Diablos, no compraría el producto aunque me gustara! ... ¿Leyó el *Journal*?

—Un amigo me informó bajo cuerda. Un cronista.

—¿Así que tiene amigos? —preguntó, como si la noticia lo asombrara—. ¿No le dijo cómo consiguieron el material?

—No. Y en este Estado no tiene por qué decírselo a nadie.

—Springer está que salta de furia. Lawford, el representante del Fiscal de Distrito, que esta mañana se llevó la carta, asegura que se la entregó directamente a su jefe, pero tengo mis dudas. Lo que ha publicado el *Journal* parece una reproducción exacta del original.

Seguí sorbiendo el café y no dije nada.

—Se lo tiene merecido —prosiguió Ohls—. Springer debió haberla entregado él mismo. Personalmente no creo que Lawford haya dejado escapar nada. El también es un político. —Me miró fijamente.

—¿Para qué ha venido, Bernie? Usted no me tiene simpatía. En una época fuimos amigos... en la medida en que se puede ser amigo de un policía duro e inflexible. Pero aquella amistad se ha perdido un poco.

Ohls se, inclinó hacia adelante y sonrió... con sonrisa algo cruel.

—A ningún policía le agrada que un ciudadano privado realice a espaldas suyas un trabajo policial. Si usted me hubiera informado de la relación que existía entre Wade y la mujer de Lennox, yo habría podido descubrir algo. Si me hubiera hablado de la relación que existía entre la señora Wade y Terry Lennox la habría tenido a ella en la palma de la mano... y viva. Si hubiera hablado claro desde el principio, Wade podría estar vivo todavía. Sin mencionar a Lennox. Usted se figura que ha actuado con mucha inteligencia, ¿no?

—¿Qué quiere que le diga?

—Nada. Es demasiado tarde. Ya le dije una vez que aquel que se cree muy vivo no engaña a nadie sino a sí mismo. Se lo dije en forma clara y directa. Pero usted no me llevó el apunte. Creo que en este momento daría una muestra de inteligencia si se fuera de la ciudad. Nadie lo quiere aquí, y cuando hay un par de tipos que no le tienen simpatía a alguien, no se quedan cruzados de brazos.

—No soy tan importante, Bernie. Dejemos de pelearnos y discutir. Hasta la muerte de Wade, usted ni siquiera se interesó o intervino en el caso. Después de su muerte el asunto no le importó mucho a usted, ni al Investigador, ni al Fiscal del Distrito ni a nadie. Puede ser que me haya equivocado en algunas cosas. Pero la verdad salió a relucir. Usted hubiera podido tener en sus manos a la señora Wade ayer por la tarde... pero ¿con qué?

—Con lo que usted nos hubiera contado respecto de ella.

—¿Yo? ¿Con el trabajo policial que hice a espaldas suyas?

Ohls se puso de pie bruscamente. Tenía la cara roja.

—Muy bien, como usted quiera. Pero ella estaría viva ahora. La hubiéramos podido detener bajo sospecha. Usted quería que muriera.

—Lo único que yo quería es que se examinara a conciencia, que se mirara a sí misma larga y profundamente. Lo que haría después era cosa suya. Yo quise rehabilitar a un hombre inocente. No me importó un comino cómo conseguí hacerlo y ahora tampoco me importa. Si me necesita para algo estaré a su disposición cuando guste.

—Ya habrá quien se encargue de usted, amigo. No tendré que molestarle. Usted cree que no es bastante importante como para que se preocupen por su persona. Claro que no lo es, si vemos en usted al inofensivo detective llamado Marlowe. Pero la cosa es diferente si usted personifica al tipo a quien le advirtieron que no se metiera en nada y que les dio públicamente, en un diario, una bofetada en la cara. Eso hiere el orgullo de la gente.

—Esto es lastimoso —dijo—. Sólo de pensarlo, sangro internamente, para usar sus propias palabras.

Ohls se dirigió hacia la puerta y la abrió. Se detuvo al pie de la escalera contemplando los escalones de madera roja, los árboles que cubrían la colina situada al otro lado del camino y el suave declive al final de la calle.

—Un lugar agradable y tranquilo —dijo—. Suficientemente tranquilo.

Bajó las escaleras, subió al coche y partió. Los policías nunca dicen adiós. Siempre esperan verlo a uno de nuevo en la fila.

CAPÍTULO XLVII

Al día siguiente, durante corto tiempo, las cosas parecieron adquirir animación. El Fiscal de Distrito, Springer, llamó temprano a una conferencia de prensa y entregó una declaración. Pertenecía a esa clase de hombres grandotes, ampulosos, de cejas negras y cabello prematuramente gris, que siempre se desempeñan en política en forma brillante.

“He leído el documento que pretende ser una confesión de la infortunada e infeliz mujer que se mató recientemente, documento que puede ser o no auténtico, pero que si lo es, resulta evidente que se trata del producto de una mente desequilibrada. Estoy dispuesto a suponer que el *Journal* publicó el documento de buena fe, pese a sus muchos absurdos e inconsistencias que no me molestaré en enumerar. Si Eileen Wade escribió esas palabras, y mi oficina, junto con el personal de mi respetable colega el alguacil Petersen, pronto determinarán si lo hizo o no, entonces tengo que decirles a ustedes que no las escribió con la cabeza despejada ni con mano firme. ¡Imaginen el shock, la desesperación, la terrible soledad que debe haber seguido a aquel espantoso desastre! Y ahora ella se ha reunido con él en la amargura de la muerte. ¿Se gana algo con turbar las cenizas de los muertos? ¿Algo, amigos míos, fuera de la venta de algunos ejemplares de un periódico desesperado por aumentar su circulación? Nada, amigos, nada. Dejémoslo como está. Como Ofelia en aquella gran obra maestra dramática llamada *Hamlet*, del inmortal William Shakespeare, Eileen Wade tomó su trago amargo con una diferencia. Mis enemigos políticos querrían sacar partido de esa diferencia, pero mis amigos y votantes no quedarán decepcionados. Ellos saben que esta oficina siempre prefirió el cumplimiento de la ley en forma sabia y madura, la justicia atemperada por la misericordia, un gobierno conservador, sólido y estable. Ignoro lo que apoya el *Journal* y no me importa mucho tampoco. Dejemos que el público esclarecido juzgue por sí mismo.”

El *Journal* publicó aquel ridículo discurso en su primera edición (era un diario matutino) y Henry Sherman, el jefe de redacción, escribió un comentario firmado como respuesta a Springer.

“El Fiscal de Distrito, señor Springer, estuvo en buena forma esta mañana. Es un hombre de rostro agradable y habla con rica voz de barítono que es un placer escuchar. No nos fastidió con ninguna clase de hechos. Cada vez que el señor Springer se moleste en requerir la autenticidad de los documentos presentados a él como pruebas, el *Journal* se sentirá muy feliz en hacerlo. Nosotros no creemos que el señor Springer vaya a iniciar acción alguna para reabrir casos que oficialmente han sido dados por finiquitados con su sanción o bajo su dirección, del mismo modo que no esperamos que el señor Springer se pare de cabeza sobre la torre del palacio municipal. Para usar la fraseología tan adecuadamente empleada por el señor Springer, ¿se ganará algo removiendo las cenizas de los muertos? O, tal como el *Journal* diría con menos elegancia, ¿algo va a ganarse descubriendo quién cometió un asesinato cuando el asesino ya está muerto? Nada, por supuesto, sino justicia y verdad.

“En memoria del finado William Shakespeare, el *Journal* desea agradecer al señor Springer por su favorable mención de *Hamlet*, lo mismo que por su importante aunque no exacta alusión a Ofelia. “Debes sobrellevar tu pesar con una diferencia” no fue dicho de Ofelia sino que lo dijo ella, y exactamente qué quiso decir con ello nunca ha resultado muy claro para nuestras mentes menos eruditas. Pero dejemos pasar eso. Eso suena bien y ayuda a confundir el asunto. Tal vez se nos permita citar, también de esa producción dramática aprobada, oficialmente conocida por *Hamlet* algo bueno que se le ocurrió decir a un mal hombre: “Y allí donde la ofensa esté que la gran hacha caiga.”

Lonie Morgan me llamó alrededor del mediodía y me preguntó si estaba satisfecho. Le dije que no creía que el asunto perjudicara a Springer para nada.

—Sólo podrían aprovecharlo sus enemigos políticos, pero ellos ya lo tienen marcado.

—No me refería a Springer sino a usted.

—Nada sobre mí. Estoy aquí sentado simplemente a la espera de una copa suave para metérmela entre pecho y espalda.

—Eso no fue exactamente lo que yo quise decir.

—Todavía gozo de buena salud. Deje de intentar asustarme. Obtuve lo que quería. Si Lennox estuviera vivo, todavía podría ir directamente a ver a Springer y escupirle en la cara.

—Usted lo hizo por él y Springer se ha dado cuenta. Ellos disponen de cientos de medios para embromar a un tipo que no les agrada. No sé por qué creyó usted que valía la pena arriesgarse por un hombre como Lennox. No se lo merecía.

—¿Qué tiene eso que ver con el asunto?

Se quedó silencioso durante unos segundos y después dijo:

—Lo siento, Marlowe, pero debí callarme la boca. Buena suerte.

Cortamos después de los adioses de rigor.

A las dos de la tarde Linda Loring me llamó por teléfono.

—Acabo de regresar de los lagos del Norte; he venido en avión. Sé de alguien que está furioso con las noticias aparecidas anoche en el *Journal*. A mi casi exmarido le cayeron como un mazazo en la cabeza. El pobre hombre estaba llorando cuando me fui.

—¿Qué quiso decir con eso de “casi ex marido”?

—No sea tonto. Por una vez mi padre dio su aprobación. París es un lugar excelente para obtener un divorcio tranquilo, de modo que pronto partiré para Francia. Y si le queda un poco de sentido común, lo mejor que podría hacer es gastar una parte de aquel maravilloso billete que me mostró e irse usted también a París.

—¿Qué tengo que ver yo con eso?

—Esta es la segunda pregunta tonta que me hace. Usted no engaña a nadie más que a sí mismo, Marlowe. ¿Sabe cómo matan los cazadores a los tigres?

—¿Cómo podría saberlo?

—Agarran una cabra, la atan a una estaca y luego se ocultan detrás de un árbol. Desde luego, la cabra no lo pasa bien. Usted me gusta. No sé por qué, pero me gusta. Me desagrada la idea de verlo hacer el papel de cabra. Usted trató con todas sus fuerzas de hacer lo que creía justo y de hacerlo bien.

—Muy amable de su parte —contesté—. Pero si asomo la cabeza y me la cortan de un hachazo, se trata de mi cabeza y nada más.

—No se haga el héroe, no sea loco —replicó ella vivamente—. No es cuestión de que porque alguien que los dos conocimos quiso arruinar su vida y convertirse en un hombre perdido, usted tenga que imitarlo.

—Si todavía se queda por aquí un tiempo, la invitaré a tomar una copa.

—Invíteme en París. París es encantador en otoño.

—Me gustaría mucho hacerlo. He oído decir que aún es mejor en primavera, pero como no he estado nunca, no puedo afirmarlo.

—Por el camino que va, me parece que no irá nunca.

—Adiós, Linda. Espero sinceramente que encuentre lo que busca.

—Adiós —contestó ella fríamente—. Siempre encuentro lo que quiero, pero cuando lo he encontrado ya no me interesa más.

Linda cortó la comunicación. El resto del día transcurrió sin novedad. Cené afuera, dejé el coche en una estación de servicio permanente para que revisaran los frenos y tomé un taxi para regresar a casa. La calle estaba desierta como de costumbre. Subí las escaleras lentamente. Era una noche serena, aunque había una leve bruma en la atmósfera. Los árboles de la colina casi no se movían. No corría la más mínima brisa. Di vuelta a la cerradura con la llave, empujé un poco la puerta separada del marco sólo unos pocos centímetros. Adentro estaba oscuro, no se oía ningún ruido, pero tuve la sensación de que el cuarto no estaba vacío. Quizás un resorte había crujido débilmente o percibí el reflejo de una chaqueta blanca en la habitación. Quizá para una noche cálida y tranquila como aquella, la habitación situada detrás de la puerta no estaba bastante cálida aunque sí bastante tranquila. Quizá flotaba en el aire el olor de una presencia humana. O quizá lo único que pasaba es que yo me sentía inquieto y excitado.

Me encaminé hacia el costado del pórtico, sobre el césped y me incliné contra los arbustos. No hubo nada que me llamara la atención. No se veía ninguna luz ni pude percibir movimiento alguno. Tenía un revólver en la pistolera del cinturón, era un revólver de cañón corto calibre 38. Apunté con el arma, pero no pasó nada. El silencio continuaba. Decidí que me había equivocado y me di vuelta para regresar a la puerta de entrada cuando vi que un coche doblaba por la esquina, ascendía rápidamente la colina y se detenía silenciosamente al pie de la escalera. Era un sedán grande, de color negro, con la línea del Cadillac. Podría haber creído que se trataba del coche de Linda excepto por dos cosas: nadie abrió la puerta y las ventanillas de mi lado estaban tapadas hasta abajo. Esperé y escuché, agachado contra los arbustos, pero no había nada que escuchar, ni nada que esperar. Nada más que un auto inmóvil al pie de mi escalera, con las ventanas cerradas. Entonces se encendió la luz roja del potente reflector del automóvil y el rayo de luz iluminó de pronto el espacio situado a unos cinco metros más allá de la casa. Después el coche comenzó a dar marcha atrás muy lentamente hasta que el reflector pudo iluminar el frente de la casa, la chimenea y el techo.

La policía no anda en Cadillac. Los Cadillac con reflectores rojos pertenecen a tipos importantes, intendentes y comisionados federales, quizás a fiscales de distrito. O hasta a rufianes de categoría.

El reflector continuó la búsqueda. Yo me eché al suelo, pero de todas formas me localizó. Me iluminó con fuerza y la luz se mantuvo inmóvil. Nada más. El auto seguía cerrado, la casa silenciosa y a oscuras.

Entonces, durante uno o dos segundos, se oyó el silbido de una sirena que sonó en tono bajo y en aquel momento, al fin, la casa se iluminó de golpe y salió de la misma un hombre con smoking blanco. Se detuvo al pie de la escalera y empezó a mirar a ambos lados, a lo largo de la pared y de los arbustos.

—¡Vamos, entre, infeliz! —dijo Menéndez con una risita ahogada—. Tiene visitas.

Hubiera podido dispararle un tiro con toda facilidad. Pero en seguida retrocedió y fue demasiado tarde... aun si hubiera podido hacerlo. Vi que se bajaba la ventanilla correspondiente al asiento de atrás oí un golpe seco y casi al instante una pistola disparó un tiro que fue a incrustarse en la ladera de la colina, a pocos metros del lugar donde yo me encontraba.

—Vamos, entre, infeliz —repitió Menéndez, desde la puerta—. No tiene adónde ir.

Me levanté y me encaminé hacia la entrada, mientras el reflector me seguía iluminando. Guardé el revólver en la pistolera. Subí las escaleras, franqueé la puerta y me detuve. En el living había un hombre sentado en el sillón, con las piernas cruzadas y el revólver apoyado sobre el muslo. Parecía un tipo alto y esbelto, fornido y tenía la piel reseca y curtida, característica de las personas que viven en países de clima ardiente y expuesto al sol de los trópicos. Llevaba puesto un rompevientos de gabardina marrón y el cierre automático estaba abierto casi hasta la cintura. Me clavó la vista, con la mirada fija y penetrante. Estaba tan calmado y tranquilo como una pared de adobe bajo la luz de la luna.

CAPÍTULO XLVIII

Lo miré durante demasiado tiempo. Sentí a mi lado un movimiento casi imperceptible y, de inmediato, un dolor agudo en el hombro. El brazo se me paralizó hasta la punta de los dedos. Me di vuelta y vi a un mexicano grandote, de aspecto sórdido y desagradable, que estaba al lado de la puerta. El tipo me estaba vigilando. Dejó caer a un costado la pistola cuarenta y cinco que tenía en la mano. Usaba bigote y tenía el pelo abundante, negro y lustroso, peinado hacia arriba. Tirado hacia atrás tenía puesto un sombrero sucio, sujeto por debajo del mentón con dos largas tiras de cuero que colgaban medio sueltas sobre la camisa que olía a sudor. No hay nada más tosco que un mexicano tosco, del mismo modo que no hay nada más suave que un mexicano suave, nada más honesto que un mexicano honesto, y, sobre todo, nada más triste que un mexicano triste. Aquel hombre era uno de los bravos. No los hay más bravos en ninguna parte.

Me froté el brazo. Sentí un hormigueo, pero el dolor y el entumecimiento continuaban. Si hubiera intentado sacar la pistola probablemente la habría dejado caer.

Menéndez extendió la mano hacia el mexicano, inmóvil al lado de la puerta. Este, casi sin mirar, arrojó el revólver por el aire y Menéndez lo atrapó. Se paró delante de mí y su rostro resplandeció.

—¿Dónde lo prefiere, infeliz? —Parecía como si los ojos fueran a saltársele de las órbitas.

No hice más que mirarlo. No hay respuesta para una pregunta como aquélla.

—Le he hecho una pregunta, infeliz.

Me humedecí los labios y repliqué con otra.

—¿Qué pasó con Agostino? Pensaba que era su guardaespaldas.

—Chic aflojó —dijo con suavidad.

—Siempre fue flojo... como su jefe.

Los ojos del hombre que estaba en el sillón relampaguearon y los labios casi esbozaron una sonrisa. El mexicano que casi me había paralizado el brazo no se movió ni pronunció una palabra. Sentí su respiración agitada.

—¿Alguien le dio un porrazo en el brazo, infeliz?

—Tropecé con una enchilada.

Me golpeó la cara con el cañón del revólver, negligentemente, casi sin mirarme.

—No me haga chistes, infeliz. No es el momento oportuno. Le hicieron una advertencia y bien clara. Cuando me tomo la molestia de ir a ver personalmente a un tipo y le digo que se quede quieto... tiene que quedarse quieto. O, si no, queda en el suelo y no se levanta más.

Sentí que la sangre me corría por la mejilla y un dolor agudo en el pómulo. El dolor se fue extendiendo hasta que abarcó toda la cabeza. El golpe no había sido muy fuerte, pero sí el instrumento utilizado. Pero todavía podía hablar y nadie trató de impedírmelo.

—¿Cómo es que se ocupa usted mismo de estos menesteres, Mendy? Yo pensé que dejaba ese trabajo para los muchachos, aquellos que dejaron de cama a Willie Magoon.

—Es el toque personal —respondió suavemente—, porque tenía razones particulares para ocuparme yo mismo de usted. Pero el caso Magoon fue una cuestión estrictamente de negocios. El tipo creyó que iba a hacerse el guapo conmigo... ¡Hacerme eso a mí, que le compré todos sus trajes y sus autos y abastecí generosamente su cuenta bancaria y hasta pagué la escritura de su casa! Estos tenientes de la Dirección contra el Vicio y la Inmoralidad son siempre los mismos. Hasta pagaba las cuentas del colegio de su hijo. Cualquiera pensaría que el muy sinvergüenza debía sentir alguna gratitud para conmigo. Y en lugar de eso, ¿qué es lo que hace? Entra en mi oficina privada y me da un bofetón en presencia de todos los muchachos.

—¿Con qué motivo? —le pregunté en la esperanza de desviar su enojo hacia otra persona.

—Porque una de sus amiguitas, una rubia platinada, dijo que usábamos dados cargados. Tuve que echarla del club y ponerla de patitas en la calle.

—Parece bastante comprensible —dije—. Magoon debería saber que ningún jugador profesional juega en forma deshonesto. No tiene necesidad de hacerlo. ¿Pero yo qué le he hecho?

Me golpeó de nuevo, con todas sus ganas.

—Me hizo quedar mal. En mi negocio a un hombre no se le dice dos veces una cosa. El tipo tiene que obedecer o uno no controla la situación. Si uno no controla la situación, no está en el negocio.

—Tengo el presentimiento, amigo mío, de que hay algo más que eso —dije—. Perdóneme, pero tengo que sacar el pañuelo.

El revólver siguió apuntándome mientras saqué el pañuelo y me limpié la sangre de la cara.

—Un tipo entrometido —comenzó a decir Menéndez lentamente —cree que puede burlarse de Mendy Menéndez. Quiere convertirme a mí... Menéndez, en el hazmerreír de todos. Debería clavarle el cuchillo, infeliz. Debería cortarlo en mil pedazos.

—Lennox fue su compañero —dije, y observé atentamente la expresión de sus ojos—. Murió y lo enterraron como a un perro, sin poner siquiera un nombre sobre el pedazo de tierra en donde yace su cadáver. Y yo tuve que actuar para demostrar que él era inocente. ¿Conque eso lo hizo quedar mal, eh? El le salvó la vida y perdió la suya, pero eso no significa nada para usted. Lo que para usted tiene importancia es hacerse el gran personaje. A usted no le importa un rábano nadie, fuera de su persona. En usted no hay nada grande; es pura alharaca.

Me dirigió una mirada glacial y echó el brazo hacia atrás para golpearme por tercera vez, pero yo di medio paso adelante y le encajé una trompada en la boca del estómago.

No tuve tiempo de pensarlo, no planeé nada, no calculé mis posibilidades, si es que tenía alguna. Simplemente estaba harto de sus baladronadas y el dolor me atenazaba, y seguía sangrando y quizás en aquel momento sentí deseos de darle un golpe.

Menéndez se dobló en dos, emitió unos sonidos entrecortados y el revólver se le cayó de la mano. Lo buscó a tientas desesperadamente, pero yo le puse la rodilla sobre la cara. Menéndez lanzó un chillido.

El hombre que estaba en el sillón se rió en voz alta. Estuve a punto de tambalearme y sentí una especie de vértigo. Entonces el hombre se puso de pie, sosteniendo el revólver en la mano.

—No lo mate —dijo con suavidad—. Lo usaremos como carnada.

En aquel momento hubo un movimiento en la penumbra del hall y apareció Ohls en la puerta; estaba pálido, con el rostro inexpresivo, pero totalmente tranquilo. Miró a Menéndez que estaba arrodillado con la cabeza apoyada en el suelo.

—Había resultado flojo el tipo —comentó Ohls —; flojo como una gallina.

—No es flojo —repliqué—, sino bastante guapo, pero cualquier guapo puede recibir un golpe. ¿Era blando Big Willie Magoon?

Ohls me miró y lo mismo hizo el otro hombre. El mexicano que estaba al lado de la puerta permaneció inmóvil, sin decir palabra.

—Sáquese ese maldito cigarrillo de la boca —le grité a Ohls—. Fúmelo o, si no, deje de mascararlo. Estoy harto de verlo. Estoy harto de la policía.

Ohls me miró todo sorprendido e hizo una mueca burlona.

—Eso se llama hablar, muchacho —dijo alegremente—. ¿Lo lastimaron mucho? Parece que estos tipos intratables lo han vapuleado en forma. Bueno, ¡por Dios que usted se lo palpitaba y con justa razón! —Volvió a mirar a Menéndez. Las rodillas de Mendy estaban debajo de él. Salía de un pozo, a pocos centímetros por ver, respirando entrecortadamente.

—Este Mendy es un muchacho muy conversador cuando no tiene a su lado a tres picapleitos que le obligan a cerrar la boca —dijo Ohls.

Ayudó a Menéndez a ponerse de pie. Mendy sangraba por la nariz. Sacó a tientas el pañuelo del bolsillo de su smoking blanco y lo apretó contra la nariz sin decir una palabra.

—Le tendieron una trampa, amigo —agregó Ohls—. No lamento mucho lo que le pasó a Magoon. Se lo tenía merecido, pero era de la policía, y rufianes como usted tienen que aprender de una vez por todas a respetar a la policía.

Menéndez apartó el pañuelo de la nariz, miró a Ohls y después a mí y al hombre que había estado en el sillón. Se dio vuelta lentamente y clavó la vista en el mexicano. Todos ellos lo miraron a su vez. Los rostros no expresaban nada. De pronto, como si hubiera surgido del aire, apareció un puñal y Mendy se abalanzó hacia Ohls. Ohls se hizo a un lado, lo agarró por la garganta con una mano y con la otra le hizo saltar el cuchillo con facilidad pasmosa, casi con indiferencia. Ohls separó los pies, afirmándolos bien sobre el suelo, se enderezó, dobló ligeramente las piernas y levantó a Menéndez en el aire sosteniéndolo por el cuello con una mano. Lo transportó casi en vilo y lo arrinconó contra la pared. Después lo dejó caer, pero sin soltar la garra con que le atenazaba la garganta.

—Si me toca con un dedo lo mato —dijo Ohls—. Con un solo dedo —agregó y soltó las manos.

Mendy se sonrió burlonamente, miró el pañuelo y volvió a llevárselo a la nariz. Después dirigió la vista hacia el revólver que había usado para golpearme. El hombre del sillón dijo con indiferencia:

—No está cargado, aun cuando pudiera agarrarlo.

—Una trampa —dijo Menéndez dirigiéndose a Ohls—. Oí cuando me lo dijo.

—Usted pidió tres tipos con buena musculatura para que le ayudaran a hacer un trabajito y lo que consiguió fue tres agentes de Nevada. Hay alguien en Las Vegas que no está muy satisfecho por la forma

en que usted se olvidó de aclarar algunas cuentas pendientes. Ese alguien quiere hablar con usted. Puede irse con los agentes o, si no, se viene conmigo hasta la Central para que le pongamos un par de épocas. Ahí afuera hay dos muchachos que quieren verlo de cerca.

—¡Dios ayude a Nevada! —dijo Menéndez con tranquilidad, dirigiendo de nuevo una mirada al mexicano parado al lado de la puerta. Entonces hizo rápidamente la señal de la cruz y salió de la casa. El mexicano lo siguió. El otro hombre, el de la piel curtida y reseca, recogió el revólver y el puñal salió también, cerrando la puerta tras de sí. Ohls esperó, inmóvil. Se oyó el ruido de puertas que se cerraban de golpe y el del coche que se alejaba.

—¿Está seguro de que esos energúmenos son agentes? —le pregunté a Ohls.

Se dio vuelta como si le sorprendiera encontrarme allí.

—Tienen las insignias —dijo secamente.

—Lindo trabajo, Bernie. Muy lindo. ¿Cree usted que llegará vivo a Las Vegas? Usted es un perro insensible y cruel.

Me encaminé hacia el cuarto de baño, me lavé con agua fría y me puse una toalla empapada sobre el cuello dolorido. Me miré en el espejo. Tenía la mejilla hinchada, amoratada y algunas heridas poco profundas producidas por la fuerza del cañón del revólver al golpear contra el pómulo. Debajo del ojo izquierdo tenía una mancha morada. No iba a estar muy hermoso durante unos días.

En aquel momento la figura de Ohls se reflejó en el espejo, detrás de mí. Tenía en la boca el maldito cigarrillo apagado, como el gato que atormenta al ratón medio muerto dejándolo que escape una vez más antes del ataque final.

—La próxima vez no trate de engañar a la policía —dijo en tono gruñón—. ¿Cree que le permitimos robar aquella copia fotostática porque sí? Teníamos el presentimiento de que Mendy vendría a buscarlo con un revólver en la mano. Entonces planteamos a Starr la cosa con toda claridad. Le dijimos que no podíamos prohibir el juego en el territorio, pero que se las iban a ver negras si les sacábamos una buena tajada a sus ingresos. En nuestro territorio no hay tipo, por guapo que sea, que deshaga a golpes a un policía y se quede tan tranquilo, sin pagar por lo que ha hecho. Starr nos convenció de que él no había tenido nada que ver en el asunto de Magoon, que toda la gente que estaba con ellos en el negocio se sentía disgustada y que pensaban decírselo a Menéndez. Entonces, cuando Menéndez pidió que le mandaran de afuera un pelotón de guapos para darle a usted su merecido, Starr le envió a tres tipos que conocía, en uno de sus coches y por cuenta propia. Starr es comisionado policial en Las Vegas.

Me di vuelta y miré a Ohls.

—Los coyotes que deambulan por el desierto tendrán comida esta noche. Felicidades. El trabajo policial es maravilloso, elevado, idealista. La única cosa que tiene de malo es los policías que están en él.

—Lo lamento por usted, héroe —contestó Ohls en un arranque de furia—. No pude menos que echarme a reír cuando vi que usted entraba en su propia casa para recibir la paliza que le esperaba. Este asunto supondrá para mí un ascenso, muchacho. Era un trabajo sucio y tenía que ser hecho suciamente. Para hacer hablar a esos tipos hay que darles una sensación de poder. Usted no salió muy lastimado, pero no tuvimos más remedio que dejar que lo golpearan un poco.

—Siento mucho, muchísimo, que usted tenga que sufrir tanto.

—Odio a los tahúres —dijo con voz ronca—. Los odio en la misma forma que odio a los vendedores de drogas. Ellos especulan con una enfermedad que es tan corruptora como la droga. ¿Usted piensa que los palacetes que hay en Reno y Las Vegas son nada más que para diversiones inofensivas? Tonterías; son para el pobre hombre, el empleadito que pierde ahí los pocos pesos que tiene ahorrados, el muchacho que se detiene por un momento con el sobre del salario en el bolsillo y pierde el dinero con el cual habría pagado la cuenta del almacén. El jugador rico pierde cuarenta billetes de los grandes, se ríe y vuelve por más. El gran negocio no está en el jugador rico, compañero. La gran estafa, el robo en gran escala se hace con las moneditas de diez, veinte y cincuenta centavos, y de vez en cuando con un billete de un dólar o hasta de cinco. El dinero de las grandes extorsiones llega como el agua por la cañería del cuarto de baño, corriente incesante que nunca deja de fluir. Siempre que alguien quiere eliminar a un jugador profesional, eso es para mí. Me gusta. Cada vez que el gobierno de un Estado toma dinero del juego y le llama impuesto, ese gobierno está ayudando a mantener a las pandillas en acción. El peluquero o la muchacha del salón de belleza apuesta dos pesos a la cabeza. Eso es para el sindicato, eso es lo que realmente da beneficios. La gente quiere una fuerza policial honesta, ¿no es así? ¿Para qué? ¿Para proteger a los tipos con tarjetas de visita? En este estado tenemos pistas de carrera legales, y las tenemos todo el año. Actúan con honestidad y el Estado saca su tajada, y por cada dólar dejados en la pista hay cincuenta dejados a los redoblneros. Hay ocho o nueve carreras en un programa y en media docena de ellas, los pobres diablos nunca lo advierten, puede estar el acomodado. Hay una sola forma para que un jockey pueda ganar una carrera, pero hay veinte formas para que pueda perderla. Aunque haya un observador cada ocho palos vigilando no podrán hacer absolutamente nada si el jockey sabe lo que tiene entre manos. Eso es juego legal, compañero, negocio

limpio y honesto y el Estado lo aprueba. Entonces está bien, ¿no es así? Pero no para mí. Porque es juego y el juego engendra jugadores, y cuando se suma todo eso, tenemos una clase de juego... el juego sucio.

—¿Se siente mejor? —le pregunté, mientras me ponía un poco de iodina sobre las heridas.

—Soy un viejo policía cansado y vencido. Todo lo que siento es amargura.

Me volví y lo miré fijamente.

—Usted es un buen policía, Bernie, pero los policías, en cierto sentido, son siempre los mismos, les echan la culpa a cosas que no la tienen. Si un tipo pierde su salario en una mesa de juego, hay que prohibir el juego. Si se emborracha, hay que prohibir el alcohol. Si mata a alguien en un accidente automovilístico, hay que dejar de fabricar coches. Si lo pescan con una muchacha en la habitación de un hotel, hay que terminar con el intercambio sexual. Si se cae de la escalera, hay que dejar de construir casas.

—¡Oh, cállese!

—Claro, ciérreme la boca. No soy nada más que un ciudadano privado. No se tape los ojos con una venda, Bernie. Nosotros no tenemos rufianes y tahúres y gángsters y sindicatos del crimen porque tengamos políticos deshonestos con sus representantes ubicados en la Municipalidad y en las legislaturas. El delito no es una enfermedad, sino un síntoma. La policía es como el médico que receta aspirina para un tumor de cerebro, con la diferencia de que la policía cura más bien con una cachiporra. Somos un pueblo grande, rudo, rico y salvaje, y el delito es el precio que pagamos por ello y el delito organizado es el precio que pagamos por la organización. Lo tendremos durante largo tiempo. El delito organizado no es más que el lado sucio de la lucha por el dólar.

—¿Cuál es el lado limpio?

—Nunca lo he visto. Puede ser que Harlan Potter se lo pueda decir. Vamos a tomar algo.

—Tenía usted muy buen semblante cuando franqueó la puerta de entrada —dijo Ohls.

—Usted lo tenía mejor cuando Mendy sacó el puñal y se le fue encima.

—Chóquela —me dijo, extendiendo la mano.

Tomamos una copa y salió por la puerta de atrás, por la cual había entrado utilizando una palanca de hierro. Las puertas traseras son fáciles de manejar si se abren hacia afuera y si son lo bastante viejas como para que la madera esté seca y sentada. Uno no tiene más que sacar las clavijas de las bisagras y el resto es fácil. Ohls me mostró una mella en el marco y se dirigió hacia la parte de la colina donde había dejado estacionado el coche, en la calle próxima. Con la misma facilidad hubiera podido abrir la puerta principal, pero habría roto la cerradura y eso se habría notado demasiado.

Lo seguí con la mirada mientras iba subiendo por la colina, iluminándose el camino con una linterna, hasta que desapareció entre los árboles. Cerré la puerta, me preparé una bebida suave y me senté en el *living-room*. Miré la hora y vi que todavía era muy temprano, aunque tenía la impresión de que había pasado un tiempo largo desde mi llegada a casa.

Me acerqué al teléfono, llamé a la operadora y pedí comunicación con el número de teléfono de los Loring. El criado preguntó quién llamaba y después fue a ver si la señora Loring estaba en casa. Casi en seguida ella acudió al teléfono.

—Quería decirle que hice muy bien el papel de cabra, pero que agarraron al tigre vivo. Tengo algunas magulladuras.

—Algún día tendrá que contármelo.

Tenía la voz tan lejana como si ya estuviera en París.

—Podría contárselo delante de una copa... si es que tiene tiempo.

—¿Esta noche? ¡Oh! Estoy preparando mi equipaje para mudarme. Me temo que me será imposible.

—Claro, comprendo. Bueno, pensé que le gustaría saberlo. Y fue muy amable al ponerme sobre aviso. Su padre no tuvo nada que ver en el asunto.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

—¡Oh! Espere un minuto. —Desapareció por un rato y cuando regresó parecía más afectuosa y amable. —Quizá tenga tiempo de tomar una copa con usted. ¿Dónde?

—Donde usted diga. Esta noche no tengo auto, pero puedo conseguir un taxi.

—Tonterías. Yo pasaré a buscarlo, pero tardaré una hora o más, ¿cuál es su dirección?

Se la di y ella cortó la comunicación. Encendí la luz del pórtico y permanecí al lado de la puerta abierta, aspirando el aire de la noche. Había refrescado bastante.

Después de un rato entré al *living* y traté de comunicarme con Lonnie Morgan, pero no pude encontrarlo. Entonces, nada más que por darme el gusto, llamé al "Club Terrapin", en Las Vegas, para hablar con

Randy Starr. Pensé que probablemente no me atendería, pero lo hizo. Tenía la voz de un verdadero hombre de negocios, tranquila, servicial y competente.

—Me alegro de hablarle, señor Marlowe. Cualquier amigo de Terry es amigo mío. ¿En qué puedo serle útil?

—Mendy está en camino.

—¿En camino de dónde?

—De Las Vegas, con los tres tipos que envió usted en el Cadillac negro, con el reflector rojo y la sirena. Supongo que el auto es suyo.

Starr se rió.

—Como dijo un periodista, en Las Vegas usamos los Cadillac como acoplados. ¿De qué se trata?

—Mendy se apareció en mi casa con un par de guapos. Tenía la idea de darme una tunda por un artículo aparecido en un diario; según parece, Mendy creyó que yo tenía la culpa de su publicación.

—¿Era culpa suya?

—No soy propietario de ningún periódico, señor Starr.

—Y yo no tengo guapos en Cadillac, señor Marlowe.

—Pudiera ser que fueran agentes.

—No podría decirlo. ¿Algo más?

—Me golpeó con el revólver y yo le di una trompada en el estómago y le puse la rodilla encima. Me pareció que quedó muy disgustado. Pero espero que llegue a Las Vegas con vida.

—De eso estoy seguro. Y ahora me temo que tendré que cortar.

—Un momento, Starr. ¿Usted también estuvo en el asunto de Otatoclán o Mendy trabajó solo?

—¿Cómo dice?

—No bromea, Starr. Mendy no estaba enojado conmigo por la razón que me dio...; la cosa no era como para venir a mi casa y tratarme como a Willie Magoon. Aquella razón no era suficiente. Hace mucho tiempo me advirtió que me quedara quieto y que no removiera el caso Lennox. Pero yo no le llevé el apunte, porque no lo creí necesario, y entonces él hizo lo que acabo de contarle. De modo que existía una razón más poderosa.

—Comprendo —dijo lentamente, con voz suave y tranquila—. ¿Usted cree que hay algo no muy católico en la forma en que murió Terry? ¿Piensa, tal vez, que él no se suicidó, sino que alguien lo mató?

—Creo que los detalles ayudarán a esclarecer la cosa. Terry escribió una confesión falsa. Me escribió una carta que me llegó por correo. El mozo o criado del hotel era el encargado de sacarla de la habitación y ponerla en el buzón. Terry estaba vigilado en el hotel y no podía salir. Dentro del sobre había un billete de los grandes y Terry estaba terminando de escribirla, cuando sintió que alguien golpeaba a la puerta. Me gustaría saber quién entró en la habitación.

—¿Por qué?

—Si hubiera sido el criado o el mozo, Terry habría añadido unas líneas en la carta diciéndomelo. Si hubiera sido la policía, la carta no habría llegado a mis manos. ¿Quién era el que entró... y por qué Terry escribió aquella confesión?

—No tengo idea, Marlowe, ni la menor idea.

—Lamento haberlo molestado, señor Starr.

—No es ninguna molestia, encantado. Preguntaré a Mendy qué es lo que opina del asunto.

—Sí... si es que lo vuelve a ver... vivo. Si eso no ocurre, de todos modos trate de averiguar lo que le pregunté.

Si no, alguien podría interesarse en hacerlo.

—¿Usted? —Su voz adquirió un matiz de dureza, aunque seguía tranquila.

—No, señor Starr. Yo no. Alguien que sin mucho esfuerzo podría hacer que usted saliera volando de Las Vegas. Créame, señor Starr. Se lo digo con toda franqueza.

—Puede estar seguro de que veré a Mendy vivo. No se preocupe por eso, Marlowe.

—Yo pensaba que usted estaría enterado de todo. Adiós, señor Starr.

CAPÍTULO XLIX

Cuando el coche se detuvo frente a mi casa, salí al pórtico y me dispuse a bajar las escaleras, pero el chófer negro ya había bajado del auto y sostuvo la puerta para que saliera la señora Loring. Después la siguió escaleras arriba, llevando en la mano un pequeño maletín de viaje. Me quedé esperando, al lado de la puerta. La señora Loring llegó arriba y se dio vuelta hacia el chófer.

—El señor Marlowe me llevará al hotel, Amos. Gracias por todo. Lo llamaré por la mañana.

El chófer colocó el maletín adentro.

—Bueno, señora Loring. ¿Puedo hacerle una pregunta al señor Marlowe?

—Sí, Amos.

—“Estoy envejeciendo... Estoy envejeciendo. ¿Usaré enrollada la parte inferior de mis pantalones?”
¿Qué quiere decir eso, señor Marlowe?

—Nada en absoluto. Pero suena bien, simplemente.

Amos sonrió.

—Eso es del Canto de Amor de J. Alfred Prufrock. Aquí hay otro: “En la habitación las mujeres vienen y van, hablando de Miguel Angel.” ¿Esto le sugiere algo, señor?

—Sí... me sugiere que el tipo no sabía mucho sobre las mujeres.

—Pienso exactamente como usted, señor. No obstante, admiro mucho a T. S. Eliot.

—¿Dijo usted “no obstante”?

—Bueno, sí, lo dije, señor Marlowe. ¿Es incorrecto?

—No, pero no lo diga delante de un millonario. Podría pensar que está tratando de apabullarlo.

Sonrió tristemente: —Ni siquiera soñaría con hacerlo. ¿Sufrió un accidente, señor?

—No, fue planeado en esta forma. Buenas noches, Amos.

—Buenas noches, señor.

Bajó las escaleras y yo entré en casa. Linda Loring estaba en medio del living, mirando alrededor.

—Amos se graduó en la Universidad de Howard —dijo—. Usted no vive en un lugar muy seguro... por ser un hombre tan expuesto, ¿no?

—No existen lugares seguros.

—¡Pobre cara! ¿Quién se la puso así?

—Mendy Menéndez.

—¿Y usted qué le hizo?

—No mucho. Le di uno o dos golpes. Le hicieron una zancadilla. Ahora está en camino para Nevada en compañía de tres o cuatro agentes. No hablemos más de él.

Linda se sentó en el sofá.

—¿Qué le gustaría tomar? —pregunté. Le alcancé una caja de cigarrillos, pero me dijo que no quería fumar y que tomaría cualquier cosa.

—Pensé que podríamos tomar champaña —le dije—. No tengo balde de hielo, pero está frío. Lo tenía reservado desde hace años. Dos botellas. Cordon Rouge. Creo que es buena marca, pero no soy muy entendido.

—¿Reservado para quién?

—Para usted.

Se sonrió, pero seguía observando mi rostro.

—Está lleno de lastimaduras. —Extendió la mano y me tocó ligeramente la mejilla con los de —dos.
—¿Lo tenía reservado para mí? No me parece posible. Sólo hace dos meses que nos conocemos.

—Entonces lo estaba reservando hasta que nos conociéramos. Voy a traerlo. —Recogí el maletín y me dirigí hacia el otro extremo del *living*.

—¿Quiere decirme adónde va con eso? —preguntó Linda Loring bruscamente.

—Es un maletín para la noche, ¿no?

—Póngalo en el suelo y venga aquí.

Hice lo que me decía. Tenía los ojos brillantes y al mismo tiempo soñolientos.

—Esto es algo nuevo —dijo lentamente—. Algo completamente nuevo.

—¿En qué sentido?

—Usted nunca me ha puesto un dedo encima. Ni indirectas, ni insinuaciones sugestivas, ni manoseos, nada. Pensé que usted era un hombre rudo, indiferente y frío.

—Creo que lo soy... a veces.

—Ahora estoy aquí y supongo que después que hayamos bebido una cantidad razonable de champaña, usted planea agarrarme y tirarme en la cama, sin ninguna clase de preámbulos. ¿Es así?

—Francamente —respondí—, creo que en el fondo de mi mente puede haber surgido una idea por el estilo.

—Me siento halagada, pero supongamos que no fuera eso lo que yo quisiera. Usted me gusta mucho. Pero por eso no debe imaginarse que yo quiero acostarme con usted. ¿No le parece que está sacando conclusiones apresuradas... nada más que porque traje conmigo un maletín de noche?

—Puede ser que haya cometido un error —dije; fui a buscar el maletín y lo volví a colocar al lado de la puerta—. Traeré el champaña.

—No tuve intención de ofenderlo. Puede ser que prefiera guardar el champaña para alguna ocasión más auspiciosa.

—Sólo son dos botellas —contesté—. Una ocasión realmente auspiciosa requeriría una docena.

—Ah, comprendo —replicó, enojada súbitamente—. Así que yo le serviré para pasar el rato, hasta que consiga alguna mujer más hermosa y atractiva. Muchas gracias por su amabilidad. Ahora es usted el que me ha ofendido. Si cree que una botella de champaña puede transformarme en una mujer liviana, le aseguro que se equivoca por completo.

—Ya he admitido mi error.

—El hecho de que haya contado que voy a divorciarme de mi marido y que Amos me trajo hasta aquí con un maletín de noche, no quiere decir que yo sea una conquista tan fácil como usted se imagina —dijo Linda, con el mismo tono de enojo.

—¡Maldito sea el maletín! —exclamé—. ¡Al demonio con él! ¡Si vuelve a mencionarlo de nuevo, tiraré esa condenada maleta por las escaleras! Le pedí que tomáramos una copa juntos. Pienso ir a la cocina para traer la bebida. Eso es todo. No tenía la menor intención de emborracharla. Usted no quiere acostarse conmigo. Lo entiendo perfectamente. No hay razón para que quiera hacerlo. Pero a pesar de eso, creo que todavía podemos tomar una o dos copas de champaña, ¿no le parece? Este encuentro no tiene por qué convertirse en una disputa sobre quién va a ser seducido y cuándo y dónde y con cuánto champaña.

—Bueno, no tiene por qué enojarse —contestó ella, sonrojada.

—Eso no es más que otro gambito —dije, con tono malhumorado—. Conozco por lo menos cincuenta y los aborrezco a todos; bajo su apariencia atractiva, son todos falsos y engañosos.

Linda Loring se puso de pie, se acercó a mí y con la punta de los dedos me acarició suavemente las heridas y las partes hinchadas de la cara.

—Lo siento, perdóneme. Soy una mujer cansada y desilusionada. Por favor, sea bueno o amable conmigo. No soy una ganga para nadie.

—Usted no está más cansada ni más desilusionada que la mayoría de la gente. De acuerdo con la lógica y con todas las reglas usted debió haber sido tan mimada, inútil, superficial y ligera de cascos como su hermana. Por un milagro no salió así. Usted tiene toda la honestidad y una gran parte de las agallas de su familia. No necesita que nadie sea bueno con usted.

Me di vuelta y salí de la habitación; entré en la cocina, saqué del frigorífico una de las botellas de champaña, la descorché, llené una de las copas rápidamente y me la bebí de un trago. Después puse todo encima de una bandeja y la llevé al living.

Linda no estaba allí y tampoco estaba el maletín. Coloqué la bandeja sobre la mesa y abrí la puerta. No había oído el ruido de la puerta al abrirse y ella no tenía coche. No había oído ruido alguno.

En aquel preciso momento oí la voz de Linda a mis espaldas.

—Tonto, ¿creíste que me había escapado?

Cerré la puerta y me volví. Se había soltado el cabello, tenía puestas unas chinelas bordadas y un salto de cama de seda del color de las puestas de sol de los dibujos japoneses. Se acercó a mí lentamente con una especie de sonrisa tímida. Le alcancé la copa de champaña; ella la agarró, bebió unos sorbos y me la devolvió.

—Es muy agradable —dijo. Entonces, silenciosamente y sin el menor ademán de afectación se arrojó en mis brazos, acercó su boca a la mía y me besó con fuerza abriendo los labios y los dientes. La punta de su lengua tocó la mía. Después de largo tiempo echó la cabeza hacia atrás, pero siguió con los brazos alrededor de mi cuello. Los ojos le brillaban.

—Quería hacerlo todo el tiempo. No sé por qué tuve que hacerme la difícil. Deben ser los nervios. En realidad no soy una mujer liviana. ¿Te parece que es una lástima que no lo sea?

—Si hubiera pensado que eras una mujer liviana me habría tirado un lance la primera vez que me encontré contigo en el bar “Victor”.

Ella movió la cabeza lentamente y sonrió.

—No lo creo. Por eso estoy aquí.

—Tal vez aquella noche no habría podido hacerlo —dijo—. Aquella noche pertenecías a otra persona.

—Tal vez ni siquiera te tiras lances con las mujeres que encuentras en los bares.

—No muy a menudo. Están muy mal iluminados.

—Pero muchas mujeres van a los bares justamente para que alguien se tire lances con ellas.

—Muchas mujeres se levantan a la mañana con la misma idea.

—Pero el alcohol es un afrodisíaco... hasta cierto punto.

—Los doctores lo recomiendan.

—¿Quién dijo algo sobre los doctores? Quiero mi champaña.

La besé un poco más. Era una tarea liviana y agradable.

—Quiero besar tu pobre mejilla —dijo y lo hizo—. Está tan caliente que quema.

—El resto de mi persona está helándose.

—No es verdad. Quiero mi champaña.

—¿Por qué?

—Si no bebemos tendremos el ánimo caído. Además el champaña me gusta.

—Muy bien.

—¿Me quieres mucho? ¿O me querrás si me acuesto contigo?

—Posiblemente.

—No tienes obligación de acostarte conmigo, ¿sabes? No insisto en absoluto en ello.

—Gracias.

—Quiero champaña.

—¿Cuánto dinero tienes?

—¿En total? ¿Cómo podría saberlo? Creo que alrededor de ocho millones de dólares.

—He decidido acostarme contigo.

—Mercenario —dijo ella.

—El champaña lo pagué yo.

—¡Al diablo con el champaña!

CAPÍTULO L

Una hora más tarde ella estiró el brazo desnudo, me hizo cosquillas en la oreja y dijo:

—¿Consideraste la posibilidad de casarte conmigo?

—Eso no duraría seis meses.

—Bueno, por amor de Dios —dijo, supongamos que fuera así. ¿No valdría la pena probar? ¿Qué esperas de la vida... una protección total contra toda clase de riesgos posibles?

—Tengo cuarenta y dos años. Mi independencia me ha echado a perder. Tú estás echada a perder un poco, no demasiado, por el dinero.

—Tengo treinta y seis años. No es ninguna desgracia tener dinero, como no lo es casarse por dinero. La mayoría de los que lo tienen no se lo merecen y no saben cómo comportarse con el dinero. Pero esto no durará mucho. Tendremos otra guerra y cuando concluya, nadie tendrá ningún dinero... excepto los fulleros y los estafadores. A los demás nos pondrán impuestos que nos dejarán sin nada.

Le acaricié el cabello y enrolé algunos mechones alrededor de un dedo.

—Puede ser que tengas razón.

—Podríamos ir a París en avión y pasar una temporada magnífica. —Se enderezó sobre el codo y me miró. Pude ver el resplandor de sus ojos, pero no su expresión. —¿Tienes algo contra el matrimonio?

—Para el dos por ciento de la gente es maravilloso. Los demás simplemente lo aguantan. Las muchachas americanas son fantásticas. Las esposas americanas ocupan demasiado lugar. Además...

—Quiero más champaña.

—Además —dije—, para ti sería sólo un episodio. El primer divorcio es el único que cuesta. Después, sólo es un problema desde el punto de vista económico. No es problema para ti. Dentro de diez años puedes pasar por mi lado en la calle y preguntarte dónde diablos me viste antes. Si es que te fijas en mí.

—Eres un canalla autosatisfecho; orgulloso, con mucha confianza en ti mismo e intocable. Dame más champaña.

—En cambio en esta forma me recordarás.

—También presumido. Una montaña de presunción. Ligeramente magullado en aquel momento. ¿Crees que te recordaré? Cualquiera sea el número de hombres con quienes me haya casado o acostado, ¿crees que te recordaré? ¿Por qué tendría que ser así?

—Lo lamento, sobrestimé mi caso. Te traeré el champaña.

—¿No somos dulces y razonables? —dijo en tono sarcástico—. Soy una mujer rica, querido, y seré infinitamente más rica. Podría comprarte el mundo si valiera la pena comprarlo. ¿Qué tienes ahora? Una casa vacía a la que vuelves todos los días, sin que te espere ni siquiera un perro o un gato, una pequeña oficina encerrada en la que te sientas y esperas. Aunque me divorciara de ti, nunca te dejaría volver a eso.

—¿Cómo me lo impedirías? Yo no soy Terry Lennox.

—Por favor, no hablemos de él, ni tampoco de aquel témpano dorado, la mujer de Wade, ni de su pobre marido, borracho y vencido. ¿Quieres ser el único hombre que me ha rechazado? ¿Qué clase de orgullo es ése? Te he dado el mayor regalo que podría haberte dado. Te he pedido que te cases conmigo.

—Me has hecho un regalo mucho más grande.

Ella comenzó a llorar: —Loco, eres un verdadero loco. —Sus mejillas estaban húmedas. —Supongamos que durara seis meses o un año o dos. ¿Qué habrías perdido, excepto el polvo del escritorio de tu oficina y la suciedad en las cortinas venecianas y la soledad de una vida bastante vacía?

—¿Todavía quieres más champaña?

—¡Cómo no!

La atraje hacia mí y ella lloró sobre mi hombro. No estaba enamorada de mí y ambos lo sabíamos. No lloraba por mí. Era tiempo de que derramara algunas lágrimas, simplemente.

Después se apartó de mí y yo bajé de la cama y ella se dirigió al baño para arreglarse. Fui a buscar el champaña.

Cuando volvió, sonreía.

—Lamento haber hecho esa escena —dijo—. Dentro de seis meses ni siquiera recordaré tu nombre. Llévalo al *living*. Quiero tener luz.

Hice lo que me pedía. Se sentó en el sofá y coloqué la botella delante de ella. Miró la copa, pero no la tocó.

—Me presentaré —dije—. Tomemos una copa juntos.

—¿Como esta noche?

—Nunca volverá a ser como esta noche.

Levantó la copa de champaña, bebió un poco, lentamente, se volvió y me arrojó el resto a la cara. Después comenzó a llorar de nuevo. Saqué un pañuelo, me sequé la cara y también la de ella.

—No sé por qué lo hice —expresó—. Pero, ¡por amor de Dios!, no me digas que soy una mujer y que una mujer nunca sabe por qué hace las cosas.

Le serví más champaña y me reí. Lo bebió lentamente y después se volvió y se arrojó atravesada sobre mis rodillas.

—Estoy cansada —dijo—. Esta vez tendrás que llevarme en brazos.

Después de un rato se quedó dormida.

Cuando me desperté a la mañana, ella dormía todavía. Me levanté y preparé el café. Tomé la ducha, me afeité y me vestí. Linda se despertó al cabo de un rato y se vistió. Tomamos el desayuno juntos. Llamé un taxi y la acompañé hasta abajo, llevando en la mano su pequeño maletín.

Nos despedimos. Seguí el auto con la mirada hasta que se perdió de vista. Subí las escaleras, entré en el dormitorio y deshice toda la cama para volver a hacerla. Sobre una de las almohadas había un cabello largo y oscuro. Sentí un peso en la boca del estómago. Los franceses tienen una frase para eso. Los muy sinvergüenzas tienen una frase para cada cosa y siempre tienen razón.

Decir adiós es morir un poco.

CAPÍTULO LI

Sewell Endicott me dijo que trabajaría hasta tarde y que pasara alrededor de las siete y media.

La oficina, situada en una esquina, tenía alfombra azul, el escritorio de caoba rojizo, con los extremos tallados, parecía muy antiguo y muy valioso, había estanterías, con el frente de vidrio, llenas de libros de abogacía, encuadernados en color amarillo mostaza, las habituales caricaturas de jueces ingleses famosos hechas por Spy, y en la pared que miraba al sur un gran retrato del Juez Oliver Wendell Holmes. El sillón de Endicott estaba tapizado en cuero negro. Cerca del sillón había un escritorio atestado de papeles.

Endicott estaba en mangas de camisa y tenía la misma cara de cansado de siempre. Estaba fumando uno de sus insípidos cigarrillos y las cenizas habían caído sobre la corbata medio floja.

Me contempló en silencio cuando me senté. Después dijo:

—Usted es el tipo más cabeza dura que he conocido. ¡No me diga que todavía está escarbando en aquel embrollo!

—Hay algo que me preocupa un poco. Me imagino que ahora no habrá inconveniente en que dé por sentado que usted representaba a Harlan Potter cuando me vino a ver a mi celda.

El hizo una inclinación de cabeza. Me toqué suavemente el costado de la cara con la punta de los dedos. Las heridas habían cicatrizado y la hinchazón había desaparecido, pero uno de los golpes debió haber afectado un nervio. Todavía tenía entumecida parte de la mejilla.

—¿Y que cuando fue a Otatoclán lo delegaron allí como representante temporario de la oficina del Fiscal de Distrito?

—Sí, pero no siga machacando con eso, Marlowe. Era una conexión valiosa. Quizá le di demasiada importancia.

—Espero que todavía sea valiosa para usted.

Endicott sacudió la cabeza.

—No. Aquello ha terminado. El señor Potter utiliza para sus asuntos legales a firmas de San Francisco, Nueva York y Washington.

—Me imagino que Potter me debe odiar... si es que piensa alguna vez en todo aquello.

Endicott sonrió.

—Aunque parezca curioso, le echó toda la culpa a su yerno, el doctor Loring. Un hombre como Harlan Potter tiene que echarle la culpa a alguien. El cree que nunca podría equivocarse. Potter piensa que si Loring no le hubiera estado recetando a la mujer drogas peligrosas, no habría ocurrido nada.

—Se equivoca. Usted vio el cadáver de Terry Lennox en Otatoclán, ¿no es cierto?

—Claro que sí. En la trastienda de la casa de pompas fúnebres. No tienen morgue en ese lugar. Cuando llegué preparaban el ataúd. El cadáver estaba frío como el hielo. Vi la herida en la sien. No hubo problema alguno con la identificación del cadáver.

—Pero tengo entendido que estaba un poco desfigurado, ¿no?

—Se había oscurecido la cara y las manos y se había teñido el cabello de negro. Pero se veían las cicatrices perfectamente. Y, por supuesto, las impresiones digitales pudieron ser verificadas con facilidad por las que había en los objetos que solía usar en la casa.

—¿Qué clase de fuerza policial existe en esa ciudad?

—Primitiva. El jefe apenas sabe leer y escribir, pero conoce bien la cuestión de las impresiones digitales. El tiempo era caluroso muy caluroso. —Frunció el ceño, se sacó el cigarrillo de la boca y lo dejó caer negligentemente, en un enorme cenicero de basalto negro. —Tuvieron que traer hielo del hotel; mucho hielo. Allí no embalsaman a la gente, de modo que tienen que trabajar rápido.

—¿Usted habla castellano, señor Endicott?

—Sólo unas pocas palabras. El administrador del hotel hizo de intérprete. —Sonrió e hizo una breve pausa—. Era un tipo amable; muy bien vestido. Al principio parecía medio rudo, pero se mostró muy cortés y servicial. Todos los trámites se hicieron con mucha rapidez.

—Yo recibí una carta de Terry. Pienso que el señor Potter debería estar enterado. Se lo conté a su hija, la señora Loring, y le mostré la carta. Adentro había un retrato de Madison.

—¿Un qué?

—Un billete de cinco mil dólares.

Endicott enarcó las cejas.

—¡No me diga! Bueno, por cierto que podía darse el gusto. Cuando se casó por segunda vez, su mujer le regaló un cuarto de millón, limpio de polvo y paja. Tenía la idea de que lo que él planeaba era irse a México... y olvidar todo lo ocurrido. No sé qué pasó con el dinero.

—Aquí está la carta, señor Endicott, si tiene interés en leerla.

La saqué del bolsillo y se la di. La leyó con sumo cuidado, en la forma en que los abogados leen todas las cosas. Cuando terminó, la puso sobre el escritorio, se reclinó contra el respaldo y quedó mirando al vacío.

—Un poco literario, ¿no le parece? —dijo con calma—. Me pregunto por qué lo hizo.

—¿Por qué hizo qué, matarse, confesar o escribir la carta?

—Confesar y matarse, por supuesto —dijo Endicott en tono cortante—. La carta es comprensible. Al menos, usted recibió una recompensa razonable por lo que hizo por él... y desde entonces...

—Lo que me preocupa es el buzón —contesté—. En la carta dice que había un buzón en la calle, debajo de su ventana y que el mozo del hotel iba a sostener la carta en alto con la mano antes de echarla adentro, para que Terry lo viera.

Vi que algo se apagaba en los ojos de Endicott.

—¿Por qué le preocupa tanto el buzón? —preguntó con indiferencia. Sacó otro cigarrillo con filtro de una caja cuadrada. Le alcancé el encendedor por encima del escritorio.

—No creo que tuvieran uno en un lugar como Otatoclán —dije.

—Continúe.

—Al principio no me di cuenta. Entonces estudié el lugar. Es una simple aldea. La población no pasa de los mil doscientos habitantes. Hay una sola calle pavimentada. El jefe tiene un Ford modelo A como coche oficial. El correo está en la esquina de un negocio: la chanchería o sea la carnicería del lugar. Un hotel, un par de cantinas, ni un camino bueno, un pequeño campo de aviación. En las montañas cercanas hay mucha caza y por eso está el aeródromo. Es el único modo decente de llegar allí.

—Continúe. Conozco lo de la caza.

—Y, sin embargo, hay un buzón en la calle. Con el mismo criterio podríamos pensar que hay un hipódromo y una pista para carreras de galgos, cancha de golf, pista de patinaje y un parque con fuentes de colores y banda de música.

—Entonces se habrá equivocado —dijo Endicott fríamente—. Quizás era algo que le pareció un buzón... por ejemplo, un receptáculo para desperdicios.

Me puse de pie. Agarré la carta, la doblé y la guardé en el bolsillo.

—Un receptáculo para desperdicios —repetí—. Claro, eso es. Pintado con los colores mexicanos, verde, blanco y rojo y un cartel encima que dice en letras de imprenta: MANTENGA LIMPIA NUESTRA CIUDAD. Y alrededor hay siete perros sarnosos.

—No se haga el vivo, Marlowe.

—Siento mucho tener que darle trabajo a mi cerebro. Hay otro pequeño detalle que ya le planteé a Randy Starr. ¿Cómo es que la carta pudo ser despachada? De acuerdo con la carta, el método estaba arreglado de antemano. De modo que alguien le habló sobre el buzón. Alguien mintió. Y, sin embargo, alguien despachó de todos modos la carta con un billete de cinco mil adentro. ¿No cree que todo eso resulta un poco intrigante?

Lanzó una bocanada de humo y la contempló mientras desaparecía en el aire.

—¿Qué conclusión saca... y qué pito toca Starr en este asunto?

—Starr y otro rufián, llamado Menéndez, fueron compañeros de Terry en el ejército inglés. Son tipos que en cierto sentido van por mal camino...; sería más apropiado decir en casi todos los sentidos, pero, sin embargo, todavía tienen orgullo personal y demás. Aquí se ocultaron y taparon las cosas por razones evidentes. Y en Otatoclán pasó lo mismo, por razones completamente diferentes.

—¿Cuál es su conclusión? —me preguntó de nuevo y en tono mucho más cortante.

—¿Cuál es la suya?

No me contestó. Le agradecí el tiempo que me había dedicado y partí.

Cuando abrí la puerta vi que Endicott tenía el ceño fruncido, pero me pareció que su expresión de asombro era sincera. O quizás estaba tratando de recordar si había un buzón en la esquina del hotel.

Había puesto otra rueda en movimiento... y no había más. La rueda giró durante un mes antes de producirse alguna novedad.

Entonces, finalmente, un viernes por la mañana, al entrar en mi oficina, vi a un desconocido que me estaba esperando. Era un mexicano o sudamericano, elegantemente vestido. Estaba sentado al lado de la

ventana abierta y fumaba un cigarrillo marrón, de aroma penetrante. Era alto, muy delgado y muy elegante, de bigote oscuro, cabello oscuro y más largo que el que usan los norteamericanos; tenía un traje de color tostado de lana liviana. Usaba anteojos oscuros. Se puso de pie cortésmente.

—¿Señor Marlowe?

—¿En qué puedo servirle?

Me entregó un papel doblado y me dijo:

—Vengo de parte del señor Starr, de Las Vegas.

Agarré el papel y lo leí. “Le presento a Cisco Maïoranos, un amigo mío. Creo que le será de utilidad. S.”

—Entremos, señor Maïoranos —dije.

Abrí la puerta y la sostuve para dejarlo pasar. Olía a perfume y tenía las cejas demasiado bien delineadas. Pero con seguridad no era tan delicado y refinado como parecía, porque en ambos lados de la cara tenía cicatrices de cuchilladas.

CAPÍTULO LII

El hombre se sentó en la silla de los clientes y cruzó las piernas.

—Según me han dicho, usted desea alguna información sobre el señor Lennox.

—Únicamente sobre la última escena.

—Yo estuve allí en esa época, señor. Tenía un empleo en el hotel. —Se encogió de hombros—. Un empleo insignificante y por supuesto, temporario. Era el empleado de la administración, en el turno diurno.

—No tiene tipo para eso —dije.

—Hay momentos en que uno tiene dificultades en la vida.

—¿Quién me despachó la carta por correo?

Me alcanzó un paquete de cigarrillos.

—Pruebe uno de éstos.

—Son demasiado fuertes para mí. Me gustan los cigarrillos colombianos. Los cubanos son un veneno.

Sonrió ligeramente, encendió otro cigarrillo y echó el humo poco a poco. El tipo era tan endemoniadamente elegante que comenzaba a sentirme molesto.

—Estoy enterado de la carta, señor. El mozo tuvo miedo de subir a la habitación del señor Lennox cuando apostaron la guardia en el hotel; la policía, usted me entiende. De modo que yo mismo llevé la carta al correo. Después que se pegó el tiro, por supuesto.

—Debió haber mirado adentro. Había un billete de los grandes.

—La carta estaba cerrada, señor —dijo fríamente—. El honor es algo serio para mí.

—Le pido perdón. Continúe, por favor.

—Cuando entré en la pieza, el señor Lennox tenía en la mano izquierda un billete de cien pesos. Cerré la puerta en la cara del guardia. En la mano derecha tenía un revólver. Sobre la mesa, estaba la carta y otro papel que no leí. Yo rechacé el billete.

—Demasiado dinero —comenté, pero el tipo no reaccionó ante el sarcasmo.

—El señor Lennox insistió. De modo que finalmente me lo llevé y más tarde se lo entregué al mozo. Puse la carta debajo de la servilleta que había encima de la bandeja en que antes le habían traído el café. El polizonte me miró con ojos penetrantes, pero no dijo nada. Estaba en la mitad de la escalera, cuando oí el disparo. Rápidamente escondí la carta y corrí escaleras arriba. El guardia estaba tratando de abrir la puerta. Usé mi llave y abrimos. El señor Lennox estaba muerto.

Con la punta de los dedos recorrió suavemente el borde del escritorio y suspiró.

—Sin duda está enterado de lo demás.

—¿El hotel estaba lleno?

—No, lleno no. Había media docena de huéspedes.

—¿Americanos?

—Dos americanos del norte. Cazadores.

—¿Verdaderos gringos, o simplemente mexicanos transplantados?

—Tengo la impresión de que uno de ellos debe haber sido de origen español. Hablaba el español fronterizo. Muy poco elegante.

—¿Esos dos se acercaron a la habitación de Lennox?

Levantó la cabeza bruscamente, pero la expresión quedó oculta tras los anteojos oscuros.

—¿Para qué iban a hacerlo, señor?

—Bueno, ha sido muy amable al molestarse en venir y contarme todo, señor Maioranos. Dígame a Randy que le estoy muy agradecido.

—No hay de qué, señor.

—Y dígame que, más adelante, cuando tenga tiempo, podría mandarme a alguien que sepa de lo que está hablando.

—¡Señor! —Su voz era suave, pero helada—. ¿Duda de mi palabra?

—Ustedes siempre se la pasan hablando del honor. No se enoje. Quédese tranquilo y déjeme que explique.

Se reclinó sobre la silla con aire altanero.

—Esto no es más que una suposición. Podría equivocarme. Pero también podría tener razón. Aquellos dos norteamericanos fueron allí con un propósito determinado. Llegaron en avión. Simularon ser cazadores. Uno de ellos se llamaba Menéndez, un jugador fullero. Se inscribió con otro nombre o tal vez no. No podría afirmarlo. Lennox sabía que estaba allí. Y sabía por qué. Me escribió aquella carta porque tenía la conciencia intranquila. No se había portado bien conmigo y era un tipo demasiado bueno para que aquello no le remordiera la conciencia. Puso el billete en la carta, cinco mil dólares, porque tenía mucho dinero y sabía que yo no estaba en la misma situación. Además escribió al pasar una leve insinuación que pudo haber sido captada o no. Era el tipo de hombre que siempre quiere hacer lo que es correcto y apropiado, pero se las arregla al final para hacer algo más. Usted me dijo que llevó la carta al correo. ¿Por qué no la echó en el buzón que está frente al hotel?

—¿En el buzón, señor?

—Sí, en el buzón.

El señor Maioranos se sonrió.

—Otatoclán no es la ciudad de México, señor. Es un lugar muy primitivo. ¿Un buzón en las calles de Otatoclán? Nadie sabría para qué sirve. Nadie sacaría las cartas de ahí.

—Ah, bueno, no hace falta que agregue nada más. Usted no llevó ningún café a la habitación del señor Lennox, señor Maioranos. Usted no pasó por delante del guardia al querer entrar en la habitación de Lennox. Pero los dos norteamericanos sí que entraron. Por supuesto, ajustaron las cuentas al policía y a algunas otras personas. Uno de los norteamericanos golpeó a Lennox por detrás. Entonces agarró la Mauser, abrió uno de los cartuchos, sacó la bala y volvió a colocar el cartucho. Acercó el revólver a la sien de Lennox y apretó el gatillo. Le produjo una herida de aspecto desagradable, pero no lo mató. Lo sacaron del hotel en una camilla, rápidamente y sin mucha alharaca. Cuando llegó el abogado norteamericano, Lennox estaba como muerto; lo habían drogado con narcóticos, estaba rodeado de hielo y lo tenían en un rincón oscuro de la carpintería, donde un hombre preparaba el ataúd. El abogado vio a Lennox; estaba frío como el hielo, sumido en un profundo estupor y tenía en la sien una herida sanguinolenta y negruzca. Parecía bien muerto. El abogado norteamericano regresó con las impresiones digitales de Lennox y una especie de documento que era justamente la bolilla que faltaba. ¿Qué le parece, señor Maioranos?

Maioranos se encogió de hombros.

—Podría ser posible, señor. Claro que eso habría requerido dinero e influencia. Quizás habría sido posible si ese señor Menéndez hubiera estado estrechamente relacionado con la gente influyente de Otatoclán, el alcalde, el propietario del hotel y demás.

—Bueno, también eso es posible. Es una buena idea. Eso explicaría por qué eligieron un lugar pequeño y lejano como Otatoclán.

Maioranos sonrió abiertamente.

—Entonces ¿es posible que el señor Lennox esté vivo todavía?

—Seguro. El suicidio tenía que ser un invento fraguado para fundamentar la confesión. Debía tener bastantes visos de realidad como para engañar a un abogado que había sido Fiscal del Distrito, pero si se descubría el engaño, habría dejado muy mal parado al Fiscal de Distrito en ejercicio. Este Menéndez no es tan guapo como piensa, pero no tuvo más remedio que hacerse el guapo y golpearme con el revólver porque no me quedé quieto y seguí investigando el asunto. De modo que tenía que tener razones para hacerlo. Si el engaño se descubría, Menéndez se vería envuelto en un lío internacional. A los mexicanos no les agrada el trabajo policial deshonesto, en la misma forma que tampoco nos agrada a nosotros.

—Todo eso es posible, señor, y yo lo sé muy bien. Pero usted me acusó de mentir. Me dijo que yo no entré en el cuarto donde estaba el señor Lennox para retirar la carta.

—Usted estaba adentro, compañero..., escribiéndola.

Se levantó y se sacó los anteojos oscuros. Nada puede cambiar el color de los ojos de un hombre.

—Supongo que es demasiado temprano para que vayamos a tomar un gimlet —dijo.

CAPÍTULO LIII

Habían hecho con él un maravilloso trabajo en la ciudad de México. ¿Y por qué no? Sus médicos, técnicos, hospitales, pintores, arquitectos, son tan buenos como los nuestros. A veces, un poco mejores. Un policía mexicano inventó el test de parafina para los nitratos en polvo. No pudieron hacerle un rostro perfecto, pero realizaron un trabajo magnífico. Hasta le cambiaron la nariz; le sacaron un pedazo del hueso para hacerla más chata, menos nórdica. No pudieron eliminar totalmente las cicatrices, de modo que le pusieron algunas en la otra mejilla. Las cicatrices de cuchillo no son raras en los países latinos.

—Hasta me pusieron un injerto de nervio aquí —dijo Lennox, tocándose la mejilla en que antaño había tenido las cicatrices.

—¿Estuve cerca de la verdad?

—Bastante cerca. Hay algunos detalles equivocados, pero carecen de importancia. Fue un plan rápido y en parte improvisado y yo mismo no sabía qué era lo que iba a suceder. Me indicaron que hiciera ciertas cosas y que dejara una pista clara. Mendy no quería que yo le escribiera, pero en eso me mantuve firme y no aflojé. El lo subestimó a usted un poco; nunca se percató del detalle del buzón.

—¿Usted sabía quién mató a Sylvia?

No me contestó directamente.

—Es muy duro entregar a una mujer por asesinato ... aunque nunca haya significado mucho para uno.

—Vivimos en un mundo cruel. ¿Harlan Potter estuvo metido en todo esto?

Sonrió de nuevo.

—¿Usted cree que Potter dejaría que alguien lo supiera a ciencia cierta? Mi palpito es que no tuvo nada que ver y que a estas horas me da por muerto. ¿Quién le diría lo contrario... a menos que lo hiciera usted?

—¿Cómo anda Mendy...? ¿O es que está...?

—Oh, está muy bien. Ahora se encuentra en Acapulco.

Se escapó por causa de Randy. Pero Mendy no es tan malo como usted cree. Tiene corazón.

—También lo tienen las víboras.

—Bueno, ¿qué hay de ese gimlet?

Me puse de pie sin contestarle y me encaminé hacia la caja de hierro. Hice girar el dial y saqué el sobre que contenía el billete con el retrato de Madison y los cinco cheques de cien que olían a café. Volqué todo sobre el escritorio y después recogí los cheques de cien.

—Estos me los guardo. Es lo que gasté en la investigación. Con el retrato de Madison me divertí jugando.

Se lo extendí delante de él, sobre el borde del escritorio. Lo miró, pero no hizo ademán de tocarlo.

—Quiero que se lo guarde —me dijo—. Yo tengo mucho dinero. ¿Por qué no dejó las cosas como estaban?

—Ya sé. Después que ella mató a su marido y se salió con la suya, habría podido continuar haciendo cosas mejores. En realidad, Wade no tenía mayor importancia. No era nada más que un ser humano, con sangre, cerebro y emociones. Sabía lo que había ocurrido y trató con todas sus fuerzas de sobreponerse y seguir viviendo. Era escritor. Debe haber oído hablar de él.

—No pude dejar de hacerlo, créame, Marlowe —dijo lentamente—. No quería hacer daño a nadie, pero si me quedaba aquí no habría podido defenderme; no tenía la menor posibilidad. Un hombre no puede calcular con tanta rapidez todos los aspectos y consecuencias de una cosa. Estaba asustado y escapé. ¿Qué es lo que debí haber hecho?

—No lo sé.

—Eileen tenía ciertos indicios de locura. Hubiera podido matarlo de todas maneras.

—Sí, tal vez.

—Bueno, no se ponga de mal humor. No se tome las cosas tan a pecho. ¿Qué le parece si nos vamos a tomar una copa a algún lugar fresco y tranquilo?

Ahora no es el momento, señor Maioranos. No tengo tiempo.

—En una época éramos muy buenos amigos —dijo tristemente.

—¿Nosotros? Me parece que se trataba de otras dos personas. ¿Vive en México permanentemente?

—Sí. Ni siquiera estoy legalmente aquí. Nunca lo estuve. Le conté que había nacido en Salt Lake City, pero nací en Montreal. Dentro de muy poco tiempo seré ciudadano mexicano. Todo lo que se necesita

es un buen abogado. Siempre me ha gustado México. No correría mucho riesgo si fuéramos al bar Victor a beber un gimlet.

—Llévese su dinero, señor Maioranos. Está manchado con demasiada sangre.

—Usted no es más que un pobre hombre.

—¿Cómo podría saberlo usted?

Recogió el billete, lo alisó con los dedos y se lo guardó negligentemente en el bolsillo interior de la americana. Se mordió el labio con los dientes.

—No pude decirle nada más que lo que le conté aquella mañana que me llevó a Tijuana. Entonces le di la oportunidad de que llamara a la policía y me entregara.

—No estoy enojado con usted. Lo que pasa es que usted es un tipo de hombre así. Durante mucho tiempo no pude formarme una idea sobre su persona. Tenía un modo de ser agradable y cualidades agradables, pero había algo que no me acababa de gustar. Tenía sus normas y vivía en conformidad con ellas, pero eran normas personales. No guardaban relación con ninguna clase de ética, de moral o de escrúpulos. Usted era un buen muchacho porque poseía una naturaleza buena, pero se sentía tan feliz en compañía de rufianes o gente de mal vivir, como en la de gente honesta. Siempre que los rufianes se expresaran correctamente y tuvieran en la mesa modales aceptables. Usted es un derrotista moral. Puede ser que la guerra tenga la culpa o quizá haya nacido así.

—No alcanzo a comprenderlo —exclamó—, realmente no lo entiendo. Estoy tratando de pagarle lo que le debo y usted no me deja. No hubiera podido contarle más que lo que le dije. Usted no me lo habría permitido.

—Ese es el cumplido más agradable que me hayan dicho nunca.

—Me alegro de que le guste algo de lo que digo. Me encontraba en un aprieto terrible y justamente conocía a personas que saben manejárselas en esos casos. Tenían una deuda de agradecimiento conmigo por un incidente ocurrido hace mucho tiempo, durante la guerra. Fue probablemente la única vez en la vida que hice lo que tenía que hacer a su debido tiempo y rápido como el rayo. Y cuando necesité de ellos, se pusieron a mi disposición. Y gratis. Usted no es el único tipo en el mundo que no tiene precio, Marlowe.

Se inclinó sobre el escritorio y agarró uno de mis cigarrillos. Bajo el cutis moreno pude percibir que se había sonrojado y las cicatrices resaltaban aún más. Sacó del bolsillo un encendedor en forma de cartucho de revólver y prendió el cigarrillo.

—Usted compró mucho de mí y por nada, Terry. Por una sonrisa, una inclinación de cabeza, un saludo con la mano y algunas copas tomadas de vez en cuando en un bar tranquilo y confortable. Fue agradable mientras duró. Hasta la vista, amigo. No le digo adiós. Se lo dije cuando tenía algún significado. Se lo dije cuando era triste, solitario y final.

—Regresé demasiado tarde —dijo—. Estos trabajos plásticos llevan tiempo.

—Usted no habría regresado si yo no hubiera descubierto todo el asunto.

En sus ojos vi súbitamente un reflejo de lágrimas. En seguida se colocó los anteojos oscuros.

—No estaba seguro —me contestó—. No me había decidido. No querían que le dijera nada a usted y yo no estaba decidido.

—No se preocupe por eso, Terry.

—Estuve en los comandos, amigo. Uno no puede ingresar ahí si es un tipo blando. Quedé malherido y le aseguro que no era nada divertido estar con esos médicos alemanes. Eso influyó mucho en mi modo de ser.

—Estoy enterado de todo, Terry. En muchos sentidos usted es un muchacho bueno. No lo estoy juzgando y nunca lo hice. Lo que pasa es que usted ya no está más aquí. Hace mucho tiempo que se fue. —Ahora usa ropas finas y perfume y está tan elegante como una ramera de cincuenta dólares.

—No hago más que representar un papel —dijo casi con desesperación.

—Y con eso no sacó nada bueno, ¿no es así?

Sus labios se abrieron en una sonrisa amarga.

—Por supuesto. Todo no es más que una representación. No hay nada más. Aquí dentro —se golpeó el pecho con el encendedor—, no hay nada. Antes había algo, Marlowe. Hace mucho tiempo. Bueno... creo que éste es el final de todo.

Se puso de pie y yo hice lo mismo. Me extendió la mano y se la estreché.

—Hasta la vista, señor Maioranos. Me alegro de haberlo conocido... aunque sea por un momento.

—Adiós.

Se dio vuelta y se encaminó hacia la salida. La puerta se cerró. Escuché los pasos que se alejaban por el corredor de mármol. Después de un momento fueron haciéndose cada vez más leves hasta que reinó el silencio. Sin embargo seguí escuchando. ¿Para qué? ¿Hubiera querido que se detuviera de pronto, que regresara y disipara con sus palabras el estado de ánimo en que me encontraba? Bueno, de todos modos no lo hizo. Aquella fue la última vez que lo vi.

Nunca volví a ver a ninguno de ellos..., excepto a los policías. A éstos todavía no se ha inventado la forma de decirles adiós.

EL AUTOR Y SU OBRA

Raymond Thornton Chandler nació en Chicago, en 1888, y murió en La Jolla (California) en 1959. Sin duda el más grande de los narradores policíacos americanos, junto a Dashiell Hammett, su acceso a la literatura fue sin embargo tardío, desesperado, casual. Los años de la Depresión trajeron para Chandler el fin de una floreciente carrera comercial: era gerente por entonces de una pequeña compañía petrolífera que no consiguió esquivar la bancarrota. En los años siguientes hizo un poco de todo, alistándose como trabajador eventual en la cosecha del albaricoque, o dedicándose al armado de raquetas de tenis. Así llegó a California, región que ya no abandonaría y en cuyos balnearios de lujo transcurre buena parte de su obra. En 1933, casado con Sissy —una mujer sexagenaria que fue su único amor— se encuentra en Los Angeles, realizando media docena de humildes oficios en las playas de Bel Air y Bay City: tiene 45 años, y aún no ha escrito una sola página literaria, pero es un devoto lector de *Black Mask*, la revista fundada y dirigida por el capitán Joseph B. Shatu que estaba revolucionando por entonces el enfoque tradicional de la narrativa policíaca, y en cuyas páginas colaboraba con asiduidad el ya famoso Dashiell Hammett. Chandler decide que puede hacer algo parecido, y escribe de una sentada su primer cuento (*Los chantajistas no matan*) que la dirección de *Black Mask* se apresura a publicar: en los cinco años siguientes escribirá y publicará allí mismo una veintena de relatos que hubieran bastado para hacer su nombre memorable. Pero su criatura lo esperaba junto al desafío de su primera novela (*El sueño eterno*, 1939): allí abandona a Mallory y a John Dalmás, protagonistas de sus creaciones anteriores, para inventar a Philip Marlowe, uno de los personajes más complejos y fascinantes de la literatura norteamericana contemporánea. A lo largo de veinte años y siete novelas (*Adiós, muñeca*, 1940, *La ventana alta*, 1942, *La dama del lago*, 1943, *La hermana pequeña*, 1949, *El largo adiós*, 1953, y *Playback*, 1958, son las otras), Chandler y su alter ego Marlowe serán ya inseparables: juntos envejecerán, se volverán más cáusticos y desilusionados, se harán sabios, escépticos, aceptarán su ingenuidad y su fracaso. Entre el Marlowe deportivo y eficaz, de 33 años, que va a visitar cuatro millones de dólares en la primera página de *El sueño eterno*, y el que ha cumplido los 45 y bebe más de la cuenta, en *Playback*, discurre una profunda reflexión sobre los Estados Unidos, la maduración de una ética, el ejercicio lúcido de la desesperanza. Comparado con toda justicia a Hemingway y a Scott Fitzgerald por la crítica europea, Chandler no obtuvo el mismo reconocimiento de sus compatriotas, cegados por una preceptiva literaria que sólo ahora comienza a modificarse: como estos dos autores, como Hammett o como su discípulo Ross Mac Donald, Chandler posee en alto grado las virtudes atribuidas a los conductistas (sobriedad expresiva, desconfianza por las descripciones de carácter, habilidad y economía en el planteo de las acciones), pero es indiscutible su aporte personal a esta corriente, a través del personaje de Philip Marlowe.

Sin ninguno de los atributos del héroe de serial (es aporreado de continuo, no seduce a todas las mujeres, no es infalible), Marlowe consigue ser un arquetipo a través de una de empecinada fidelidad: la que lo convierte en el último hombre íntegro en un concierto de canallas. No espera nada de esa honestidad y, lo que es aún más patético, sabe que el ejercerla es una batalla perdida, pero no dejará de probar en sí mismo su secreta esperanza en la dignidad humana.

Para cuando murió, Chandler había atravesado dos intentos de suicidio y una internación en una clínica psiquiátrica. Estaba viudo, y vivía en una desvencijada casa frente al mar, con 27 gatos. A veces los subía en su viejo Oldsmobile descapotable, y se iba con ellos a contemplar el crepúsculo, en la bahía de San Francisco.

Alberto Cousté